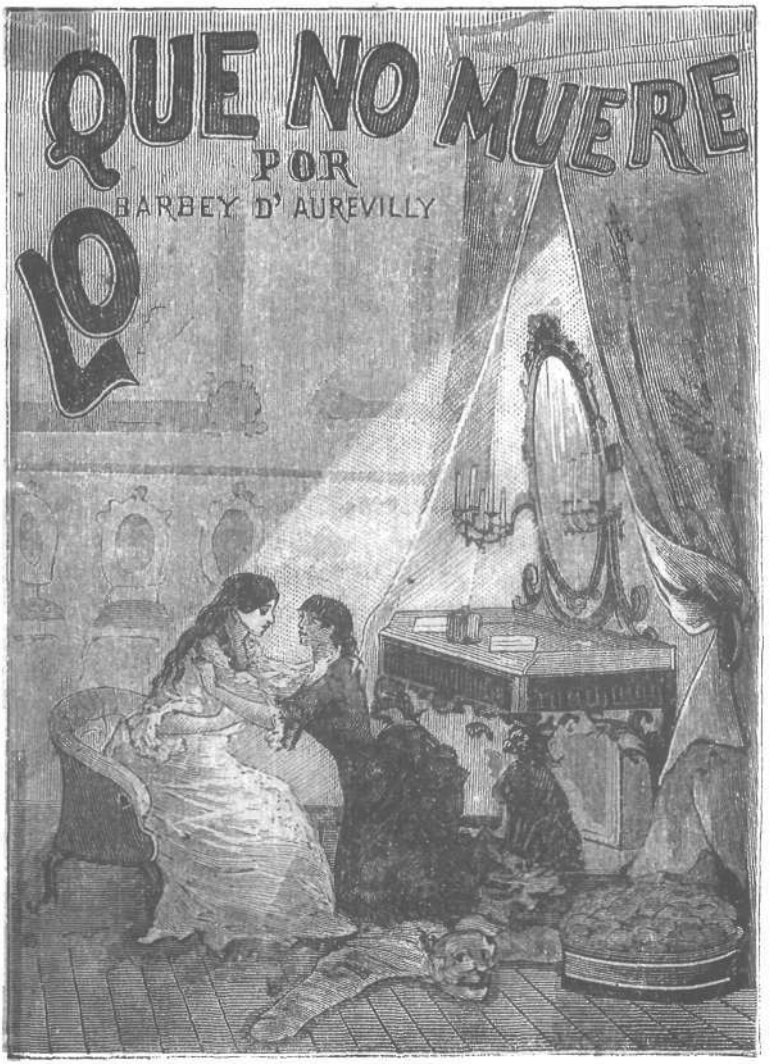
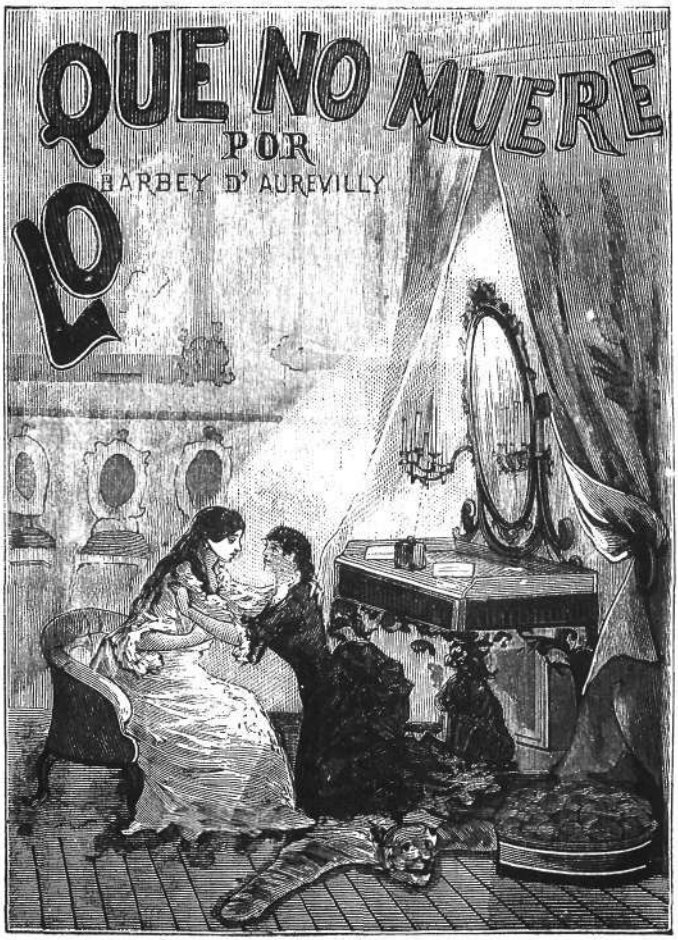
BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»



MADRID: 1884.—«EL COSMOS EDITORIAL,» MONTERA, 21

LO QUE NO MUERE


LO QUE NO MUERE
POR
BARBEY D'AUREVILLY

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LO QUE NO MUERE

POR

J. BARBEY D'AUREVILLY

TRADUCIDA POR

RICARDO PÉREZ

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
Montera, núm. 21.

1884

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Madrid: 1884.—Imprenta de A. Pérez, Flor Baja, 22.

PRIMERA PARTE.

LO QUE NO MUERE.

I.

Hay en algunos puntos de la Baja Normandía, particularmente en la península del Cotentin, paisajes tan parecidos á otros de Inglaterra, que los normandos que desembarcaron en estas comarcas pudieron creerse que los lugares que acababan de conquistar eran los mismos que habían dejado en su patria. Por lo demás, esta semejanza debió ejercer poca influencia en la feroz imaginación de nuestros abuelos, aquellos *reyes de la mar*, para los cuales este mismo mar, con sus sublimes extensiones, no era otra cosa que un camino seguido por ellos con increíble audacia, en busca de presas y pillajes desconocidos, que desde lejos olfateaban aquellos leones marinos con su instinto de piratas....

Pero para nosotros, que somos sus descendientes; para nosotros, sentados hace siglos en las costas que ellos nos guardaron, y que con nuestra imaginación moderna nos complacemos en contemplar el país que ellos no tuvie-

ron más que el cuidado de conquistar, la semejanza entre los paisajes franceses y los ingleses es notable en muchos puntos. El mismo cielo, tan á menudo grisáceo y lluvioso, del Oeste, que de un modo profundo se graba en nuestro corazón, con su luz melancólica, y que cuando estamos lejos de él nos llena de nostalgia, hace mayor aún la analogía de Normandía y de Inglaterra, y algunas veces parece que esta semejanza llega á la identidad.

Y esto que decimos, es aún más verdadero en el castillo conocido con el nombre de «Castillo de los Sauces.» Entre todos los que se elevan en las costas de la península de Cotentin, no hay ninguno que produzca de un modo tan admirable la impresión que determinan muchos en Inglaterra, surgiendo repentinamente del seno de algún lago que les sirve de foso, y bañando sus piés de piedra en la límpida inmovilidad de sus aguas.

Situado en la Manche á poca distancia de Santa Madre Iglesia, pueblo que conserva únicamente de la Edad Media su nombre católico y sus ferias seculares, entre la Fiere y Picauville, es el único recuerdo de aquellos tiempos feudales, que ya han desaparecido. Si fuésemos á juzgar del castillo por lo que restaba de sus construcciones, desgraciadamente hoy arruinadas, debió ser edificado con los princi-

pios del siglo XVII sobre la orilla del Douve, que corre por allí en pleno pantano, y hubiera podido llamarse «Castillo en Pleno Pantano,» con tanta razón como el que está enfrente y lleva este nombre. Pleno Pantano y los Sauces, separados por extensas charcas llenas de cieno que atraviesa el Douve, retorciéndose como una anguila para ir lánguidamente á perderse en el Vire, bajo los puentes de Saint-Lo, y demasiado lejanos uno de otro, no podían verse en lontananza en lo más lejano de su brumoso horizonte, ni aun en los días en que el cielo estaba más puro.

Aislados en estos inmensos desiertos, eran dos moradas aristocráticas y solitarias, que en otros tiempos hacía falta bastante valor para decidirse á habitarlas. Alrededor de ellas, la atmósfera de los pantanos había sido durante mucho tiempo tan mortífera como la de las Lagunas Pontinas en la campiña de Roma, antes de la época del drama íntimo de que el castillo de los Sauces fué oscuro teatro. No hacía muchos años que un desagüe inteligentemente practicado había purificado la comarca de las influencias casi siempre mortales en que las poblaciones ribereñas y los habitantes de los terrenos pantanosos habían vivido miserablemente, *temblando* todo el año *las fiebres*, como decían aquellos infelices habitantes.

Pero hacia el año 1845, todas ellas habían perdido el aspecto de languidez y enfermedad que por tanto tiempo entristeciera la mirada del viajero que pasaba por aquellos semilleros de tifoideas, y la salud había regenerado á los hombres como á los paisajes. Saneados estos por un cultivo que había convertido en praderas aquellos pantanos, ofrecían ahora el espectáculo magnífico de una extensión de hierba que se perdía de vista; hierba en la cual se veían innumerables bueyes y vacas, que con sus diversas posturas animaban agradablemente el paisaje.

Estas hierbas húmedas, cortadas á trozos por diminutos arroyos, que llevaban un agua transparente de color opalino con fondo de esmeralda, ostentaban también, reuniéndose de cuando en cuando algunos arroyos, estanques redondos de agua pura, debidos, tanto á las lluvias tan frecuentes en el país, como al suelo primitivamente esponjoso y á la proximidad del Douve: y aun en algunos sitios, estos estanques eran bastante grandes para formar verdaderos lagos, surcados por mil repliegues de matices trémulos y cambiantes, según el viento que dominaba ó el aspecto del cielo.

Indudablemente una de las bellezas más notables de este paisaje pantanoso era esta serie numerosa de lagos, que en el otoño y en

el invierno tomaban proporciones grandiosas; y que en el verano, aunque disminuídos en gran parte, no desaparecían del todo, y llegaban á formar, iluminados por los rayos del sol, placas semimetálicas brillantes, ó como islotes de luz.

El castillo de los Sauces, que tomaba su nombre de un ramillete de ellos que le rodeaba, tenía un gran jardín formado por el lado del pantano, sobre el cual se elevaba algunos piés con una larga terraza con su balaustrada de piedra, en la que de trecho en trecho se elevaban vasos de granito á la moda italiana, que tanto había prodigado la arquitectura del siglo XVII. La entrada del castillo y su verja, adornada con escudos de armas, se hallaban al otro lado, mirando á las tierras, dejándole por aquel lado inaccesible al parecer en su vasto estanque, en el fondo del cual se elevaba como el Hada de las Aguas: esta era su poesía.

Los que le habitaban podían creerse al cabo del mundo, en el centro de aquel desierto de tierra y agua. Aun el camino de hierro que va de Carentan á Isigny, y divide en dos mitades aquellos pantanos convertidos en pastos, pasaba bastante lejos para dejar oir allí su estridente silbato, ó para dejar ver en el horizonte alguna pequeña nube de humo de las muchas que se desprenden de su chimenea. Nada,

pues, excepto el graznido ronco del pato salvaje, que se dejaba oir á largos intervalos, turbaba el lúgubre silencio de aquel castillo, hecho al parecer para excitar la imaginación en las almas profundas, ó el misterio en las almas apasionadas que hubieran buscado en él su refugio.

Aquella tarde,—porque era una tarde de verano, más ardiente en los lugares descubiertos, por la misma razón que son más fríos en invierno,—el castillo de los Sauces, por sus ventanas largo tiempo cerradas, pero entonces abiertas, y abiertas de par en par, dejaba oir ruído de instrumentos y de voces, que indicaban que la vida (la vida del mundo) había vuelto al castillo, tan largo tiempo deshabitado. El sol, verdadero sol de Agosto, sólo alcanzaba con un rayo tibio y oblicuo las aguas de aquellos numerosos lagos, que todo el día habían estado convertidos en ardientes espejos.

Á aquella hora, las mariposas, que en el país llaman *señoritas*, cansadas de su inmaterial patinaje en el cristal de las aguas, bailaban, antes de entrar en sus nidos, los últimos bailes, al húmedo soplo del crepúsculo; cuando un joven, con la cabeza descubierta, desde la escalinata del castillo de los Sauces bajó á sentarse á la extremidad del jardín, en un banco colocado á la orilla del agua, que por aquel

lado se veía estrechado entre sus caprichosas sinuosidades.

El joven, de una belleza extremadamente notable, tenía la edad intermedia entre la adolescencia y la juventud, que participa de ambas, y que podría muy bien calificarse de un tercer sexo en el interregno del corto espacio que dura; porque la belleza de esta edad es más efímera aún que la de la mujer, que tan pronto se evapora. En cuanto la virilidad llega, esa belleza deliciosa y perecedera desaparece, y aun en el hombre más hermoso no se encuentran vestigios de ella. El joven de que hablamos parecía el genio pensativo de la soledad.

Solamente que si había creído encontrar allí la soledad, su esperanza le salió fallida. Una voz más ligera y más suave que la ráfaga de aire en que llegaba, pronunció dos veces el nombre, extraño en el país, de *Allán*. Si el rocío hiciese algún ruído al caer en el cáliz de la flor, indudablemente tendría aquella dulzura celestial.

Aquella voz debía pertenecer á un ser más inmaterial aún que la mujer, á una niña destinada un día á ser mujer, á la blanca alba que precede á la aurora. Era, en efecto, la voz de una niña. ¡Ay! Por ligeramente que la mano pesada del hombre toque las cuerdas del ins-

trumento maravilloso, ya no produce sonidos semejantes.

Y la niña que tenía aquella dulce voz, corrió al lado del que ella llamaba Allán, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo, muy sofocada por la carrera:

—Miradla.... ¡Cuánto he corrido para cogerla; pero al fin ya la tengo! Mirad qué linda es la señorita azul. Mirad, Allán. ¿Veis qué hermoso azul?

Y entreabrió con suma precaución los dedos de la otra mano, para mostrar á Allán todos los tesoros de su conquista.

Pero el joven soñador, con la distracción estupefacta de uno á quien se despierta repentinamente, había levantado su frente del hueco de sus manos, donde la tenía apoyada, y parecía no comprender nada de aquellas alegrías de niño que ya había olvidado, por más que no fuese otra cosa que un adolescente.

Y la niña, viendo la indiferencia de Allán hacia el triunfo de que ella se mostraba tan alegre, se detuvo en la brillante enumeración de las cualidades de su cautiva, pobre y encantadora mártir que se agitaba en el fondo de su prisión, el cáliz de escarlata de una amapola completamente abierta.

—Vete en libertad, mi pobre señorita, puesto que él no te encuentra bastante linda,—dijo

la niña con despecho y tristeza, soltando el insecto y la flor.

Y su cabeza se inclinó dulcemente sobre su hombro. ¡Qué decepciones tan crueles hay á los catorce años! La mirada desdeñosa de Allán había cubierto de rubor la frente radiante de la niña, como hubiera podido hacerlo una reprensión materna. Él conoció que la había herido, y no solamente en la mano al apartarla con dureza, sino en el corazón, lo que era más delicado todavía.

La susceptible niña no dijo una palabra, é iba á alejarse; pero Allán, reprendiéndose su violencia, la retuvo dulcemente una mano entre las suyas, y mirándola con cariño, la besó en el sitio donde la había tropezado.

—¿Te he hecho daño?—le preguntó con inquietud.

—No,—replicó ella, mintiendo orgullosamente.

Pero su fisonomía, tan franca un momento antes, se había contraído, frunciéndose sus encantadoras cejas.

—Perdóname ese movimiento involuntario (replicó Allán con insistencia). Perdóname si he sido cruel. Hace algunos días que mi alma se halla en una disposición tan miserable, que no soy verdaderamente digno de jugar contigo. Déjame, te lo suplico, mi querida Camila.

Vuelve al castillo, porque el frío de la noche va á caer; yo tengo necesidad de estar solo un rato. Vete, que pronto me reuniré contigo en el salón.

Ella le escuchó, y partió lentamente; pero fría, abstraída, silenciosa. Se conocía que no había aceptado ninguna de las palabras que Allán le había dicho para reparar su falta. Únicamente que no dejó transpirar el pensamiento que la dominaba. Se fué con el índice de la mano izquierda entre sus labios, de los que había desaparecido la sonrisa, y con la mirada sombría....

Notábanse, junto á las alegrías francas y vivas de la infancia, algunos rasgos especiales en esta niña de catorce años, que causaban admiración. Camila, como se ve, estaba en esa edad en que las niñas tienen menos encantos, ó en que ocultan traidoramente, bajo los signos de una pubertad incierta y en la delgadez de los contornos, la futura belleza que más tarde debe conquistar los corazones. Esta belleza era fácil presentirla en Camila, al ver el óvalo perfecto de su rostro y sus grandes ojos negros, brillantes y hermosos como una mañana de tempestad, separados por una nariz que era de una pureza griega. Sus cabellos eran de ese rubio dorado que tanto se estima hoy, pero que en aquel tiempo desesperaba á

las madres. La suya, para ennegrecerlos, la peinaba con un peine de plomo, y se los hacía llevar muy cortos y sin rizar, como los de un joven. Y esto era lo que parecía cuando se la miraba cerca de Allán, el cual, á pesar de sus vestidos de hombre, era tal su hermosura, que parecía una niña.

Cuando el juego no la animaba y por casualidad se hallaba sentada en el salón al lado de su madre, hubiera sido difícil reconocer á la fogosa niña del jardín en aquella otra silenciosa, que sostenía lánguidamente en sus dos manos, mórbidas y blancas, su rubia cabecita, repentinamente transformada en soñadora y pensativa.

Había Camila vuelto á entrar en el castillo, pensando en que Allán no la había rechazado nunca como aquella tarde, cuando iba á proponerle tomar parte en sus juegos.

Educados juntos y bajo el mismo techo, separados solamente por los tres años que él tenía más que ella, habían ya, desde que estaban en el país, pasado largas horas reunidos en los pantanos solitarios que se ofrecían á sus ociosos paseos, buscando flores raras en las orillas de los estanques. Muchas veces, usando de la libertad en que se les dejaba, bajaban á las orillas del Douve, que se hallaba bastante lejos del castillo de los Sauces, y arrancaban algunos

nenúfares, esos lirios de los ríos que arrastran lentamente sus aguas, y volvían al castillo tejiendo guirnaldas con las flores que habían cogido. ¡Largos paseos de los primeros días de la vida, cuyo recuerdo guarda el corazón por mucho tiempo, pero cuya dulzura no se siente bien; pues ofrece algo de amargo en su fondo en los últimos momentos de la existencia!....

Estos paseos, estas diversiones de niños, que mañana serán un hombre y una mujer, tienen una secreta embriaguez, aun para la inocencia. Pero ¿sentían ellos esta embriaguez? Cuando vagaban de esa manera por los campos, donde no encontraban á nadie, ¿se cuidaban de otra cosa que de vivir? ¿Vivían sencilla é inconscientemente como la flor que se abre bajo el rayo de sol que la vivifica, como las mil creaciones que les rodeaban, y que palpitaban sin saberlo?....

Cuando hablaban en voz baja entre los dos, sus voces acariciaban el aire que corría entre sus juveniles cabezas, con sus labios tan frescos como la brisa, esa cruel coqueta que las flores no pueden nunca retener para devolverle las tiernas caricias que les prodiga. Y cuando Allán pasaba su brazo alrededor de la delgada y flexible cintura de Camila, parecía como la hiedra que se rodea al árbol, al que se estrecha sin calentarle.

Imprudentes eran las madres de aquellos niños, y la de Allán, si hubiera vivido, lo sería más todavía.... Su hijo tenía todas las turbaciones, todos los temores de una edad que se puede considerar como un segundo nacimiento á la vida. Imaginación de una plenitud tal, que se pasaba sin alimento, sosteniéndose de sí misma; Allán, que acababa de terminar sus estudios, rechazaba toda especie de libros. Los poetas, esas hadas divinas de las narraciones que nos relatan, tenían pocas maravillas para él, que, al leerlos, desdeñaba sus páginas más brillantes. Lo que podía dudarse en Camila, era indudable en Allán. La pantera que duerme en el fondo del corazón del hombre, se despertaba en el suyo, clavándole sus garras en la frente. Padecía la enfermedad de tener diez y siete años.

Sus ojos no tenían ya, si lo habían tenido alguna vez, el esplendor puro de los de Camila; giraban velados bajo unos párpados medio cerrados, como los de una sultana indolente al salir del baño; sus pobladas cejas, imperceptiblemente fruncidas por un ensueño continuado, denotaban un pensamiento misterioso, encerrado en aquella frente, semejante á una copa voluptuosa por la forma y la gracia de su adorable contorno.

La madre de Allán, que era inglesa, había

pasado, según se decía, los nueve meses de su embarazo mirando con una obstinación supersticiosa el retrato de lord Byron, de quien era locamente apasionada, y había transmitido á su hijo aquella frente encantadora y sublime, aquella frente en que la falsa prudencia inglesa creía ver el *rincón de la demencia* en uno de sus ángulos, prolongado atrevidamente bajo la masa de rizosos cabellos negros que la coronaban.

Habitualmente los ojos de Allán estaban tristes, como lo son generalmente los de los que miran más en su corazón que en la vida; pero á la menor emoción ó al menor capricho del joven, de alma más apasionada que fuerte, y que tal vez llegaría á ser robusta antes de tener carácter, partía de sus pupilas un relámpago de luz, como el surco de oro de una estrella que atraviesa el firmamento en la oscuridad de la noche.

Allán usaba, lo mismo que Camila, los cabellos cortos y el cuello descubierto. Pero mientras que ésta lucía los cabellos ásperos y fuertes de un hombre, los del joven eran naturalmente rizados y suaves, amontonados como si fueran los de una niña, y por este contraste singular, los dos niños ofrecían la ilusión, que se representaba sin cesar á los que los veían, de que los sexos estaban trocados entre ambos.

Hacía algunos meses que Allán demostraba una tristeza, ó, mejor dicho, una desigualdad de humor, que se reflejaba sobre Camila. La causa de este cambio era desconocida á los habitantes del castillo de los Sauces. Entre todas las mujeres que habían venido á pasar el verano en él, entre todas las que miraban al joven soñador, cuya belleza tal vez hacía soñar también á algunas de ellas, debía haber *una* al menos que había penetrado el secreto de Allán; porque, estudiando á este débil y casi transparente joven, digámoslo así, en quien las emociones subían del fondo á la superficie, podíase advertir alguna otra cosa que no eran misterios de organización.

Por otra parte, ¿puede ser fácil en el principio de la vida, á la edad de Allán, ocultar alguna emoción á la que nos hace que la experimentemos? Y aun mucho más tarde, ¿podemos fiarnos en la máscara con que nos cubrimos? Aunque fuese de mármol ó de bronce, las miradas de la mujer, que parecen tan dulces y son tan penetrantes, atravesarían fácilmente el bronce y el mármol, para ver debajo de ellos el sentimiento que hubieran podido inspirar, y que más oculto se les quisiera tener.

Allán permaneció mucho tiempo en el banco en que estaba, casi echado, sin advertir que

el día terminaba ni que el sol había desaparecido. La oscuridad que encubre todos los objetos estaba tan de acuerdo con sus pensamientos, que hubiera seguido indefinidamente en el mismo sitio, si no hubiese oído un rumor de pasos cerca de él.

—¿Sois vos, Camila?....—preguntó, creyendo que la niña volvía en su busca.

Pero una voz que no era la dulce y bien timbrada de la niña, una voz que la experiencia de la vida había enronquecido, respondió:

—No, no es Camila.

Esta voz, de un timbre algo alterado, hizo saltar á Allán, que al instante se puso en pié, como si hubiera oído el irresistible canto de una sirena.

Una mujer de estatura elevada se acercó.

—¿Qué hacéis solo á esta hora? (preguntó). ¿No os parece que ya deberíais haber entrado en el castillo, para libraros del rocío de la noche, que es glacial? Acabo de ver á Camila en un rincón del salón. ¿Habéis tenido alguna disputa con mi hija?

—No, señora,—respondió con un acento tan trémulo como un escolar cogido infraganti, tanto, que al oirlo, cualquiera hubiera jurado que mentía.

—Entonces, ¿por qué no volvéis?.... ¿Por qué habéis huído tan pronto del salón?.... ¿Por

qué os vais haciendo tan arisco?.... Todo el mundo se queja de vos en el castillo.

—Es que todo el mundo me fastidia ,—respondió con tono hastiado.

—¡Oh! Sois demasiado gran poeta para nosotros.

Su voz tomó al pronunciar estas palabras un tinte impregnado de ironía ; pero la intención de tal ironía fué pasajera; y después añadió con tono más cariñoso :

—¿Sabéis, Allán, que me tenéis inquieta? Ignoro lo que os sucede; pero tenéis aire de sufrir mucho. ¿Estáis enfermo, amigo mío? Y si no lo estáis, ¿á qué se debe esa apatía inexplicable?.... Confiadme lo que tenéis; ¿por qué sufrís?

Y con aire casi implacable tomó la mano ardiente del joven en la suya, que estaba helada.

—¡No, nunca!—exclamó él, retirando bruscamente la mano.

Y se metió apresuradamente en el bosquecillo de sauces que estaba detrás de él, dejando oir algunos sollozos.

—¡Pobre niño!—murmuró.

No era posible ver su cara, y siguió con paso lento por la calle de árboles que conducía directamente al castillo.

II.

El castillo de los Sauces pertenecía en 1845 á la condesa Iseult de Scudemor, viuda del último descendiente de la antigua familia normanda de este nombre, y cuya vida, muy corta, la había casi toda pasado fuera de Francia, desempeñando altos cargos en la diplomacia cerca de las cortes extranjeras.

La condesa de Scudemor, casada muy lejos de allí, no era del país; pero habiendo permanecido en él algunas temporadas después de su casamiento, había vuelto con su hija hacía muchos meses. Pero ¿qué motivo tenía para volver al país, cuando el tiempo que había pasado en él con su marido fué tan poco, que no era posible que pudiese guardar de él un gran recuerdo?

Cuando se presentó en los Sauces, los habitantes de los castillos circunvecinos la habían casi olvidado. Por otra parte, se hallaba tan cambiada, que los que la habían entrevisto en otra época, no la hubiesen probablemente reco-

nocido, si no hubieran sabido de antemano que era ella. Su ausencia, sus viajes, la dispersión en lejanos climas de todo el esplendor de su juventud, que en tan alto grado tenía en otro tiempo, y que parecía haber dejado en ellos; aquella niña á quien llamaba su hija, y cuyo nacimiento no se había sabido en el país; aquel adolescente que la acompañaba, y al que designaba con el nombre escocés de Allán, todo la rodeaba de una especie de misterio difícil de poner en claro, porque su reserva, llena de nobleza, pero fría, nó permitía la más mínima observación, y no era fácil penetrar en su pensamiento ni sorprender sus secretos.

Poseía aquella mujer un encanto extraño y silencioso. El mundo, al que se imponía, aun sin quererlo, la creía distinguida, y colocaba generosamente, bajo el nombre banal, sin embargo, de distinción, el respeto que inspiraba un espíritu desconfiado.

Aunque tuviese todavía bastante hermosura para tener afición á la vida, tenía la calma indiferente, que no se alaba ni se queja, de un ser que á nada tiene apego. Era natural y sencilla, y probablemente las mujeres no la amaban á causa de su extremada frialdad, á pesar de que ella jamás pretendía ser su rival en los éxitos de la vanidad.

Suponíansela opiniones muy atrevidas. ¿Habéis notado que el mundo supone siempre opiniones muy atrevidas á los que no hacen el mayor aprecio de las suyas? ¡Es menester ser muy pretenciosos para eso! Pero esta aserción aventurada no había podido justificarse nunca por hecho alguno.

En el mundo, la condesa Iseult de Scudemor tenía la costumbre de no mezclarse jamás en las conversaciones sino cuando versaban sobre asuntos generales é indeterminados; pero ¿obraba de este modo por desprecio ó por indolencia? ¿Tenía miedo de dejarse arrastrar por la conversación á descubrir algún pensamiento, y entreabrir así alguna perspectiva de su vida pasada? No se sabía; y era tan imponente su aspecto, que hubiera desconcertado al observador más insolente.

Pero también había que confesar que, para conseguir esto, la condesa de Scudemor no hacía el menor esfuerzo. Toda su persona ofrecía una expresión patricia que se demostraba en sus menores movimientos, sin advertir jamás en ella la más mínima contradicción: no tenía ni desdén ni languidez. Sus maneras—las maneras son las actitudes del espíritu, como las actitudes son las maneras del cuerpo—eran lentas hasta el abandono; pero no eran abandonadas. Su modo de hablar sobrio, y sus pa-

labras, casi sin color, se pronunciaban con una voz casi apagada....

Imaginación tenía, indudablemente, como todas las mujeres; pero se hallaba adormecida, y el mundo no conseguía despertarla de su sopor. Era siempre verdadera en sus palabras; pero con una verdad insignificante, porque no tenía necesidad ni interés ninguno en faltar á ella. Lo que más admiraba en la señora de Scudemor, era una calma inmensa, por decirlo así. Cuando su seriedad ordinaria se interrumpía por una palabra espiritual, daba una aprobación graciosa y ligera, con una sonrisa que apenas desfloraba los labios en su rápido paso.

Había en el modo de decir de la Condesa, mucho más que en lo que decía, una amabilidad inefable. Sin embargo, veíanse en ella algunos imperceptibles matices que no hubieran debido revelarse, porque sus facciones, tan bien dispuestas para expresar la energía, la fuerza reposada que circulaba desde su frente á sus piés nerviosos, dignos de apoyarse en un zócalo, alejaban de ella toda idea de vagos ensueños, desterraban todas las angélicas espiritualidades de la poesía, melodía de arpa que un poder desconocido saca algunas veces de un instrumento de cobre, brumas melancólicas de una noche avanzada, á través de las

cuales un alma de bronce puede perder su austera rigidez.

Pero las gentes del mundo no se daban cuenta de estas delicadezas de contraste, que solamente observadores muy ejercitados hubieran podido advertir en la Condesa. Los hombres pasan cerca de una mujer de la edad que tenía la señora de Scudemor, como pasan al lado de una planta preciosa entre cien plantas diferentes: sólo la flor es la que marca las diferencias para los botánicos groseros. La flor ajada no es más que hojas verdes, en las cuales la mirada apenas se fija, y se confunde con todas las que no descuellan por su lozanía.

Á los ojos del mundo, la Condesa no era otra cosa que una mujer de más de cuarenta años, que os escuchaba horas enteras sin hablar ella apenas por su parte, en la cual la frescura pálida de la juventud había sido reemplazada por una tez de color algo más subido.

Viendo aquella cabeza colocada orgullosamente sobre sus hombros, en la cual no se revelaba la vida interior ni hacía inclinar un pensamiento triste, se hubiera dicho que era una majestuosa cariátide arrancada de su lugar....

«La estatua permanece en su sitio, por más que la mujer no esté,» decían los hombres, para consolarse de la desesperación que cau-

saba á sus galanterías su aire excesivamente frío, y á los que alejaba, impidiéndoles hacerle la corte. La proclamaban una mujer muerta, y, en efecto, tenía la belleza de una hermosura muerta, semejante á los granaderos rusos de la batalla de Eylau, que, habiendo quedado de pié en su puesto, parecía que todavía estaban vivos, y era necesario dejarlos caer al suelo para convencerse de que su muerte era bien efectiva.

La condesa de Scudemor había estado unida por una íntima amistad con la madre de Allán de Cynthry, huérfano educado bajo la vigilancia de un tutor; y al morir la amiga de la Condesa, le había recomendado con encarecimiento á su hijo: en recuerdo de esta amiga tan querida, la Condesa se había llevado al joven en su compañía. ¿No debe tenerse una especie de piedad maternal para con el hijo de una amiga que se ha perdido?

Allán era para la condesa Iseult una cosa entre hijo y sobrino, y, sin embargo, no era uno ni otro: era su posición mixta y peligrosa como el sentimiento á que daba lugar, y que ningún lazo confirmaba.... Por lo demás, con el joven, y hasta con Camila, se mostraba poco afectuosa; nunca era más que amable. Su carácter parecía refractario á toda especie de demostración exterior.

Si hubiera procedido de otro modo, es indudable que sus maneras, que contrastaban naturalmente con el carácter vehemente de su fisonomía, habrían perdido una gran parte de su encanto. Pero en cambio esta era la razón por qué las almas vivas, las naturalezas entusiastas, la creían egoista.

Y volviendo á Allán, ¿comprendía bien la señora de Scudemor el sentimiento, ondulación serena y dulce, que el joven la inspiraba?.... Un sentimiento se compone con mucha frecuencia de tantas cosas que interesan á nuestra alma, tantas sutilezas imperceptibles, que nos causaría extremada admiración el saber de cuántos delgadísimos hilos se fabrica en nuestro interior esta trama maravillosa, si se nos pudiesen mostrar separados. Esta trama misteriosa, que se teje silenciosamente, y sin que de ello nos demos cuenta, en nuestros corazones, ¿había dejado comprender á la condesa de Scudemor con qué hilos se había tejido en el suyo?

Es indudable que la primera de las causas del interés que la inspiraba el joven había sido el nacimiento de Allán y la muerte de su madre. El mundo es estúpido muchas veces, y hay muchos también que, tan estúpidos como el mundo, se equivocan acerca de la realidad de las cosas, juzgando por sus apariencias engañadoras.

Ocurre con frecuencia tomar un gran cariño á esos niños que desde muy temprano carecen de padre ó de madre, creyendo compadecerlos porque los dolores de la familia (que tiene los suyos especiales, como la sociedad) no les alcanzarán un día, y que, semejantes á nuevos autóctonos, por la muerte de los que les dieron el ser, no podrían crecer si no fuera por la virtud de la fuerza que se desarrolla en ellos. La señora de Scudemor no se hallaba exenta de este interés vulgar; pero ¿era el único que para ella tenía el joven Allán de Cynthry?

No, no era el único; había otro más profundo y más tierno, que nacía en el sentimiento que ella le inspiraba, porque Allán, aunque educado por ella, no había encontrado en esta comunidad de vida, compartida desde la infancia, la costumbre preservadora que salva á las madres y á las hermanas del amor incestuoso de los corazones púberes....

El sentimiento que Allán experimentaba hacia la condesa de Scudemor, aquella persona tan grave y tan imperturbablemente maternal, le había sacado y desarrollado sin desconfianza alguna en las más filiales y más castas familiaridades. Únicamente que si hubiera tenido la vista un tanto perspicaz, y hubiera adquirido alguna inteligencia en las pasiones, esas her-

manas gemelas del sufrimiento en nuestras almas, habría debido conocer en su origen los confusos ardores y las levaduras de toda clase que se agitaban laboriosamente en el alma de Allán, prontas á fermentar.

Hay seres dotados del triste privilegio de comenzar su martirio de hombre desde muy temprano. Vuelven todas las tardes pálidos, con la boca contraída y la mirada extraviada, y los padres creen que el fastidio de la escuela es el que los cambia de tal manera: en su ciega ternura, no ven lo que pasa en esas almas demasiado precoces. Si algún día llega á ocurrírseles semejante idea, sugerida por la experiencia, la rechazan enérgicamente, confiando, dichosos y tranquilos, en la edad de su hijo. Entonces es cuando se experimentan esos dolores que sólo Dios conoce, habiendo otros muchos, fruto de los primeros, que se podrían nombrar fácilmente.

Allán conocía muy bien estos últimos. Desde los doce años había empezado la pasión á turbarle con sus sueños oscuros, ardientes y dulces. Siluetas de sueños más bien que sueños, cuyo recuerdo no puede ser completo, pero que hace ruborizar y enciende la sangre; pasión vaga, tormentosa, infinita, que aún no exige cosas visibles, pero que enerva las facultades en la hora en que deben disten-

derse con arranque vigoroso y flexible....

Durante los años que siguieron, el joven no dejó ver la tempestad interior que le torturaba, más que por fugitivos relámpagos. Había en él, como en su voz (la voz que se tiene á esa edad), alguna cosa del hombre que se desborda repentinamente por encima del niño. Indudablemente hubiese estado, como todos lo estuvieron en aquella época (1845), enfermo con el sufrimiento inherente á ella,—terrible lugar común de entonces, en las almas como en la literatura, y del cual el *René* de Chateaubriand fué la idealización más completa,—si su posición especial no le hubiese librado de tales agitaciones sin objeto, y no hubiese dado una fisonomía más humana y más real á sus pasiones.

La condesa Iseult de Scudemor, á cuyo lado pasaba su vida, se apoderó harto temprano de todos sus pensamientos, y por más que tuviese para con él la gravedad de una madre, es lo cierto que una madre no hubiera podido hacer germinar de tal modo la adoración y el respeto. Indicio del primer amor que comienza á lucir en la noche de nuestros corazones, el brillo que despide escapa á todas las miradas. Hasta entonces la imaginación era la única que se hallaba comprometida. Era una luz tímida y pura que creía seguir; un astro que

se levantaba sonriendo á un horizonte inaccesible; un amor místico digno de la musa,—pero el rayo no rozaba aún la frente de Galatea.... y solamente cuando corrió como un torrente de lava sobre el mármol de su pecho, se animó su frente y exclamó: «Yo.»

Pronto llegó el tiempo en que este niño dijo también, como Galatea: «Yo.» La escasa paz de que gozaba á intervalos la perdió por completo, y no se contentó ya con el culto desinteresado con que se había satisfecho tanto tiempo, esa adoración muda que no pide que su manifestación, al escaparse de su pecho por casualidad, le sea devuelta y correspondida; el poeta se borró, como siempre, en la realidad de la pasión. En el altar á que se complacía en llevar sus ofrendas, la naturaleza humana le inspiraba el deseo de un sacrificio menos puro.

Entonces llegó á tener miedo de sí mismo. Tuvo miedo de un sentimiento cuyas exigencias eran cada día más imperiosas. Hombre prematuro por las facultades sensibles, era un niño por la voluntad. Soportaba con pena la peligrosa educación de un tiempo escéptico y lleno de pedantería, que dejaba abandonado el carácter á sí mismo, y sólo se ocupaba de desarrollar el espíritu.

Sus maneras cambiaron enteramente, lo

mismo que sus costumbres, y una espantosa tristeza se apoderó de todo su ser, arrebatándole hasta su sonrisa. Pasaba los días enteros sin mirar los libros, en una soledad terrible, y entregado á una ociosidad llena de peligros, tanto, que la señora de Scudemor tuvo razón cuando le dijo en el jardín:

—«¿Sabéis, Allán, que me tenéis sobrado inquieta?»

III.

Algunos días después de la escena del jardín que da comienzo á esta narración, se hallaba la condesa de Scudemor sentada en un sofá en la habitación que ocupaba exclusivamente en los Sauces, envuelta en un amplio peinador blanco, flotante desaliño que dejaba adivinar á través dela ligereza de sus pliegues las líneas y contornos de un talle mórbido y elegante, que el tiempo había respetado, como compensación á los muchos encantos que había desvanecido.

Era la hora del día en que las señoras preparan su tocado antes de la comida, y en que una señora que está en el campo se halla completamente libre. La Condesa parecía muy agitada. Pensamientos, presagios de tempestad nunca vistos en el cielo sin nubes de su frente, pensamientos sumamente penosos, parecía que la atormentaban. Conocíase que en su alma tenía lugar alguna lucha, lucha terrible, que debía concluir por tomar una resolución; pero

el tomar una resolución no siempre es haber vencido.

Allán entró en la habitación, trémulo y como oprimido por el perfume que impregnaba aquella cámara donde ponía el pié por primera vez: tanta era su turbación, que tuvo que apoyarse en un mueble.

—No permanezcáis de pié; sentaos,—le dijo, designándole con la mano una silla, cerca del sofá donde ella se encontraba, grave y fría como el mármol.

La hermosa cabeza de Allán casi tocaba el hombro de la señora de Scudemor; pero no podía verla más que de perfil:

—Os he hecho llamar (siguió diciendo), porque tenía necesidad de veros solo: es preciso que hablemos seriamente de cosas graves y dolorosas.

La introducción era solemne. Al hablar, movía entre sus dedos una flor de heliotropo que había arrancado de las preciosas macetas blancas que adornaban su ventana. Aquella flor tal vez hubiera podido decirnos el sentimiento que la había desprendido de su tallo con la crispación de una mano distraída. Su voz tenía ecos más velados aún que de costumbre, y resonaba en las profundidades del corazón de Allán como una piedra lanzada en un foso.

—Al dejarme el otro día tan bruscamente,

rehusando responderme (prosiguió, después de un momento de silencio), ¿creéis que no me habéis dicho todo lo que queríais callar? ¿Creéis siquiera que me haría falta una respuesta para saberlo todo? Podéis engañar con facilidad á Camila; pero á una mujer, y á una mujer de mi edad, ¿creéis, Allán, que eso sea posible para vos?....

Detúvose entonces, sin volver la cabeza, sin mover los ojos, con la eterna nobleza de actitudes que jamás perdía, jugando siempre con el heliotropo, que impregnaba con sus perfumes sus afilados dedos.

Tanto por la alegría de haber sido comprendido por ella, como por el temor de lo que iba á seguir, Allán había enrojecido hasta lo blanco de los ojos. Misterioso carmín del sentimiento, molido no sabemos en qué paleta divina, ¿quién podría enumerar las indecibles confusiones diferentes reveladas por la suavidad de tu color?....

—Pero he obrado con ligereza (añadió). No he debido pediros una confesión. Entre nosotros toda confidencia es imposible, y he resuelto evitárosla.

Callóse durante un segundo, y pareció recogerse en sí misma.

—Allán (dijo por fin), vuestra imaginación y vuestra edad son las que os han extraviado

hasta ese punto. Es preciso culpar á vuestra edad y á vuestra imaginación, que os atormentan la vida desde tan temprano, y no á mí, que sería muy bien vuestra madre. Así es que tengo la esperanza de que esta locura cesará muy pronto. Por otra parte, mañana seré vieja enteramente, y podréis hacer comparaciones que me rebajarán tanto como hoy me elevan en vuestro espíritu. El amor de un adolescente por una mujer que ha vivido casi la mitad de un siglo, debe ser el menos largo entre los más cortos.

Aquí hizo una nueva pausa, midiendo sus palabras con tanto cuidado como le medía el corazón.

—Pero sea de esto lo que quiera, hijo mío, es menester que nos separemos.... Volveréis á vuestra universidad en Inglaterra. No quiero volver á veros hasta que estéis completamente curado de ese inconcebible capricho, que tal vez concluiría por haceros desgraciado. Cuando hayáis recobrado la calma, cuando hayáis entrevisto que vuestra necesidad de afección puede ser satisfecha por mujeres tan ricas de juventud en el corazón como de belleza, me volveréis á encontrar vuestra amiga de siempre, y el tiempo se habrá encargado, bien á mi costa, de hacer imposible la reincidencia.

Y se calló tan naturalmente como había

hablado. ¡Había sido muy razonable!.... La pobre flor que tenía entre sus dedos se había secado, y la arrojó. Había empleado en herir á una criatura con su acento lleno de afecto, el mismo tiempo que en destruir una creación bajo el dulce frotamiento de sus dedos.

Parécenos que no era posible acusar de hipocresía á aquella mujer que se sabía amada, y á pesar de ello tomaba semejantes aires de maternidad y de razón con el desgraciado que la adoraba. ¿No hubiera podido adivinarse una gran cantidad de orgullo en aquellos alardes de vejez, cuando todo en ella hacía olvidar su edad? Extraña comedia, y, si no lo era, vanidad de Diógenes, que se ostentaba á través de los agujeros de su capa.

Un hombre fuerte le hubiese quebrado la máscara, poniendo de manifiesto su alma ante él; pero Allán no era un hombre fuerte; carecía de los resentimientos que una pasión herida levanta en el corazón con su soplo huracanado. ¡Pobre perro, lamía la mano que le flagelaba! Cuando le dijo: «Es preciso separarnos,» aquella alma tímida é inocente no había encontrado más respuesta que las lágrimas.

Pero ¿hay quien pueda comprender la magia de las lágrimas para una mujer?.... Que corran silenciosas, frías ó tibias, es lo de menos,

porque siempre se asemejan á uno de esos ríos que arrastran consigo los diques del corazón. Para estos seres dotados de una piedad divina, siempre hay sangre del corazón en la menor lágrima que se derrama á sus piés. Los grandes seductores lo saben, y su principal poder está en saber llorar. Don Juan y Lovelace lloraban. ¡Terrible poder el de esas sirenas! Pero Allán no era ni don Juan ni Lovelace. No era entonces, ni lo fué tampoco más adelante, uno de esos cocodrilos de la seducción, cuyas lágrimas atraen para devorar. Estaba en la edad de la vida en que siempre se camina con la verdad, y no tenía más que el llanto involuntario del niño. Hubiera podido tomársele por una joven, por la hermana mayor de Camila, á quien su madre infligiera el castigo de disfrazarse de niño.

La condesa de Scudemor no se hallaba ya, por su parte, en la época de la existencia en que la simple vista de una emoción nos conmueve. Y, sin embargo, aquella persona tan fría no pudo resistir la elocuencia de aquel silencioso llanto y de aquella desesperación tan resignada. Le atrajo á sus rodillas delante de ella, y lentamente le enjugó las lágrimas con su mismo pañuelo perfumado, careciendo de valor para volverle á repetir que era necesario marchar.

—¡Ah! (exclamó.) ¡Esto es lo que yo temía con tanta razón!

Y después de haber reflexionado bastante rato, añadió:

—Vamos, no os desesperéis; permaneceréis cerca de mí.

Y al decir estas palabras, le estrechó con sus rodillas, entre las cuales le había colocado.

De esta manera él aspiró en los pliegues del peinador, donde habían caído sus lágrimas, aquellas mismas lágrimas, bebiéndolas como un néctar delicioso, porque se habían templado en la tela al contacto del cuerpo que ocultaba.

Poco después la señora de Scudemor volvió á tomar su aire maternal, y habiendo hecho que Allán se sentara á su lado en el sofá, le dijo:

—Pero si permanecéis aquí, quiero, Allán, que me prometáis obedecerme en todo. ¿Me lo prometéis?

—Sí,—replicó aquel niño, que tenía menos vello en su labio que la mujer que le interrogaba, con el mismo tono que responde una niña inocente el día de su casamiento.

—Pues bien, Allán (insistió): quiero que renunciéis á la soledad en que pasáis los días. Tenéis que renunciar á la vida ociosa y aislada por que tanto anheláis hace algún tiempo. Este año hay mucha gente en los Sauces, y

entre esas personas hay algunas jóvenes de vuestra edad: en lugar de huir de ellas, como habéis hecho hasta aquí, quiero que permanezcáis con nosotros en el salón, después de haber ocupado el día en estudios que os distraigan de una preocupación que os absorbe demasiado. Y cuando vuestro espíritu no sea capaz de una atención sostenida; cuando la turbación de vuestra imaginación sea demasiado grande, venid á buscarme, porque ya veréis, mi pobre enfermo, que soy menos peligrosa para vos de cerca que de lejos.

—¡Oh! Si amaba tanto la soledad (respondió Allán con la triste ternura de un corazón consolado), es porque no tenía nadie que se interesara por mí, y temía....

Á estas palabras vaciló.

—¿Qué temíais?—le preguntó ella.

—Que os burlaseis de mí (dijo Allán); y Dios sabe que no existe la menor vanidad en lo que os digo. Yo no hubiera podido aborreceros, pero conozco que hubiera sido mucho más desgraciado.

—Y si yo me hubiera burlado de vos, Allán (dijo, con el escepticismo de una incredulidad encantadora, vibración femenina que repercutía en las cuerdas de un instrumento sonoro), ¿no hubiera sido mucho mejor?

Sin embargo, no osaba asegurar lo que de-

cía, porque temía, en lo íntimo de su conciencia, que no decía la verdad al pronunciar estas palabras. Y, en efecto, ¿cuántas mujeres podrán citarse que después de los treinta años se rían del amor que inspiran en los corazones, por más que los suyos sean los más ínfimos de la humanidad? Una joven tiene crueldades inocentes; en su inexperiencia, es como el niño que pica los ojos á un pájaro con un punzón. Pero una mujer que ha bebido ya las tres cuartas partes del cáliz de amargura de la vida, no arroja con desprecio la gota de miel que queda en el fondo, por una de esas casualidades que hacen á los impíos creer en Dios, y la señora de Scudemor acababa de demostrar que lo sabía.

Hablaron de esta manera mucho tiempo: ella siempre madre, es decir, grave y tierna; él enamorado, tímido, ¡pero con una timidez tan confusa! Ella le imponía una vida más activa, más exterior, como si la voz de la mujer amada pudiera hacer extinguir el amor que se la profesa, y él, diciendo á todo que sí, sin resentirse, aunque veía claramente que había en su corazón mil imposibilidades para obedecer. Encantadora conversación, entrecortada por momentos de silencio, y mantenida á media voz, porque en las interioridades de las cosas del alma, esta Eva tiene un pudor tan

exquisito, que procura añadir á su velo cuantos objetos cree que pueden servirle para encubrir su secreto.

—Está bien (dijo al fin, con la sonrisa de un escultor cuyo primer golpe dado con el cincel ha sido afortunado); está bien: yo os prometo que os calmaréis muy pronto.

Y como lo hubiera hecho con Camila, á lo que parece, porque nadie puede alcanzar otra cosa que contradicciones en las tinieblas del alma de una mujer, aplicó los labios á la frente de Allán en un beso tan largo, como si no fuese desinteresado.

De aquellos labios pálidos y helados surgió un mar de escarlata en las mejillas del joven. Es preciso haberlo experimentado en sí mismo, para conocer los movimientos locos y sobrehumanos que se sublevan en nuestro ser cuando se quisiera—¡esfuerzo inútil!—recoger en los labios el beso perdido que se ha dado en nuestra frente.

—Haces mal en besarlo, mamá (dijo Camila, que entraba en aquel momento con un ramo de pensamientos en las manos). Si le quieres, es que no quieres ya á tu pobre Camila. ¡No sabes de qué manera me abandona ahora! En otro tiempo, no era fácil que me hubiera dejado coger sola un ramillete tan grande como este.

Y con su viveza natural se arrojó para sentarse en el sofá entre su madre y Allán, volviendo á éste zalameramente su redonda y graciosa espalda. Puesta de aquella manera, con la cara roja por el calor de las cuatro de la tarde, que parece que no tiene agujas como el del mediodía, las manos sin guantes, la boca entreabierta, pero sin sonreir; con su bata blanca, tan corta, que dejaba ver sus lindas botinas hortensia, cubriendo unos menudos piés que se agitaban continuamente, seria como las flores que tenía en la mano, se asemejaba á una esperanza y á un presentimiento reunidos, punto de intersección entre la primera florescencia de la juventud y la primera ilusión marchitada, vertiente entrevista de la colina, edad en la que sería una dicha permanecer siempre.

Había colocado detrás de la oreja, entre sus cabellos de un rubio que el sol había oscurecido, una rosa encarnada, en cuya corola se había dormido una abeja cansada, que había perdido su aguijón: presa que había conquistado, sin saberlo, en sus combates contra los insectos y en sus carreras por el jardín con la cabeza descubierta.

—Es menester que hagas las paces con Allán, querida niña (dijo la señora de Scudemor, espantando con el pañuelo que Allán ha-

bía humedecido con sus lágrimas, la abeja separada de la rosa, donde reposaba en su lecho de púrpura). ¿Quieres seguir encolerizada con él? ¡Ha sido siempre tan amable para contigo! ¿Dices que te abandona? Pero si hace algún tiempo que sufre por cualquier motivo, ó se halla demasiado ocupado para mezclarse en tus juegos, ¿es ese motivo suficiente para guardarle rencor?.... Por otra parte, yo te conozco bien: si Allán no se ha ocupado tanto de ti, probablemente será porque tú le has hecho incomodar, y, lejos de procurar atraerle, te has separado de él cada vez más, y de ese modo las injusticias no llegan jamás á olvidarse.

—¡Oh! Ya tomas tú aire severo, mamá (respondió la niña). Te aseguro que toda la culpa es de él.

Y su voz temblaba como cuando se va á llorar.

—No te riño, hija mía (replicó la madre, acompañando sus palabras con un gesto afectuoso). Únicamente que no quisiera que fueses injusta ni vengativa. Te exijo que des un beso á tu amigo, y que todo quede concluído entre los dos. Sois ambos unos niños.

Camila, dichosa en obedecer, se volvió con la fogosidad que hacía todas las cosas aquella niña de sensaciones tan ardientes, y con una

inocencia apasionada se arrojó al cuello de Allán, que se había quedado mudo y sombrío, y se había mordido los labios hasta hacerse sangre, al oir las últimas palabras de la señora de Scudemor: *Sois los dos unos niños.*

La besó; pero de muy mala gana.

—¿Seríais vos también caprichoso, Allán? —dijo, fijando en él una larga mirada.

¿Había visto de repente, con la extremada perspicacia de la mujer amada, la profundidad del sentimiento que inspiraba en aquel joven corazón?

IV.

Corrían los días; pero ya Allán no los pasaba en la sombra furtiva del jardín ó en las orillas lejanas del río, teatros favoritos de sus paseos, mientras que el salón de la Condesa rebosaba con la alegría, las risas y los propósitos de las mujeres en él reunidas. Estaba seguro de ser visto por ella, de ser adivinado en todos sus pensamientos.

La irritación contra la mujer amada, esa injusticia que tiene sus raíces en el mismo sentimiento que se experimenta porque no sea adivinado el amor, ese mentís perpetuo al deseo lanzado por la misma que le inflama, no le arrojaban de la sociedad con el despecho de la pasión obligada á ocultarse, porque las pasiones maltratadas son las que nos inducen siempre á buscar la soledad.

Allán apenas se separaba de la señora de Scudemor; pero ¿tenía ésta motivo para quejarse? ¿No se lo había mandado ella misma?

Por más que al hacerlo hubiese adoptado el lenguaje de la experiencia, el joven no podía dejar de sentir una vaga esperanza unida á todos sus pensamientos. Y, por otra parte, la pasión presenta muchas veces astucias tan modestas en sus votos, que hacen estremecer aun á los más avezados, por las consecuencias de tal hipocresía ó por la sinrazón de nuestros sentimientos.

Allán era dichoso con el misterio que había entre la Condesa y él. Desde el día que tuvo lugar la conferencia, y á pesar de las desconfianzas de su carácter (todas las grandes imaginaciones son desconfiadas), llevaba la vida con más conformidad, entregándose por algún tiempo á la admirable fatuidad de la juventud, que confía en todo sin cuidarse para nada del porvenir. Respondía con la torpeza de un sentimiento verdadero á las chanzas dulcemente burlonas de las mujeres que habían venido de París á pasar el verano en el castillo de los Sauces, y que habían visto con extrañeza el cambio verificado en el humor de aquel hermoso joven, al que hubieran deseado ver que pensaba más en ellas. Pero á los ojos de éste, no había ninguna que pudiera sostener la comparación con la señora de Scudemor, á la que, en el orgullo de su belleza y frescura, calificaban todas de *pasado*, y á los piés de la cual, sin

embargo, ponía todas las primaveras humilladas.

Se ha visto que lo que caracterizaba el amor de Allán á la Condesa era una excesiva timidez. Cuanto más había crecido este amor, menos familiar se mostraba el joven con la mujer á cuyo lado había pasado la infancia. Amor verdaderamente joven es el que se traduce por los temblores del respeto. La timidez, que no es más sino la emoción perpetua que produce en nosotros la intuición de la belleza que nos cautiva, se aumentaba en Allán por muchas circunstancias accesorias, que modificaban en gran manera su posición con respecto á la mujer amada.

Las mujeres que no viven más que para el amor, tienen razón en mostrarse orgullosas cuando son bellas, porque la vergüenza de la naturaleza espiritual del hombre se halla escrita en las impresiones ardientes y deliciosas que nos conmuéven cuando son causadas por su adorable hermosura. Pero si esa belleza ha muerto ya ó va á morir, atacada en su fuente más pura; si (¡casualidad extraña!) vamos á buscar lejos de nosotros un alma que amar con todas las aspiraciones de la nuestra; si es á una flor marchita, destrozada por el pié de un hombre, sepultada en el polvo, á la que sonreímos con la primer sonrisa de nuestras

corolas entreabiertas, una multitud de hechos poco comunes, agrupándose á su alrededor, hacen este amor extraño cien veces más temible.

La juventud es un hecho que ocupa su lugar en la vida. Cuando la existencia entera está en el porvenir, el pasado es desconocido por completo. Un alma que ha vivido ya su vida, es un misterio mucho más formidable que la que comienza á vivir, para el que tiende en la misma bahía de la adolescencia, su blanca vela al viento que se levanta. ¡Ah! ¡Con qué ardiente y soñadora curiosidad se mira este buque procedente de lejanas riberas, que ha surcado tantas ondas y tan amargas! ¡Qué divina nos parece esa mujer á través de su mortal palidez, solamente porque se diferencia de nosotros por todo un pasado impenetrable! Es un Dios oculto el que se adora en ella, y jamás nos hemos visto tan cortados como en su presencia al lado de las vírgenes más encantadoras.

Y la imaginación, raíz de todas las pasiones, encuentra su pasto en estas locuras incomprensibles. No creáis que hay en el amor del adolescente por la mujer envejecida algo más gloriosamente inmaterial que en todo lo que lleva el nombre de amor. Por cambiar de objeto, la pasión no cambia de naturaleza; y

siempre tiene su causalidad y su objeto en el fango de nuestra carne, círculo cuyos dos extremos se juntan y confunden no se sabe dónde....

Y por otra parte, la hermosura que se ama y se prefiere es un secreto que la imaginación guarda siempre. Cabellos grises por los años, sobre un cuello que ha perdido la morbidez y el pálido azul de sus venas; ojos cuya llama se concentra en lugar de irradiar bajo sus párpados, como si el corazón hubiese absorbido en sus áridas arenas las olas de luz y de lágrimas que en ellos tenían su asiento; boca cuyo aliento no es fresco, sino ardiente, ¿no hay en todo esto tanta voluptuosidad como en las eflorescencias de la juventud? ¿No se diría que el alma, como la naturaleza, hace florecer en las ruínas sus flores más hermosas? Y la imaginación más ardiente, ¿no llega en todas las cosas á lo que otras imaginaciones menos ricas tienen el atrevimiento de llamar una depravación?....

La edad de la señora de Scudemor, que ponía toda una vida entre ella y Allán, podía ser una de las causas de la timidez de éste; pero evidentemente no era la única: existía otra más íntima. La mayor parte de las pasiones fuertes sacan su poder de los contrastes. Rompen violentamente la unidad humana: por

ejemplo, los caracteres más despóticos son los más humildes en amor, llevándoselos donde se quiere: los demás no sacrifican más que su vida; pero ellos sacrifican su voluntad: ¡magnífica abnegación si lo fuese verdaderamente, si no fuera el goce más embriagador que existe! ¿Quién no ha comprendido el capricho de Catalina II, que deseaba ser golpeada por su amante? Y no creáis que era una prueba de bajeza de sentimientos en la Emperatriz esa exigencia humillante, no. No es fácil explicar la felicidad suprema, inesperada, que se encuentra en ese movimiento, en sentido contrario de las leyes que rigen á los corazones altaneros, y que hace á los más altivos caer de rodillas y besar con humildad los piés de una criatura miserable.

Allán experimentaba este sentimiento: niño mimado, tenaz, imperioso, encontraba un placer desconocido (y estos placeres son los más vivos) en someterse, en humillarse, en arrastrarse á los piés de la señora de Scudemor, y el placer de ser dominado por ella hacía más turbulentas aún las impresiones que se dirigían á sus sentidos y los inflamaban hasta el delirio.

La vida del campo en su compañía, muelle y perezosa; el *far niente* del sofá y del musgo, de paseos y de conversación indiferente, llena

de silencios expresivos, es la existencia más peligrosa. Si las jóvenes nos hicieran con franqueza sus confesiones, es seguro que, al hablar de esto, enrojecerían sin saber por qué.... Probablemente el perfume de las lilas, de los jazmines, los ardores del mediodía y las frescuras de la noche que allí se respiran, son las que les producen esos rubores repentinos que no se atreven á explicar.

Cuando se está con la cabeza inclinada sobre la labor, con los cabellos rizados que ondean haciendo una grata sombra en las manos que bordan al mismo tiempo que ocultan el rostro, y se siente llenarse el pecho al oir el canto de un pájaro, experiméntase un encanto indefinible, del que cuesta un sentimiento real tenerse que desprender; es una novela triste, en la que la imaginación se complace con ternura.

Cuando se está, como se encontraba Allán, sumido en esa Capua de un hermoso estío pasado en el campo, y un amor profundo se ha apoderado de uno por la primera vez; cuando *aquella* á quien se idolatra está allí, hermoseando con su encanto todos los accidentes de esa vida dulce, la felicidad no puede describirse; pero Dios no ha querido que fuese posible resistirla.

El que esta felicidad goza, como Allán la

gozaba, siente abrirse en su alma la magnífica flor que en ella ha sembrado, respirando un aliento embalsamado de mujer. Se cree que ese aire en el cual se sumerge con estremecimientos voluntarios todo su ser, llevará el polen de esta flor oculta á la que se adora en silencio. Tiernas ilusiones, confianza supersticiosa en la naturaleza, fecundación del alma por el alma, sueños frágiles del primer amor: ¿por qué se compone de estos elementos divinos el mal desconocido de la vida?

¡Ay! Allán no había sentido esta deliciosa fase del amor más que imperfectamente. Sólo la había adivinado. La mujer que amaba no ignoraba su pasión; ¿no se lo había dicho ella misma? Le había comprendido; pero al decírselo no había destruído los deseos contenidos y las dudas de los primeros instantes. Hacía mucho tiempo que semejantes dudas y tales deseos contenidos, no existían en aquella alma, que vivía demasiado de prisa.

No hay nada que pueda compararse, en las felicidades de todas las pasiones que vienen después, con la poesía del corazón al despertar á la impresión misteriosa del día que va á seguir.

El hombre insensato no lo cree; pero de toda la felicidad del pasado, es el único momento que se echa de menos, y que queda santificado

en medio de los recuerdos más puros profanados.

Allán no había obtenido ni aun la embriagadora confesión que no se paga con nada, sino solo una piedad estéril; y sin embargo, la burla que él temía se le había evitado, y esto le sostenía.... Por otra parte, á la edad del joven, cuando la pasión tiene delante de sí todo el porvenir, el deseo es más bien una voluptuosidad que un sufrimiento, y los sentidos se alimentan con la contemplación lo mismo que el corazón.

Cuanto más crecen las pasiones, más tienden á la realidad, se materializan más. El platonicismo no es nunca más que el principio del amor. Allán no soñaba, contemplaba; pero contemplar es la embriaguez. Veía á la señora de Scudemor en los detalles insignificantes de la vida íntima, más perturbadores todavía que las poéticas adivinaciones del pensamiento. Su presencia aventajaba á los sueños y á los recuerdos, y aun dejaba muy atrás á la imaginación.

En cuanto á ella, repetíase por lo bajo lo que había dicho á Allán en voz alta. Su razón aventuraba algunas veces un reproche; pero le atenuaba diciendo que todo ello no era más que una locura, que sería peligrosa ciertamente en una joven de la edad de Allán, por-

que las impresiones de las mujeres son más profundas que las de los hombres; pero que pasaría muy pronto, demasiado pronto tal vez, sin necesidad de verse obligada á emplear medios violentos.

¡Una locura! Palabra que pronuncian todas las incrédulas de cuarenta años, palabra orgullosa, pero llena de una sabiduría de las más vulgares.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que una hipótesis terrible tenía alarmado su espíritu y espantaba su conciencia. ¿Si el amor de Allán no fuese lo que ella creía?.... ¿Si en vez de ser un entusiasmo efímero se convirtiera en una de esas pasiones devoradoras que debiera más tarde destruir el destino del joven, tan hermoso, tan espiritual, tan lleno de generosidad?.... Y resolvió salir de dudas á cualquier precio, á pesar de la timidez del enamorado Allán.

Desde el día que la había motejado de caprichosa, había estado mas cariñosa con Camila: ¿quería impedir con ello que la niña advirtiese la frialdad de su amigo? Si hubiese sido una coqueta, una de esas mujeres henchidas de vanidad que gozan en ver palpitar y sangrar bajo el nácar de sus sonrosadas uñas un corazón que se proponen devorar más tarde, se hubiese creído que quería estudiar en

el joven el efecto de la ternura inesperada que mostraba por su hija.... Era indudable que tenía un motivo para conducirse de aquella suerte; pero ¿quién podría, excepto ella, dar la razón de los cálculos que había formado en el sagrado de su intención aquella mujer incomprensible?

V.

ALLÁN Á LA CONDESA DE SCUDEMOR.

«Vos, señora, que habéis adivinado una vez lo que pasaba en mi interior, ¿no podríais comprenderlo otra? ¿No sois la criatura superior que yo imagino? ¿Sabéis lo que me impele á escribiros? Y si lo sabéis, ¡ah! ¿por qué obráis de esa manera tan incomprensible y cruel á un mismo tiempo? Escuchadme:

»Habéis conocido que os amaba; pero eso no era muy difícil. El amor que yo siento en mi pecho iluminaría los ojos de un ciego, y vos sois mujer, y habéis pasado la edad de la juventud, dos razones poderosas para que no podáis desconocer los tormentos de que sois la causa.... Os habéis equivocado, sin embargo, señora. Habéis creído que mi amor era sólo un capricho de adolescente, una flor de primavera que moriría á la caída de las hojas, algunas gotas más de sangre en mis venas; y si habéis dicho verdad cuando me hablasteis, es un error y una humildad por los cuales os

admiro, porque entonces sois una excepción entre las demás mujeres, y siempre es bueno ser una excepción. Solamente que es preciso que los hombres os hayan dado el derecho de tratarlos con una superabundancia tal de desprecio; es menester que los sentimientos elevados os inspiren una desconfianza horrible para haber sido tan impía con mi amor.

»¡Ay, señora! Ignoro absolutamente vuestro pasado; ignoro todo, excepto que os amo hasta la idolatría. Vuestro pasado.... ¡ah! vuestro pasado no tiene nada que ver aquí, ni yo quiero ni debo invocarle. Pero vos, señora, ¿queréis hacerme que lo maldiga, y que lo maldiga en la personificación más querida que os queda, en vuestra hija, que ha dejado de ser la compañera querida de mi infancia; vuestra hija, que ya no es Camila para mí, sino vuestra hija y de *otro;* vuestra hija, que conseguiréis hacerme aborrecer?

»Es indudable que lo que os escribo os causa admiración, señora, puesto que he dicho que no me ocuparía de vuestro pasado. ¡Oh! ¡muchas veces, al imaginármele, he sentido mi corazón destrozado por las punzantes garras de los celos, de unos celos necios, absurdos, pero implacables! Y he tenido suficiente fuerza para sufrir en silencio estos celos horribles, para ocultarlos, para sofocarlos, apagán-

dolos en el fondo de mi pecho. Me han mordido, lacerado, desgarrado; pero, vertiendo sangre del corazón, he podido sujetarlos. ¿Qué tenía yo que reprocharos? Nada. ¿Qué podía yo temer? Nada. Verdaderamente es una demencia. ¡Cuántas veces, sobre todo de algunos días á esta parte, viendo mi pálida frente y mis ojos amoratados, me habéis dicho con ese tono de madre que tanto daño me hace y que nunca abandonáis para conmigo: «Mi pobre Allán, os estáis haciendo mal.» ¡Dios del cielo! ¿Creéis tal vez que embriagáis el cuerpo del adolescente y que no torturáis el corazón del hombre? Si tal habéis creído, si no habéis pensado en los destrozos que puede hacer en un alma apasionada la idea de un recuerdo, de un solo recuerdo, que no es para ella.... ¡ah, entonces estáis completamente ciega!

»Nunca, señora....; nunca os habría hablado de estos celos, si no los hubieseis aumentado últimamente, tal vez sin saberlo.... ¿Sin saberlo?.... No es posible: tenéis demasiada inteligencia; está bien visible en vuestra frente la señal de la ciencia de la vida y de sus agonías, para que no supieseis lo que yo sufría y qué era lo que me hacía sufrir.... Sin embargo, ¿no os habíais engañado ya en lo que respecta á mi amor? ¿No habíais creído que era una niñada, la cual mi imaginación conver-

tía en un sufrimiento? ¿No podíais volver á engañaros? Esto es lo que yo me decía; pero he sorprendido en vuestra mirada, fija muchas veces sobre mí con una expresión tan singular; he visto tan bien y he comprendido tan mal, que no puedo menos de suplicaros á vos misma que me digáis lo que debo pensar de vos. Bien veis, señora, que no hablo más que del presente, sin ocuparme para nada del pasado.

»Cuanto más os amo, señora, tanto más me alejo de Camila, de esa pobre niña á quien yo amaba como se ama á una hermana. En los primeros momentos de este amor que habéis adivinado, equivocándoos en cuanto á su poder, encontraba una semejanza vaga, lejana, indefinida, pero deliciosa, entre su rostro y el de su madre. Si hubiese sido menos inocente, tal vez los besos que en nuestros juegos le daba en los ojos, hubieran turbado su reposo. ¡Soñador insensato, amaba á Camila porque era vuestra hija! Os veía en mi imaginación cuando erais de su edad, y me hacía, con el pensamiento, el compañero de los juegos de vuestra infancia, experimentando un placer indecible á la sola idea de tutearos. ¡Ah! estas delicias me hacían culpable, pero sin cómplice alguno, no tengáis cuidado. La pobre niña, ignorante de todo, no sentía nada de los ardo-

res de mi pasión, preservada con el amianto de su inocencia. Sentada en mis rodillas, después de largos paseos que dábamos juntos, hallábase tan sencilla y tan alegre como cuando se sentaba en las vuestras. Yo me callaba y miraba sus ojos, creyendo ver los vuestros en ellos; y besaba sus cabellos con entusiasmo, sus cabellos impregnados tal vez en el mismo perfume que se exhala de los vuestros.

»Preguntábale si os amaba mucho y en qué sitio la habíais besado aquella mañana, para buscar un vestigio de la caricia maternal en su rostro resplandeciente de frescura, tan tranquilo como puro, y ella, acostumbrada á mis caricias, me decía, como hubiera podido decíroslo á vos misma:—«Besadme en los ojos para curármelos, porque el azul del cielo les ha hecho mucho daño, de tanto mirar al aire, para poder recibir el volante en mi raqueta cuando jugábamos.»

»Después que habíamos corrido mucho tiempo por el jardín detrás de las mariposas, la tomaba en mis brazos y la llevaba en ellos, sintiendo la frescura de su cutis á través de la batista, cuando rodeaba mi cuello para afianzarse, y me decía que era vuestra carne, que la sangre que circulaba por ella era vuestra sangre, y cerraba los ojos para entregarme, mien-

tras la llevaba abrazada, á una voluptuosidad indecible.

»Pero estos momentos fueron de corta duración. El encanto huía á medida que mi amor á vos se acentuaba más. La niña no podía reemplazar á la mujer. *Era el pájaro burlón y no el ruiseñor*. Jugaba todavía con Camila; pero en nuestros juegos no encontraba ya el encanto que antes. La pobre niña venía á buscarme bajo los sauces á la orilla del agua, donde yo pasaba los días pensando en vos, á quien acababa de ver en el salón, sentada ó de pié, y soñando por un tiempo indefinido, sin querer interrumpir mi sueño más que para volveros á ver. Con el corazón y los ojos henchidos de vuestra imagen, quería veros también en Camila.... pero su delgada cintura, sus formas de niña, sus carcajadas.... ¡No, no erais vos, vos tan imponente, tan grave; no, no erais vos, lo sabía!.... ¡Locura del corazón! ¡Delirio terrible! Su mirada, reflejo lejano de la vuestra, la encontraba demasiado húmeda. De este modo me separaba de todo lo que había idolatrado, porque mi amor había crecido mucho más de prisa que la niña, y la encontraba muy atrevida al querer parecerse á vos, á vos, en cuyo seno se agita de lleno la vida, como el mar en una playa que va á abandonar. ¡Pobre estrella, de la cual el sol de mis desvaríos des-

vanecía el resplandor, por más que el resplandor de la una y el brillo del otro estuviesen hechos ambos de la misma luz!

»Este sufrimiento imaginario, del que Camila era la causa involuntaria, duraba hacía algún tiempo, cuando un día, que habíais sido más terrible que nunca con mi pobre corazón; un día que brillasteis más que todas las jóvenes que habían venido á pasar el verano en los Sauces, y cuya hermosura había yo oído ponderar, Camila, aturdida y alegre, vino á turbar mis sueños bajo el sauce en que me había refugiado; tenía una flor, una abeja, ó no sé qué que enseñarme, y yo la traté como una niña: estuve brutal con ella. Desde aquel día lo he sido cada vez más. Es que una idea, una idea espantosa, empezaba á desgarrar mi corazón, profundizando en él cada vez más. ¡Os amaba ya, señora!

»Es imposible que no comprendáis la idea fatal que me ocurrió en el momento mismo en que me enjugabais los ojos con vuestro pañuelo, en el momento en que me permitíais quedar cerca de vos, creyendo, con vuestra experiencia funesta y soberbia, que el torrente de sensibilidad que se desbordaba sobre vos podría encauzarse para dirigirse cualquier día á otra criatura más joven; pero yo oculté esta amarga idea; la oculté en mi corazón, haciendo

para ello todà clase de esfuerzos. Débil y llorando ante vuestros ojos, no dejé traslucir nada en mis lágrimas, y no sospechasteis que el estudiante, el niño, el soñador, que lloraba sin consuelo sobre vuestras rodillas, os ocultaba un dolor capaz de destrozar el pecho á un hombre.

»Si ella hubiera muerto, señora, sé con qué valor la hubiese sepultado, cualquiera que hubiese sido el destino de mi amor, si desde el mismo día en que me obligasteis á reconciliar con Camila, á quien mi frialdad había alejado de mí, no os hubieseis extremado en colmarla de caricias delante de mí. Encontraba yo vuestra conducta extraña, inaudita, impenetrable, puesto que no podía explicarla más que empequeñeciéndoos, lo cual me era imposible de todo punto.

»Aceptaba de vos este castigo que me imponíais, en recompensa de no haberme separado de vuestro lado.... de que habíais consentido que os amara.... Pero esta mañana se os ha escapado una palabra, que ha concluído con mi valor. ¿Os acordáis del momento en que entrábamos en el salón, de vuelta de nuestro paseo á orillas del Douve?.... Habéis mirado á Camila, más animada que de costumbre por el calor y por el ejercicio. Su cara, quemada por el sol, estaba tan negra como el

terciopelo que adornaba su vestido: se había anudado su manteleta alrededor del cuello para preservarle de los rayos demasiado vivos del sol; y su sombrero ladeado y su corbata improvisada le daban un aire más varonil que de costumbre: la habéis mirado por mucho tiempo sin decir una palabra, y después habéis exclamado con entusiasmo, al mismo tiempo que la besabais y abrazabais: «¡Ah, cómo te pareces á tu padre!» Había tanto fuego en vuestro acento, tanta afección apasionada en aquella caricia repentina, tanta maternidad orgullosa en una y en otra, tantos recuerdos evocados repentinamente.... que me han dado la horrible certeza que hasta ahora sólo se me había ocurrido en relámpagos fugaces de duda, y he huído para no demostrar los terribles estragos que esta frase ha producido en mi corazón.

»He vagado todo el día por los alrededores del castillo, presa de las agitaciones más diferentes; tan pronto rebosando de ira, como llorando con la agonía más dolorosa. No he vuelto hasta que he tomado la resolución de escribiros. Reináis de tal manera en mi ánimo, me encadenáis tan fuertemente con sólo miraros, me siento tan pequeño en vuestra presencia, que tengo el valor de escribiros lo que no sería capaz de deciros.

»En esta carta, señora, no debéis ver un reproche; nadie puede reprender más que el que tiene derecho para ello; únicamente el vendido puede quejarse del traidor; pero yo ni tengo derecho ni puedo ser vendido por vos, puesto que vos no me habéis prometido nada; nada me habéis concedido, ni una esperanza, ni aun habéis creído en la duración del sentimiento que tengo por vos. ¡Oh, señora! ¡En verdad que soy muy digno de lástima! Pero vos, ¿no os creéis un tanto culpable? Al acusaros no hubiera sido solamente injusto, sino también insensato. Pero yo hubiera querido que, ya que habéis permanecido para mí digna y maternal, como su madrina con Querubín, me hubieseis elevado más en vuestro pensamiento, y, conociéndome más, me hubieseis concedido una compasión muy distinta de la piedad que os movía en el momento en que sollozaba á vuestros piés.

»¡Cuánto mal me habéis hecho, señora! ¿Por qué no me habéis arrojado de vuestra casa? ¿Por qué os habéis compadecido de mis lágrimas? ¿Por qué habéis tenido miedo de afligirme? ¿Por qué habéis aguardado á que mi amor fuese más grande, más fuerte, más ardiente para infligirme tormentos que no puedo soportar?

»Ahora que os he explicado algo, pero muy

inferior de lo que es, de qué modo os amo, ¿qué partido vais á tomar conmigo?.... No quiero colocarme como un obstáculo entre vuestra hija y vos; pero también ruego que no se me haga ser testigo de unas ternuras á que hasta ahora no estaba acostumbrado ¡Ah! La imaginación es algunas veces demasiado cruel, y no tenéis necesidad de añadir á los tormentos que causa con sus sospechas, los de una realidad horrible. ¡Por muy caritativa, por muy generosa, por muy magnánima que seáis conmigo, siempre seré bastante desgraciado!»

VI.

—Lo creía, pero no estaba segura de ello, —dijo, después de haber leído esta carta, expansión ardiente de una pasión prematura.

La señora de Scudemor acababa de arrojarse en el lecho, y en su preocupación no se había abrigado con la colcha de seda, que estrujaba con sus desnudos piés. Su ligero y blanco peinador de noche la envolvía en sus pliegues ondulantes. Apoyada en el codo, leía y volvía á leer la carta de Allán de Cynthry, y al mismo tiempo que la leía á la luz de su lámpara de noche, mordía con insistencia la rosada uña del índice de su mano izquierda; y su espaciosa frente estaba pálida, pero en su rostro preocupado no se revelaba la más mínima emoción interior, reinando á su alrededor la calma habitual.

El pliegue que cruzaba su entrecejo, parecido á una contracción, era solamente una cifra, pero una cifra terrible, la de la edad de la Condesa, marcada implacablemente sobre su frente,

en la que debía señalarse cada vez más.... Pero en sus magníficos ojos no se advertía ninguna otra expresión que la sombría de la edad que representaba. Por lo demás, Allán había visto la verdad. Camila tenía los mismos ojos: sólo que los de la niña brillaban con el fulgor húmedo que es tan dulce, y los de la madre con el fuego seco que es tan áspero.

Después de un cuarto de hora de inmovilidad y de cavilación, Iseult de Scudemor se levantó, metió sus piés desnudos en unas chinelas, se echó sobre los hombros casi descubiertos un abrigo de terciopelo que se hallaba en el respaldo de un sillón, y alumbrándose con la lámpara, se sentó delante de un precioso pupitre, cuya papelera abrió. En aquel momento estaba majestuosamente bella; había una armonía tan simpática y tan extraordinaria entre ella y la espléndida noche que la rodeaba, que el amor de Allán podía ser comprendido por los que la hubieran visto, por muy lejos que hubieran llevado su sensualidad. Las mujeres de cuarenta años solamente resplandecen á altas horas de la noche: los que no las han visto entre las doce y la una, no pueden explicarse el encanto de que gozan. La balada dice que «es la hora de los muertos.» La visión de la Juventud se aparece rosada y melancólica, más bella y más tierna que la vida, y salen

de la tumba por unos instantes, hasta que la aurora, al aparecer, sólo encuentra la palidez, el cansancio, las arrugas y la ruína, todas las venganzas del día que va á brillar, porque la mujer, humillada al fin, le ha eclipsado unos minutos siendo más hermosa que él.

Escribía. De cuando en cuando pasaba la mano pór sus cabellos, sin dejar por eso de escribir. Una puerta se había abierto en la habitación, y de repente una cabeza asomó por aquella puerta entreabierta.

—¿Estás enferma, mamá? (dijo Camila con su dulce voz, que resonaba con un timbre de una melodía deliciosa en el silencio de la noche.) He oído ruído y que andabas por tu cuarto, y he creído que podías tener necesidad de mí.

—No; gracias, hija mía. Vete á acostar, y ten cuidado de no tomar frío,—respondió la condesa de Scudemor, continuando en su escritura.

Cuando hubo concluído, cerró la ventana, después de coger un ramillete de jazmines de los que la rodeaban; volvió al lecho, y no tardó en dormirse.

Indudablemente era una naturaleza que cumplia sus leyes con lentitud y silencio, sin que la más mínima turbación, el menor estremecimiento, arrojara á la superficie de aquel

océano una emoción arrancada á los abismos del alma, un poco de espuma, un resto, ova desprendida de los peñascos que rodeaban á flor de agua su pasado, y cuyos más altos picos habían desaparecido, sin dejar un pliegue en la superficie de su vida reposada.

VII.

LA SEÑORA DE SCUDEMOR Á ALLÁN.

«¡Sí; tenéis mucha razón, Allán! ¿Por qué me habré enternecido al ver vuestras lágrimas? Solamente puede saberlo el que ha hecho el corazón de la mujer. En el último extremo ya de la vida, herida por los hombres y las cosas, avezada á la reflexión y al desprecio, me creía fuerte contra todo, y más contra el llanto que he visto derramar tantas veces con la hipocresía más abominable; y, sin embargo, vuestro llanto me ha impedido alejaros de mí. ¡Ah! la coraza de la mujer falsea siempre en la parte del corazón. Si hubieseis sido un hombre, es regular que no me hubierais inspirado compasión; pero, á vuestra edad nadie puede mentir: se dice la verdad, y decir la verdad es casi conservar la pureza. Es ser lo contrario de todo lo que yo he visto, y, me atrevo á decirlo, de todo lo que he amado también. Probablemente, por esta razón, es por lo que vuestras lágrimas me han enternecido.

»Además, mi piedad se ha aumentado todavía por la superstición del dolor. ¡He sufrido tanto, mi joven amigo, que el dolor es para mí una cosa sagrada! Parecíais tan digno de compasión, que no he querido aumentar vuestro dolor, y mi cálculo ha salido erróneo, puesto que al tratar de rehuir de mí la responsabilidad de vuestras lágrimas, atraía sobre vos una pena mucho mayor.

»Sí, me he equivocado; sí, he estado ciega, cuando vuestro amor me ha parecido únicamente un primer sentimiento y un resultado de vuestra edad, de vuestra imaginación arrebatada, y de las circunstancias en que estabais colocado. Ignoraba hasta qué extremo llegaba la profundidad de vuestro sentimiento.... que yo creía una preocupación pasajera. Acusadme, condenadme; os lo perdono: pero sabed que desde el día en que os vi acariciar á Camila con repugnancia, no he querido hacerme ilusiones acerca del sentimiento silencioso que se vendía de una manera tan terrible para el porvenir.

»Con el tiempo comprenderéis, amigo mío, por qué he rebajado vuestro amor hasta el punto de ser.... lo que no es. En todos los juicios de la mujer hay siempre algo de su pasado; y solamente en nombre de la piedad es como yo he ejercido la piedad. Ahora que ya no creo en

un capricho que sería peligroso irritar, ahora que me habéis descubierto vuestra alma,—os repetiré la palabra que tanto os aflige; pero es la única que puede salvaros: «Allán, es indispensable que partáis.» Dejadme, viajad, sois joven y soñador, y os olvidaréis muy fácilmente de mí para aficionaros á otras cosas. Nuevos amores florecerán en ese joven corazón que empieza ahora á sentir la necesidad de amar.

Un porvenir brillante y extenso se abre á vuestros ojos. No os separéis cobardemente del camino que conduce á ese porvenir, y dejadme á mí, en el término ya de la vida, sentada en tierra, destrozada por las fatigas y dolores del viaje y por el demasiado tiempo que se ha prolongado.

»Por otra parte, ¿qué es lo que queréis de mí, Allán?.... He vivido demasiado para no saber cuáles son las exigencias de las pasiones y hasta dónde llegan. Deseáis mi amor, Allán, y yo no tengo ya amor que daros. ¡Dios mío! Comprendo que se juegue la inmortalidad á un azar de la suerte; concibo que se aventure la existencia á la vuelta de un dado, seducido por un amor frágil, y que eso se haga sin pestañear; pero eso es cuando se expone uno á ganar otro amor. Es preciso encontrar algo que entusiasme, algo que produzca la

embriaguez, una probabilidad de felicidad rápida, inaudita, para nivelar las muchas probabilidades de miseria, de fastidio, de pesar que os amenazan....

»Exagerad todo lo que queráis la pasión; llegad hasta suponer que os falta esa probabilidad; y si esta suposición es imposible, ¿con qué nombre llamaremos á tal desorden en la naturaleza humana? ¿No podríamos asegurar que es una extravagancia vergonzosa é incurable, indigna de la humanidad, la que vemos adornar con el pomposo nombre de pasión?....

»Partiréis, Allán: ahora es indispensable. Quiero mejor que sufráis durante algunos momentos pesares de que luego os desquitaréis, que exponeros á dolores espantosos, y á mí á remordimientos eternos. Estoy en una edad en que no me es permitido ser ligera, y en cuanto á vanidad, creo que no haya quedado ninguna en mi corazón. Partiréis, pues, niño, puesto que no es suficiente para vos la amistad maternal de una mujer de mi edad. Únicamente que para hacer menos penosa, no vuestra despedida, sino vuesta estancia lejos de mí, tendré el valor de destruir vuestra última esperanza, si tenéis alguna, sin saberlo, en el fondo de vuestro corazón.... Os haré un daño más, segura de que algún día me perdonaréis y me

daréis las gracias. Ese día no está lejano, Allán; porque yo seré vieja, y vos brillaréis con la aureola esplendente de la juventud, y alguno de los rayos de vuestra gloria iluminará dulcemente con su resplandor mis cabellos blancos.»

VIII.

Dos días habían pasado después de escrita esta carta, sin que ningún suceso insólito tuviera lugar en el castillo. Las horas sucedían á las horas como acontece siempre. Lo mismo que los días precedentes, se vivía con esa indiferencia, con ese abandono que tanto hace disfrutar en el campo. Únicamente por la noche se ocupaban los unos de los otros, y la causa era que en aquel momento, terminados los paseos, todos se reunían en el gran salón. Las jóvenes tocaban el piano ó el arpa, con los balcones abiertos, á la claridad de la luna; se hablaba de París, del próximo invierno, de la última novela. Creemos que esta manera de vivir no necesita largas descripciones : todo el mundo la conoce.

En medio de toda aquella tranquilidad y de aquel bullicio, entre aquellas bellas y aquellos elegantes, tenía lugar un drama ¡cosa extraña! que se representaba entre dos personajes, como si dijéramos, entre Pigmalión y su esta-

tua, y que pasaba inadvertido para todos los asistentes.

Era preciso que la vanidad hiciese terribles esfuerzos para convertir en imbéciles á todas aquellas cabezas vacías, para que nadie tuviese la menor sospecha al ver la cara de Allán. Inspiraba compasión; su palidez tenía un tinte verde, y su hermosa frente se mostraba tan abatida como si la hubiera herido el rayo. Entraba muy tarde en el salón, y de toda la concurrencia sólo Camila era la que oía á su madre cuando le decía en voz muy baja, que se perdía en el ruído de las conversaciones:

—¡Allán, amigo mío, valor!

La carta que la Condesa le había escrito le dejó aterrado; pero, á fuerza de sufrir, el alma se encallece, y la pasión forma parte de la voluntad. Conocía el joven, confusamente aún, es verdad, que resistiría al imperio de la mujer amada, y quería sustraerse al interés de su mismo amor; pero también conocía que nada podía oponer á aquella razón fría y cariñosa que se le imponía. El alma de aquella mujer estaba muerta; su destino estaba encerrado en un círculo de hierro: todo estaba acabado, y solamente tenía la esperanza de que no se le obligaría á separarse de la estatua de mármol que cubría el sepulcro.

El sentido de las últimas líneas de la carta

de la señora de Scudemor había quedado para él algo confuso : sin embargo, creía que le hablaría aún otra vez, y estaba resuelto á rebelarse contra el ascendiente que la dama tenía sobre todas sus facultades confundidas. Pero esto era un delirio : nuestras pasiones se ajustan siempre á la cobardía que las produce.

Aquella noche fué á sentarse al sofá en que ella estaba, indiferente á todo lo que se decía, como de costumbre, pero no distraída, y hablando con el poco interés que demostraba en todo. Hacía cuarenta y ocho horas que Allán había recibido la misiva, y en ese espacio de tiempo el joven había padecido siglos de ansiedad y de sufrimientos, y aquella alma, saturada y llena de dolor, se anonadaba en la embriaguez de ver á la mujer amada. Pasó dos horas consagrado con todos sus sentidos á mirar los mórbidos brazos de la Condesa, que se dibujaban á través de las mangas de su vestido.

La conversación entre los concurrentes del salón era muy animada: los hombres hablaban de política, y las señoras cuchicheaban entre sí; resultando de todos estos tonos diferentes una confusión, que permitía deslizar al oído del vecino algunas palabras sin que nadie lo oyera ni lo notara. Y esto fué lo que sucedió cuando la Condesa dijo á Allán :

—Id á esperarme al bosquecillo.

Camila se hallaba sentada en un taburete á los piés de su madre, muy formal y silenciosa. Fué la única que oyó las palabras que ésta había pronunciado, y aunque su curiosidad de niña la impulsaba á aventurar una pregunta, se calló, y ni un sólo músculo de su rostro experimentó la más mínima contracción.

Aquellas palabras dichas en voz baja, sacaron á Allán de su ensimismamiento, volviéndole á su dolor. Presentía que en ellas se ocultaba un adiós, la última orden, la crueldad que se le había anunciado. Remedio violento, que no impediría la muerte del enfermo.... Recordó los propósitos que había formado: estaba convencido de que no podía ni quería separarse de la mujer á quien amaba sin esperanza; pero temblaba ante la lucha que iba á entablarse entre ambos. Creía tener fuerza y energía para resistir; pero, subyugado hasta lo más íntimo de su alma por la señora de Scudemor, tenía miedo de que su energía, de la cual no tenía una gran seguridad, fuese dominada. ¡Sentimiento amargo, que lleva consigo el poco aprecio de sí mismo!

Tardó muy poco en salir del salón, dirigiéndose al sitio indicado. El *bosquecillo*, plantado en una lengua de tierra al otro lado del pantano, era un retiro fresco y sombrío, for-

mado por muchos abetos, acacias y cipreses. Al pié de aquellos árboles se habían sembrado al azar gran cantidad de flores, á las que nunca daba el sol, por lo cual vivían pálidas y languideciendo á la sombra; aunque hubiera podido decirse que lo que perdían en esplendor, lo ganaban en perfumes.

La noche era muy oscura. Allán se sentó en un banco en el fondo del bosquecillo, donde los olores eran tan fuertes, que se impregnaban los vestidos. Á alguna distancia de allí se oía cantar un ruiseñor, y esto aumentaba la melancolía que reinaba en aquel sitio, ya de por sí tan triste aun en medio del día.

Pero la naturaleza era para el joven un libro cerrado. Á través de las hojas, y entre los claros que quedaban libres, miraba los balcones del castillo de los Sauces, puntos luminosos en medio de la oscuridad; y espiaba con ansiedad el momento en que la reunión se disolvería, retirándose cada uno á su cuarto.

Transcurrida una hora de espera, oyó un paso seguro y rápido, ruído que hizo que toda su sangre afluyera al corazón, cuyos latidos podían oirse.

—¿Estáis ahí, Allán?—dijo la señora de Scudemor con voz tranquila.

Un *sí* casi imperceptible fué la única respuesta que obtuvo.

Bajo los árboles no se veía absolutamente nada.... Sentóse en el banco bastante lejos de él. Dichosamente para ella, él sólo tenía diez y siete años, y la amaba; si hubiese tenido más edad, ó la hubiese amado menos, á poco que la casualidad hubiera ayudado, tal vez habría pagado muy cara la imprudencia de dar una cita en la oscuridad á un hombre que moría de deseos.

Pero la amaba con un amor tan verdadero y tan tímido, con el primer amor de la vida, que pudo ser imprudente sin peligro.

Después de un instante de silencio, que le pareció al desgraciado joven más largo que la hora que había esperado, le dijo:

—Hace dos días que os he escrito, y no he cambiado nada de mi resolución; antes, por el contrario, me he afirmado más en ella. Os he prometido que, para haceros la separación menos cruel, iba á causaros un nuevo dolor, un dolor saludable, y que envenenaría nuestra despedida con mis confidencias; porque toda esperanza que se arranca al alma, toma su partido y se resigna; pero cuando se conserva algo de ella, el mal se eterniza y los deseos se justifican.

—Es inútil....—empezó á responder; pero se contuvo á tiempo.

Una curiosidad ardiente se despertó en él;

aborrecía el misterio; quería saberlo todo, aun lo que más temía: tenía una sed insaciable de detalles.

Ella continuó:

—Allán, vais á conocer mi vida. Lo que yo no hubiera referido á nadie en este mundo, voy á contároslo á vos, niño de diez y siete años. Lo que no ha oído jamás hombre ni mujer, vais á oirlo; y espero que cuando me hayáis oído, ya no me amaréis. Si la impresión que os he causado dura todavía, se debilitará cada vez más, y la ausencia que ha de seguir concluirá por borrarla enteramente.

Entonces, con la voz ronca y cansada que él conocía, y que en la sociedad no decía nunca más que frases incoloras, comenzó sus confidencias, y puso de manifiesto una mujer que el mundo no conocía.

«No soy italiana (dijo), pero he sido educada en Italia, en el convento de San Lorenzo, cerca de Florencia. Una de mis tías me confió á una amiga suya, que era la superiora. No creo equivocarme al asegurar que estaba deseosa de librarse de mí, huérfana desde edad muy temprana, que debía poseer una fortuna inmensa, y que recibí una educación detestable. Hasta los quince años, estos fueron los sucesos más notables de mi vida.

»Hasta esta edad no hay en mis recuerdos

más que vacío, sombra, y nada puedo contar de ese tiempo. Debí haber tenido una inteligencia de primer orden, para que algún resto de ella pudiese librarse de la inercia de la educación rutinaria que recibía. Más tarde, esta inteligencia me ha servido para juzgar la vida, pero no para adivinarla.

»Aunque del país de las damas que la señorita de L'Espinasse fustigaba con su ardiente desprecio, había en mí más pasiones que en todas las hijas de Italia cuya infancia estaba mezclada con la mía. Su tez era más morena que la mía, el calor de su mirada era más ardiente que el de mi mirada; pero la pasión en ellas era la serpiente que se muerde la cola, al paso que en mí era la serpiente que estrecha en sus anillos el árbol del fruto prohibido.

»Hijo mío, en este mundo solamente es hermoso lo que es puro. En el momento en que os estoy hablando, Allán, no experimento el sentimiento de una falsa vergüenza en haceros leer en mi corazón y deciros: «Creed á la »mujer que no se absuelve á sí misma: la pu»reza es la única belleza verdadera de la na»turaleza. El amor, ese manantial de sacrificios »infinitos, es tan hermoso, sólo porque nos pu»rifica.»

»Si hay algo más santo que la virgen de quince años, es la mujer para quien todo es

incomprensible, y más santa aún que esta última es la que todo lo ha comprendido, y, sin embargo, ha sabido comprenderlo sin recibir una sola mancha. ¡Oh! ¡Á los quince años, cuando sólo se es una niña débil, que no se piensa más que en besar la frente de su madre y los piés del crucifijo de marfil, es muy difícil conservar ese tesoro de pureza que, una vez perdido, no vuelve á encontrarse, ni es posible reemplazarlo con nada! Pues bien, Allán: ese tesoro no lo tenía yo á los quince años, y mi primer amor fué desflorado, en el fondo de mi alma, por mi primera amistad.

»Cuando se tiene el alma ardiente y la imaginación no ha entrevisto aún lejanos horizontes, la pasión turba y amarga nuestros más inocentes y más dulces sentimientos. En lugar de soñar, como todas mis compañeras, pensaba en vivir; en lugar del deseo de amor en que ellas se adormecían hasta la embriaguez, yo me precipitaba locamente en el mismo amor. Vivía más de prisa, y al mismo tiempo vivía más.

»Había entre las más soñadoras de nosotras una joven napolitana, cuyos cabellos eran dorados como las hojas amarilleadas por el otoño, y cuyo rostro y hombros se hallaban inundados por los reflejos de su magnífica y rizosa cabellera. Indudablemente era la más

hermosa de todas, siendo algo más baja y más delgada que yo. El sol de su país se había vengado en sus cejas y pestañas, negras como el ala del cuervo, de no haber podido oscurecer su rubia cabellera: bajo el doble marco de ébano de sus cejas, sus pupilas de un azul pálido y mate, parecían dos turquesas engarzadas en un cuadro de azabache, y tenían tal tristeza en su mirada, que jamás partía de ellas el más mínimo relámpago, y ni aun sus lágrimas tenían el menor brillo. Aficionéme á aquella joven con la más locá idolatría; pero como aquella afección exaltada no fué solamente una afición de joven á joven, no os hubiera hablado de su hermosura, y solamente os hubiera dicho algo de su corazón.

»Pasé más de dos años entregada á las emociones que me producía mi pasión por mi joven compañera, que contestaba á mis transportes con frialdad, aunque con cariño, hasta que mi tía vino á buscarme y me llevó con ella á Francia, donde debía hacer mi entrada en el gran mundo. Mi pena, cuando me vi obligada á abandonar el convento, fué horrible, y, sin embargo, lloré menos que mi amiga: estaba segura de no ser necesaria á su vida, y esto hizo que á las agonías de la despedida se mezclara algo de orgullosa resignación. Un sentimiento como el mío era exigente, y me hacía sufrir

el que para mi ídolo no era otra cosa que una compañera de pensión. Prometimos escribirnos, y partí.

»En Francia creyeron que yo volvía tan triste de Italia porque había dejado grandes amistades en el convento, y mi tía fué una de las que así opinaron; pero bien pronto se desengañaron, y mi tristeza llegó á serle inexplicable cuando vió que á la quinta carta que tuve de Florencia no di contestación. Las cartas de Margarita no eran ella, faltaban sus miradas, sus cabellos, su persona, en fin, todo lo que yo había idolatrado. ¡Cada carta de aquellas traía consigo para mí una decepción, un desencanto, un dolor impregnado de desprecio! Al menos, cuando estaba á su lado, podía creer que ella adivinaba cuánto la amaba en la elocuencia de mis abrazos, en el fuego de mis miradas. Mas al presente, ¿qué me quedaba de todo aquello? ¿Qué encontraba yo en sus cartas? La expresión fría de una emoción vulgar, habladurías del convento, y nada más, porque los sueños de una joven no se cuentan; desesperada, preferí retirarme á la soledad desolada y silenciosa de mis recuerdos.

»Pero los recuerdos en aquella edad, que es la vuestra, no son eternos. La imagen de Margarita se borró poco á poco de mi pensamiento; y algunas veces me he preguntado por qué no

es tan fácil olvidar los amores que siguen como se olvida el primero de todos. Procuré ocuparme, para distraer las facultades que hervían en mí, en los libros de que mi educación me había tenido alejada, y en el mundo que aún no conocía; pero esas facultades no encontraban ni en una parte ni en otra el alimento de que tan necesitadas se hallaban, y no comprendía que la vida de la mujer no tiene más que un solo objeto en este mundo: la felicidad en el amor.

»No creáis, Allán, que voy á disminuir en nada la franqueza de mi narración.... Había en la sociedad de mi tía un gran número de jóvenes que me prodigaban sus homenajes. En aquella época de mi juventud no tuve otra cosa que caprichos pasajeros, á los que el ardor de mi carácter daba los transportes interiores de la pasión. Aquellos hermosos jóvenes, de quienes me prendaba una noche, eran despreciados por mí al día siguiente, ó, mejor, el desprecio mataba el amor que estaba próxima á darles. ¡Necios imbéciles, que tuvieron poder para alterar mi voz cuando me incomodaban con sus majaderías, y á los que me entregaba en pleno salón, ya en las voluptuosidades de un vals, ya en una conversación á media voz, para que después fuesen tal vez á vanagloriarse impudentemente con sus baila-

rinas de la Ópera!.... ¡Oh! Si los hombres supiesen que son despreciados por el corazón de las jóvenes que ven en el mundo, no querrían á ningún precio semejantes groseras virginidades. No las querrían ni como queridas ni como mujeres, y las repudiarían á todas, tanto en nombre del orgullo como en el del amor.

»Pasé lo que se llama los años más hermosos de mi juventud en esos entusiasmos de un día, que sólo son vergüenzas punzantes para el siguiente. No me sentía con valor para entregar mi vida á unos hombres á los que me reprochaba haber concedido un día, y la vanidad se vengó de mis desdenes, acusándome de orgullosa. ¡Ay! ¡la venganza de aquellas almas pequeñas y gastadas, la llevé á cabo contra mí misma! Tenía sed de amor, y carecía de él: esperé; pero esperar es lo que se hace casi siempre en la vida, hasta que, al fin, llegó para mí la desesperación. Tan joven, tan fuerte, tan poderosa, me preguntaba yo si la vida no se me escapaba en todos aquellos días que se apartaban de mí sin amar. ¡Momento cruel, que conocen bien las mujeres! Los días perdidos huyen, y dejan un pesar que ni aun es un recuerdo. El alma tiene extrañas agonías. Se dice, como la Loca de la balada: «¡Será mañana!»; y mañana llega y pasa, pero no el mañana que se desea. Menos feliz que la

Loca, se piensa en el ayer que nos engañó, y cada vez se tiene menos fe en el mañana que ha de llegar. ¡Ah! No es siempre la alegría de ser bella la que hace lanzar al espejo esa mirada tan lánguida que os es conocida. Muchas veces es más bien la melancolía la que impide separar de él la vista. Nosotras, á las que la hermosura ha extraviado tantas veces, tenemos un miedo horrible de perderla, porque sentimos la necesidad de amar.

»No sabré deciros si fué el cansancio de esperar, ó el ardor redoblado por ese mismo cansancio, ó la impaciencia por ser dichosa, lo que decidió mi sentimiento por Horacio de Scudemor. Tenía tal apresuramiento por ser feliz en el amor, tenía tal avidez de creerme amada, que cerré los ojos para no ver á aquel hombre, á fin de no juzgarle como á los otros, y verme obligada á destrozar, una vez más, mis ilusiones; llevé muy lejos la estupidez, haciendo de ella un heroismo.

»Acepté palabras de amor, cuya elocuencia toda era acaso los deseos de mi corazón; tuve fe en él, y me casé. ¡Es tan fácil engañar á quien desea tanto ser engañado! Sin embargo, la vida me hacía palpitar con tanta fuerza, y los hombres me proclamaban tan hermosa, que Horacio podía fácilmente, como yo, equivocarse con respecto á su amor. Pero, fuera lo que quisiera, yo me

consideré feliz para siempre, y nuestra luna de miel fué un sol devorador : Camila lleva en su frente, tan apasionada ya, las señales de la ardiente hoguera de donde ha salido.

»Sin embargo, la posesión hastió pronto á mi marido, y no tardó en abandonarme.... Un amargo sentimiento de humillación se apoderó de mí; pero no derramé muchas lágrimas, porque la cólera llegó á dominar la desesperación producida por el abandono. Desde esta época me creí una alma superior á las vulgares. Yo había tenido fe en el amor de Horacio, había gustado las delicias del matrimonio en una intimidad profunda, y este amor se desvanecía ante la costumbre, y esas delicias de imposible descripción dejaban de existir. Más que mi corazón, la imaginación era la que experimentaba una de esas decepciones atroces, contra las cuales no hay remedio; llaga incurable que infesta hasta el porvenir. Sufrí mucho, pero lo oculté : otra hubiera perseguido con sus celos al hombre que la había engañado; yo me callé. Mi marido no era más que un libertino vulgar, y no le hice el honor de tener celos de sus abyectas ternuras ; pero tampoco consentí que su ropa rozara la mía cuando pasábamos los dos por la misma puerta. El dolor me encontraba tan fuerte para resistirle, porque entonces no hacía otra cosa

que empezar á sufrir. Por la noche pagaba muy caro el estoicismo de que me había revestido durante el día. Era tal la rabia que entonces me dominaba, que me hubiera revolcado desnuda por los suelos.... Al día siguiente ocultaba mis sufrimientos convulsivos entre terciopelos y sonrisas, y aquellos adornos y aquellas alegrías eran unas imposturas tan bien fingidas, que mi felicidad insultaba á las demás mujeres de un modo casi tan sangriento como mi insolente belleza. ¡Qué digna de lástima es la felicidad, puesto que no se la puede distinguir de una absurda imitación! ¿Es porque no hay nada que sea verdad por lo que todo se imita tan perfectamente? De esta manera el despecho me hizo ocultar mis lágrimas, y mi vanidad se parapetó en mi orgullo.

»Uno de los más espantosos caracteres del sufrimiento, es el de estudiar en su derredor el horizonte, de hacerse el centro de una inmensa circunferencia, que, sin hallarse en ninguna parte, se encuentra por doquier. Aparece un dolor nuevo que nos enseña el engaño en que se está, que la herida no es tan honda como se pensaba, que el mal no es tan grande como se creía. Desengaño cruel, irónico, implacable: el deshonor de nuestra desesperación. Yo lo he aprendido más tarde.... Pero entonces creía que mi corazón no iba á rebe-

larse contra el golpe que le había herido. Me encerré en el fondo de mí misma. ¡Ay! Esta fuerza que en medio de la desgracia de mi matrimonio encontré, debió hacerme sospechar que no estaba todavía agotada mi energía, que había de sufrir nuevas pruebas, y que la vida prosigue siendo desgraciada largo tiempo antes de finalizar. Mi amor por Horacio había sido casi voluntario: ¡tanto me apresurara á creerle! Apenas conocía al hombre que odiaba, y que á pesar de esto me arrastraba con el poder de Dios. No le conocía, y llegaba á decirme que todas las fuentes de felicidad en que había yo bebido, no ocultaban un abismo mayor que los que había medido al caer.

»Había cumplido ya los terribles treinta años. Para la mayor parte de las mujeres, treinta años son la vejez con un corazón joven y loco, y el corazón se asusta de esta edad mucho más que la vanidad. Pero para mí esa época tan terrible parecía que sólo servía para añadirme nuevos encantos: es verdad que yo no había sido vaciada en el molde donde se hacen esos seres frágiles, á los cuales envidiaba con frecuencia para morir, la organización delicada; de esas mujeres efímeras que se sienten indispuestas ante una caricia, y que solamente sienten una pena en su vida, porque les sería necesario resucitar para sentir

dos. En estas mujeres los treinta años son suficientes para cubrirlas de arrugas, para desvanecer el brillo de sus ojos, para blanquear sus cabellos. En cuanto á mí, no era tan frágil, no era tan materialmente hermosa; así es que mi belleza no agonizaba á los treinta años.

»Por el contrario : á pesar de mis horribles deberes, comprendía que no había sido creado más en armonía con esta naturaleza inmortal que yo, y que me hacía ser más fuerte y no menos que las demás mujeres ; á pesar de las ficciones crueles que me había impuesto, respiraba el aire infinito de la vida, y le respiraba con ansia, yo, á quien el dolor indomable no había producido con su garra en el pecho mayor huella de la que ocasionaría el débil arañazo de la mano de un niño sobre el cuello duro y resistente de un toro. Pero cuando esa fuerza no nos defiende contra la suerte, se es desgraciado , tanto por el hecho de esa fuerza como por el destino.

»Y esto es lo que me sucedió muy pronto. El conde de Scudemor tenía un sobrino algunos años más joven que yo, el cual había demostrado siempre gran repugnancia á la carrera de su tío ; era rico é independiente, y viajaba por gusto y sin objeto determinado. Yo no le conocía más que por haber oído hablar

de su talento y de la elegancia de sus maneras. El Conde me le presentó, y vi que tenía la timidez orgullosa de los ingleses, que no les permite jamás dar los primeros pasos. Pues bien: con aquella timidez excesiva, en una hora llegó á ser mi señor absoluto, hasta el punto de que si me hubiera ordenado seguirle sin decirme dónde, lo hubiera hecho humildemente.

»Más adelante me confesó que á primera vista le había yo admirado más que seducido, y que no comprendía cómo había llegado á amarme. En cuanto á mí, repentinamente fui presa de una fiebre, de un insomnio, de un delirio verdadero. Nada de lo que yo había experimentado hasta entonces era comparable con lo que experimenté en aquella ocasión; no era sólo que mis sensaciones fuesen diferentes en intensidad; era que estaba loca, espirante de amor....»

IX.

La condesa de Scudemor se detuvo: su voz acababa de tomar un timbre extraño. ¿Era la fatiga de haber estado hablando tanto tiempo expuesta al frío de la noche? En un principio la sorpresa se había apoderado de Allán. No reconocía á su amada, que siempre se mostraba fría, en aquel lenguaje tan ardiente; después el interés de la narración había sido demasiado punzante para desvanecer el asombro: un sudor helado corría por sus mejillas, y mordía frenéticamente su pañuelo de seda. Una curiosidad infernal, porque estaba excitada por los celos, dilataba desmesuradamente sus pupilas, que brillaban en la sombra, y las fijaba en aquella mujer oculta en las tinieblas, y cuya voz baja y profunda, que conmovía todas las fibras de su corazón, había cesado de oir.

—«Sí (prosiguió, después de unos momentos de silencio); aquella vez, Allán, era el amor; pero el amor que no deja en el alma detrás de sí más que polvo; y puesto que este amor con-

cluye, ¿por qué hemos de creer en la inmortalidad?

»Todo favorecía esta pasión. Octavio podía venir á casa cuando quisiera, porque las relaciones de familia eran lo suficientemente íntimas para que la vanidad del Conde pudiera hacer caso de los rumores que hubieran podido correr. Veía, pues, á Octavio á cada momento durante el día, y le enviaba á buscar cuando tardaba, dirigiéndole por ello reproches lujuriosos, cubierta la frente de un rubor más vergonzoso todavía; y cuando me sorprendía viniendo algunos minutos más temprano que de ordinario, me faltaba poco para arrojarme á su cuello, ó para besarle los piés con reconocimiento.

»¡Este amor, que me dió á conocer felicidades de que yo no tenía idea, me condenó también á sufrimientos que no podían compensar las voluptuosidades más embriagadoras, envenenando el recuerdo del pasado, ese hierro que permanece siempre en la herida. Margarita,—el sueño permanece sueño—y después de ella mis ilusiones guardadas en el seno que habían agitado, y que lograra hacerlas desbordar, los movimientos de un vals ó de un rigodón, autorizados por las madres todas, y en los que, haciéndonos oir su voz, la vida que se anuncia da tan terribles significa-

ciones, permanecieron vivas. Mi amor engañado por Horacio, que no había conseguido agotarlo; las delicias de mi matrimonio, apenas saboreadas, todo me causó horror.... ¡Sentía no ser la más pura de las mujeres para arrojar la flor de mi inocencia en la hoguera de mi amor, para dársela á respirar, para que la marchitase y la pisoteara! ¡Ah! Las mujeres son adúlteras, y lo son todas. ¿Pero saben, como yo, toda la felicidad traidora que el adulterio puede ocultar?....

»Ya lo veis, Allán; el adulterio no era para mí el de las vírgenes de este mundo, ese olvido de un sentimiento secreto, esa profanación del matrimonio llevada á cabo misteriosamente en las profundidades de nuestra alma. Ya os he dicho cuáles fueron las prostituciones sucesivas de mis sentimientos: el adulterio fué más todavía para mí. El lazo me parecía más fuerte, y, sin embargo, fué roto de la misma manera. Creedme, Allán; no fué la certeza de obrar mal, de faltar á lo que la moral de los hombres ha llamado deberes, lo que impidió que mi pasión me hiciera dichosa.

»¡Ah! Había en ella toda cuanta poesía y arranque sublime son necesarios para impedir que una vanidad ó un remordimiento se atreviesen á elevar una queja tímida á los ecos que representan y se engrandecen en la con-

ciencia; pero la vida se veía atacada en sus manantiales, y yo era desgraciada porque era adúltera. No lo era á causa de los hombres y de su moral, que protesta cuando la falseamos, sino simplemente por el hecho de serlo. ¡Qué profundamente triste es todo esto! El adulterio destroza con sus propias manos las entrañas del amor. ¡Ah! Cuando se es fuerte, puede uno burlarse del reproche de haber vendido á un ser que se haya amado, porque es cosa que se ventila en el fondo del alma; pero vender á un ser que se ama, es la contradicción de las contradicciones. ¡Venderle por adelantado; encontrarse vendido en el pasado el ser que debe amarse en el porvenir; no dar á ese ser á quien se entrega el alma y la vida más que los restos del alma y del cuerpo, las migajas perdidas del festín celebrado por otro, es el peor de los dolores humanos, es la más desoladora de las vergüenzas!

»Se es criminal para con la misma persona á quien se adora. Pálida víctima, se tiembla bajo sus caricias, porque no son bastante poderosas para hacer olvidar que se ha sido culpable antes: rodeada por los brazos que os enlazan, unida al pecho en que apoyáis una cabeza que no puede dormir ni embriagarse, la vida pasada antes de conocerle se aparece incesantemente para desesperaros, para recor-

daros que no sois más que una mutilación, la copa que guarda la señal de las bocas que han bebido en ella, una mujer miserable que no tiene derecho para decir al hombre á quien se entrega insensata la palabra fatal en que el amor concentra la eternidad del mismo Dios: «Soy toda tuya.»

»¡Oh, Allán, Allán! ¡Todas las mujeres no merecen que se les escupa con desprecio en el rostro, porque entonces es cieno lo que procede de los labios; todas las mujeres han sospechado al menos este sufrimiento!.... Para todas, aun en el seno del amor más ardiente, hay instantes en que, solas, han doblado humilladas la frente al acostarse, en que han ocultado su faz, cubierta de lágrimas abrasadoras, de las cuales no dicen la causa, en el hueco del pecho tan amado.... Pero, ¿han agotado como yo las amarguras de ese intolerable tormento, sin que la felicidad del amor pudiese interrumpirle y hacérselo olvidar?

»¿Por qué estás triste, puesto que eres dichosa? me preguntaba algunas veces Octavio; y yo, ¡ay!, le hacía creer que el exceso de felicidad destroza. No me hubiera atrevido á decirle la causa de mis espantosas tristezas, que surgían repentinamente en medio de los transportes de nuestra unión y de las sonrisas de nuestro amor. ¿Acaso debe existir siempre un

secreto, ¡gran Dios!, entre dos seres que se aman hasta el punto de no formar más que uno solo; secreto que, por la noche, cuando los dos corazones se estrechan, no puede revelarse, y arranca lágrimas á uno de ellos?.... Tenía miedo, si se lo confiaba á Octavio, de que disminuyera el sentimiento que por mí experimentaba, y despertar su desprecio. Muchas veces me parecía que adivinaba mi vida pasada, y que por delicadeza imponía silencio á sus inevitables celos.

» Sobre todo, había una idea que me atormentaba más que ninguna otra; pero no se os parecía, Allán, y nunca he tenido certeza de que existiera realmente lo que tanto me asustaba. Muchas veces le estudiaba con una de esas miradas en que la mujer llega á lo más profundo del corazón del hombre que ama, cuando mecía sobre sus rodillas á mi hija, cosa que yo no hacía nunca, y jamás conseguí ver nada en las caricias que la prodigaba que demostrara el heroico sacrificio que yo suponía. ¿No hubiera debido esto calmarme, disipar mis inquietudes, hacerme más dispuesta para la felicidad, que todos mis pensamientos habían corrompido? Pero mi carácter es tan reservado para el sufrimiento, que, una vez caído en él, jamás vuelve á salir. En aquella época de mi vida no podía mirar á una joven sin verme

obligada á bajar los ojos. Á su vista me ruborizaba más que ella, y no por pudor.

»¡Qué incomprensible es nuestro corazón, Allán! ¿Creeréis que en el fondo del mío reprochaba á Octavio el no ser desgraciado por la idea que causaba mi dolor? Admirábame su tranquilidad, y esto le empequeñeció á mis ojos, siendo el primer golpe que amenazó nuestra unión, la primera mordedura del áspid oculto en mi corazón. Vos, Allán, á quien yo no he amado; vos que aborrecéis á Camila porque para vos es una fecha espantosa en mi historia, no hubiérais tenido tal apatía: vuestro amor habría sido infinito y abrazado todos los tiempos; pero el de Octavio no era así: bastábanle las caricias, y el momento de la embriaguez dominaba la reflexión. Ahora bien; todas las pasiones profundas son reflexivas, y yo había aprendido esto en la que experimentaba por él....

»Cuanto más tiempo pasaba, más se agrandaba este punto de desprecio tan doloroso como una inquietud y más corroía mi amor; y mi pasión tomó un carácter nuevo, en el que no entraba ya para nada el entusiasmo.... Pero el entusiasmo es la espuma de un vino generoso, y los licores más ardientes se estancan en la copa sin producir efervescencia.

»No os referiré, Allán, los acontecimientos

exteriores que se mezclaron con mi amor. ¿Qué importa que yo viviera en diferentes países de Europa, donde llevaban á mi marido las diversas misiones que desempeñó? Octavio se había hecho su secretario, y no nos abandonaba, llevándole yo á todas partes conmigo. No creo preciso más que contaros las varias y sucesivas fases de un sentimiento que al morir me dejó el alma tan dura como el granito.

»Exasperado este sentimiento por el dolor más humillante que existe, la conciencia de un pasado irrevocable, parecía sacar una energía más áspera y más ardiente de ese mismo dolor.... El sufrimiento es una palma de martirio muy amarga; pero podría con razón considerarse como una transubstanciación infernal ó divina, que con este alimento hace que nuestros amores sean devoradores hasta la desesperación. El desprecio que sucedió á este dolor fué impotente contra mi pasión, cuya intensidad acrecentó. No combatí el amor con el desprecio, ni el desprecio con el amor. ¡Situación bien extraña, por cierto, en la cual he vivido algunos años! ¿Comprendéis qué mujer sería yo, cuando mi terco amor ha luchado tanto tiempo contra la suprema felicidad, contra el sufrimiento y el desprecio en mi alma, en la cual las pasiones se hallaban encerradas como las culebras, que sólo esperan para formar sus

nidos en primavera, á que las malezas se cubran de hojas?....

»Era mi destino no encontrar al final de todas mis afecciones otra cosa que desengaños é impotencia. Sin duda adivinaréis que Octavio, á quien tanto había amado, al cual había unido tantos y tan hermosos sueños de felicidad, que Octavio llegaría un día á desprenderse de la mujer que tanto había de amarle todavía. Y no os engañáis, amigo mío; aun me quedaba que sufrir este dolor; ¡todavía era preciso apurar este cáliz! Mientras duró en él la pasión, me había admirado tanto como idolatrado; yo era su religión, su culto, y si yo no le hubiera prodigado mis caricias, no me hubiese hablado más que de rodillas. Pues bien; ved hasta dónde llega el refinamiento de crueldad del destino; el amor de Octavio era el que debía terminar el primero. Entusiasmo, respeto, admiración, fueron impotentes para hacerle vivir, mientras que el mío pasaba por encima del desprecio para sobrevivir á todo.

»Y este es el motivo que tengo para no creer en la duración de la afección que se quiere ponderar como eterna. El dolor me ha gastado hasta la última fibra, desecado hasta la última gota, y en este seno en que la vida se agita todavía, no hay más que el cadáver de mi co-

razón.... Hubo un día triste y horrible (no había dejado todavía de amarle), en que la idea del suicidio vino á acariciar mi dolor; mas el pensamiento de Camila me contuvo. Pero os aseguro, amigo mío, que el día en que se ocurre pensar en la muerte, no es el peor de los que se pasan en la vida: mientras hay un interés por alguna cosa, la desgracia no ha dicho aún su última palabra; cuando se cree que no hay ya tranquilidad ni paz posibles, ni aun en la tumba, es cuando, aunque dure todavía una vida de espantoso sufrimiento, no se vive ya.»

Al llegar aquí, detúvose segunda vez la Condesa. Aquella narración en que los hechos materiales olvidados daban un tinte más sombrío y terrible á toda aquella psicología tempestuosa, llenaba de una compasión sin dulzura el alma celosa y atormentada del pobre joven.

Repentinamente la luna se abrió paso á través de las ramas y las hojas de los árboles del bosque, arrojando sus rayos plateados sobre las cabezas de ambos, y destacándolas de la oscuridad que los rodeaba, con lo cual pudieron verse. Allán tenía el aire estúpido; pero el genio del llanto, como debe ser el de la experiencia de la vida, refulgía en la frente de la señora de Scudemor. Sus ojos brillaban, secos

como siempre; sus labios dejaban entrever una sonrisa: la sonrisa amarga de la ironía solitaria.

—Tal ha sido mi vida (dijo), á excepción de lo que he debido sufrir antes de matar mi amor; aunque no tuve necesidad de matarle, pues murió sin que yo tuviese que hacer para ello ningún esfuerzo.... Mi corazón estaba completamente destrozado cuando murió; pero ¡cuánto tiempo tardó en morir! Excuso referiros estos detalles, que creo inútiles; pero pienso que ya no extrañaréis no tenga fe en la duración de las pasiones.

—¿Y Octavio?—preguntó Allán, con el tono cortado que da la fiebre.

—¿Octavio? (replicó ella con su calma ordinaria.) Me dijeron que había muerto, después de haberse casado no sé dónde. Tenía su retrato; pero el calor del corazón, que con tanta fuerza latía por él, había llegado á borrar los colores, dejándole desconocido para otro cualquiera que no fuese yo, y fuí bastante cobarde para esperar que mi amor se hubiese extinguido completamente para romperle; pero le llevé tanto tiempo, que mi pecho conserva la señal. ¿Creéis que haya labios bastante poderosos para borrarla?....

Y cogió la mano del desgraciado joven.

—¡Dejadme!—gritó, estremeciéndose, y con tono duro y resentido.

Ella obedeció, sin cólera y sin tristeza.

—Sí, Allán (respondió dulcemente): tenéis razón; debo dejaros ahora. He torturado el amor que sentís por mí, pero este es el dolor que cura la herida. La realidad ha venido á marchitar con su irresistible soplo los sueños de vuestra imaginación y los delirios de vuestro amor. Ved lo que soy, Allán, y comprended que no valgo nada ante vuestra juventud, que mataría entre mis manos, sin que ni aun mi egoismo se aprovechase de ella.

»¡Oh, Allán! No améis nunca más que á una joven pura, á ese adorable misterio cuyos velos pueden irse descorriendo uno á uno. Solamente con esta condición hay felicidad posible, y si falta, os exponéis á suplicios inauditos. ¿Tengo necesidad de insistir? ¿No os ha herido en lo vivo una simple caricia hecha por mí á Camila? Cuando los celos hieren sin motivo, son más furiosos que cuando tienen alguna razón de ser, y humillan porque es el pasado inevitable, que llega á hacerse el rival que no podéis herir.

»Además, ¿qué cariño resistiría al pensamiento de que la mujer amada ha consumido cuanto aún podía dar!.... ¡De qué no recriminaréis siempre la menor de las reminiscencias de su juventud borrascosa! ¡Ah! Mañana—si hoy cediera á vuestro deseo,—mañana estaríais

arrepentido y disgustado indudablemente. Toda vuestra pasión abortaría. Ahora bien, Allán: os exijo que mañana mismo partáis.»

—No, señora (respondió el joven con la impetuosidad de una cólera concentrada por mucho tiempo): no, no partiré. Si habéis creído hacer una gran cosa al referirme vuestra historia tan desoladora, os habéis equivocado. ¡No aprecio vuestras sublimidades, ni acepto vuestras abnegaciones! ¿Quién sabe si me habéis dicho la verdad ?.... ¿Quién sabe si en vuestra bondad para conmigo, y para curarme de mi amor, como decís, no os habéis calumniado? Pero no (prosiguió); no habéis mentido. ¡Una mentira no me hubiera hecho sufrir tanto!

Se detuvo bajo el peso de la convicción de que había oído una confesión real. Se hubiera creído que estaba asustado de la energía que demostraba.

Pero la Condesa no se conmovió ante aquella resistencia con que no contaba.

—La noche es buena consejera, Allán (le dijo con su voz grave): mañana tal vez deseéis partir sin volver á verme. De otro modo, os mandaré terminantemente dejar el castillo, y es seguro que, aunque no sea más que por orgullo, no dejaréis de obedecerme.

—¡Por orgullo! (replicó.) ¡Bastante caso hago yo de mi orgullo! Mi orgullo, señora, es

permanecer aquí á pesar vuestro, y me quedaré. Hay en mí algo más fuerte que yo, y que me ata de piés y manos: algo más fuerte que vos también. ¿Qué me habláis de porvenir? Vos, á quien el desencanto os cerca por todas partes, ¿podéis hablar de mi vida futura? ¡Mi porvenir es estar donde estéis; mi porvenir es amaros, y cuando esté cansado de este amor sin correspondencia, levantarme la tapa de los sesos!

Y su voz se deshizo en sollozos. Hubiera querido ahogarlos; pero, inhábil en las luchas consigo mismo, no pudo contenerlos por más tiempo.

—¡Pobre amigo mío; no sabéis lo que os decís! (dijo ella con una dulzura irresistible.) Perdonadme si os he hecho tanto daño al deciros que os obligaría á partir.... Obedecía al miedo del destino. ¡Ay, nos hacemos muy desgraciados! Vos, Allán, tenéis lágrimas que derramar; pero yo ya no las tengo: ¡he vertido tantas! Yo también sufro, creedme, y perdonadme.

Había algo de bálsamo en su voz enternecida. La frente del joven se apoyó en su hombro con una especie de confianza que empezaba á renacer.

—Sí, poned así vuestra frente (dijo, volviendo á tomar su acento maternal), y llorad,

hijo mío; saciaos en vuestras lágrimas: ¡ay! ¡no lloraréis siempre! ¿No os he dicho que nuestra despedida sería cruel? ¡Por Dios! Abreviadla, partiendo mañana. Si tenéis algo de piedad hacia mí, á quien reprocharíais como un verdadero crimen el haber corrompido vuestra vida sin haberos hecho gustar siquiera la estéril indemnización de las pasiones, sed bueno, sed generoso, y alejaos. Pagadme de este modo el triste valor que he necesitado para contaros la humillante biografía de mi corazón. ¿No es esta historia que sabéis ahora, una infranqueable barrera levantada entre nuestros destinos? ¡Que no amáis á Camila! ¡Mis caricias la han afeado á vuestros ojos, porque bajo ellas habéis visto alguna cosa que no se dirigía á ella *sola*, y vos deseáis á su madre, á la que la ha tenido de otro hombre que no sois vos! ¡Y si aún no hubiese sido más que este hombre quien me infligiera las pasiones y el dolor!; pero sabéis que no es él solo á quien he amado, secando la fuente de mis sentimientos. ¡Ah! No bebáis el cieno de esta fuente desecada. No creáis lo que os he dicho, que os arrojaría de mi casa. Era una astucia, y esperaba que con esa amenaza os decidiría á partir; pero puesto que sois un hombre, ¿queréis que de rodillas os pida que partáis?

Y cayó de hinojos ante el joven, que se le-

vantó lleno de espanto al verla en aquel estado. Aquella mujer admirable sabía bien hasta qué punto llegaba la nobleza de Allán para dejarla en tal postura, y que aquel corazón de diez y siete años, virgen de egoismo, no podría resistir semejante humillación en la mujer amada. Le había educado, y sabía su nobleza.

—Así permaneceré hasta que me prometáis que partiréis mañana. ¿Creéis que puedo quedar de este modo mucho tiempo delante de vos?

Él prometió hacerlo, lleno de desesperación, pero sin vacilar. Su voluntad fué vencida por la sublime comedia que tan friamente había representado la señora de Scudemor.

Entonces ésta se levantó con tanta serenidad como nobleza.

—Tengo vuestra palabra (dijo), y ahora estoy tranquila.

Y se le llevó en dirección al castillo.

Lo que Allán acababa de prometer hacía en él el mismo efecto que una sentencia de muerte en un alma vulgar. No pensaba en ello, y sólo tenía la idea inconsciente de un mal espantoso, marchando lentamente y en silencio, con la cabeza baja y apoyado en el brazo de la Condesa, á lo largo de las calles de árboles.

En el castillo todo reposaba, no viéndose ninguna luz. Hasta las lamparillas debían haberse apagado, porque ningún reflejo de sus

vacilantes luces se pintaba en las ventanas blancas por los rayos de la luna. Únicamente en una de ellas una cortina de seda verde osciló un momento, desprendiéndose de la mano que la sostenía hacía mucho tiempo, cayendo negligentemente.

X.

Al día siguiente, el criado que entró en el cuarto de Allán de Cynthry, le encontró vestido todavía y extendido sin conocimiento en el suelo. Al caer, la frente del joven había chocado con el ángulo de mármol de una mesa, hiriéndose gravemente y derramando gran cantidad de sangre.

El criado llamó, y no tardaron en prodigarse al herido los socorros necesarios. Estaba vivo, y al cabo de algún tiempo abrió los ojos; pero su mirada era extraviada. Habló, pero en sus palabras reinaba la mayor confusión. El médico declaró que estaba atacado de una fiebre cerebral, cuya intensidad se manifestaba ya de una manera espantosa.

—Yo soy la causante de todo este mal (se dijo la señora de Scudemor). La velada de anoche ha influído terriblemente sobre los nervios de esta organización apasionada.

Y pensando así, un triste reproche se ele-

vaba del fondo de su alma, y por huir de una piedad caía en otra. ¡Terribles abismos ocultos en el corazón de una mujer, que son los únicos que quedan por llenar cuando todos los demás rebosan!

Declaró su intención de cuidar ella misma á Allán, y estableciéndose al lado de su lecho, no se separó ya de allí. Vendó su herida, le administraba todas las medicinas que el médico ordenaba, y como frecuentemente el enfermo, en el colmo de la agitación ó presa del delirio, rechazaba todo lo que se le daba, pasaba el día mirando aquella cabeza enloquecida por ella, en la que la extinción del pensamiento parecía sólo preceder algunos instantes á la de la vida.

Si el aire exterior no hubiese endurecido aquel bronce en otro tiempo en fusión; si la señora de Scudemor hubiese arrancado al dolor, si no sano y salvo, al menos vivo todavía, un pequeño rincón de su alma, tal vez hubiera vuelto á experimentar alguno de aquellos sentimientos que tan desgraciada la habían hecho, y por milésima vez el pensamiento y la inteligencia se hubieran estrellado contra la incorregible sensibilidad de la mujer; pero cuando no queda una sola tabla del navío que ha naufragado en las olas de la pasión; cuando la imaginación se extingue en la sangre que el co-

razón ha derramado, se puede sin desfallecer ver cómo muere el ser que nos amaba.

No hay peligro en permanecer al lado del agonizante, á pesar de que cada suspiro parece que se lleva su vida, en una habitación en que el silencio no se turba más que por algún débil quejido del que sufre, ó por algún suspiro de la que le vela en extremo conmovida. No se siente más que la fascinación del sufrimiento, mucho más poderosa que la de la belleza; no se explican las locuras que puede decir, que á manera de contagio de delirio se transmiten del aliento del enfermo á la cabeza de los que con mano inquieta tratan de apaciguarlo; no se piensa en la felicidad del tiempo que pasa, que se sueña ó que se goza, cuando una criatura sufre y espira. Se dice que los besos de los moribundos valen más que los besos de los vivos, y que es una voluptuosidad fúnebre y desesperada gozar en la tierra de los encantos arrebatados á la fosa abierta para el que no tardará en descender á ella.

Á la cabecera de Allán, la Condesa era, como en todas partes, inaccesible á todo lo que hubiese turbado á cualquier otra mujer, cuyo dolor no estuviera tan fortificado por la razón. Sin embargo, había perdido el resto de toda afección hacia las cosas, hallándose convertida, para los que se acercaban á ella, en un egoismo

tranquilo, cuyas asperezas habían desaparecido al contacto del sufrimiento y la reflexión. La piedad, que no es tal vez más que el recuerdo y unión á nosotros mismos de nuestros dolores, había establecido un lazo de unión entre ella y Allán.

Aprendió entonces aquella mujer, que parecía haber perdido su personalidad, que después de las agonías de las pasiones burladas, hay otros dolores posibles, y que quedan siempre bastantes ilusiones en la vida para advertir algún día que no todas han llegado á morir.

Vivía demasiado aislada en la vida, su soledad era tan grande, que todo lo que la interrumpía en aquel aislamiento, todo lo que turbaba confusamente su soledad, le repercutía en el alma, clara, distinta y profundamente, como un acorde se precisa al pasar por un aire puro.

En el fondo de toda compasión hay siempre un remordimiento, y este remordimiento se pronunciaba más en el corazón de la Condesa, porque encontraba en él la inquietud, inquietud que la hacía sentir los más punzantes dolores. Tenía la ansiedad del peligro del joven, y nadie la había visto mostrar, como entonces, un interés mezclado de espanto en su mirada cuando preguntaba al médico con trémulo labio:

—Señor, ¿morirá este niño?

La enfermedad de Allán tenía tal intensidad, que había pocas esperanzas de salvación; y cuando la concurrencia que animaba el castillo de los Sauces vió que la Condesa no abandonaba la habitación del enfermo, como las gentes del mundo no querían entristecer sus rosadas alegrías con una escena fúnebre, partieron unos después de los otros. Así es que en el castillo, que rebosaba de gente días antes, quedaron sólo tres personas: Allán, la condesa de Scudemor y Camila.

Algunas veces la niña llegaba á la puerta para pedir noticias del enfermo, no pasando de allí, porque su madre le había prohibido la entrada en la habitación: como madre previsora, no quería que el delirio de Allán la instruyese de lo que debía ser ignorado siempre por ella; aunque la precaución fué inútil, porque los pensamientos de Allán nunca se referían á ninguno de los sucesos que habían producido su enfermedad. En ninguna de sus palabras sin cohesión se reflejaba el sentimiento de que su corazón estaba lleno.

¡Profunda miseria de la naturaleza humana! Hay un sentimiento por el cual se vive y se respira, y ese sentimiento parece que ha dejado de existir. Se pierde el corazón como se pierde la cabeza.... ¡Qué situación tan te-

rrible para una mujer que ama, y que busca en el fondo de la mirada extraviada un vago relámpago que no sea el irónico espejismo de un conocimiento anonadado, sin encontrar más que las sombras pavorosas de la demencia en la sonrisa, y la ceguedad en aquellos ojos más espantosos que las órbitas vacías, puesto que no es la carne lo que falta, sino el pensamiento.

La señora de Scudemor no experimentó, es verdad, la horrible agonía de la investigación de un sentimiento perdido en los abismos de la locura, ni la infidelidad del corazón por el desfallecimiento de la razón en sus órganos enfermos. Más elevada en su desprecio que el burlón Demócrito, contemplaba sin estremecerse, los lugares en que habita y se extingue lo que el hombre tiene de divino mezclado en las moléculas de su arcilla. Era un espectáculo digno de ella.

Después de las rudas pruebas que había sufrido, se adormecía en un orgulloso bienestar....; pero aquellos instantes tranquilos eran muy cortos. Por una inconsecuencia increíble, su tristeza, su piedad, sus remordimientos volvían á apoderarse de ella poco á poco. ¿Y por qué tenía esos remordimientos, esa piedad y esa tristeza, cuando sabía bien que todo puede ó debe morir, tanto en el alma como en la vida?....

XI.

Acababan de dar las tres de la tarde, y amenazaba desarrollarse una tempestad: un calor sofocante se desprendía de las pesadas nubes, y las golondrinas rozaban la tierra con su ala medrosa. En vano, para hacer correr el aire en la habitación de Allán, se había abierto la ventana, desde donde se veía el pantano que está enfrente del castillo, y desde la cual se podía ver irse formando la tempestad que se anunciaba ya en una atmósfera muy cargada.

El sol, tan abrasador todo el día, había desaparecido bajo nubes de un azul sombrío, dejando ver solamente por entre algunas anfractuosidades tristes rayos amarillos que atravesaban siniestramente el espacio: era un bochorno, más sofocante aún que el calor solar. El mismo pantano, á pesar de sus aguas y sus hierbas, no ofrecía la menor frescura.

Á lo lejos humeaba un vapor abrasado y rojizo, como si fuese el reflejo de un incendio; inmóviles como si hubieran formado parte del

suelo, numerosas vacas blancas, con los ojos lánguidamente vueltos hacia el horizonte vacío, no tenían la fuerza suficiente para llegar al establo.

Allán, con la cabeza rodeada de una venda, las mejillas de color de escarlata, los ojos turbios y medio cerrados, estaba sumido en la somnolencia de la fiebre, que se recargaba siempre por la tarde. Aún no hacía veinticuatro horas que el médico respondía de la vida del enfermo, que, gracias á los cuidados de la Condesa, casi se había salvado. El silencio reinaba en todas partes, percibiéndose la calma lo mismo en la naturaleza que en la habitación. Ni el más mínimo ruído entraba del exterior, y en el cuarto no se escuchaba más que el frotamiento de las cortinas blancas del lecho, cada vez que se agitaban á impulsos de una ráfaga de aire abrasador que entraba por la ventana abierta.

La Condesa estaba en su puesto. La inquietud y las vigilias la habían adelgazado, y la tristeza que se había apoderado de ella por el peligro de Allán, cubría de sombras su pálida frente. Hallábase sentada á la cabecera del enfermo, pero la cortina caída impedía verla. Tenía las manos cruzadas sobre su pecho bello é inflexible. Había creído durante largo tiempo que su destino se había fijado para siem-

pre; que por consunción escaparía á las emociones que de repente interrumpieran la tranquilidad de su pensamiento. Pero esta presunción, que no era sino el sosiego de una vida terminada, esta presunción seguía con la vista, á través de la muselina blanca del cortinaje interpuesto entre los dos, á Allán, que iba recobrando la conciencia de los objetos exteriores.

Había para el joven, entre sus recuerdos y la facultad que sirve para interrogarlos, entre sus ideas y su espíritu, un velo parecido á la blanca cortina que ocultaba entre nubes á la Condesa. ¡Pobre ciego, que no veía la luz más que á través de la velada impresión de la venda que cubría sus miradas inciertas aún! Lo que sentía, lo hemos sentido todos: procuraba acostumbrarse á la vida que tan próximo había estado á perder, y que iba recobrando poco á poco. Buscaba su identidad, de la que apenas tenía conciencia.

No dirigía la palabra á aquella mujer, que era indudable no se había separado un momento de él; no se atrevía á ser el primero en romper el silencio, y ardía en deseos de que ella le hablase. Veinte veces la frase «Gracias por tantos cuidados,» había estado á punto de salir de sus labios, y otras tantas vino á confundirse en un suspiro, que expresaba tanto el resentimiento como la gratitud. Ella creía á

su enfermo bajo la soporosa influencia de la fiebre, más ardiente aún por el sofocante calor de la tempestad, y no notaba sus ojos abiertos que la espiaban tras la cortina y su impaciencia por romper el silencio.

Hizo un movimiento para incorporarse en la cama; pero estaba tan débil, que volvió á caer, y ella le oyó.

Entonces entreabrió la cortina, y en la expresión de su mirada conoció que había cesado el abatimiento.

—¿Cómo os sentís?—preguntó con esa voz apagada que apenas mueve el extremo de los labios.

El joven, que no tenía más que un pensamiento, contestó:

—¡Oh! No me lo preguntéis.... ¿No será preciso dejaros cuando esté mejor?

Y una lágrima egoista y cobarde humedeció sus ojos enrojecidos.

La Condesa no respondió, pero bajó los ojos como debió bajarlos Curcio antes de arrojarse en el abismo, y después los levantó impregnados de una voluntad inquebrantable.

—Allán (dijo por fin); creo que ahora podéis escucharme sin que os haga daño, porque la emoción no le hace cuando no es dolorosa, y yo no he de haceros sufrir más. Os devuelvo vuestra palabra de partir.

Vióse obligada á repetir sus últimas palabras. Allán se creía el juguete de una ilusión producida por la calentura, ó por un sueño.

—No, no es una ilusión, Allán (repitió): soy yo en persona la que os habla ahora. ¿Veis? Esta mano que se posa sobre la vuestra es la mía; ¿no la reconocéis en su frialdad?.... ¡Ay! no la calentaréis en las vuestras; pero permanecerá entre ellas hasta que la rechacéis....

Él la estrechaba con ardor contra sus labios, pero como si su contacto inflamado no hubiese sido perceptible para ella.

—La cabecera de este lecho (le dijo) ha sido para mí una enseñanza terrible, y algunos días, durante los cuales he temblado por una vida que yo había comprometido, han echado por tierra todas mis resoluciones. Cuando se tiene piedad una vez, no puede uno ya volverse atrás: es como morir cuando se ha vivido. En vano es interrogar á esa experiencia que se ha comprado en un precio mucho más elevado de su valor, aunque lo haya sido también con la sangre del corazón.... ¡Ay! Por muy alto que mi orgullo haya proclamado esta experiencia, no por eso he dejado de seguir siendo mujer. En un principio quise creer que había conseguido desligarme de todos los lazos con la muerte de las pasiones necias que los aceptan; pero ha bastado una semana para desen-

gañarme de todas mis ilusiones acerca de la piedad que despreciaba. Orgullo humillado, voluntad vencida; existe una mano invisible que todo lo doblega en el interior de nuestra alma, y el sentimiento de que se creía uno más dueño, nos vence y dispone de nosotros como señor absoluto.

»No se curan las pasiones, Allán, del mismo modo que las enfermedades, y los moralistas que aconsejan sólo en lugar de escudriñar el por qué, son míopes ó impostores. Cuando la voluntad, más íntima que la misma pasión, no puede sofocarla; cuando se contenta con desempeñar el papel del perrillo en la jaula del león, puede desesperarse del todo de la criatura, porque ella es la única que puede librarse de semejante peligro.

»En vano, todo lo que hay de más noble y de más elevado en nosotros puede sentir la mayor simpatía por el ser que consagra su vida entera á una pasión, prodigándole consejos dignos de la sabiduría divina; la pasión y la razón no se han fabricado de la misma materia; la una procede del barro humano, y la otra es parte de la sustancia misma de Dios, y no hay mediador posible entre ambas; ni aun la piedad sirve para ello.

»Sin embargo, cuando la compasión existe, y tanto mayor es cuanto más vivo es el sufri-

miento del ser que se quisiera curar, ¿qué es lo que se puede hacer?.... Hace algunos días que he tratado de estudiar esta cuestión, sentada al lado de vuestro lecho de agonía, y ahora ya sabéis cómo la he resuelto. Me he dicho que era indispensable llevar el desinterés al extremo, y que puesto que la mujer no escapaba á las condiciones de la naturaleza, y sin duda alguna el sufrimiento y la extinción de las pasiones me hubieran dado, si posible hubiese sido, esta triste superioridad, era preciso salir del egoismo del pensamiento, de la esterilidad de los consejos, y llegar á abnegaciones mucho mayores de las que hasta ahora para nada me habían servido.

»Amigo mío, cuando os referí la vida de mi corazón, á vos, á quien la sociedad no ha desilusionado con sus doctrinas de salón y sus instintos de vanidad, para haceros perder más pronto vuestra pasión por mí, que no podía corresponder á vuestro amor, profanando los más bellos dones de la existencia, amor, pureza, dignidad, juventud, era sin duda un acto de abnegación; pero era una abnegación inútil, y hubiera debido advertirlo antes de ahora. Yo que conozco tan bien las pasiones, debí tener en cuenta, ó que no me creeríais bajo mi palabra, ó que una confesión como la mía me engrandecería á vuestros ojos. Mi ra-

zonamiento estaba fundado en la hipótesis de que partiríais; pero esta hipótesis era absurda, teniendo en cuenta mi piedad: en el mundo no hay más que debilidad ó fuerza, y mi sacrificio abortaba.

»Sé bien, Allán, por la experiencia de mi vida, que todos los amores concluyen, lo mismo los más bastardos que los más puros; y aunque nuestros corazones fueran de granito, la roca más dura se desmorona con el tiempo; pero son de carne, y tenemos que sufrir decepciones y disgustos, y la felicidad misma es más terrible que el tiempo, que al menos no nos gasta en un día, ni nos blanquea los cabellos en una noche. Es una triste ciencia esta; pero, creedme, y no sacudáis orgullosamente la cabeza al escuchar mis palabras; no soñéis con delicias eternas gozadas en los brazos de una mujer amada. Ignoráis la profunda tristeza que más tarde ha de invadiros, consecuencia ineludible, hermoso y soberbio incrédulo, impío dichoso. El amor que sentís por mí, es el más á propósito, por su naturaleza, para demostraros la poca duración de las pasiones.

»Pues bien, Allán: como este amor excepcional, este amor más insensato que los demás, y, con más razón que los otros, debe perecer muy pronto, me sacrificaré, para conseguir este objeto cuanto antes, hasta á las úl-

tímas exigencias; os evitaré los dolores que pudieran amargar para siempre vuestra vida, porque matar una ilusión no es nada; herirla es mucho más terrible. Pero tened cuidado no os equivoquéis, Allán; todo lo que podáis esperar de mí, todo lo tendréis.»

Dichas estas palabras, se calló.

Su voz había permanecido firme....; pero una débil tinta rosada, que bien pronto desapareció, había coloreado su pálida mejilla. Signo amoroso de la naturaleza agotada, gota de sangre última que el combate hacía perder. La mejilla recobró su palidez ambarina, antes de que Allán hubiera podido responder. Aquella mujer, cuya grandeza no comprendía la juventud de Allán, había introducido el caos en su corazón y en su cabeza.... Su amor, que momentos antes se consumía en los deseos ardientes de la posesión, retrocedía como espantado ante aquella donación, tan triste y tan despreciada, que la señora Scudemor hacía de sí misma, ante aquella generosidad que se mostraba tan indiferente. Esto era más real, más cierto, más glacial que todo lo demás. De ordinario la confianza en Dios es lo que determina la resignación en los más crueles acontecimientos de la vida; mas esta resignación, cuando se trata de una pasión que no se comparte, procedía en la Condesa de su confianza

en la indiferencia del corazón. Aquel lenguaje descuidado hubiera detenido súbitamente á Allán de Cynthry en el más furioso de sus deseos. No se sentía con valor para recoger aquella felicidad soñada, que ella le arrojaba con su lenguaje extraordinario, como el pedazo de pan que se arroja al desvalido.

Allán permaneció algún tiempo sin responder. Mientras la escuchaba, soltó la mano que tenía entre las suyas, y que con tanto ardor había cubierto de besos en un principio. Cuando concluyó de hablar, aquella mano yacía abandonada encima del lecho.

Su amor, que momentos antes se enardecía con los deseos insaciables de la pasión, retrocedía con terror ante aquel don de sí misma que la Condesa hacía con un tono tan triste y tan despreciativo, ante aquella generosidad que se daba como una limosna sin valor. Esto era real, pero más glacial, más abrumador que todo lo que le había dicho. Indudablemente semejante lenguaje hubiera contenido á Allán en el más fogoso de sus arrebatos.

—¡Ah! (murmuró, con acento de reproche): ¿por qué me habéis dicho todo eso? ¡Cuánto mejor hubiera sido decirme solamente que no partiría!

XII.

Si Allán no hubiese amado tanto, ó si hubiera tenido una voluntad más enérgica, hubiera procurado guardar inmaculado el orgullo de su amor herido por ella, ó le hubiera sepultado en adelante en lo más profundo de su corazón. Cuando uno no quiere curarse, sonríe noblemente encubriendo su herida. Desgraciadamente el joven pertenecía á una época en que la educación religiosa casi tan desarrollada como hoy no existía, y en que se sacrificaba todo á los adelantos intelectuales y sensibles. En tales épocas, un carácter debe formarse muy lentamente cuando el hombre no sucumbe á su dolor, y no debemos olvidar que el joven sólo tenía diez y siete años.

Tal fué la razón de que la impresión árida que le había producido el lenguaje de la Condesa, convirtiéndose voluntariamente en víctima de su piedad y haciéndole á él víctima de su amor, no produjera en el corazón ardiente y débil del joven ningún resultado. Era un ni-

ño todavía, como la mayor parte de los hombres lo son á su edad, y aun mucho tiempo después.

Su poética imaginación, bajo cuyo prisma veía todo en la vida, le hizo admirar en la conducta de la señora de Scudemor algo de sorprendente y extraño, que la espontaneidad de su espíritu no había previsto. Si ella no le amaba, como decía, ¿por qué se le ofrecía voluntariamente? Hacíasele incomprensible, como Dios; pero para el que ama, el no comprender al objeto de su amor es una razón para amarle más.

Preciso se hace tener presente, para no despreciar á Allán, insistir sobre el hecho de que atravesaba esa época de la vida en que se recuerda confusamente lo pasado, en que todo permanece indeciso, excepto la inquietud que el corazón nos causa. ¿Cuál es esta edad? No se sabría decirlo, pues no existe dato seguro. Los misteriosos anales del alma no se cuentan como aquellos en los que un aniversario señala una unidad más. Acaso este cambio tiene lugar entre los doce y los diez y ocho años. Entonces es cuando nuestra vida semeja al ojo medio cerrado bajo el sol de un día ardiente, cuando nuestro pecho se eleva como el Océano cuando la marea asciende. Entonces es cuando el beso que nuestras hermanas

nos estampan en la frente, deja de ser fresco como el rocío de los labios infantiles; entonces es cuando la boca de nuestras madres, al apoyarse en la nuestra, no tiene el mismo gusto que antes; entonces es cuando pensamos en esto largo tiempo, en el silencio de la noche, antes de entregarnos al sueño, sintiéndonos enrojecer en la oscuridad como si fuésemos culpables, porque aspiramos la vida en las alteraciones amenazadoras que la anuncian. De esta edad salía Allán, como se sale siempre para un amor que no es la dicha que proporciona el cariño inocente, para un amor que no es el amor del amor.

No tardó la convalecencia en colocar al joven bajo el imperio de sensaciones tanto más ardientes, cuanto que sus sentidos no habían gustado nunca aquellos placeres, que con la costumbre tan pronto pierden el encanto y la embriaguez.

Á medida que la juventud iba triunfando del padecimiento más y más, olvidaba lo que había llegado á saber de aquella mujer, para no preocuparse sino de lo que ignoraba. No era solamente el trabajo de la convalencia lo único que retrasaba su restablecimiento; no era tan sólo un resto de fiebre lo que mantenía sudorosas la palma de sus manos. Es que existía en él una vida concentrada y sin expansiones,

que se retrataba en sus ojos cargados de deseos voluptuosos. Y ¡cosa singular! Durante los breves instantes en que, contemplando á la señora Scudemor, se representaba la vida llena de pasión en otro tiempo de aquella mujer que no le amaba, los cuadros que su imaginación le hacía ver daban á sus deseos mayor furia. Nada es tan delirante como estos celos que entre sus venenos cuentan las cantáridas.

Una tarde se hallaban solos en el salón en que la señora de Scudemor había dado á Allán, en medio de toda la concurrencia, la cita cuyas consecuencias fueron tan inesperadas para él como para ella. ¡Qué cambio habían ocasionado las tres semanas que acababan de transcurrir hasta en aquel vasto salón, tan lleno de animación y ruido entonces, ahora tan silencioso, y que parecía mucho más espacioso porque los dos se habían replegado á uno de los ángulos. Ella, siempre majestuosa, estaba sentada en un diván, vestida de negro, sin encajes ni adornos de ninguna clase; su traje, sumamente descotado, mostraba sus espaldas anchas y de esbelta forma, que, á través del satín negro, se hacían todavía más incitantes. En la sombra proyectada por las persianas entreabiertas, su bella cabeza, cuyos cabellos negros, retorcidos á la Niobe, eran el único adorno, se destacaba con fuerza en la

blanca cortina que se hallaba detrás de ella.

Allán estaba sentado en el diván á su lado, con una venda negra en la frente, corona sombría que ceñía sus cabellos castaños, y que daba á su fisonomía un encanto irresistible. Para cualquiera otra mujer, aquel adolescente, con su figura interesante, hubiera tenido una seducción infinita.

Era la hora tan pérfida y tan bella, que parece ha sido creada por Dios para la felicidad ó la desgracia supremas. El sol quebraba sus últimos rayos en las cortinas de terciopelo encarnado de las ventanas, y el horizonte aparecía, á través de las barretas de las persianas, inundado de ese vapor rosado que parece reflejar en el cielo todos los pudores velados y las secretas voluptuosidades de la tierra. Algunas flores languidecían en grandes vasos en el fondo del salón. El piano estaba abierto, y aun cuando hablaban á media voz, una palabra suelta resonaba de vez en cuando en aquella habitación, casi vacía, revelando su íntima conversación.

¿Qué se decían? Por la primera vez de su vida, Allán, inspirado por los misterios de la hora y de la sombra, por las emanaciones de las flores y por las impaciencias de su amor, largo tiempo contenidas, se entregaba á los arrebatos de su pensamiento juvenil y ardiente.

—Pero ¿es posible (decía, en un lenguaje un tanto poético) que algo de lo que me conmueve y me agita no se deslice en vos para inspiraros un sentimiento que no sea esa fatal piedad? ¡Ah! No creáis que os pido más que una mirada y un suspiro. ¡Y es eso pedir mucho, Dios mío! ¿No queda ya en vuestra alma un poco de amor que dar? ¡Oh! Aunque fuera un recuerdo, cualquier cosa que no fuera esa compasión. ¡Al menos, yo viviría toda mi vida en ese momento! Amarme poco, casi nada, pero amarme algo, ó, al menos, hacérmelo creer á mí, pobre loco, el fugaz instante que va á tardar el sol en abandonar esa cortina cuyo reflejo se escapa ya de vuestra frente, para vos, á quien todo es posible, decidme, ¿os parece demasiada exigencia?

—Niño (respondió ella); pedid á un volcán apagado que produzca un ramillete de rosas de Bengala, y tal vez lo consigáis mejor. Nada florece, ni por un segundo, en mi corazón devastado.

—Pues bien, mentid (replicó el alma en pena); mentid, por piedad, puesto que la piedad ha sobrevivido á la muerte de vuestro corazón. Decidme una vez que esa ceniza es una rosa, que una sola presión de vuestra helada mano es de amor, y os creeré. Que una eternidad venga á desengañarme después,

nada importa: os habré creído un instante.

—El amor es más difícil de falsificar que la juventud, y la juventud pasada no vuelve nunca. Por otra parte, cuando se tiene un sentimiento profundo, el lenguaje del amor verdadero, apenas si puede acallar las desconfianzas de la pasión. Si la verdad no satisface al alma enamorada, ¿creéis que os podríais saciar con las ilusiones groseras de una mentira que nos envilecería á los dos?....

—¡Es verdad!—dijo el joven doblando la cabeza con tristeza. Y empezó á subir nuevamente ese Gólgotha de lo imposible, que todo hombre se ve obligado á recorrer antes de llegar á morir en la cúspide.

La sombra iba confundiendo los objetos en el salón, que estaba ya oscuro.

—¿Veis? (volvió á decir.) Ya no hay luz en la cortina.

Y con su dedo la señalaba, añadiendo después con melancolía :

— ¡Si hubieseis querido , todo estaría ya terminado!....

—Aunque yo quisiera, ni aunque vos lo deseéis, Allán (dijo la señora de Scudemor), no volverá la luz ahí, ni aquí el calor, que de ambas partes han huído.

Y puso la mano sobre su corazón.

Sin embargo, la brisa esparcía el olor de

las flores nocturnas, y el cielo rosado cambiaba de color á través de los claros que dejaban libres las persianas.

—Pues bien (exclamó Allán); ¡benditas sean las tinieblas!

Y presa de su ardiente pasión, la rodeó con sus brazos. Arrojóse sobre ella, como Aquiles sobre la espada, y el niño se convirtió en hombre.

Un imperceptible movimiento para separarse se escapó á la Condesa; pero aquella mujer heroica se acercó más á él, como si hubiera querido castigarse....

Allán dió un salto, arrojándose á la otra punta del diván, como si á sus piés hubiese surgido un incendio.

—¡Oh, perdón, perdón! (gritó, torciéndose las manos con agonía.) ¡Perdón; pero yo no puedo resistir más! Yo sufro horriblemente; menos cruel hubiera sido dejarme morir. ¡Oh! ¡por favor, decidme, mandadme que me vaya; tal vez os obedezca! Aún es tiempo. ¡La atmósfera de esta habitación me ahoga; esas flores me embriagan! ¡Por favor otra vez; mandadme que me vaya!

—¡Eso sería una cobardía!—respondió la Condesa.

Y no añadió una sola palabra.

—¡Pero vos no sois una criatura humana!

(exclamó.) ¡Vos estáis hecha, sin duda, de distinta masa que yo!

Y como si tratara de buscar la resolución de aquel problema, para cuyo conocimiento no era la razón bastante, volvía á estrechar entre sus manos temblorosas la cintura que había abandonado. El raso crugía bajo sus dedos, y le producía como una conmoción eléctrica. Percibía el contacto voluptuoso de las formas de aquella mujer, en el momento mismo que se sentía espoleado por mil aceradas agujas. Sucesivamente su rostro tomaba tintes de palidez y de encendimiento, dándole esa belleza del niño, belleza sublime que no se ve más que una vez en la vida, y que no vuelve jamás.

La señora Scudemor le contemplaba con esa mirada profunda que penetra al fondo del alma como un tornillo sin fin. Pero el joven la amaba tanto, que parecía sentir un placer orgulloso en desafiar aquellas miradas escrutadoras. En lo más profundo del alma de Allán podía ver retratada su imagen. Una vaga sonrisa asomaba á sus labios, mientras que la respiración anhelante del joven movía apenas en el labio superior esa sombra vellosa y rubia que en la mujer no tiene nombre, y que hace redoblar el furor de los besos. Sobre aquel bozo suave fué á caer el primero de la boca virginal del joven. Ese primer beso que se da á la boca de una

mujer, y en el que parece se pone toda la vida....

Los otros mil que siguieron cayeron sobre su seno como una lluvia menuda. Allán no interrumpía aquel diluvio de caricias, mas que para contemplarla como un sueño. ¿Por qué la caricia empieza y se termina por una mirada? «¡Ah! ¡Yo te amo, yo te amo! (repetía con una voz cuyo timbre apenas se distinguía); no me ames, pero deja que te ame yo.» Y abrazado á ella con todas sus fuerzas, la derribó sobre el diván. Ella cayó, resignada, más noblemente que la mujer romana que enlutaba su túnica para morir más castamente. En medio de aquel amor en el que otra mujer se hubiera ahogado y perdido, la señora Scudemor semejaba al buzo sin campana que se abandona en medio del Océano. Primeros é incomparables transportes de la posesión. La sensación es indivisible, y el hombre se consume en una formidable unidad. Sin esto, si el licor medio apurado careciese de aroma y de calor, ¿quién apuraría la copa por completo?

Y como si hubiese tratado de ver si resolvía una duda, para lo que su inteligencia no bastaba, extendió sus manos trémulas hasta volver á ceñir la cintura de la Condesa. Después, animándose por grados, y al ver que no se le oponía resistencia alguna, cubrió de besos sus manos, llegando su excitación al paroxismo.

.....

—Ahora eres mía (dijo, después de un largo silencio, como si volviera en sí de un desvanecimiento); ahora ya eres mía.

Y la levantó en sus brazos. La cabeza de la señora de Scudemor se había hundido en la seda de los cojines del diván, y enganchándose el peine que sujetaba sus cabellos, éstos se esparcieron sobre sus hombros. La casualidad tiene á veces azares tan particulares como engañosos. Sus apariencias de desorden y de pasión contrastaban notablemente con su fisonomía serena y fría.

Sus manos arreglaban la venda de seda negra que ceñía la frente del joven.

—Hace un momento (le dijo), tenía miedo de que volviera á abrirse vuestra herida.

Aquellas palabras reunían toda entera el alma de aquella mujer, muerta para las pasiones, pero en la cual vivía aún la más frágil de todas las simpatías de la mujer.

La noche había cerrado : el viento que entraba por la ventana era muy fresco, y el silencio más profundo reinaba á su alrededor. Sin que ellos pensasen en ello, habían bajado la voz á medida que aumentaba la oscuridad; efecto irresistible de la solemnidad de la noche, que nos obliga á hablar bajo, como lo pudiéramos hacer en un templo.

Oyóse un paso ligero que se dirigía hacia

la ventana, que estaba al nivel del suelo del jardín. Era Camila que venía de jugar.

—¿Dónde estás, mamá?—dijo antes de entrar, con su voz de una dulzura sin igual.

La señora de Scudemor se había levantado del diván, y estaba próxima á la ventana, cuya persiana había descorrido.

—¿No habéis ido Allán ni tú á pasear esta tarde?—preguntó la niña, cuyo calzado blanco por el polvo se destacaba en la sombra de la habitación.

Y diciendo esto se sentó al piano, que estaba abierto todavía desde los ejercicios de la mañana.

—Y luego ponderas tanto (siguió diciendo con su charla infantil) lo que te gusta la Normandía por lo magníficas que son aquí las puestas del sol. Sin embargo, mamá, no has visto qué hermoso espectáculo ofrecía hoy.

La Condesa dió un pretexto insignificante á su hija por no haber salido, y Allán permaneció silencioso en el diván, como si tratara de recoger en su interior la impresión de los momentos que acababan de pasar.

—¿Estáis peor esta noche, Allán?—preguntó Camila con una timidez poco natural en ella; pues desde que el joven había cambiado de maneras, la atrevida niña parecía tenerle miedo, y cuando le hacía una pregunta, esperaba

siempre la contestación temblando como la hoja en el árbol.

—¿Y por qué queréis que esté peor esta noche? (contestó con aspereza.) ¿Creéis eso porque no juego con vos?

Su acento era tanto más duro, cuanto que estaba contrariado, porque la niña había llegado á tiempo de interrumpir su felicidad, interponiéndose como un obstáculo entre y él la mujer que hubiera querido retener más tiempo todavía entre sus brazos.

El silencio volvió á reinar de nuevo, hasta que se oyó resonar una especie de gemido: era que Camila había apoyado sus dos codos en las teclas del piano para colocar la cabeza entre sus manos.

XIII.

ALLÁN Á LA CONDESA DE SCUDEMOR.

«¡Oh, Iseult, Iseult! ¡La velada de ayer me ha hecho olvidar todos los sufrimientos anteriores! Esta velada ha debido desengañarnos á los dos. Vos me amáis, porque no habéis rechazado mis caricias; y esto es lo que yo me repito á cada momento, y eso es lo que ha colmado mi felicidad. ¡Habéis sido mía, Iseult, y no es posible que tal hubiera sucedido si no me amarais! Indudablemente confundíais la piedad con el amor. Cuando se ha sufrido tanto en otro tiempo, se procura disimular para no sufrir más por ese sentimiento; pero por más que se cierren los ojos, el sentitimiento existe....

»Sí, tú me amas, puesto que has sido mía. ¡Mujer adorable! Tus pesares no han podido secar en ti la fuente del amor; te han atormentado, te han destrozado, pero ha permanecido sin gastarse, á pesar de que la creías agotada. Han abusado indignamente de lo que

había más celeste en los dones que Dios te había prodigado, pero no han podido conseguir que se concluyan las magnificencias de tu alma.

»En vano esos disipadores insensatos y crueles se imaginaban haberte despojado de los tesoros de ternura y de abnegación de que está lleno el corazón de las mujeres; en vano en tu orgullo castigado por el sufrimiento, creías no poder dar al que tanto te ama más que *el óbolo de la viuda* de tantas afecciones muertas, esa piedad que tantas veces has invocado.... Ignorabas, Iseult, qué fortuna tan colosal te restaba.... Yo, que he venido el último de todos, me formaré la copa en que beber la felicidad y el amor, con los restos del vaso de alabastro que ellos han destrozado, en los cuales queda impregnado un perfume tan suave, que parece compuesto de todas las flores de tu primavera.

»¡Cuánto he sufrido por tu culpa! Y, sin embargo, tú no eres de las que ocultan su pensamiento secreto, ó que le desmienten. Tu noble corazón se había negado á retener lo que el mundo te hubiera tal vez arrebatado, si no hubieras sido quien eras. Me has parecido siempre demasiado grande para no decir la verdad. Tus palabras respiraban la sinceridad de una amiga; pero, á pesar tuyo, eras otra

cosa para mí, y en un mismo día han debido desaparecer tus ilusiones y mis desconfianzas. Ese día, Iseult, no ha sido tu boca la que ha hablado. Soy tan débil ó es tan grande mi inesperada felicidad, que, ante tal inmensidad de dicha, te perdonaría el no haber sido sincera antes de tu abandono.

»Y tú, Iseult, ¿no eres también dichosa al encontrarte con tu juventud cuando la creías desvanecida? Para un alma como la tuya, envejecer es una palabra que no tiene sentido. ¿No te alegras, pues, en medio de tu desesperación de la víspera, de reconocerte inmortal?.... ¡Noble goce! ¡Orgullo digno de ti! Cuando me decías que no eras más que la sombra de ti misma; cuando me asegurabas que la losa del sepulcro había caído sobre tu corazón helado, ¿no sentías un amargo pesar por la vida, un horror secreto por tu anonadamiento? ¿No llorabas por la antorcha apagada en medio de la oscuridad de las catacumbas en que vagabas al azar? ¿No conocías tú, la mujer fuerte é indomable, que á cada revés te elevabas más, y que los sufrimientos no te impedían el ofrecer de nuevo tu gran corazón, capaz de resistir las decepciones, las traiciones, las ingratitudes; no conocías, digo, que tu papel de heroína había acabado demasiado pronto, y que amar siempre era un destino

grande y hermoso, el destino que más admirablemente te convenía?

»No hagas caso de esos seres inquietos, porque son limitados y pequeños: déjalos en las agitaciones que les proporcionan sus diminutas miserias. Yo comprendo mejor el infinito, y puedes convencerte de ello. No; la virgen no vale lo que la mujer que se ha purificado en el ardiente crisol de las pasiones; no vale tanto como amor, ni aun como pudor. Cuando ama por centésima vez es cuando la mujer aparece más sublime. Eso es lo que tu amor me ha enseñado; eso es lo que me hace adorarte de rodillas. ¿No está escrito, amada de mi alma, que el noveno cielo es el más hermoso?

»No tengas miedo por mí, Iseult. En la felicidad suprema de ser amado por ti, olvidaré todo lo que me has contado de tu vida; y si alguna vez me lo recuerdas, eso te hará más grande á mis ojos. ¿No te debo la felicidad que te ha faltado en las más duras pruebas? Confía, pues, en mí, Iseult, en tu último ensayo para ser dichosa. ¡Ah! Esta idea me hace superior á los hombres para poder amarte como tú mereces.

»Sí, serás amada por mí, como deseabas ser amada en los días más exigentes de tu juventud, y hallarás en mi amor las felicidades

no encontradas en los pasados. Tengo el orgullo de mi inmensa pasión, y creo aventajar mucho á los corazones estériles que te han amado.

»Me has dicho que yo era más veraz y más puro.... Pues bien; no resistas al sentimiento que te arrastra, y confiésalo, cuando me perteneces por entero.

»¡Oh! Á pesar del éxtasis encontrado en tus brazos, mi felicidad, Iseult, es incompleta todavía. Tengo necesidad de ver que te confías á ti misma y á mí: que te oiga yo decir una vez: «Es verdad, Allán; tienes razón; mi compasión, por grande que fuera, no me hubiera impuesto tales sacrificios,» y nunca te pediré más; me apoyaré en ti con la mayor confianza, y gozaré siglos de indestructible felicidad.»

XIV.

LA CONDESA DE SCUDEMOR Á ALLÁN.

«Al poeta todo le sirve de lira para cantar, y vuestra carta es un canto de amor, Allán. Vuestra juventud no ha querido creer lo que yo os decía de mí misma, y os ha sido más dulce pensar que era yo la que me desconocía. Porque he obrado del mismo modo que las que aman, os habéis apresurado á proclamar que mi corazón había resucitado. ¡Ay! ¿por qué no lo habéis conseguido? Pero desgraciadamente, somos engañados con tanta frecuencia por nuestras alegrías como por nuestros desfallecimientos.

»Tal vez hubierais tenido razón, Allán, si lo que yo tenía hubiera sido sólo estar desfallecida.... El desfallecimiento guarda todavía algo de pasión: está destrozada, pero aún vive. Es un abatimiento muy cruel, lo sé, pero en su fondo se agita algo todavía. Cuando se murmura no se está desimpresionado. He conocido ya ese estado del alma, esa languidez

de una desesperación fatigada, que hace cubrirse la cabeza cuando se está decidido á morir, como lo hizo Anaxágoras en otro tiempo. He leído que Pericles llegó tarde.... y vos también, amigo mío, como Pericles, habéis equivocado la hora, puesto que hace mucho tiempo que pasó ya. No tengo nada que echar en cara á la vida; y si os he dicho que el amor me era imposible, no es que tuviera lástima de mí, es que me juzgaba tal como soy.

»Me habéis hecho demasiado grande en vuestras adoraciones exaltadas; pero yo no sé si hay mujeres cuya alma no se haya debilitado nunca para el amor; no sé si la naturaleza escogida de que han sido formadas las ha hecho tan impotentes al dolor que hayan podido sin temor abrirle generosamente sus pechos. ¡Ay!: en el corazón de la Madre de nuestro Redentor, que era todo amor, no hubo lugar más que para siete espadas; pero si existen mujeres siempre derrotadas y nunca vencidas, capaces de la dicha de ser amadas, más difícil de conseguir que la de amar; si existen, ó han existido, podéis calificarlas de sublimes, porque lo son en realidad: yo no soy de esas.

»En mí la pasión lo ha devorado todo. He resistido el impulso del destino, que me arrastraba donde he caído; he resistido mucho tiempo llorosa, destrozándome las manos al

asirme á los abrojos que festoneaban el camino recorrido y que no han podido detenerme, siéndome preciso ceder. La ola de dolores aumentaba siempre, y, por otra parte, el abismo no estaba lejos; abismo inmenso, solitario, hacia el cual tendéis los brazos para ayudarme, pero del cual no podéis hacerme salir. Desde la orilla desierta donde pretendéis alcanzarme, no llegan á mí más que vuestras lágrimas.

»Bien veis que no soy la criatura admirable que decís, la que siente un amor imperturbable que es como una virginidad nueva. Volved á tomar vuestra corona de estrellas, noble poeta, pues bien veis que no soy digna de ceñirla.

»Vos deseáis, Allán, un amor en cambio del vuestro, y no queréis en modo alguno creer en mi piedad: no comprendéis que, no amándoos, no os haya rechazado; pero es que no conoceis, amigo mío, á qué extremo llega la piedad en el corazón de las mujeres; yo también lo ignoraba, lo mismo que vos, antes de haber visto vuestros combates y vuestros desfallecimientos. Pero creedme: tiene algo del bien eterno é increíble, puesto que yo, que había comprado bastante caro el dominio que tenía sobre mí, no he podido defenderme de ese sentimiento que tanto he despreciado.... ¡Ah! la

compasión es el amor sin la dicha que él proporciona, y esa es la razón de no ser el amor.

»Si hubieseis amado á otra que no fuera yo, Allán, á otra á quien le quedase algo de juventud en el corazón, tal vez hubiera podido satisfacer vuestros ardores. La piedad hubiera reavivado las espirantes ternuras, hubiera vuelto á abrir la fuente del llanto mal cerrada, mal enjugado aún, haciendo brotar un último encanto del seno de todas esas melancolías. *Ella* hubiera llorado por vos y por sí misma; os habría hecho que la sostuvierais, y os hubiera abrazado, como á la última columna de su templo; y vos hubierais encontrado en todas esas ternuras, que hubiesen tenido todavía algo de amor, una felicidad deseada, un rayo de sol tardío, pero más dulce, por lo mismo, en aquella arboleda de otoño, empapada en las lágrimas de un cielo afligido.

»¿Por qué no seré yo una de esas elegidas que se desprenden lentamente de la existencia, y que se aferran á ella con sentimiento por dejarla? ¿Por qué vuestros brazos, al ceñirse á mi cuello, no me han formado un collar de ilusiones pasadas? ¿Por qué mi corazón, ese viejo totalmente helado, no siente la influencia ardiente de vuestro sol?.... Porque en las horas en que buscáis en mi alma, á través de

mis ojos, tan destruídos como ella misma, una emoción que os consuele, una embriaguez efímera, pero que vuelve, permitiéndoos esperar con más calma, porque no siento la exaltación ó la dulzura de mi piedad. ¡Ah! Es que en mí nada resta de lo que Dios se olvida muchas veces de arrebatar á las mujeres desgraciadas; el alivio de un entusiasmo y hasta las lágrimas alguna vez.

»No; no podéis engañaros, Allán: no puedo dar esos abrazos en que la madre y la amante se confunden: no podría inclinarme sobre una cabeza querida para derramar en ella un torrente de lágrimas que tan felices hacen á los seres amados como á los corazones que las derraman, y que nunca deberían secarse. No soy yo, pobre amigo mío, más que una mujer sin prestigio, un genio sin aureola, y si lo que he hecho por vos ha sido un sacrificio, puedo aseguraros que no me ha reportado ni aun la alegría interior que da el cumplimiento del deber.

»Por otra parte, es un sacrificio tan insignificante, que no hubiera debido turbaros de esa manera. Todo el que no consiste en entregar algo del alma y de su felicidad, aunque se bebiera sangre como la hija que salvó á su padre, es tan imperfecto en su desinterés, que no permite el reconocimiento. ¿Qué

soy yo á vuestro lado, Allán? Yo era vieja y tan indiferente por la vida, que había retractado todas las maldiciones que en otro tiempo pronunciara contra ella, mientras que vos, tan joven, no habíais sufrido aún más que lo que involuntariamente os había yo hecho sufrir. El porvenir os tendía los brazos como á un amigo querido, y más adelante la existencia puede ser todavía dulce y bella para vos.

»¿No era mi deber, en cuanto me fuera dado, evitaros todas las agonías posibles?.... ¿Había precisión de buscar algún motivo necio, con arreglo á las ideas del mundo, que oponer á esa piedad fatal?.... ¿Hubiese sido generoso, por mi parte, que yo, á quien había ultrajado más de un amor, escuchase cualquier escrúpulo fútil cuando no se trataba de mí?.... Mi conducta ha sido de lo más sencillo que puede encontrarse, Allán, y os suplico que no tratéis de elevarme por el sacrificio; no queráis unirme á vos por otro nuevo lazo. Mi mano no tiembla al escribir que me he entregado; pero creed con toda convicción, que, si me hubiese sido posible daros un latido del corazón ó una lágrima, hubiera hecho algo que valiera más que lo poco que he podido hacer....»

XV.

Todo el tiempo que duró la enfermedad de Allán, Camila, á quien su madre, como hemos dicho, no había permitido más que llegar á la puerta de la habitación á informarse de la salud del enfermo; Camila, decimos, había vivido en la independencia y el aislamiento más completos. La señora de Scudemor, asustada por el peligro del joven, no pensaba más que en él, y había abandonado del todo la vigilancia de su hija. No se ha reflexionado bastante en que el sentimiento maternal que procede de las entrañas, esto es, de más abajo que el corazón, perdería mucho de la santidad de su carácter si un recuerdo ó un pesar no le salvase de los instintos de la animalidad. Creedlo: si la madre es tan bella, lo debe solamente á que es un reflejo de la amante.

Felicidad pasada, penas devoradas, indemnización de una esperanza perdida, tal es la gloria misteriosa que resplandece alrededor de la cabeza de un hijo querido, estrella páli-

da que se baña eternamente en el arroyo murmurante formado por las lágrimas que corren del corazón; tal es el secreto de esas ternuras llenas de deleite, de esas miradas preñadas con todas las pasiones, y que caen impregnadas de suaves bendiciones sobre un hijo estúpido ó sobre una hija fea, como un beso de Dios sobre la naturaleza.... Pero cuando el amor, esa túnica sin costura, que envolvía dos corazones confundidos, ha destrozado hilo á hilo su frágil trama, y no queda un harapo siquiera para envolver al niño que llora, el desgraciado crece en su cuna como puede. El cordón umbilical del pasado ha sido cortado, lo mismo que el de la carne, ¡y el niño puede decir que no tiene madre! Esta vida, una en su duplicidad, estalla y se rompe de repente, y ¡cosa cruel! en esta desunión de dos existencias, no es el espacio lo que debe separarlas más adelante.

¡Pobre Camila y pobre Iseult! No había entre ellos, por lo tanto, más que relaciones exteriores; un sentimiento dulce, como todo lo que está en el límite del no ser, engendrado por la costumbre, por la idea de la debilidad del niño, lo cual constituía un deber de protección para la señora de Scudemor, pero nada de adherente é íntimo. Última negación del destino, que había rehusado á aquella mujer todo lo que le

había sido posible, excepto el corazón para sufrir.

De este modo se comprende perfectamente que no se ocupase más que de las nuevas relaciones que la imponía un sufrimiento que era causado por ella, y que había establecido entre Allán de Cynthry y la condesa de Scudemor una especie de obligación imprescindible.

Camila no había gozado jamás de una libertad semejante: nunca había podido entregarse como entonces á sus innumerables fantasías; nunca había podido perder su tiempo en una molicie más perezosa, tiempo que puede decirse que es ganado cuando se ha dejado correr con tanto gusto.

Pasaba los días vagando sin objeto en el pantano y en las campiñas adyacentes que se extendían detrás del castillo, y cuando el sol calentaba demasiado, se sentaba bajo las ramas de un sauce ó á la orilla de un foso, y allí esperaba á que el calor disminuyese para continuar su paseo sin objeto. Cuando llegaba la noche no se retiraba, pues no había una voz dulce, pero con derecho á ser obedecida, que la mandase entrar en el castillo porque el rocío húmedo después de un día caluroso podía serle perjudicial, ni había una mano cariñosa que le pusiera un abrigo de lana sobre sus

hombros en el momento en que la frescura podía ser mortal.

Oveja á quien Dios medía el pienso, pájaro que no creía ni en la Providencia ni en sus alas, y al que el aire conducía sin oponer la menor resistencia, niño demasiado abandonado para ser confiado, porque la confianza es la voluntad que abdica, y quien se confía, sabe que lo hace, y ella no lo sabía; jugueteaba bajo el cielo, sin hacer caso ni de la nube que amenaza, ni de la noche que se acerca, ni del frío que aumenta. Respiraba á su albedrío, libre de las trabas de su educación de niña rica: como las hijas de los pobres habitantes de aquellos campos, discurría á su antojo, diferenciándose únicamente de ellas en que no llevaba los piés descalzos.

¿Pero cuál era la causa que la impedía gozar á sus anchas de una libertad tan amplia como se le concedía y tan fuera de lo habitual? ¿Habría puesto en aquel límpido horizonte algún punto negro la inquietud, por más que indudablemente fuera muy vaga, como lo es siempre la inquietud de un niño? ¿Habría caído alguna hoja siniestra desprendida del árbol de la muerte, en aquel lago de reflejos de cielo, y habría hecho arrugarse su superficie pura con alguna onda desvanecida en seguida? ¿Sería que aquella vida era tan nueva y tan dulce para

ella, que, en su soledad y en su negligencia, tenía necesidad de gozarla despacio, como un objeto que se va de entre las manos en un abrir y cerrar de ojos, y procuraba saborearla lenta y silenciosamente, para consumir poco á poco todas las delicias desconocidas que en ella encontraba?

Lo cierto es que no se la veía ya, como otras veces, saltando y corriendo, con la energía que demostraba la vida que rebosaba en ella, procurando alcanzar la mariposa que huía de ella con mil giros caprichosos, y que se deshacía entre sus dedos, y mirando después con tristeza el polvo de oro que quedaba entre ellos, como si hubiera tenido la intuición misteriosa de que aquel era el símbolo melancólico de que todas las cosas en este mundo se marchitan al tocarlas.

Es verdad que conservaba su gran afición á las flores, ese imán de las jóvenes, que tienen, como ellas, su aliento perfumado; pero ya no corría á cogerlas; y haciéndose muelle, no corría por correr: graciosa lo era siempre, pero no tenía la gracia viva y aturdida de la alondra, sino la más severa y más casta del cisne que se mece adormecido en el agua movible; y al verla andar así lenta y soñadora, ofrecía tal languidez, que se la hubiera tomado por una criatura llena de reflexión....

Cuando algún habitante de aquellos lugares, dirigiéndose hacia el Douve, atravesaba los pantanos y la encontraba en su errante aislamiento, la saludaba como si no hubiera sido una niña, llamándola gravemente «Señorita.» Unas veces era un hombre joven, alto y robusto que se dirigía á la pesca, otras un batelero viejo con la frente surcada por las arrugas que indicaban las fatigas de la víspera y los cuidados del día siguiente, y era cosa conmovedora el ver aquellos hombres rudos, acostumbrados á los trabajos de una vida difícil, descubrirse respetuosamente delante de aquella niña nacida en la ciudad, que parecía de naturaleza diferente á la suya.

Con mucha frecuencia se detenía para mirar con ojos distraídos los grupos de niños pequeños, diseminados aquí y allí en los pantanos, que enturbiaban, zabullándose, con sus piernas desnudas, en el agua de los estanques, tibia por los rayos del sol. Todos ellos jugaban, gritando, con sus movimientos azorados y sus vestidos desgarrados: ofrecían á la mirada sus magníficos tipos de salud normanda y sus mejillas de color de escarlata.

Y era cosa curiosa el verlos callarse repentinamente á la aproximación de Camila, y seguir con admiración y con mirada curiosa á aquella niña que se había detenido un mo-

mento á contemplarlos y que estaba tan pálida, tan triste y tan sola.

¿Conocerían aquellos niños, como sus padres, que allí se encerraba una miseria distinta de la suya, y el egoismo de la naturaleza humana hacía olvidar la envidia del pobre al rico, para no acordarse más que del respeto?

XVI.

Era á mediados de Setiembre, que es el tiempo más hermoso del año en Normandía. Es verdad que ya el suelo no tiene su espléndida verdura; pero sus encinas enrojecen bajo un cielo rojo también. Los oxiacantos no adornan ya la orilla de los senderos de donde el viento los desprende para convertirlos en polvo espeso y odorífero, con el que se llenan los surcos que han dejado las carretas en el camino. Los manzanos, rectos ó inclinados, de los cercados han perdido su adorno de rosas blancas, pero sus rojas manzanas, que son las naranjas y las uvas de los pueblos del Oeste, brillan á través de las ramas y caen al pié de los troncos, haciendo que sus copas inclinadas se asemejen á otros tantos cuernos de la abundancia. El centeno, ese pan negro del pobre, no está aún en disposición de segarse, pero lo estará dentro de pocos días, y sus haces, cortados y amontonados en el suelo á iguales distancias, formarán como un campo de pequeñas tiendas.

Cuando llega la noche (esas noches nacaradas de Normandía), nubes espléndidas de color y de forma se elevan encima de aquellas campiñas de tan exuberante aspecto, y ante sus magnificencias mágicas no se echa de menos la pureza serena del más hermoso cielo de primavera. No se oyen los cantares alegres de los segadores que vuelven de sus trabajos del campo á cenar á las granjas, pero sí los ladridos melancólicos de un perro á quien el eco impacienta, y que se conmueve por los pasos presurosos de un cazador que regresa tarde de su expedición.

Un otoño semejante recompensa por adelantado las nevadas que le han de seguir, y al verle, es indudable que un italiano comprendería la exageración que hay en el dicho tan repetido de «Ver á Nápoles y morir....»

Las campanas de Santa Madre Iglesia anunciaban la hora de mediodía, y á su sonido dulce y confuso en el seno de aquella atmósfera húmeda de luz, las viejas que trabajaban en las puertas cintradas de sus chozas de bálago, repartidas en el camino que va de Santa Madre Iglesia á Montebourg, hacían la señal de la cruz y recitaban el *Ángelus*. El sol calentaba demasiado todavía y obligaba á buscar la sombra y el fresco.

Probablemente á causa de este calor de la

atmósfera, aumentado por el sol entonces en su mayor altura, dos personas que iban á caballo, un hombre y una mujer, tomaron un sendero sombrío que serpenteaba entre las hayas despojadas de sus hojas, y que conducía á una eminencia, desde donde se descubría una preciosa campiña sembrada de ramilletes de árboles y de hermosos pastos. Aquellos dos jinetes debían haber dado una carrera muy larga, porque sus caballos estaban cubiertos de sudor. Marchaban al paso, obedeciendo más á su gusto que á las riendas, que pendían colgantes encima de sus cuellos, y al llegar al cerro se detuvieron.

El joven desmontó para dar la mano á su compañera; pero ésta, tan ágil como él, de un ligero salto se dejó caer en tierra, sin servirse del apoyo ofrecido con tanta solicitud.

—Detengámonos aquí, y esperemos que pase el calor para volver á los Sauces,—dijo ella, levantando por encima de su sombrero de copa el velo que cubría su rostro, mientras que su compañero ataba los caballos á la rama de un árbol.

—¿Estás cansada, amiga mía?—preguntó el joven, con una voz en que se observaban al mismo tiempo el temblor producido por el temor y el respeto de la adoración.

—Esa pregunta debiera ser yo quien la hi-

ciera, Allán (respondió la dama con una sonrisa). Estáis todavía convaleciente, y tal vez la carrera que hemos dado hoy sea demasiado larga y pueda perjudicaros.

—¡Oh! no temas nada, Iseult mía (respondió el joven). La vida se ha aferrado en mí con mucha seguridad, y ya no me abandonará.

Ella le miró entonces con ojos asombrados, del mismo modo que hubiese mirado á un insensato. Á decir verdad, su rostro estaba muy pálido y su cuerpo muy delgado para hablar de aquel modo de la vida: tenía el aire de un espectro vacilante.

—Sentémonos, Iseult,—dijo él.

Y ambos se sentaron al pié del cerro, teniendo el sol á su espalda, pero protegidos por el mismo cerro contra sus rayos.

—¡Qué bella eres!—exclamó después con una voz llena de la embriaguez del amor.

Y era verdad; el otoño de aquella mujer, aunque más avanzado que el del año, parecía más hermoso que la naturaleza.

La belleza escultural de sus formas, que parecían haber sido moldeadas para las eternas luchas de la voluptuosidad, se destacaba de un modo admirable por encima de su amazona de merino negro. La carrera y el calor habían hinchado un tanto las venas de su ca-

ra, y hacían brillar en sus pálidas mejillas un sonrosado que hacía mucho tiempo no se veía en ellas; sus labios se entreabrían, dejando ver unos dientes blancos y menudísimos. La animación de aquel rostro era tal, que se olvidaban las arrugas que comenzaban á surcarle, y que hubieran debido marcarse más con el esplendor cruel de la luz del mediodía y bajo el áspero azul del ardiente cielo que los cubría en aquel instante.

Quitóse uno de sus guantes de gamuza, y con su mano, que parecía de alabastro, comenzó á alisarse sus negros cabellos, de los cuales las penas de la vida habían blanqueado algunos prematuramente, que semejaban finísimos hilos de plata.

—¡Ay, Allán! (replicó, después de un espacio de silencio, mientras que el enamorado joven la estrechaba la cintura con un brazo.) Soy bella de la misma manera que vos sois dichoso. El mañana está ahí, que nos amenaza á uno y á otro. Hay en el fondo de esta belleza que vos amáis, como en el fondo de la dicha que tenéis tan presente, un germen de muerte, que mañana puede desarrollarse repentinamente.

Y como para darle la razón, en el mismo instante el bello color que la carrera y el calor habían producido en su cara, se desvaneció,

lo cual advertido por ella, le arrancó una triste sonrisa.

—¡Qué cruel eres, Iseult! (dijo Allán con amargura.) ¿Sois así todas las mujeres? ¿Envenenáis siempre la fruta que dais al desgraciado que muere de sed y que os bendice al morir? Mientras que yo me embriago en tu contemplación lo bastante para olvidar que no me amas, tú procuras ennegrecerlo todo con tu fúnebre acento. No tratas más que de anonadarme con el peso de tu fría razón.

—Allán (respondió ella); repitiendo muchas veces á los hombres que no eran más que polvo, se ha conseguido alguna que otra vez atraerlos á Dios. Si no hubiera brillado en mi frente un rayo moribundo de mi belleza pasada, no hubierais pensado en amarme vos, niño y poeta, es decir, dos veces hombre para los amores de la carne. Cuando los gusanos de la vejez se apoderen de este cuerpo sin corazón, vuestro amor dejará de existir. ¿Y sabéis lo que hago con repetíroslo tanto? Evitaros el espanto que mañana os espera.

—¡Ay! Tú piensas siempre en el porvenir. Es la palabra terrible de que te sirves para acibararme la felicidad que gozo al presente.

—Es, amigo mío, que no pienso en otra cosa que en el vuestro. Es que yo no tengo los

ojos llenos de lágrimas que me impidan el ver, y que á vos os ciegan.

—Bien, criatura inexplicable; destrózame en nombre de tu sabiduría; no me volveré á quejar. ¿No soy tu esclavo? ¿No te daría toda la sangre de mis venas, si fuera necesario, para lavar tus piés adorados? ¿No has cambiado tu belleza por mi corazón, el contacto de tu boca por mi alma? Por lleno de amor y de juventud que pueda estar mi corazón, ¿no le paga con exceso tu belleza? ¡Ah! Yo hubiera vendido el cielo y la tierra por una sonrisa tuya, y no es solamente una sonrisa lo que me has dado.

Y con sus ardientes labios oprimía los de la Condesa, que permanecían inertes. ¿Qué efectos ha de producir un nuevo rayo en los lugares devastados de antemano por otro?

—¡Ah! ¡cómo me has engañado! (exclamó el joven, notando que aquella vida helada y endurecida no se derretía al contacto ardiente de sus caricias.) ¡Cómo me has engañado, Iseult! Antes de conocerte mejor, me imaginaba que eras todavía una mujer, y que tu alma, esa flor eterna, volvería á abrirse al contacto de un amor como el mío. Yo me decía que había misteriosas armonías entre lo que acaba y lo que comienza, entre la virginidad de un primer amor en un corazón puro, y el

martirio de los amores muertos en un corazón herido. Me parecías aún más tierna que hermosa, y tu belleza, que vacilaba sobre tu frente oscurecida ya, atormentaba en mí el sentimiento del infinito, y hacía mi amor inmenso como la eternidad.

—Lo comprendo, pobre niño (dijo la Condesa, con una especie de desvarío, y con la mirada dulce como en la juventud): y eso hubiera muy bien podido no ser una ilusión. Sí, hubierais logrado encontrar una mujer de la edad de vuestra madre, y que, sin embargo, no os hubiese amado con el amor que se ama á un hijo. Decís verdad, Allán. Bajo la amenaza de morir pronto, la belleza y el amor, ganan tal vez lo que tienen de más atractivo y más embriagador. Acaso Dios haya querido que no hubiese más que un amor digno del primero, y que ese amor fuera el último. Tal vez Dios ha puesto en ese amor una iniciación á la vida como consuelo de haber vivido....

—¡Ah! ¡Por qué no hablas siempre así! (interrumpió Allán con entusiasmo, ocultando su frente en el seno de la señora Scudemor.) Dime que yo no era un insensato.... que tú podías amarme.... que eso era posible....

—Sí, era posible, sí (replicó ella á su vez). Podía ser, porque no había entre nosotros más que años, Allán; los años que hacen llorar por

la belleza perdida, porque se tiene miedo de que *él* ame á otra mañana. ¡Ah! Esos años inflaman aún más el amor que se siente con la inquietud y los celos, esa doble conciencia de nosotros mismos. ¡Ay! ¿Es culpa mía que ese amor magnífico, puesto que resume el corazón todo entero, la suerte le haya arrancado de mi alma? ¿Es culpa mía si me parezco al zahorí de las supersticiones que ve en los cementerios el cadáver bajo el paño funerario de musgo y rosas que le cubre?

Los ojos de Allán se inundaron de lágrimas amargas.

—¡Cuánto me agradan vuestras lágrimas (continuó, en uno de esos momentos en que la mujer dominaba por completo); cuánto me agradan vuestras lágrimas, pobre niño! La muerte de mi alma es llorada dignamente por vos, por vos, que conserváis intacta la vuestra. Esas lágrimas que nacen de las más tranquilas fuentes del cielo como un éter incorruptible, y grabadas en el cristal de roca de un corazón fiero, son más hermosas al correr sobre tantas manchas, guardadas en el fondo del alma, que las de la Magdalena cayendo sobre los piés de Cristo. Aquella pecadora lloraba por sí misma aún; pero vos, niño, sois más generoso, pues llorais por mí solamente. Pero Jesús llevaba y permitió á aquella infeliz mu-

jer alcanzar los nueve cielos del perdón, y yo no tengo un paraíso que ofreceros, ni aun que haceros presumir llegaréis á alcanzar algún día.

—Sí, tienes uno (interrumpió, con la eterna niñería de las pasiones); y si no es amor, es algo que se le parece. ¿Por qué me tratas siempre de *vos*, en lugar del *tú* cariñoso? ¡Ah! Si agradeces mis lágrimas; si las crees dignas de ser derramadas por tu corazón que yo hubiera querido reanimar, dime una sola vez: «Allán mío, gracias.» Porque yo soy tuyo, Iseult, tuyo hasta el último pensamiento. Me parecería ver el amor en tu palabra, y esto sería para mí como si te me hubieras entregado segunda vez.

Este capricho de corazón enamorado enterneció á aquella razonable mujer, y respondió con una coquetería enteramente maternal:

—Bien, sea: «¡Gracias, Allán mío!»

Y con la mano de nieve alisaba los rubios cabellos del joven, que cubrían su frente sudorosa del calor y ardiente de pasión.

El desgraciado niño se desvanecía de felicidad al contacto de aquella mano y al dulce rumor de aquella palabra.

—Ya veis, Allán (prosiguió, dirigiendo una mirada vaga al espacio), que puedo hablar

de *tú*, ya que lo queréis. Puedo servirme de ese lenguaje, al que mis labios ya no están acostumbrados, para deciros: «Toma, niño, coge y respira la cáscara de un fruto que ellos han devorado por completo, sin dejar una sola gota para ti.»

Había en su modo de hablar un desdén dulce, como lo es el de la razón cuando cede á los deseos caprichosos de un enfermo, lo que arrebató á Allán la felicidad que había experimentado al ser tuteado por ella.

—Oye, Iseult (dijo, después de un momento de silencio); no volveré á pedirte nada en adelante. Todos tus dones son flores muy bellas, pero envenenadas, que me hacen más mal que bien.

Hablaron aún bastante rato, hasta que el sol empezó á declinar, y advirtió á la señora de Scudemor que era hora de volver al castillo. ¿Y quién sabe si aquella vida tan apasionada que se mezclaba con la suya no la causaba algo de fatiga?.... ¿Quién sabe si su resignación no elevaba una queja en su alma, á pesar del placer que las mujeres encuentran en ser víctimas? ¿Quién sabe si volvía la cabeza con pesar hacia la soledad, hacia aquella soledad que no había abandonado nunca?....

Cuando Allán le trajo su caballo, no la dió tiempo para lanzarse á la silla, y la cogió en-

tre sus brazos como si hubiese sido una niña.

—Os vais á hacer daño, Allán,—gritó asustada al ver su esfuerzo.

Contrasentido inexplicable de todas las mujeres, cuando ven que un hombre se expone á la felicidad de hacerse daño por ellas, porque se las ama hasta el extremo de morir en su servicio.

Convaleciente, pálido y débil, la tuvo un momento estrechada contra su pecho, sintiendo el loco pesar de no morir bajo el peso de aquellas formas idolatradas.

Cuando la Condesa estuvo á caballo, en esa postura que pone tan de relieve las formas de la mujer, en sus movimientos y en sus contornos, la miró embelesado, sintiendo correr por su cuerpo la llama del deseo, y depositó sobre la botina, cubierta de polvo, un beso capaz de hacer arder unos labios de veinte años; pero ella, que sabía bien las tempestades que había levantado tantas veces en los hombres que la habían amado, puso su caballo al galope en dirección al castillo.

XVII.

Entre las inexplicables necesidades que experimentan las criaturas que se agitan en el mundo, hay una que tal vez las resume todas, y es un misterio, como toda la vida; es una melancolía, como todos los sentimientos del corazón. Los seres más fuertes la han sentido mezclarse con su fuerza para hacerla flaquear por momentos; y los débiles, esa raza numerosa destinada á sufrir, la guardan eternamente en el fondo de su debilidad. Se aparece á todos y á todos los solicita: á los hombres de genio, cuando sienten su cabeza demasiado pesada para sostenerla solos, y que quisieran apoyarla en las rodillas de una mujer, digno cojín de la corona de un rey; á los hombres valerosos, que desearían que sus labios áridos se refrescasen en su aliento perfumado, que su frente, cubierta de sudor, fuese enjugada por ella. No creáis que es el amor. Aunque se le asemeja mucho, es mucho más pura, y el amor no la satisface siempre. Con frecuencia le pre-

cede, y le sigue más á menudo. Es la intimidad.

No, el amor que procede de la intimidad no vale lo que ella, y el hijo es mucho más hermoso que la madre, que no tiene ese carácter terrible é impetuoso que llena la vida como la felicidad del amor. Misericordia infinita, que ha puesto en el aliento de una boca humana el poder de disipar las nubes que se levantan en nuestros corazones inquietos; hecho muy sencillo, y en el que respira toda la intimidad. Cuando estamos agobiados por los negros pensamientos que nos torturan, una mano cogida, menos que una mano, una mirada; menos que una mirada, saber que se halla allí ese corazón que nos ama, es bastante para las aspiraciones eternas de esta humanidad tan difícil de contentar.

Al menos hubiera podido creerse que si los delirios del amor de Allán no habían encontrado correspondencia, no le faltaría la vida íntima, y que esta gran mecedora de las almas, que las adormece con naderías deliciosas, refrescaría algunas veces la suya. Pero hay destinos tan tristes, que la brizna de hierba y la gota de agua que los consuela, faltan en el arroyo donde deben encontrarse. Desesperado Allán por la Condesa, no podía encontrar alivio en su *intimidad* con ella. Le era dema-

siado superior para que la confianza de este sentimiento pudiera establecerse entre ellos, y no hay nada más temible que la superioridad en las afecciones.

El joven temía, cuando se despejaba su cabeza y podía reflexionar, ser despreciado por la señora de Scudemor, lo que demostraba en el pobre niño la profunda ignorancia que tenía de la naturaleza de las mujeres. Cuando se sufre por ellas, no desprecian al que martirizan, por pequeño que sea. La condesa de Scudemor, el tipo de la pasión, de la debilidad, de la mujer entera, que, gracias á una organización superior y á una inteligencia de primer orden, había sobrevivido por el pensamiento á una vida del corazón, ¿no era una prueba irresistible de lo que decimos?

Por otra parte, el temor que le inspiraba muchas veces por la manera brutal con que destrozaba las ilusiones de su corazón, le detenía cuando se sentía impulsado á lanzarse á ella con todas las fuerzas que le quedaban. Ella le cercaba en su personalidad, y no podía escapar á su cautividad dolorosa sino por las salidas más terrestres del amor. Los únicos momentos en que este amor hacía menos desgraciado á Allán, eran aquellos en que los sentidos ahogaban á la imaginación bajo los velos de la carne.

Así es que pasados los paroxismos, caía el joven en un abatimiento espantoso, ó en cóleras inútiles contra la suerte, acabando por despreciarse á sí mismo. ¿Qué le aconteceria, pues, cuando hubieran desaparecido los primeros instantes de la posesión tan deseada y sus embriagueces, para él tan nuevas y desconocidas?

Y aquella valerosa y extraordinaria mujer no se desmentía nunca. No se la podía reprochar ni una pusilanimidad ni una inconsecuencia: juzgaba la pasión de Allán con la mayor sangre fría; conocía que debía sufrir; pero esperaba que el sufrimiento no duraría bastante para ocupar aquella vida que comenzaba por el marasmo. Hubiera podido, como muchas hipócritas, simular bastante amor para engañar al joven, pero tenía miedo de retardar el fin de la pasión que inspiraba.

Ese sentimiento, como hemos dicho, había absorbido en la señora de Scudemor todas las solicitudes maternales, y Camila, abandonada á sí misma, vivió algunos días de esa manera. Después de *la noche del salón grande*, la Condesa había separado más todavía de ella á su hija. Cuando Camila estaba delante, encontraba siempre un pretexto para alejarla; prudencia necesaria, pero tarea difícil en extremo. ¿No era posible que el mismo exceso

de precauciones que tomaba diera por resultado el hacer sospechar á su hija lo mismo que trataba de ocultarla con tanto cuidado?

Es verdad que se hallaba su inocencia defendida con la espesa venda de la ignorancia; pero cualquier día era fácil que el motivo más fútil despertara la curiosidad, ayudando á su penetración: basta algunas veces una sola palabra para desarrollar todo un poema en una imaginación que se despierta; una mirada hace reflexionar; un nada es suficiente para turbar ese algo tan desconocido que se llama «alma» en las lenguas humanas.

Esta idea atormentaba cruelmente á la señora de Scudemor.

El abandono en las relaciones con su hija había desaparecido poco á poco. En el fondo, nada había cambiado, y, sin embargo, eran del todo diferentes. Frialdad triste para aquellos dos seres, entre los cuales Dios no había puesto esa ternura que es tan grande por parte de las madres porque es la adoración de un pasado consagrado por todos los títulos, los de la pena y los de la felicidad.

Frecuentemente este era el objeto de su conversación con Allán.

—Ved (le decía una tarde, en el sitio mismo en que recibió sus primeros besos); tengo miedo de que mi hija llegue á notar lo que pasa

en vos, amigo mío; me estremezco muchas veces de que el misterio que con tanto cuidado guardamos para nosotros solos, sea descubierto por una de esas palabras escapadas que revelan lo que ya han dicho las miradas apasionadas. Ocultad mejor vuestro deplorable amor, pobre Allán. Tened algún dominio sobre vos mismo, y respetad esa tranquilidad infantil que yo quisiera prolongar mucho tiempo, segura como estoy de que esa niña no se escapará, porque circula mi sangre por sus venas, á las pasiones que han destrozado á su pobre madre.

Como era el deber el que hablaba, Allán prometió disimular delante de Camila; pero tal promesa le anunciaba cuántos obstáculos debía encontrar su amor, y sentía cada vez más animadversión hacia la niña, el valladar vivo é insuperable.

¡Ay! Había un medio para evitar los dolores de una vida íntima falseada; un medio de salir de aquel disimulo abrumador; un medio atrevido.... y desde que amaba, su pensamiento se había detenido algunas veces en aquel oasis encantador; pero por más que le quemaba los labios, no tenía valor para pronunciar la fatal palabra.

—La vida que llevamos (continuó la Condesa gravemente, prosiguiendo en su idea), no

puede durar mucho tiempo. Tarde ó temprano Camila lo descubrirá todo, y esto es preciso evitarlo á toda costa; para lo cual he pensado que sería muy á propósito viajar. Un interés siempre renovado se apoderaría de su curiosidad y la ocuparía lo suficiente para evitarla ese peligro. Por otra parte, en viaje, donde hay tantas cosas imprevistas, se puede arreglar la vida como se quiera, sin que nadie pueda admirarse de nada. Y para vos mismo, Allán, que sucumbís á una idea fija, viajar sería muy conveniente. ¿Queréis que vayamos todos tres á pasar el invierno próximo en Italia?

—Lo que vos queráis (respondió el joven con acento que denotaba su cansancio). Lo mismo me da Italia que cualquier otro país del mundo. Llevadme donde os agrade, Iseult, pues donde quiera que sea no he de ver más que á vos,—añadió con una languidez apasionada y un timbre de voz capaz de hacer morir de melancolía á otra mujer.

Pero no obtuvo respuesta. ¿Era que el acento de Allán le había causado alguna emoción, ó que comprendía lo que el joven debía sufrir?

XVIII.

Los Sauces, tan concurridos generalmente, ofrecían el otoño de 1845 un aspecto que no les era habitual, pues solamente contaban con tres personas, la Condesa, su hija, y aquel joven que la acompañaba todos los años y que se podría tomar fácilmente por su hijo también. Eran nada más que tres en aquellos grandes salones vacíos, tres para pasearse por las grandes calles de árboles del silencioso jardín.

La verja no se abría más que una vez al día para dar paso al carruaje de la señora de Scudemor, que iba á pasear por los caminos cercanos un par de horas por la tarde, para disfrutar del sol de Octubre, tan dulce en Normandía, que la mujer más delicadamente hermosa puede recibirlo de lleno en el rostro con el velo levantado.

Muchas veces Camila permanecía en el castillo, y aquellos días eran felices para Allán, que entonces podía hablar de su amor á la Condesa, porque, como se ha visto, la intimidad

entre ambos no podía existir. La confianza tiene algo de misterioso y retraído; se siente que existe, pero al exterior no manifiesta ninguna de sus delicias. Mas á falta de esa intimidad indescriptible, cuya falta lamentaba Allán amargamente, se esforzaba por crear otra más grosera, pero también importante y fatal.

El joven no sabía lo que hacía: obedecía á las leyes de un sentimiento que deseaba conocer, porque conocer es poseer en algún modo; pero la señora de Scudemor lo sabía por él; así es que él le entregaba todo su pensamiento como ella le había entregado su vida. Tenía en ella el *yo* tan poco sitio en el lenguaje que usaba, que no era sino un lugar común elegante y desvanecido, magnífica abstracción que había comprado á fuerza de sufrimientos, imposible á cualquiera otra mujer que no fuera ella; pero cuando hablaba con su amante, volvía á recobrar su personalidad, no en interés de su amor, sino por apresurar su fin todo lo posible.

Á todas sus preguntas respondía analizándose con minuciosidad hasta en los más recónditos repliegues de su alma, porque esto, en parte, era entregarse otra vez; y entregarse mucho, entregarse siempre, es provocar el fastidio, que concluye con las pasiones.

De esta manera, arrastrados como sibaritas por briosos caballos, aquellos niños mi-

mados de la civilización, aquellos *dichosos*, aquellos *ricos*, como se decía alrededor suyo, paseaban sus ocios indolentes en una de las más bellas campiñas del mundo; y tal vez al pasar suscitaban el murmullo del hombre del trabajo, encorvado desde la mañana hasta la noche sobre la tierra, por más que la vida tuviese también para ellos pesares y llevasen escrito sobre la frente algo que proclamaba su igualdad ante el dolor, justificando á la Providencia.

Iseult, á pesar de la belleza que se advertía en ella, vista con esas melancólicas luces de la tarde, cuyos rayos la doraban como una poética ruína festoneada de verde yedra, era en realidad más vieja y estaba más encorvada que la mendiga que se sentaba entre los guijarros que bordeaban el camino, y Allán, el hermoso adolescente de formas indecisas, estaba más envejecido que las mujeres de la aldea que tenían niños de su edad. Ambos sufrían un mal desconocido. Su aspecto era tranquilo, sus actitudes indolentes y llenas de abandono; pero, como la pobre mujer que escarba la tierra con sus uñas, como el trabajador que empapa la tierra con el sudor de su frente, tenían también una tarea bastante ruda que cumplir.

Hablaban, pero apenas se les veía mover

los labios; y si las ruedas no hubieran hecho ruído alguno al girar en sus ejes, hubiérase podido oir el murmullo de sus palabras elocuentes y armoniosas, pero ininteligibles para las sencillas gentes de los campos.

—Iseult (dijo Allán en uno de aquellos paseos); me habéis contado vuestra vida; pero no me habéis dicho nada de lo que os ha acontecido después de vuestro último amor. Vos, cuya fuerza era tan asombrosa en un principio, ¿caisteis de un solo golpe en el abismo donde estáis ahora? ¿No habéis vuelto á luchar cuando aquel amor os vendió? Yo no sé de amor tanto como sabes tú, Iseult mía; pero he leído que el amor vendido tiene nobles refugios: el amor maternal y la amistad, para los más débiles; para las naturalezas fuertes, el pensamiento, y para unos y para otros, Dios....

—¡Dios! (respondió bajando la vista, como si no hubiera querido ver la idea de la Divinidad escrita en los magníficos horizontes en que el sol desaparecía lentamente): ¡Dios! es una palabra grave. Sale frecuentemente de mis labios, como si encontrase en pronunciarla un consuelo secreto; pero no sé si encierra otra cosa que ignorancia y cobardía. La idea de Dios es para mí siempre vaga y flotante, sin que haya adormecido jamás uno solo de mis dolores. Á fuerza de esclavizarme á unas

prácticas que son buenas cuando el corazón se interesa en ellas, malas cuando está interesado en otra parte, se había conseguido que desde mi infancia me disgustase de la religión. No viendo más objeto en la vida que la felicidad en el amor, había amado con furia, y en las prodigalidades de mi alma había agotado todos los perfumes á los piés de los mortales. El sentimiento religioso no es más que la necesidad de un apoyo, eterna debilidad que mantiene al hombre en una cruel esclavitud, á la que ha dado tantos nombres para no avergonzarse de ella. En esta debilidad he tenido mi parte y he sido su víctima. Cuando yo era más desgraciada, cuando las pasiones me habían herido más profundamente, quise endurecer mi pecho á los golpes, quise hacerme fuerte.... y muchas veces una lágrima, que no me era posible contener, dejaba su surco ardiente en la máscara de bronce que me encubría, y hubiera dado toda mi belleza porque esta lágrima no hubiera corrido, ni aun en la soledad en que la ocultaba. Voluntariamente hubiera cortado los magníficos rizos de mi espléndida cabellera, para contener la sangre que manaba de mis heridas. Entonces indudablemente hubiera podido apoyarme en la idea de Dios como me sostenía en mi orgullo. Pero muy luego una y otro me fueron inútiles. Me

desprecié á mí misma. No tenía necesidad de Dios, y ni aun pensé en él....

—¿Y la amistad?—dijo Allán.

—¡La amistad! La había despreciado cuando mi corazón poseía algo mejor que ella, y después la desprecié más todavía. Sentimiento bastardo y egoista, es muchas veces la unión de dos vanidades que se apoyan mutuamente: es un arreglo para la vida que siempre desgarran miserables disentimientos ó intereses groseros. El amor es egoista también, lo sé; pero al menos confunde su *yo* con otro *yo*, lo que no hace la amistad, que guarda el suyo por entero. Sin duda se muere por un amigo, ó se puede sufrir por él; pero ¿quién puede morir, y qué prueba un sufrimiento aislado? Lo que no hace, lo que no puede hacer la amistad, es aceptar los defectos del carácter, las aberraciones del espíritu, amar á pesar de los suplicios de la vanidad, no obstante el desprecio de la inteligencia, sufriendo el fastidio de todos los días. ¿Hay alguna superioridad que no deshaga estas relaciones combinadas por el egoismo? Superioridad de talento, de belleza, de salud, de riquezas y hasta los favores hechos, todo le es funesto ó mortal. ¿No se dice que para que la amistad pueda existir es preciso que haya ciertos ángulos entrantes y salientes que se combinen juntos? ¿Qué sig-

nifica si no que la amistad no tiene existencia propia? Tiene tan poco valor por sí misma, que toma del amor las palabras que la expresan, y como si tuviera vergüenza de su impostura, no habla jamás en su nombre. Dos amigos se estrechan la mano cuando se encuentran, y se tratan de tú en las cartas; pero ¿qué se dicen en toda su vida? Se hablan de sus intereses particulares, y jamás de su sentimiento. Confidencias que se cruzan cuando no se contradicen; pero todo sentimiento es exclusivo, y jamás ha habido un alma bastante pequeña ó bastante grande para vivir solamente de la amistad.

»Cuando había sido feliz no había tenido expansión alguna en el seno de ninguna amiga; pues mi corazón era bastante grande para contener mi felicidad. Cuando fui desgraciada, no arrojaba mis lágrimas al rostro de nadie; no tenía el egoismo que quiere interesar por sus sufrimientos, y que goza con el afecto que inspira. ¿Qué hubiera encontrado á mi alrededor? La curiosidad que interroga, aplicando la uña á la herida, ó la compasión, que no es más que una lisonja. Por otra parte, os lo he dicho, no quería apoyarme en nadie, y no podía hallar consuelo en la amistad.

»En cuanto al amor maternal, mi último amor me le había arrebatado antes de marchi-

tarse. Yo no he amado nunca mucho á Camila, y si algunas caricias hechas á la pobre niña os han hecho sufrir, ahora sabéis el motivo por qué hacía unos halagos que no salían del corazón. Cuando yo hubiera debido amar á Camila, no amaba más que á Octavio, y esa niña, que venía perpetuamente á interponerse entre los dos, me había infligido atroces suplicios.... Si os he dicho que una vez la idea de mi hija me había impedido recurrir al suicidio, es tal vez porque la amaba muy poco. El reproche de no amar me hizo ser generosa.... pero esa generosidad no duró más que la idea del suicidio, que supone la fuerza del cobarde, la fuerza para huir. Yo había llegado entonces al extremo de la debilidad, y la debilidad me hizo obrar como obran las almas fuertes. El abatimiento ocupó el lugar de la resistencia, y soporté la vida porque en el anonadamiento universal de las facultades de mi alma me era tan indiferente vivir como morir.

—¡Oh, desgraciada, desgraciada! (exclamó Allán). ¿Y nunca, ni un momento tan sólo, os habéis creído menos infeliz? ¿No habéis elevado nunca vuestra vista para mirar ese cielo cuya serenidad fortifica, apoyada una mano en la cabeza de vuestra hija y contemplando esta magnífica naturaleza? Al ver el horizonte purificado de las nubes vespertinas,

¿no os habéis dicho nunca, como presintiendo algún destello de esperanza, «Vamos, mañana hará buen día?»

—No, Allán, nunca: la desgracia y el amor me han ocultado la naturaleza: el derecho de asilo en ese vasto templo no existía para mí. Por esa razón, Allán, no me he retirado del mundo y he acabado la vida en el mismo lugar en que había vivido: no he huído, porque á ninguna parte que fuera hubiera podido huir de mí. Era demasiado desgraciada para que nada pudiera afectarme, y tomé parte en esa vida ociosa de los salones, en que no hallaba nada que me pesara. Hay gentes que se cubren la cabeza de ceniza y visten luto por su felicidad; pueden ser veraces, y ni los condeno ni los acuso: hay otros que blanquean el sepulcro, y también pueden sentirlo así; pero yo seguí por indiferencia con los frívolos adornos de mujer.

»Lo mismo que el mundo llegaron á ser los libros para mí. Yo había nacido con muy buenas facultades; pero en mi infancia se me enseñó únicamente el catecismo, y cuando dejé el convento tenían ya las pasiones mucho dominio sobre mí para pensar en cultivar mi espíritu; y cuando fui desgraciada, que quise refugiarme en los libros, sólo me sirvieron para aumentar el peso de mi infortunio, por lo que no tardé en rechazarlos.

Hubiera podido hablar mucho tiempo sin que Allán pensara en interrumpirla; pero el carruaje se detuvo á la entrada del castillo, y él pensaba únicamente en lo corta que era la tarde que pasaba sentado á su lado, oyendo á aquella mujer descubrir sus sentimientos y presentándose de aquel modo á su amante con la sencillez de un alma sincera.

Habíase puesto la Condesa, para preservarse del aire húmedo de los pantanos, una piel, y aquel boa de marta se asemejaba á una serpiente, que, después de haberla ahogado entre sus anillos, se hubiese dormido enlazada á su víctima sin haberse podido desprender de ella.

XIX.

Aquel paseo vespertino era la única señal de que se hallaban en el país los señores de los Sauces, tan diferentes entonces de lo que eran todos los años. La tristeza de las tres personas que habitaban en el castillo ponía más de realce aún aquella soledad.

Allán se mostraba cada día más sombrío, más arrebatado, cuando no se hallaba á solas con la señora de Scudemor, irritándose su pasión cada vez más por la fuerza de sus resentimientos y por tener que disimular sus tormentos ocultos.

En la frente de Camila se dibujaba como una sombra de los cuidados de Allán. Las bruscas respuestas del egoista joven la habían vuelto tan tímida como fogosa era en otro tiempo. Advertíase una cosa interior en aquella niña, que por tanto tiempo había sido tan arrebatadamente alegre, que obligaba á preguntarse con inquietud al que la observaba, qué

llegaría á ser de ella el día que no riera ya con aquella franca alegría.

Y ese día había llegado, habiéndose poco á poco retirado la risa de sus labios. La señora de Scudemor sabía que la conducta tan diferente del joven para con su compañera tenía que herir su susceptibilidad; pero no había procurado averiguar el sentimiento que desarrollaran en su alma las caricias y la ternura que éste le había demostrado antes, cuando ella la había siempre recibido con tanta frialdad.

Además, en presencia de su madre, cuya mirada era siempre de una fijeza extrema, la niña se mostraba más reservada que triste. Ya no había aquellos sueños tan raros que le ocurrían, cuando paseaba sola por el campo, durante la enfermedad de Allán, dejando ver una dulce seriedad y vagas miradas. En presencia de la señora Scudemor, se recogía en sí misma, echando de menos esa expresión protectora de los ojos de las madres que Camila no conocía. Entre los desheredados de este mundo, los más desgraciados son los desheredados de sus madres, pobres huérfanos del corazón, bien dignos de lástima. Para Camila, el sentimiento fraternal del joven había reemplazado todo el cariño que le faltaba en otra parte.... ¿y había algo que extrañar si sentía tanto la pérdida de ese sentimiento?

Únicamente que ya no dejaba escapar las quejas infantiles que en otro tiempo exhalaba, cuando la variación del carácter de su joven amigo empezó á martirizarla : al contrario, lo ocultaba todo en su pecho, que había sido herido tan cruelmente.

El mayor mal que causaba la pasión de Allán, era tal vez el dolor impuesto á la inocente niña, que nada había hecho para sufrir tanto, puesto que desde que la condesa de Scudemor había dejado de ser una madre para Allán, como lo era de Camila, el joven se había vuelto para con su hermana adoptiva feroz como un buitre herido.

Sin embargo, los celos que una simple caricia habían excitado, se habían confundido en otros mucho mayores, que no tenían por objeto aquella niña, símbolo detestado de una afección á otro, sino que comprendían todo el pasado de aquella mujer tan fatalmente amada, y esto era lo que ahora tenía el joven que odiar y que temer.

Pero había en sus celos otro hecho más terrible que los envenenaba: él amaba, y no era amado ; pero no había nadie que fuera preferido. Si en aquel corazón que no le perteneía hubiera habido una preferencia para otro, existiría al menos la posibilidad de la venganza; pero ni aun este consuelo tenía. Amaba , y no

era amado. Esto es muy fácil de decir; pero ¿se comprende, es posible que haya una desgracia más completa que la que encierra tal frase?

Tal era la fatalidad que pesaba sobre Allán. La certeza de que no era amado y de que nunca lo sería, acababa por matar en él todos los sentimientos. No había lugar en su alma más que para ese dolor infinito, agravado más cada día por la reflexión, que no se detiene cuando la sensibilidad desfallece, porque cuando los nervios sucumben, el espíritu permanece eterno.

El dolor oprimía á aquel niño, que aún no tenía la estatura de un hombre, causándole la fatiga que los años á un anciano. El alma había vivido más de prisa que el cuerpo, y se preguntaba si habría algún dolor que sobrepujara al suyo. Todos los tormentos que sufre la humanidad se reducen á algún deseo fallido, alguna aspiración hacia el imposible, que encierra en sí el problema de la muerte mucho mejor que el del tiempo.

Después de tener los días, quiso Allán que las noches fueran suyas también. Pero no las noches en pedazos intranquilos, sino enteras, y aquella mujer á quien él no decía «*yo quiero*» sino en los arrebatos de la pasión, y que hubiera podido hacerle caer de rodillas con una sola mirada, había inclinado la cabeza como una criada humilde, sin pedir siquiera que se

apartara el cáliz de la amargura. Por otra parte, ¿no era mejor, pensaba, atravesar el desierto de fuego de donde quería hacer salir á Allán, que bordearle poco á poco? Cumplía su misión de sacrificio y piedad, con una sumisión gloriosa, á los ojos de su espíritu varonil, templado en la realidad de las pasiones, cuyas fases todas conocía completamente.

La entrada del cuarto de Camila era por la habitación de su madre, y no habiendo sido posible, por miedo á despertar terribles sospechas y autorizar preguntas embarazosas, llevar á la niña á otro cuarto, era preciso que Allán no entrara en la alcoba de Iseult hasta que la noche iba ya muy avanzada, cuando Camila estaba ya profundamente dormida, para evitar que el ruído de una puerta al abrirse, ó el crujido de una pisada en el suelo, pudiesen despertarla; así es que cuando en el castillo todo se hallaba en el mayor silencio, y los criados dormían, atravesaba los largos corredores con paso furtivo, deteniéndose muchas veces para contener los latidos de su corazón. Una emoción que se asemejaba mucho al espanto se mezclaba fatalmente á aquella acción de ir en medio de la noche, recatándose de todos, á buscar á la mujer que amaba, y cuyo pensamiento hacía circular un torrente de lava por su venas.

Más tarde, cuando empezaba á asomar la

aurora, salía del cuarto de la señora de Scudemor tan pálido como Romeo al separarse de Julieta; pero su palidez no era como la de Romeo, producida por la felicidad gozada en los brazos de su amada, sino por el dolor que sentía en lo más recóndito de su alma, que se transparentaba en su frente.

XX.

Una media acababa de resonar en el reloj; no se sabía de qué hora, pero indudablemente todos dormían en los Sauces de mucho tiempo antes. Solamente ellos velaban, como dos culpables ó como dos seres llenos de felicidad. El uno colmaba de caricias á la mujer que había obtenido su primer amor, y la otra practicaba el último sacrificio de que era capaz. El uno amaba y conocía que su amor era inútil, y que nunca sería correspondido, lo que le producía una horrible angustia, y la otra demostraba una indecible simpatía, temerosa de que el amor que ella inspiraba destrozase aquella vida que había querido salvar á costa de la suya.

—Déjame (decia él como si temiese una resistencia después de tantos abandonos); mírame, y que yo te vea.

Y con la mano en la frente de Iseult, la rechazaba hacia atrás, mientras que con la otra la estrechaba contra su pecho.

Los hombros de la Condesa, medio velados bajo la muselina trasluciente, aparecían ligeramente redondeados por la postura que tenía en aquel momento, más bien sentada que acostada, apoyándose sobre un brazo, y con el otro extendido de modo que su mano blanca, un poco larga, pero muy expresiva, aparecía con mayor gracia todavía.

La alcoba estaba sombría, porque la lámpara que ardía en la mesa de noche apenas desvanecía las tinieblas á través de las cortinas que rodeaban el lecho, alumbrado sólo por los espejos que reflejaban la luz.

En la expresión de Allán se notaba algo de delirio; pero éste no era sino el último soplo de la tempestad pasada; un suspiro más del pecho quebrantado; un momento de paz transitoria en los días de tormento.

Su idea devoradora, la idea de que no le amaba aquella mujer, surgía de nuevo en la tranquilidad momentánea de una voluptuosidad hugolina, que pediría bien pronto su alimento carnal. Obligándola á mirarle, y al hundir sus ojos en otros siempre distraídos, Allán buscaba una nueva embriaguez para no pensar en que Iseult no le amaba.

Ella le miró; pero en el fondo de sus pupilas, que no indicaban la menor voluptuosidad, hubiérase dicho que oscilaba un pensamiento

más soñador que los que de ordinario se retrataban en ellas.

—¿En qué pensáis?—preguntó él.

—Pensaba en que hace cuatro meses estaba yo sola en este mismo lugar, y me levantaba para escribiros lo que vos sabéis; y en este momento me preguntaba si no hubiera habido otro medio de salvaros....

Las cejas de Allán se fruncieron con lentitud; pero ningún otro movimiento indicó lo que pasaba en su interior; únicamente la mano que rodeaba el cuello de la Condesa aflojó gradualmente. Una palabra verdadera, buena, inocente, había interrumpido la caricia empezada, como el dedo de un niño deja caer un fruto maduro nada más que tocándole.

No duró mucho el abandono melancólico de Allán; pero fué el alma la que en el fondo de su amor lo hizo desaparecer. ¡No puede pedirse tanto á la pobre naturaleza humana! Al caer el brazo desde los hombros al lecho, tal vez encontró un tejido más duro, la expansión de una forma más excitante de voluptuosidad y de misterio, una revelación de desnudez entre los pliegues del traje de cama; un contacto estremecedor, pero imperceptible, fué más que suficiente para que el pecho se ensanchara y volviese la tempestad que apenas concluyera con sus aterradores murmullos.

—¡Oh! (exclamó, después de un largo rato de silencio, con voz estridente y descompuesta.) Yo no he amado nunca más que tu belleza, y la tengo en mis brazos; en mis sueños más ardientes no he deseado más que verte así estrechada contra mi pecho, y ya te tengo; ¿qué me importa lo demás?

Y el desgraciado se reía.

—¡El amor, no es amor (prosiguió), más que porque llena la vida, y si al llenarla la hace estallar, tanto mejor! ¿No eres mía, Iseult? Te tengo en mis brazos.... y ¡soy feliz!

Y proclamaba su felicidad con un acento que hacía estremecer.

Pero la expiación siguió de cerca á la blasfemia. Sus sentidos palpitaban todavía con la felicidad que pregonaba, cuando ya el corazón protestaba con una negación sublime; las lágrimas ahogaron su risa impía, y después de todas las fanfarronadas de la victoria, un grito de angustia, tan desesperado como su risa anterior, se escapó de su pecho.

—Aun cuando lo digo, no puedo creerlo, Iseult (dijo): no es verdad que soy feliz. No es verdad que el amor sea lo que he dicho. El amor es ser amado, y yo.... ¡soy muy desgraciado!....

La Condesa se compadeció al ver aquella

amargura, y tratando de consolarle, le dijo con su voz más armoniosa:

—¡Sí; sois desgraciado, Allán; pero no os abandonéis de ese modo á la desesperación! ¡Tened un poco de valor en nombre mío, ya que tanto me amáis!....

Pobre mujer, y también muy desgraciada, porque conocía su impotencia, y experimentaba también una agonía terrible.

—¡Oh! (replicó Allán, levantando la cara húmeda por las lágrimas que derramaba): ¡mejor quiero los celos que antes sufría, que la agonía que ahora me mata! ¡Todo menos esta pena á que estoy condenado; esto es intolerable: yo te amo, y tú no me amas!....

Muchas veces le había visto sucumbir á ese pensamiento, pero nunca con tanta fuerza como aquella noche funesta, y su impasibilidad, á la que había llegado por la lástima, como otras llegan por la fuerza, se conmovía ante aquellos dolores, que de buena gana hubiera calmado; pero era una cosa imposible.

De pronto la cogió el cuello con sus dos manos, con tanta violencia como si tratara de estrangularla, diciéndole con rabia:

—¡Oh! vuélveme mis antiguos celos; háblame de tus amantes, de los que te han hecho gozar....; háblame de tu amor á Octavio....

Y siguió por este camino, lanzándole mil

improperios, desvariando, y presa de la más espantosa desesperación. Luego se detuvo, con los labios llenos de una espuma blanquecina y los ojos lívidos.

Ella.... divina como una mujer insultada que nada tiene que perdonar, había cruzado sus brazos sobre su pecho medio desnudo, como para defenderle cuando había tratado de desgarrar las telas que lo cubrían, permaneciendo desde aquel momento en la misma actitud, oyéndole hablar sin horror y sin miedo.

Aquel espectáculo volvió al joven á la razón; y espantado de sí mismo, exclamó:

—¿Qué es lo que he dicho? ¿Te he ofendido, Iseult?

—No he oído más que una cosa (contestó, con una misericordia inagotable); y es que sufríais mucho, pobre amigo mío.

Y le tendió una mano, que él se apresuró á besar, llenándola de lágrimas, pero no tan amargas como las que antes había vertido.

No todas las noches ocurrían escenas tan crueles; pero no pasaba una en que no se vendiese el dolor de Allán, porque un deseo más noble y no menos exigente, que no podía conseguir, se despertaba en su alma.

La flor de voluptuosidad, que libaba con toda su alma, contenía, como las hojas del laurel cerezo, un veneno corrosivo y mortal.

Semejábase á aquel loco desgraciado, cuya historia, poco conocida, es tanto más conmovedora, cuanto que es el espejo de la vida de muchos de nosotros. Un loco se enamoró perdidamente de una hoja de espada. ¡Novia altiva y cruel como ninguna! Pero era esbelta, dócil y graciosa como una niña. Cuando la plegaba contra el suelo, erguíase como la serpiente traidora. De su cuerpo se desprendían hermosos reflejos azulados, que fascinaban del mismo modo que atraen los ojos adorables é irresistibles de la mujer, cuya perfidia se conoce. Acaso el pobre loco encontraba analogías en todo esto.... Fuera lo que fuese, la bella homicida no respondía á sus caricias más que con sangre. Sangre para sus besos y para sus abrazos, sangre en las manos, en el pecho, en los labios. Un día, en amoroso abrazo, la hizo penetrar en su corazón hasta el puño. ¡Ah! ¿Por qué Allán, y como Allán nosotros, al estrechar entre los brazos á esas mujeres demasiado amadas, verdaderas espadas afiladas que nos destrozan, no lo hacemos con bastante fuerza para causarnos una herida bastante profunda y ancha, lo suficiente para que amor y vida se escaparan al mismo tiempo de nuestro cuerpo?

Sin embargo, debemos convenir en que el implacable dolor que sufría y le hacía perder

los más hermosos años de su juventud, era en el fondo una ancha herida, una desesperación que tenía también su grandeza. Es la primera vez que la úlcera sea más bella que la púrpura que la cubre; pero esta úlcera venía del alma, y todo lo que de ella procede es sagrado.

Fatigada por la dolorosa escena que había tenido lugar, la señora de Scudemor se había dormido. Sus cabellos permanecían esparcidos. Su seno descubierto. Allán, agarrado á una de las columnas del lecho, de rodillas, fijaba en ella una mirada, en la que se retrataba la tristeza y el entusiasmo: admiraba aquella exuberancia de vida, aquel lujo de fuerza y de reposo. Inclinado sobre aquel seno inmóvil, escuchaba los latidos de aquel corazón que indicaban el torrente de vida que circulaba en aquella organización poderosa, pero inútil....; miraba en aquel cuello de tan suaves contornos la huella brutal que habían dejado sus dedos en un rapto de furor que se reprochaba.

—¡Oh! (pensaba en su contemplación.) ¡Tanta juventud aún, y no ser mía! ¡Qué hermosa sería si el amor la animase todavía con uno de sus más débiles rayos! ¡Con qué impetuosidad me arrojaría á gozarle, aunque sólo durase un momento y con él se anonadase mi vida! ¡Cuán dulce sería esa muerte!....

Y lloraba. Y sus lágrimas caían lenta y silenciosamente sobre el seno de la Condesa, donde se secaban, tan inútiles como si cayeran sobre una tumba.

¡Cosa extraña! Lloraba por la vida, como otros lloran por la muerte. Pero al mismo tiempo que lloraba por aquella existencia que se deslizaba cerca de sus labios burlándose, y que no podía aspirar y absorber en su alma, gemía también por la pérdida de su corazón, apagado, muerto.

XXI.

El recuerdo de aquella noche cruel vino á mezclarse como una visión fúnebre á todos los pensamientos de la señora de Scudemor. Perseguida por el espectácnlo de la desgracia bajo cuyo peso sucumbía Allán de Cynthry, registró en lo profundo de su alma si había algún otro sacrificio que hacer, para demostrar la piedad en nombre de la cual había obrado hasta entonces.

Lo que en aquella mujer había de admirable, lo que no se debilitaba en ella, lo que la sostenía, era la horrible esperanza de que la pasión del joven se extinguiera. En presencia de un amor que cualquiera otra mujer hubiera sentido orgullo en inspirar, ella no tenía un instante de turbación por aquella desoladora certeza.

El escepticismo de su ilusión no la había desengañado, y conservaba pura y profunda su fe en la nada. Atea tranquila, que confiaba en la muerte como el justo en las promesas de la

inmortalidad, y que esperaba con paciencia porque estaba convencida; pero que no se alababa de ello, porque el ateismo es silencioso como el desprecio.

Pero el médico cree hacer más llevadero el sufrimiento del hombre atacado de una enfermedad incurable, esperando que caiga, pensando en su imaginación en la losa del sepulcro abierto, y este modo de obrar se llama caridad humana. ¡Pues qué!; si el dolor es más fuerte que la vana ciencia, ¿qué otra cosa queda por hacer sino es precipitar violentamente á la tumba el ser que fué creado para morir?.... Pero cuando esta consecuencia terrible, ante la cual han retrocedido los hombres, más cobardes que sus doctrinas; cuando este recurso supremo falta también, ¡cosa lúgubre y espantosa!, la piedad humana oculta su cabeza, esperando en un silencio mudo que no haya más que un cadáver para levantarle de nuevo.

Esto es lo que Iseult había hecho con la pasión de Allán. Pero la pasión no había disminuído antes de morir. Velaba siempre más y más cruel. ¿Prolongaría su existencia largo tiempo acaso? ¿Resistiría muchos días la agonía fatal? La Condesa se había puesto á esperar, encadenada cerca del enfermo, dándole su mano, su boca, su seno, cuando los quería; venenos todos, pero demasiado lentos para el

grado á que llegaba su valerosa compasión.

El sufrimiento había llegado á ser tan atroz, la última noche que hemos referido había sido de un horror tan nuevo, que su piedad, que se hallaba reducida á la inercia, se rehizo, y quiso hacer alguna cosa nueva.

—Tal vez (se dijo) no haya ido bastante lejos todavía. He desechado todos los motivos de vanidad, he dominado todas las repugnancias de una delicadeza vulgar, y pisoteado todas las apariencias de virtud; pero ¿no queda todavía mucho que sacrificar? La negativa que tanto le atormenta, ¿no es efecto del orgullo que se interpone entre Allán y yo?

Y con esta idea se propuso doblegar en su alma el orgullo que vive en las heridas. ¡Ay! Esta apostasía de una veracidad á la que nunca había faltado, esta decisión á llegar á la bajeza, no eran negocio de un día. Era necesario intentarlo muchas veces para conseguir llevar á cabo esa degradación de sí misma á sus propios ojos.

Sea efecto de los combates que tenía que sostener con el orgullo, sea un principio del ensayo que quería intentar, cambió súbitamente de maneras, y Allán no tardó en advertirlo. La calma infinita de su persona, tan grande que parecía difundirse á su alrededor, y que infundía algunas veces á Allán un frío repen-

tino, se alteró algún tanto. Cuando el joven le hablaba de su amor infatigable, le escuchaba con una expresión que jamás la había visto, y, por otra parte, se abandonaba menos que antes á aquellas largas conversaciones á solas.

El joven se admiró de aquel cambio en una mujer de una conducta tan sencilla y tan fría: lo que había sentido hasta entonces, le había hecho el más desgraciado de los hombres; pero al menos le quitaba todas las ansiedades del porvenir.

Si procuraba aventurar una pregunta, con una sola palabra, ó guardando silencio, dejaba la cuestión reducida á la nada; de hermano á hermana, se hacen mil confidencias; de amante á amada, no se confía todo; pero en aquel caso no podía haber confianza, y Allán se reconocía sin derecho para exigir que sus secretos fueran comunes: no se sentía con derecho para decir á la señora de Scudemor, tiernamente ni con imperio: «¿Qué tienes?»

—Es una vileza en mí (se decía el joven, en los momentos en que la verdad se abría paso hasta su espíritu lleno de tinieblas), aceptar la vida que paso al lado de esta mujer, y la acepto menos que la sufro.... He mancillado las concepciones cándidas que tenía del amor, encerrándole en impúdicas caricias, y aunque las satisfacciones de mi brutal egoismo hayan

sido impotentes para saciarme, no me ha sido posible repudiarlas....

Estas ideas , que no extinguían su pasión, le impedían entregarse con Iseult á esos abandonos inevitables cuando se habita juntos; además de que la frialdad de ésta había ya disminuído el número de ellos extraordinariamente. Hay días en que , á pesar de todo, se tiene precisión de abandonar el pensamiento oculto y triste del amor no compartido, para respirar con un poco más de desahogo.

Sin embargo, el joven se creía generoso para con Iseult, porque no la interrogaba nunca, ni solicitaba ya aquellas revelaciones tiernas que pasan del corazón á los labios cuando se ama, eterna intuición de un amante en otro, que no enseña otra cosa que el deseo de aprender más todos los días.

Y él, que afectaba el aire de una suprema delicadeza; él, que á fuerza de vanidad se ilusionaba acerca de los motivos de su silencio, no tardó en conocer el momento en que la señora de Scudemor se le apareció bajo un aspecto tan nuevo. Una suposición cualquiera que le explicara aquel cambio, le hubiera aliviado ; pero, ¿qué suponer que pudiera tener visos de probabilidad? Todo, menos que ella pudiera nunca llegar á amarle.

Descontento de sí mismo, y queriendo concluir con la curiosidad que tanto le atormentaba, le dijo un día, con una risa casi feroz y acento sombrío :

—Confesad, Iseult, que estáis ya cansada de mí, y que vuestra piedad empieza á encontrar demasiado pesada la carga.

—¿Me he quejado acaso alguna vez?—respondió, protestando contra la injusticia que el joven cometía con ella.

—Sí, porque no ser lo que erais equivale á quejarse (dijo Allán). Vos cambiáis, Iseult, y no tiene nada de extraño que la tristeza llegue á dominaros, si se os ha concluído el valor que ostentabais contra mi amor.

La Condesa no respondió; tenía el aspecto embarazado y los ojos bajos.

—Sí, teníais mucha razón, Iseult (prosiguió cón sequedad); teníais mucha razón cuando me dijisteis que vuestra alma estaba muerta. La piedad de que no os pudísteis defender no ha sido más que una exaltación que ha durado muy poco, y que os ha impulsado á hacer sacrificios de los que ahora os arrepentís. Vamos, confesadlo. Decidme que os fastidio con mis transportes, mis penas y mis exigencias; decidme que he llegado á seros insoportable, y que acabaréis por aborrecerme, sin tardar mucho.

—No lo diré (respondió en voz muy baja), porque no es verdad.

Vencido por tanta dulzura, replicó con acento de súplica ardiente, con esa mirada elocuente llena de esperanza que precede á la idea *«al fin voy á saberlo todo.»*

—Y entonces, ¿qué es lo que tenéis, Iseult, para cambiar así?

—Allán (dijo dando un supiro y después de una pausa); si yo me hubiese engañado á mí misma.... si yo hubiese....

—¡Bien os lo decía yo, señora (interrumpió con una carcajada irónica), que os habíais equivocado! No habéis sabido ver que, entre mi amor y vuestra piedad, sería mi amor el que resistiera más. No habéis previsto la vida infernal que habéis aceptado, y que mi insensato amor recibió sin vacilar, como vos quisisteis que fuera, y con los ojos cerrados.

—No me habéis comprendido (replicó cada vez más conmovida). Si he dicho que me había engañado, quería hablar de un error diferente....

Y se detuvo como cortada.

—¡Oh! sí (continuó después de una pausa más larga que la primera): sí; conozco que me he engañado, y que la mujer no puede juzgarse á sí misma....

El joven no comprendía, y la contemplaba

con ansiedad. Parecía como suspendido de aquellos labios que vertían palabras tiernas, y casi armoniosas, sí, aunque todavía desprovistas de sentido propio. Esperaba que la luz se hiciera. La condesa había levantado su mirada penetrante hasta el rostro del joven, é instantáneamente la volvió á bajar llena de confusión. No era la mujer tranquila de frente tersa y de buena sonrisa. Á través de aquella calma se veía la turbación de la mujer que siente. Sobre su frente aparecían vagos pensamientos, y los labios modelaban una sonrisa melancólica. Cristo en el monte Thabor no se transfiguró de repente.

—Y yo menos que ninguna otra (continuó). ¿No he respondido de mí misma? ¿No he desafiado los peligros que no temía? Y sin embargo....

—¿Y sin embargo?....—interrumpió Allán con ardiente curiosidad, como si le hubiera deslumbrado el rincón de cielo apenas entrevisto.

—Y sin embargo (dijo ocultando la cara entre las manos), las mujeres no estamos libres de volver á amar....

Una nube veló los ojos del joven, que exclamó con voz débil:

—¡No os burléis de mí!.... ¡Por piedad, no os burléis!... ¡Eso es imposible! ¡No os creo!....

Por toda respuesta, se pasó las manos por la cara. Estaba roja de confusión. Una lágrima de ternura ó de deseo le velaba los ojos, que mantenía siempre bajos; se levantó vacilante de su asiento, y fué á sentarse en las rodillas de su joven amante con una languidez casi enfermiza.

—¿Lo creéis ahora?—le dijo con voz dulce y trémula, hundiendo sus ojos en los del joven, con tanta dulzura en la mirada como en la voz.

Pero la mirada del joven seguía indicando sus dudas.

—¡Amarme vos! (replicó.) ¡Pero, ó yo estoy loco, ó lo estáis vos! ¡Amarme vos, después de haberme torturado tanto!

—¡Oh! Perdónamelo, Allán (murmuró). Perdóname si te he dicho la verdad; no creía posible que más tarde tuvieras la venganza en tu mano.

—¡Yo no quiero más que ser dichoso, Iseult!—exclamó con entusiasmo, arrastrado por la potencia de esta última palabra, é imprimiendo un beso en el seno de la señora Scudemor, que por la primera vez de su vida se mostró conmovida.

—Me has creído orgullosa, ¿no es verdad? (replicó con una sonrisa llena de delicias). Y era verdad; pero ahora quiero ser muy hu-

milde. Me creía inaccesible á los dolores que he experimentado otras veces, y me he negado á mí misma ese amor antes de confesártele á ti. Hace poco tiempo que le he descubierto en mi alma, y si tú, ingrato, sin saberlo, no hubieses calumniado una tristeza que tú causabas, tal vez no hubiera vendido mi secreto. Temía que no me creyeses. Aun cuando sé bien que te haría no dudar de mí. Pero esto no era seguro para mí. En fin, ya ves; no sé lo que quiero, ni lo que digo tampoco.

Y en su extravío le estrechaba entre sus brazos.

Allán tenía los ojos llenos de lágrimas. Abundante tesoro de la juventud, las vertía lo mismo en sus dolores que en sus alegrías. ¡Dichosa edad, en que tenemos lágrimas para todo, esas lágrimas que, al correr, impiden nos ahoguemos!

—Y qué, ¿lloras?—preguntó asustada.

—¡Oh! no tengas miedo. Es de lo feliz que me haces, y creo que moriría si no llorara.

—Pues bien: llora, y llora mucho, alma de mi vida, con tal que me dejes recoger tus lágrimas.

Y aproximaba su rostro al de Allán, recogiendo con sus labios cada una de sus ardientes lágrimas.

—Para que lleguen al corazón (añadió con

coquetería), es menester que tomen este camino.

Prodigóle todo lo que de más apasionado pudo imaginar, todas cuantas caricias deliciosas conocía, al extremo de que si Allán no la hubiera amado hasta entonces, forzoso hubiese sido quererla. Las mujeres saben muchas cosas irresistibles. No las escuchéis, si no deseáis sucumbir. Que amen, ó que finjan cariño, es preciso creerlas, es menester rendirse. Cuando un niño no quiere dormirse, le acunan una ó dos veces, y hacen que venga el sueño á sus ojos. Cuando un hombre les opone su virtud ó la entereza de su carácter, hacen con él lo mismo que con el niño. Es un sueño que estas hadas astutas velan con ojos burlones, pero que no dura un siglo, porque la perfidia, aun siendo bien profunda, se revela en un abrir y cerrar de ojos.

El lenguaje de la señora Scudemor participaba de esa terrible ciencia que poseen todas las mujeres, y de que se sirven cuando desean ser complacidas. ¡Artificio consumado, si era artificio! Ella no le decía una palabra que no fuera del más delicioso amor, mejor expresado que hubiera podido serlo diciéndole: *Te amo*, prueba en que vienen á estrellarse las imposturas, palabra rebelde que preciso se hace no pronunciar con imprudencia, y que, en una

base falsa, estalla, como una escopeta revienta entre las manos. Más seguras son las caricias y dan más confianza, con ese pudor que es un cálculo bajo una conmoción, astucia de que se echa mano cuando no hay amor y se quiere ocultar, embriagando al que al fin ha de ver lo que se desea permanezca desconocido.

—Ven al balcón (dijo Allán al cabo de un rato): ven al balcón, Iseult mía.

Su débil naturaleza se sofocaba al respirar el aliento de aquella mujer, y quería respirar aire puro.

Dirigiéronse al balcón con los brazos entrelazados.

Él, sentía necesidad de verla mejor en plena luz, de mejor gozar la desnudez de este amor, con sus mil emociones apenas entrevistas en la oscuridad de la habitación. Pero á la luz del día, el rubor había huído, y solo quedó el rostro pálido y tranquilo de la condesa, sin que ni aun sus ojos se mostraran más húmedos que de ordinario. Solamente en la sonrisa había quedado un poco de amor, bastante para producir el consuelo de que no se mostrara más que allí.

De pronto, como saliendo de la adoración en que estaba sumido:

—Iseult, dime que me amas, para convencerme de que no sueño,—murmuró.

—¿No lo sabes? (le respondió). ¿No es hoy el rescate de todos los tormentos que has sufrido, y el principio de una vida nueva para los dos?

—Sí; pero no es así como yo quiero que me lo digas. Dime solamente: «Yo te amo.»

—*Yo te amo*,—murmuró con voz tan tímida, que apenas se oía.

Allán clavó en ella una mirada penetrante como un dardo.

—*¡Yo te amo!*—repitió con insistencia.

Y su voz parecía un dulce murmullo, un suspiro, que apenas dejaba oir las tres palabras.

El joven tuvo una intuición formidable, segura como la vida, como el aire que se respira, y exclamó:

—¡Mentís!

Aquello fué horrible.... la sublime mentira de aquella mujer no había producido más que una decepción para él y una injuria para ella, que dobló la cabeza anonadada.

—¡Es falso! ¡No me amáis!.... (prosiguió él temblando y verde de cólera.) Pero ¿qué os he hecho yo, señora, para que me destrocéis el corazón con esos juegos crueles? Me habéis engañado, Iseult, y os habéis envilecido.... ¡Habéis mentido!....

Y una rabia desenfrenada se apoderó de él, empujándola contra la barandilla del balcón,

como si hubiera querido arrojarla por él. Si hubiese tenido un arma, indudablemente hubiera muerto á sus manos, pues su furor era terrible....: quería vengarse, y no podía; y en su impotencia, no encontró otro castigo más terrible, y la escupió en la cara.

—Es verdad (dijo ella levantando su noble frente, donde se ostentaba la saliva que no pensaba en limpiar); es verdad, he mentido, y me he envilecido.

«Si yo fuera una coqueta, una de esas mujeres vanas que hacen creer que viven porque saben sonreir, tal vez hubiera logrado engañaros mejor. Pero vuestro genio malo os ha hecho ver claro á través de todos mis artificios. ¡Yo mentía tan bien! ¡Yo fingía tan exactamente! ¡Á lo menos así lo veía en mis espantosos esfuerzos! No he tenido, al hallarme sobre vuestras rodillas, un gesto, un suspiro, que no fuera una atroz combinación. Desconfiaba tanto de mí misma, que calculaba todas mis caricias. Si bajaba los ojos, es porque llamaba sin resultado las lágrimas, y tenía cuidado de calentar mis labios en vuestro llanto para que no conociérais mi ficción. ¿Qué soy yo, por lo tanto, que no he conseguido lo que tantas veces logran la desvergüenza y la torpeza?»

Y su calma, que tanto dominaba al joven,

cayó sobre su cólera como un pedazo de hielo en un corazón dilatado por un aneurisma.

—Me habéis insultado otra vez, y de una manera más sangrienta todavía (continuó con un acento de profunda tristeza). Este es el fruto que he recogido por haberme doblegado hasta la bajeza de fingir. Y no es esto lo que me humilla ni lo que me causa el mayor sentimiento: lo que yo siento es la impotencia que encuentro en mí, y la esterilidad de mi último sacrificio.

Y aquella última agonía, aceptada sin horror ni disgusto, la hacía más grande de lo que nunca pareció al joven, sirviendo aquello para apagar su cólera. Sentía en su alma un remordimiento, algo peor que un remordimiento, una vergüenza punzante, por el arrebato de que se había hecho culpable; pero no lloró, ni cayó de rodillas ante la condesa, ni le pidió perdón con la frente apoyada en el suelo, porque una voz interior le decía que la afrenta era irreparable, permaneciendo con los ojos inclinados bajo el peso de una horrible confusión.

—No habéis adivinado todo lo que había (dijo la condesa). Es verdad que habéis visto una máscara; pero no habéis visto lo que había debajo de ella.

Y como sospechaba el suplicio que la con-

ciencia de su acción cobarde y feroz infligía á aquel corazón tan generoso por nacimiento, añadió :

—¿No es verdad que vuestra injuria era un error, y no se dirigía á mí?

Y fué á limpiar de su frente el innoble estigma del furor de Allán; pero éste la detuvo el brazo, diciendo con voz trémula :

—Dejadle aún.... dejadle.... para que la vergüenza de verle me ahogue, y expíe de esa manera el horrible crimen que he cometido....

—Eso se asemejaría demasiado á una venganza,—respondió.

Y con ademán sencillo, llevó á cabo el movimiento que el joven le había impedido efectuar momentos antes.

Hay una bondad superior á la misericordia del perdón, pero que no impide en modo alguno el arrepentimiento, y este generoso perdón no lavaba al joven de su falta.

Después, por una abnegación que sólo apreciarán las almas nobles, se alejó y le dejó solo al balcón, yendo á sentarse en la banqueta que ocupaba al principio.

Allí, entregada á su reflexión, derramó una lágrima por su impotencia, al ver que no podía hacer nada en favor del joven, ni aun fingir.

XXII.

La señora de Scudemor había vuelto á su impasibilidad; pero se hallaba atormentada por una tristeza mayor que de costumbre. Su vida y la de Allán habían entrado en el cauce, por el que corrían distintas y reunidas; pero en aquellas dos existencias, juntas una á otra sin mezclarse jamás, no había más que dos océanos amargos, sin nada que los endulzara. Desde que había fracasado, al poner en práctica su bello poema maquiavélico, la última tentativa de su piedad, inconsolable, se había resignado, si es que la inacción, al ver una realidad imposible, puede calificarse con el nombre casi religioso de resignación.

Allán la amaba con el sentimiento de todas las injusticias de que se había hecho culpable para con ella, y no creía tener el derecho de quejarse. Aceptaba, como para lavarse á sus propios ojos, la desgracia contra la que se había destrozado el corazón en su lucha. Hay

quien ha dicho: «Es necesario no sufrir á medias.»

En un principio el dolor irrita, poco á poco va uno acostumbrándose á él, y después, á fuerza de sufrir, llega á adormecerse. Las ananas no maduran sino bajo un sol abrasador, y la naranja sería agria si el sol se mantuviese siempre templado.

No hay nada que perfeccione tanto á un alma noble y recta como la idea de haber cometido una injusticia, y Allán fué después tanto mejor cuanto más culpable había sido: el sentimiento del reproche íntimo de su alma fué una purificación para su amor.

Con frecuencia hablaba de su falta, y á cada momento mezclaba en sus conversaciones un perdón siempre demandado y siempre concedido, y desde entonces su amor no perdió nunca el respeto en las familiaridades de la pasión. Aquél, renovado, pero no cambiado, no se atrevía á solicitar una caricia: se había convertido de dueño en esclavo, aunque ella no afectase más superioridad que antes.

Ahora las puertas quedaban cerradas por la noche, y no se oía paso alguno por los corredores; pero ¿duraría así mucho tiempo?.... Es verdad que el hombre vive mejor cuando tiene deseos que cuando los ha satisfecho, y Allán veía su amor corroído por el arrepenti-

miento como por una enfermedad lenta: y ¿quién sucumbiría en esta lucha? ¿el amor ó el arrepentimiento? ¡Ah! Cuando se ha dado entrada á una pasión peligrosa, no muere nunca, y el remordimiento vigoroso, encarnizado, joven cuando se le creía envejecido, muere el primero, sucumbiendo á la costumbre de la pasión inveterada, como podría sucumbir á los abrazos viscosos de un pulpo....

Iseult no lo ignoraba, y con su mirada de águila había profundizado en el arrepentimiento del joven, juzgándolo á sangre fría, siendo indudable que le habría despreciado si no hubiera demostrado un dolor tan verdadero. Pero á pesar de todo era mujer, y como mujer tenía todavía corazón: así es que cuando Allán, en aquella fase de su amor, se mostraba bajo un aspecto más desinteresado, ella encubría su desprecio, y sólo tenía dulces y tristes palabras para el entusiasmo del joven, ese juego de niños que se toma á risa cuando no se puede ya llorar.

—Iseult (decía él algunas veces); no puedo saber lo que eres para mí: te admiro más, y no por eso te adoro menos.... Has llegado á la cumbre de tu calvario cuando has sentido el vacío alrededor de tu último sacrificio, cuando te has visto abandonada, no sólo de Dios, sino de ti misma, y tu voluntad sucumbía he-

rida en una intención sublime convertida en contra tuya, aumentada con la injuria brutal que tuve la avilantez de añadir. ¡Oh, Iseult! ¡Cuánto ha debido costarte, á ti, á quien el mundo entero no había conseguida doblegar nunca á sus leyes hipócritas, y habías sido siempre sincera; cuánto ha debido costarte el abandonar ese orgullo que habías guardado en el fondo de tu alma como un tesoro para los últimos días de tu vida, esa inmensa pobreza, cuyo fin es la muerte!.... Pero eso, Iseult, te hace más grande á mis ojos que si hubieras permanecido siempre sincera....

La Condesa no respondía á estas palabras; pero pensaba que la admiración del joven no reemplazaba á lo que había perdido para con él. No podía dejar de ruborizarse en su interior, particularmente por aquella mancha; pues haber permanecido sincera, vale más que no haber dejado de ser casta : al menos ella tenía esa opinión.

—Y la admiración que me inspiras (continuaba), me ha enseñado á no buscar en mi amor más que el amor mismo, y no la felicidad, á la cual debo renunciar. Yo te amo por amarte, y no por ser dichoso. El amor, cuando es como el mío, no quiere correspondencia: no tiene necesidad de ella, y aunque la necesitara, no moriría por carecer de ella.

Esta última palabra del amor del joven es también la última del de todos los hombres: es la tentativa vergonzosa ó gloriosa del misticismo; de esa potencia de la sensación. Pero este recurso desesperado de la pasión, esa abdicación de la felicidad, que no es más que una inconsecuencia con la naturaleza misma del amor, no engañaban á la Condesa. Á aquellas promesas purificadas, á aquellas nobles palabras del hombre que la amaba lo suficiente para no pedir nada en nombre de un amor que se bastaba á sí mismo, ella movía la cabeza, y respondía con aire incrédulo «*¿Creéis eso?*», con ese tono lento y apagado que deja confundido, porque demuestra toda la superioridad que hay en el que sabe sobre el que cree, y la compasión que inspira una ilusión frágil que no se tiene valor para destruir.

Tenía la señora de Scudemor la convicción de que el amor puro era una ilusión amarga, incomprensible para la inteligencia, irrealizable: tal vez ella hubiera querido en otro tiempo sostener la laxitud de su alma con aquella idea, grande como la desesperación de no ser dichoso, pero que no está al alcance del hombre en la realidad, y recordaba sus pasados disgustos cuando se había convencido de que este alarde de fuerza sólo oculta una espantosa debilidad.

La naturaleza humana se gasta tanto con el sacrificio como con el goce , y cuando ese sacrificio se hace por sensibilidad, los más elevados sentimientos fenecen en el camino. Ahora bien, y esto es demasiado triste en la vida; no son posibles más que cuando no se cree en la virtud.

El viaje á Italia era cosa decidida , habiéndose fijado la partida para cuando comenzasen los primeros fríos, y ya las hojas de los árboles , que en Normandía caen más tarde que en ninguna parte, habían empezado á desprenderse de las ramas de los sauces, lo cual indicaba que dentro de pocos días no quedaría ya ningún habitante en el castillo.

Los últimos días de su permanencia no fueron señalados por ningún acontecimiento notable. Allán , cuyo amor, aumentando siempre en intensidad , había sufrido tantas modificaciones, no veía más que á la señora de Scudemor.

Camila no demostraba resentimiento alguno por el abandono de su compañero de infancia, y se la veía seria y grave, hasta el punto de hacer creer que no sentía el abandono de su amigo de la niñez.

En cuanto á Iseult, el contraste de su fisonomía no podía ser mayor con las de los dos jóvenes, en una de las cuales el dolor marca-

ba su expresión desolada y abatida, mientras que en la otra las alegrías de la primera edad se iban retirando poco á poco como el agua pura y fresca de las fuentes de un jardín se va secando á la aproximación del estío. Así, entre lo que era nube y tempestad, turbación naciente y pasión devoradora, la señora de Scudemor se asemejaba en grandeza y serenidad á las líneas majestuosas de los horizontes del país que iban á visitar.

¿Qué sentimientos experimentaban cada una de estas tres personas al ver aproximarse el momento de dejar los Sauces?....

Para la Condesa, el viaje y la partida no eran más que un accidente ordinario. Peregrina en el mundo como en la vida, conocía mucho la Italia, donde había vivido algunos años, para que el viaje le ofreciese el menor interés. Aunque no había nacido en ella, sin embargo, sus primeras sensaciones la habían formado de ella su patria; pero aquella mujer no había conocido ese dulce amor á la tierra en que nacemos, que sobrevive á todas las esperanzas y á todas las felicidades perdidas en las almas más tiernas que la suya. No había vivido nunca más que en su corazón, y no podía acusársela de aridez. Es sabido que el amor de que se había visto privada se compone de todo lo que hay de más fresco en las primeras imáge-

nes de la existencia y de lo más lógico en los recuerdos.

Naturaleza de donde la poesía se había retirado, alma que se había separado de todo, el mundo para ella era solamente un alfabeto maravilloso; no se informaba de las colinas que había atravesado, ni de las flores en cuyo aroma se había impregnado el aire que respiraba; había olvidado los sueños de la juventud: las bellezas encantadoras repartidas en el mundo que habitamos no existían para ella, ocurriéndole lo mismo con la hermosura de Allán, á la que no había concedido nunca la mirada cariñosa de una contemplación momentánea.

Ciego de una especie extraordinaria que no desea la luz, hubiera sido necesario un nuevo enviado de Dios para volverla al mundo perdido. Allán debía saberlo más tarde, por más que ella se lo hubiese advertido, á él, que jamás pudo encontrar en aquella estatua muda, lo mismo á las auroras todas que á los crepúsculos, una cuerda que respondiera con sonido armonioso á ninguna de sus llamadas: debía saber más adelante que á ninguna parte que llevara á la desgraciada Iseult con objeto de volverla otra vez á la vida de ilusiones, de himnos y de lágrimas, podría conseguir que la naturaleza reanimase el amor en aquella cria-

tura de pasiones muertas, asemejándose al hijo de Aquiles, que arrastraba alrededor de la tumba de su padre á la virgen de Troya asida por los cabellos; más desgraciado aún, porque el guerrero antiguo podía vengarse del silencio de la sacerdotisa hundiéndola en el pecho desnudo su espada hasta el pomo; pero Allán no podía vengarse de nadie.

Perdido en el presente, no pensaba el joven que la Italia pudiese distraerle de sus dolorosas preocupaciones, y creía tanto en la duración de su amor como en su intensidad. No había amado más que á la señora de Scudemor, y tenía toda la fe que el primer amor tiene en sí mismo. Si no moría de aquella herida, quería al menos conservarla mucho tiempo para sufrir por ella.

Sin la circunstancia de su amor, el viaje proyectado hubiera sido para él ocasión de millares de sueños y de goces. ¿Quién que haya sentido en sí algo de poeta no ha soñado con Italia? ¡Ah! Es raro amar ese país; pero, por vulgar que sea ese cariño, ningún ser distinguido puede librarse de él. Allán no sospechaba que hubiese en la belleza de su cielo un bálsamo para los males del corazón, y había dicho la verdad á la Condesa. Estaba tan absorbido en ella, que nada en su vida ni en su pensamiento podría nunca hacerle franquear

los límites de aquella mujer, que había llegado á ser todo su universo.

Él, por lo menos, lo creía así; pero se engañaba en eso como en otras muchas cosas. El amor pasa una esponja por el mundo, y le borra como un dibujo en su encerado; pero muchas veces hace lo contrario, y le adorna con sus alegrías ó le entristece con sus pesares. Sin el amor, la naturaleza sería como un lago sin cielo encima. Si la mujer amada, ese espléndido microcosmos, lo absorbe todo en su seno mortal, es para devolvérnoslo todo también más grande y más hermoso: idealiza la creación, y no se recoge en el fondo de sí misma, de modo que nada del exterior penetre en su alma, hasta que el amor ya no existe para ella.

Una tarde, cerca ya del oscurecer, aunque no eran más que las cuatro; una tarde de otoño, fría y húmeda, fué Allán á dar un paseo de despedida al *bosquecillo* de los Sauces. Las hojas que quedaban aún en los árboles estaban amarillas, y el sol, amarillento también, se ponía en un cielo triste y descolorido; los senderos del bosquecillo estaban tapizados por las hojas desprendidas, que se habían marchitado al sentirse heridas por las primeras lluvias del otoño. No se oía el canto de ningún pájaro, y las flores habían perdido su perfu-

me. El joven paseaba solo bajo las desnudas ramas, y, guiado por el instinto, se dirigía una vez más, antes de abandonar tal vez por mucho tiempo el castillo, al *bosquecillo* en que ella le había contado su historia, y en que había empezado á comprender á aquella gran mujer, desconocida del mundo, á quien él amaba con tal frenesí.

¿Qué quedaba ya de aquella noche espantosa en que había enloquecido y estado á punto de morir? Ya nada restaba de su misterio ni de sus perfumes; ni cantaba el ruiseñor en lontananza, ni quedaban flores ni hojas; todo había desaparecido, excepto aquel amor tan doloroso, que no había sucumbido tan pronto.

Paseábase por los senderos con una indecible melancolía, como si en aquel lugar consagrado por el recuerdo de una noche cruel, experimentase una impresión de tristeza á la que no se pudiera sustraer. Llegado enfrente del banco rústico en que Iseult se había sentado, haciéndole sentar á su lado, se abismó en una contemplación profunda, y se preguntó cuánto más triste quedaría en su pensamiento, cuando partiera, aquel lugar vacío, en que nadie volvería á sentarse.

En la superstición de sus pesares, llegó hasta recoger un puñado de hojas mojadas y

marchitas, guardándolas, con un recogimiento casi religioso, en su pecho, bastante ardiente para secarlas. Después salió del *bosquecillo,* impulsado á huir por una voz que había escuchado.

Camila debía hallarse próxima, y la encontró efectivamente en la terraza donde concluía el bosquecillo. La niña era más dichosa que él con la partida á Italia, aunque su alegría no tenía el carácter ruidoso y exaltado de las de otro tiempo. Estaba sentada en el muro de contención de la terraza, con la cabeza descubierta y expuesta á la fresca brisa del otoño y de la tarde, con un brazo apoyado en uno de los vasos de granito que adornaban la terraza, en cuyo hueco se conservaban las aguas de las últimas lluvias, que algunos pájaros se detenían á beber de cuando en cuando.

Desde allí dirigía sus miradas al pantano, cuyas aguas habían aumentado bastante con las primeras lluvias de la estación. Su sencillo vestido gris, sus cabellos sueltos al viento, su postura inclinada y pensativa, la hacían resaltar graciosamente sobre el fondo de un horizonte sin nubes, de un tinte indeterminado y límpido.

Allán, al verla de aquella manera, se aproximó al muro y siguió la dirección de su mirada, que estaba fija en una gaviota extraviada

que se volvía al mar, cuya costa estaba muy cercana.

—¿Véis? (le dijo ella, indicándole el pájaro con el dedo, y como si hubiese continuado su pensamiento en voz alta.) Si quisiera, podría estar esta noche en Italia.

—¡Cuánto os preocupa la Italia! (contestó Allán): ¿os alegráis mucho de marcharos de este país?....

—¡Oh, sí! (respondió con una sencillez encantadora.) No sabéis hasta qué punto me fastidio aquí ahora.

La expresión con que dijo estas palabras estaba impregnada de un sufrimiento oculto tan grande, que hacía daño al oirla.

Allán no le había advertido nunca aquella expresión tan dolorosa y tan dulce.

—¿Y por qué os fastidiáis?—preguntó con un acento de compasión, hijo de la impresión que había recibido.

—¿Por qué, por qué?....—respondió la joven bajando los ojos.

Conocíase que la pregunta de Allán la había consolado en su dolor, pero no se atrevía á responder. Si el indiferente joven hubiese insistido algo más, tal vez el secreto que guardaba en su pobre corazón se hubiese desbordado, á pesar de sus esfuerzos para contenerlo. Pero al segundo *por qué* había aquél desaparecido,

porque habiendo visto á la Condeza en el otro extremo de la terraza, fué á reunirse con ella.

La niña, abandonada de aquel modo, se olvidó del blanco pájaro que volaba hacia Occidente, y apoyó su frente en el vaso de granito vacío.

Y si aquel abandono hizo correr una lágrima, corrió en silencio y fué á aumentar el agua que tenía el vaso.

SEGUNDA PARTE.

I.

¿Has viajado alguna vez, amado lector, á través de los pantanos del Cotentin, que he procurado describir, y que son bastantes extensos para que sólo el atravesarlos pueda considerarse como un viaje?.... Si los has recorrido al fin del otoño ó en el rigor del invierno, habrás podido juzgar de la naturaleza de aquellos paisajes que se destacan sobre el fondo de Normandía, tan risueño por otra parte, y de la originalidad tan melancólica que los distingue. Estos pantanos deben verse sobre todo en invierno, pues entonces se convierten en inmensos lagos, desolados, monótonos, sin más animación que la que les prestan algunos pobres barqueros, y algunos muy escasos cazadores de garcetas y patos, sumergidos estoicamente en agua hasta los riñones, para poder hacer la puntería más de cerca. Exceptuando estas dos especies de gentes, no se ve otro ser

humano en aquellas soledades inundadas, y si acaso se encuentra algún otro viviente, es una garza taciturna que sueña sobre algunos juncos aislados ó un pez grande que salta pesadamente por algún canalizo para dirigirse al mar con sumo trabajo. Los bueyes, la vida animada de los pantanos, están encerrados en los establos, y sus mugidos no resuenan en el silencio ni en el espacio, habiéndoles sucedido los graznidos siniestros y redoblados de los cuervos, ocultos en las nubes ó entre espesas nieblas.

Para ver este terrible paisaje de invierno habían vuelto de Italia; y después de una permanencia de dos años en el país del sol, se hallaban en la estación de las lluvias en el castillo de los Sauces.

Era el mes de Diciembre, y se hallaban sentados alrededor de la chimenea, en uno de los pabellones que daban vista al pantano, la señora de Scudemor, Camila y Allán de Cynthry. La habitación era un saloncito de forma ovalada, una habitación de familia de vida íntima y recogida, amueblado con gran gusto y sencillez. Aunque el frío no se dejaba sentir mucho en aquel salón bien cerrado y cuyo suelo estaba cubierto con un grueso tapiz, un gran montón de leña ardía en la chimenea; pero no producía la llama clara y alegre de la leña

de manzano, sino la acre de la encina, fuego sombrío que produce mucho humo y poca llama, y cuyo chisporroteo, fastidioso por lo incesante, acompañaba muy bien al ruído monótono que producía el azotar continuado de la lluvia que el viento lanzaba contra los cristales de las ventanas.

Aquellos eran los únicos ruídos que se oían en el salón y fuera de él. Las tres personas guardaban profundo silencio, sea que estuviesen ocupados por algún incómodo pensamiento interior, sea que aquella mañana de Diciembre las hubiese sumido en una de esas tristezas sin causa que se atribuyen al tiempo, como si el principal motivo de todas las pesadumbres no fuese el ser criaturas humanas. El salón, gracias á la blancura del techo y de los cristales, estaba más claro que el exterior, donde no se veía sino un cielo bajo y sucio y el vapor que producía la lluvia continuada.

No se sabe si los dos años que había durado su permanencia en Italia, ó las fatigas del viaje, ó alguna otra causa, habían alterado la salud de la Condesa; pero lo cierto es que sufría de una manera visible. Los médicos le habían aconsejado mucho reposo; y como la vida de París no se prestaba bien á ello, Camila y Allán, á fuerza de súplicas, habían conseguido que se decidiera á esperar la primavera

en los Sauces. Aquellos dos años habían pesado enormemente sobre ella, y la habían envejecido de un modo terrible.

Aquel día lúgubre cuadraba muy bien con su frente más lúgubre todavía, en la que su mano procuraba alisar los cabellos, que ahora tenían un color de ceniza. Medio recostada en un sillón, miraba con la distracción de un ser que sufre, el fuego de la chimenea, cuya llama casi apagada tenía alguna semejanza con el brillo de sus ojos. Su talle había perdido su actitud imponente, y aunque conservaba muchos restos de lo que había sido, aparecía doblegado y como abatido. ¿No dejan caer las alas como las palomas, las águilas cuando han sido heridas de muerte? Una bata de seda oscura, sumamente ancha, la envolvía en sus pliegues, y la estatua ostentaba aún tan magníficos contornos, que se hubiera olvidado fácilmente que la arcilla había reemplazado al mármol.

Allán estaba de pié apoyado en la chimenea, con la espalda vuelta al espejo. No era ya el Allán de otros tiempos, aquel adolescente bello como un ángel, que hacía pensar en la hermosura de los dos sexos. Era un hombre, menos bello en la forma y en el color, pero más hermoso moralmente. El alma había desgastado su cubierta de carne, y resplandecía á

través de ella. Los hombres superficiales llaman á esto envejecer. Su barba, cuidadosamente afeitada, daba un viso azulado á su rostro, que sin esto hubiera conservado la voluptuosa morbidez del adolescente.

La huella de sus muchos sufrimientos se marcaba en la depresión del ángulo de los ojos. ¿Cuánto tiempo necesita la gota de agua, cayendo constantemente en el mismo sitio, para horadar el granito de una roca?.... ¿Cuánto tiempo hace falta para que una lágrima encarnizada incruste su huella en el rostro del hombre?.... Su frente byroniana, que debía al entusiasmo de su madre, ostentaba, bajo sus cabellos juveniles, lucientes y rizados, ochenta años de pensamientos profundos y de dolores punzantes.

Sin embargo, fuera del cansancio de la cara, todo su individuo respiraba juventud, una juventud plena, suave, flexible; esa juventud que hace de nosotros unos semidioses, porque no somos hombres sino á medias.

Tan distraído como la señora de Scudemor, tenía la mirada vaga fija en Camila, que se hallaba enfrente de él, cerca de una ventana, trabajando en una tapicería. Era la joven entonces lo que las mujeres en su lenguaje singular de pudor llaman *una mujer enteramente formada*. Su cabeza, de un rubio oscuro que parecía ne-

gro, y que, como la de Allán, había oscurecido en Italia, se armonizaba bien con el color de hoja muerta de la tapicería del salón; pero no se veía de su busto más que la línea ideal de su cuello, que se perdía bajo una modesta manteleta, y el cuerpo oculto en los grandes pliegues flotantes de su bata.

Tales eran los cambios que podían notarse en nuestros tres personajes. Colocados en la vida en una edad de transición, de pendientes más rápidas y de senderos tortuosos, debían siempre existir distancias entre ellos; pero ahora que los tres habían avanzado en la espiral de la montaña, crestas áridas separaban á Allán de la Condesa, mientras que entre él y Camila había pocas malezas que atravesar.

Sea que hubiera un secreto embarazo en el silencio prolongado en que estaban sumidos, del que muchas veces se desea salir aunque sea con una reflexión vulgar; sea que conservase algún recuerdo en su pensamiento de los esplendores de Italia y los comparase, por efecto del contraste, con la lluviosa Normandía, exclamó Allán:

—¿Qué diferencia entre este país y el que acabamos de dejar!

—Es verdad (respondió Camila, cuya voz no era ya la música celeste de cuando la conocimos). Desde que hemos vuelto, pienso

como vos, Allán, y conozco mejor la diferencia. Allí se vive tanto, que el exceso de vida desvanece: cuanto más lejos nos encontramos se juzga mejor. La Italia no es verdaderamente bella más que por la reflexión.

—¿Sabéis (replicó Allán) que lo que estáis diciendo al mismo tiempo que enhebráis vuestra aguja, es casi profundo, mi linda *pensadora?*

—¡Oh! Yo no pienso, señor burlón (dijo la joven con una ligereza encantadora): cuando yo siento una impresión en el alma, la digo, y eso es todo.

Y si la que decía aquellas palabras no era la más sencilla de las jóvenes, era indudablemente la más hipócrita. ¿Quién no se estremece al pensar lo que podrá ocultar el acento más natural?

—¿Recordáis (añadió repentinamente, mirándole con fijeza) nuestros largos paseos por la tarde en Venecia en aquel mar enteramente rojo? ¿Y en Florencia, cerca del Arno, donde leíais con tanta frecuencia el Petrarca? No creíamos entonces que aquellos días, que nos parecían tan hermosos, pudieran parecérnoslo más todavía cuando estuviéramos en los Sauces al invierno siguiente.

—Eso es efecto del recuerdo,—dijo Allán.

—Todos los recuerdos no son resplande-

cientes, —murmuró la señora de Scudemor, que hasta entonces había permanecido callada.

Y como si se hubiera arrepentido de aquella palabra que parecía una queja:

—¿Recordáis también, Allán (continuó), qué poca prisa teníais por ver á Italia cuando emprendimos el viaje? ¿Qué desdén empleabais para hablar de ella? Yo os combatía, porque no concebía que una imaginación como la vuestra no se conmoviese ante la perspectiva de un viaje por aquel país. Confesad que después habéis expiado vuestras prevenciones, y que la habeis amado con todo el amor que rehusabais imprudentemente concederle.

Estas palabras, dichas con un acento de alegría aparente, encerraban una intención secreta para Camila, pero que no podía ocultarse á Allán, quien no respondió, y volviéndose á medias, se puso á mover con el pié uno de los morillos de la chimenea.

—Y que me alegré mucho de ello (continuó la Condesa). ¡Cuánto he gozado con vuestro entusiasmo aunque no siempre haya participado de él, lo cual llegaba algunas veces á enfadaros, al contemplar ese mundo al cual os dejabais arrastrar á vuestro pesar, y del que luego no sabíais separaros! El solitario se convirtió en un dandy. ¿Me sabréis decir á punto fijo, vos, un soñador casi salvaje, cuántos

rigodones habéis bailado en casa del embajador de Nápoles?

Indudablemente en aquella alegría se ocultaba alguna intención, intención que debía resonar sólo en los ecos del corazón de Allán. Sonidos de victoria largo tiempo esperados, y que daban á entender una derrota que producía al joven una humillación interior.

—¡Dios mío! (continuó la Condesa): diríase, amigo mío, que estáis avergonzado porque os agrada el mundo, como si no tuvieseis veinte años. ¡Vaya, vaya!: amadle, y con tanto mayor motivo, cuanto que no tendréis el mismo sentimiento para él siempre. Escuchad (añadió, cogiéndole una mano y atrayéndole cerca de su butaca): quiero que hoy me encontréis muy amable.

Y al decir estas palabras, sonreía con una gracia adorable aunque un poco coqueta, poniendo de realce la elegante é irresistible sencillez de sus maneras.

Camila levantó la cabeza y olvidó su bordado, sonriendo también bajo la impresión del encanto que irradiaba de su madre en ciertos momentos.

¡Qué espectáculo más admirable el que ofrecían estas dos sonrisas una frente á otra, la una juvenil, de nácar y púrpura, y la otra sin otro atractivo que su innegable espiritualidad!

Después de unos momentos de silencio, continuó la Condesa:

—Si habéis sido bastante generoso, amigo mío, para enterraros un interminable invierno en los Sauces, yo lo soy demasiado para aceptar semejante sacrificio. No os arrebataré á París y sus fiestas. Volved allá; os lo permito, os lo suplico, lo deseo. Volved allá, y escribidnos, y después regresad á la primavera para contarnos vuestros placeres.

—Os lo agradezco (dijo Allán con un embarazo visible); pero tengo gran interés en probaros que no me agrada el mundo tanto como suponéis; ó al menos que no le busco con esa afición que decís. Mi sitio es aquí, y no en otra parte alguna. Estáis delicada, y yo, para quien habéis sido una madre, y á quien habéis arrancado á las garras de la muerte aquí mismo; yo (insistió estrechando con expresión la mano de la Condesa, que tenía entre las suyas) tengo obligación de cuidaros.

Por más objeciones que expuso para combatir aquella resolución que era indestructible, todas fueron perdidas, á pesar de que Allán, con motivo de la presencia de Camila, no pudo exponer un argumento que no tenía réplica. Pero si el sentimiento en que se fundaba aquel argumento existía aún, ¿por qué eran las alusiones de la Condesa á Italia, y á la afición al

mundo que Allán había demostrado?.... ¿Por qué había expresado el deseo de verle pasar el invierno en París? Y si era consecuencia del disimulo á que se veían obligados uno y otro, ¿qué motivaba el embarazo de Allán? ¿No era permitido creer que los quince meses que acababan de transcurrir ocultaban un cambio interior más profundo que el aparente que se había verificado en ellos? Para contar los años no debe calcularse por los estragos que hacen en las facciones, sino por los que causan en el alma.

Los antiguos, para simbolizar la inmortalidad, la representaron por una cabeza de muerto, sobre la cual una mariposa agitaba las alas. Pero semejante ingeniosa imagen se volvía contraria de la idea que quería expresar, porque la mariposa no podía significar más que la fragilidad de la vida, y la cabeza de muerto el alma humana, que al menos en sus sentimientos no es inmortal, y sobre la cual la mariposa, la vida, con las alas extendidas, parece con mucha frecuencia una cruel ironía del destino.

II.

La condesa Iseult de Scudemor había sido una verdadera profetisa. Aquella sibila de las pasiones apagadas había medido el amor de Allán con una medida que no se equivoca nunca: con la experiencia de la naturaleza humana, y los dos años transcurridos le habían probado la exactitud de sus previsiones.

Mientras su permanencia en Italia, Allán (¿tendremos necesidad de decirlo?) había vuelto á la vida que sus injusticias para con la Condesa habían interrumpido. ¡Ah! la nobleza de las almas apasionadas no dura mucho tiempo. El joven la amaba aún bastante (sabéis lo que es un primer amor), para no experimentar sed del placer doloroso de que tanto había bebido. Si hubiese hallado una repugnancia, una objeción, la milésima parte de una negativa, tal vez hubiese vuelto á pensar en las resoluciones que abandonaba, y hubiese vuelto á insistir en ellas. Tal vez, avergonzado de no hallarse al nivel del amor que él había llama-

do el más grande, porque era el más puro, hubiese vuelto á sus remordimientos para perderlos en una adoración respetuosa....

Pero Iseult no dió ocasión á esta conducta, y permaneció lo que siempre había sido: odalisca que no recogía el pañuelo, pero que jamás volvía la cabeza.

Cuando no hay una mata siquiera que resista la marea, la playa es fácilmente invadida. Cuando el hombre conoce que no tiene más que querer para poder, quiere, ó bien el deseo ha muerto en su alma. Por poco que sea, la idea de que se puede produce el vértigo. Sería preciso ser Dios para resistir; y aun Dios, sin la gracia y con la libertad que ha dado al hombre, sería la indiferencia. ¡Pensamiento horrible! No se podría suponer un deseo en la omnipotencia infinita sin suponer el caos, ó mejor, sin negar al mismo Dios. ¿Qué queréis, pues, que le suceda al hombre, cuando tiene el deseo y le enviáis el poder?

Allán fué un ejemplo más que añadir á la fragilidad humana.

Todo produjo en él motivos de desfallecimiento, causas de caída, razones para ser insaciable en aquel viaje de dos años con la mujer amada. ¿Recordáis que ella se lo había dicho una tarde?.... ¡El viaje tiene tantos detalles, tantos descuidos, tantas cosas imprevistas! Ver-

daderamente los lazos cercaban á Allán por todas partes. Indescriptibles jornadas que unen por nuevas costumbres á los mismos que las costumbres antiguas habían separado y estaban á punto de alejarse; renovación de emociones que no se creía volver á experimentar cuando una vez nos han abandonado.... En la vida más íntima no se está siempre uno al lado del otro, porque muchas cosas de fuera vienen á interponerse; las distracciones nos separan; pero en viaje nada interrumpe los días pasados juntos, los movimientos de una voluptuosidad irritante del carruaje, que os aproximan á cada ondulación. Nunca habéis visto á aquella mujer de esa manera, á todas las fases de la luz, desde la mañana hasta la noche, y la noche os sorprende rendido, no pudiendo ya resistir tantas emociones como se han aglomerado en veinticuatro horas. Y si el viaje es largo, cuando se llega al término, ¿no se siente un peso de deseos que sofoca, y del que se ansía desembarazarse? ¿Y si es á Italia donde se llega (Italia, donde se van á buscar las pasiones), á ese país hermoso como la mujer y maldito como ella, las serpientes adormecidas levantan la cabeza bajo aquel sol donde van á calentarse los enfermos, y el cual se dice que impide morir?

Pero esta fase del amor de Allán era el

último movimiento de ascensión, después del cual no encontró ya más que una pendiente para descender. Hay sentimientos que mueren repentinamente, como heridos de un rayo invisible, y entonces es la nada que mata al hombre; y hay otros que se enervan y obliteran con lentitud: es el hombre que combate, batalla perdida desde el momento en que se empeña, con esa nada más fuerte que él. El amor de Allán fué de estos últimos: hubiese sido muy difícil seguir sus insensibles gradaciones de descenso, y probablemente el mismo Allán no supo darse cuenta de ellas hasta muy tarde.

Cualquiera que fuese la época en que el joven pudo juzgar el vacío inmenso que el amor que se desvanecía dejaba en su alma (porque ¿quién sabe el día en que cayó de la frente de la mujer la columna luminosa que nos la mostraba, dejando la oscuridad enfrente de la imaginación cansada?), siempre experimentó una vergüenza secreta que le impidió confesarlo; y cuando ya no tuvo posibilidad de equivocarse con respecto á lo que experimentaba, no encontró valor suficiente para confesarlo á la señora de Scudemor.

Por efecto de una necia delicadeza, se creía obligado á cumplir las promesas que el amor hacía con toda seguridad cuando era robusto y

ardiente. No se quiere aceptar el mentís que da la eternidad en que se creía, y aunque en la posición de Allán no había miedo de lastimar un corazón, siguió hablando de amor, aun cuando ya no le sintiera.

Imaginación llena de fuerza, se exaltaba hablando de un sentimiento que se apagaba, y conseguía engañarse á sí mismo y engañar á Iseult; pero al día siguiente, cuando no estaba en su presencia, cuando había salido á caballo, según su costumbre, para estudiar algunos paisajes, en ese momento en que el aire es tan puro y el día tan radiante que nuestra alma parece iluminada, miraba en su interior con firmeza, y veía, claro como el sol de Italia, que ya no la amaba.

—¿Por qué (se preguntaba) no me adivina como antes?

Y, sin embargo, hacía todo lo posible por engañarla, y es seguro que si ella le hubiese dicho la verdad, se la hubiese negado. Porque tal es nuestra inconsecuencia. Dividido entre la vergüenza de confesar la falta de un sentimiento en que había puesto su orgullo, y tener que prodigar expresiones que no sentía, no sabía qué partido tomar, y deseaba una casualidad que le evitase el trabajo de obrar. Se sufre con esa debilidad, pero no se procura vencerla, ni más ni menos que si fuera una

fuerza terrible. Estado del alma mezclado de una fatiga sin reposo y de una amargura secreta: confusión de fluctuaciones en que el carácter pierde toda su dignidad.

Entonces fué cuando se lanzó á la vida exterior, refugio impotente de todos los miserables, lo mismo por el corazón que por el pensamiento, y no se contentó con la naturaleza exuberante del país que habitaba, sino que también se lanzó al mundo, entregándose á él como á un amigo que le salvaba de sí mismo, y que se apoderó de él, sujetándole por todas sus ideas, y por la cintura de todas las que bailaban con él.

La Condesa, que no había querido creer demasiado pronto el cambio que esperaba con impaciencia, estaba muy satisfecha al ver que las distracciones se apoderaban vivamente del joven, sacándole de la fijeza de su pasión. ¡Cuántas veces buscaba con profunda mirada, alrededor suyo, entre aquellas innumerables mujeres que asistían á las fiestas, una rival dichosa que le robase el amor de Allán! Pero como nunca la encontraba, era esta una razón para creer que aquel deplorable amor subsistía siempre.

Aunque nada había cambiado, al parecer, en su existencia, desde que estaban en Italia se encontraban más libres y más ocultos á los ojos de Camila.

Allán no había llegado á la posición de esos maridos sin amor, á los cuales no les importa nada la mujer; no había descendido tanto; y algunas veces se hacía ilusiones rápidas, encendiéndose en los recuerdos. El despecho que le hacía mirar con pena el minutero del reloj en los salones donde pasaba una parte de las noches, no le seguía cuando entraba en la habitación de Iseult, encontrando en cierto modo su amor en el umbral de la puerta, aunque á la mañana siguiente se desvanecía; pero no estaba lejos, á no dudarlo, el día en que no lo volvería á encontrar.

No faltaban á aquel joven ninguna de las fases del envilecimiento, y al estudiarse en todas ellas se sonreía con horror. Como todo el que es joven, había habitado en las regiones de la exaltación, y ahora descendía á un terreno cenagoso y fétido, con el pecho acostumbrado á todas las purezas del cielo. ¿Dónde estaba la poesía de su amor? Veinte veces había chocado con las realidades groseras; pero, al fin, eso no era más que una mancha.

Ahora el amor había huído, quedando sola la realidad, y no era la pasión ciega y ardiente lo que le encadenaba, puesto que sabía muy bien que era una cobarde debilidad. Sufría siempre; pero ahora no tenía la recompensa de sufrir con el orgullo de un amor sin espe-

ranza. No tenía ya aquellas generosas cóleras contra sí mismo, aquellos intrépidos movimientos que nos hacen destrozarnos el corazón cuando no fraternizamos con nosotros mismos. Si duraba algún tiempo aquella vida indigna, se degradaría por completo.

En la época en que iban á dejar la Italia, una enfermedad de abatimiento que experimentó la señora de Scudemor, alteró las relaciones que existían entre ella y el joven. Tal vez también una intuición algo tardía había penetrado en el espíritu de Iseult; pero no lo manifestó, y sólo se aprovechó de su padecimiento para impedir una intimidad que se asemejaba al matrimonio, como los hombres le han hecho, profanándole. Una delicadeza digna impidió al amante hacer la menor pregunta: entre los seres distinguidos hay explicaciones imposibles cuando se trata de cosas menos nobles pertenecientes á su existencia en común.

Si las grandes miserias os interesan, los que leéis esta historia podéis continuar.... Un sufrimiento de esta especie vino muy á propósito para Allán; pues le libraba de una confesión que no tenía valor para hacer, y por otra parte la vanidad del amor, esa vanidad que nace de sus cenizas, le impedía también decir lo que en su interior pasaba. El desgra-

ciado respiró : tenía muchas razones para despreciarse; pero ya se menospreció algo menos, y esto consistía en que el hombre no tiene valor para conservar mucho tiempo el desprecio de sí mismo. Casi siempre es un dolor el que excita tal pensamiento, y cuando falta el dolor, pierde aquel punzante aguijón que le hacía conservarse, y se duerme en la herida que ha causado.

El gozar de mayor libertad le volvió amable, porque se es amable á condición de no estar apasionado, y todas las personalidades ardientes que saben amar, son todo menos amables. Turban la vida de los demás; pero no la embellecen. La amabilidad debería ser incluída en las bellas artes, con las que tiene tanta analogía. En lugar de la pasión turbulenta que antes esparcía alrededor de la vida de la Condesa, la rodeó de los cuidados más tiernos y más afectuosos, demostrándola una especie de culto silencioso, en el cual podía verse aún el amor, pero en el que hubiera podido apreciarse también una ternura de distinto género.

Cualquiera que sea el resultado que tenga para el carácter un gran amor, ya le doblegue, ya le quiebre, no puede negarse que si el hombre escapa de él, el espíritu gana mucho con esa escuela tan ruda; pues ejerciendo su actividad, se la dobla. Pero este progreso no se ad-

vierte hasta que se ha salido de la absorción que le ha producido concentrándose. Allán tuvo pronto la prueba de esta verdad : entraba en la vida del pensamiento, á medida que salía de la de los sentidos, enriquecido con la multitud de ideas que ésta le había hecho conocer. Momento grave en que el hombre vuelve á emprender la tarea de pensar, después que ha terminado la de sufrir.

Cuando sintió los primeros síntomas de su malestar, la señora de Scudemor expresó su deseo de volver á Francia; inocente capricho de enfermo que Allán y Camila, á quienes ella, con una gracia encantadora, llamaba *sus hijos*, no pensaron en contrariar, á pesar de que uno y otro adoraban el país que se veían precisados á abandonar.

Allán sentía menos entusiasmo que la niña. Á no dudarlo, ella había experimentado más el placer del corazón, que hace mirar alrededor de sí, y enamorarse de lo que es bello; pero ¿no había en su preferencia por Italia otra cosa que las adoraciones de que los místicos hacen su última palabra? Había partido del castillo de los Sauces con la creencia de que aquel lugar le causaría la desgracia si permanecía en él. ¿No había perdido allí la afección de Allán, al que se había acostumbrado á mirar siempre como su hermano? En Italia,

por el contrario, Allán había sido con ella afectuoso, sin continuar usando sus bruscos modales, mostrándose dulce y compasivo á su lado.

Y esta conducta se comprendía bien. Extinguido el amor de Allán á la señora de Scudemor, Camila no era ya para él la inocente niña en cuya compañía había pasado la infancia; y había también otra razón para que renaciera su interés por Camila. Durante su permanencia en Italia, la niña había llegado á esa edad en que las niñas más locas se convierten en personas formales, presentando un notable contraste entre la frescura, la viveza de la juventud y la gravedad encantadora que no se permite una sonrisa, como si Dios se hubiese complacido en poner un pensamiento en una rosa en lugar de un perfume.

Este renacimiento de la amistad de Allán, esta nueva aproximación que la joven no buscaba, pero que deseaba y no se atrevía á esperar (pobre niña, á quien el sufrimiento había vuelto desconfiada), había establecido á sus ojos entre los Sauces é Italia una diferencia mayor que la de sus soles; así es que la idea de volver á Francia la entristeció, y el viaje hizo su pesar más amargo, recordándole que cada jornada la alejaba muchas leguas de su querida Italia.

Durante el día disimulaba en parte sus impresiones; pero por la noche, á esa hora que se puede llamar la de la marea de las lágrimas, se asomaba á la portezuela del carruaje y lloraba, mientras que Allán y su madre la creían ocupada en respirar el aire saturado de los perfumes de aquellos climas. Es la primera vez que, con un maravilloso y enternecido reconocimiento, que casi rayaba en lo absurdo, se haya sabido hasta qué grado llegaba la felicidad en el país mismo en que se ha sido dichoso.

III.

Volviendo á los Sauces con tal sentimiento de pena, la señorita de Scudemor veía de nuevo el país que no amaba en pleno invierno, estación que le quitaba lo único que hubiera podido recordarle débilmente la Italia. Si Allán no hubiera estado tan afectuoso con ella, habría sido muy desgraciada.

Nunca había hecho la menor alusión á la felicidad que experimentara cuando había vuelto á acercarse á ella, tratándola como en otro tiempo; pero aquella dicha inesperada la sostenía contra el fastidio del presente y contra los presentimientos del porvenir. En efecto; su posición era muy triste, teniendo que pasar el invierno en la soledad más completa, después de haber frecuentado el mundo adonde su madre la había llevado en Italia, despertando los instintos que duermen en toda mujer y le hacen amar las fiestas, los adornos y toda esa vida de los ojos que precede siempre á la del amor.

Si Camila hubiera amado mucho á su madre, ó si su madre la hubiera amado á ella, habría encontrado una dulzura en su sacrificio que la hubiera hecho olvidarlo todo al encerrarse con ella en el castillo de los Sauces para cuidarla; pero la afección de Camila no era lo suficiente para ser feliz en sacrificarse, no teniendo nada que oponer á las tendencias de su imaginación, que la transportaban lejos de la vida que se veía obligada á llevar. Aquel corazón apasionado se destrozaba con las sequedades del deber, y para colmo de desgracia, no tenía ni aun la austera alegría de cumplir con su misión. La señora de Scudemor no aceptaba los cuidados de su hija, rechazándolos dulce y graciosamente, no tanto por inútiles, como por fatigosos; pero rechazándolos tan en absoluto, que Camila, á la que su madre había inspirado siempre temor, nunca se atrevía á insistir.

Solamente le quedaba Allán, y mientras él permaneciese allí, tendría fuerza suficiente para soportar la existencia solitaria y monótona, que la hacía sufrir más aún desde que no era ya una niña. Cuando la señora de Scudemor le había suplicado que fuese á pasar el invierno en París, había tenido un miedo espantoso de que Allán aceptase; por más que, hábil en ocultar todo lo que sentía (educación terrible

que da el dolor y que había aprovechado notablemente), no dejara escapar nada, ni de su disgusto primero, ni de su alegría más tarde cuando el joven se negó resueltamente á partir.

Tuvo algunos días de tal embriaguez interior, que una tarde, no pudiendo resistir más, abandonó la ventana cerca de la cual trabajaba, y fué á buscar al joven para darle las gracias por haber permanecido en los Sauces. No podía resistir al reconocimiento; ella tan fuerte, que tanto había llorado en su interior cuando Allán la rechazó, sentía su corazón próximo á estallar, no pudiendo contener su felicidad.

Le encontró en la biblioteca del castillo, donde trabajaba largos ratos desde que concluyera su amor á Iseult. Á aquella hora, la noche á punto de cerrar, no dejaba pasar por las ventanas la luz suficiente para poder detallar los objetos, y estaba sentado delante de un libro abierto, en el que no leía, con una mano entre el cabello, y jugando con la otra con un cuchillo de marfil de cortar papel, demostrando su actitud que no pensaba en lo que hacía. En efecto, pensaba en lo que contestó á la Condesa de Scudemor el día que con tanta instancia procuró decidirle á que volviera á París.

—Soy yo, Allán (dijo entrando): ahora que está oscuro no trabajaréis, y, por tanto, creo que no os incomodaré.

—¿Os envía á buscarme vuestra mamá?—preguntó con precipitación.

—No, no es mi madre; soy yo, Allán, quien viene á....

Sentía indecible deseo de arrojarse á su cuello y confesárselo todo; pero un sentimiento verdadero, aunque sólo sea el reconocimiento, nos hace tímidos: no pudo acabar la frase, y se deshizo en llanto.

—¿Qué tenéis, querida Camila? (le preguntó con interés.) Me asustáis. ¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—¡Oh, no! (dijo con voz entrecortada por los sollozos.) Al contrario; lloro de felicidad.

Y la inocente niña escondió su cabeza en el pecho del joven.

—Mirad, Allán; no me he atrevido.... (continuó después); no me he atrevido á deciros cuán dichosa me habéis hecho, hace tres días, cuando respondísteis á mi madre.... que no partiríais.... ¡Oh! Entonces creí volverme loca de alegría, y ahora tenía tal necesidad de decíroslo, que hubiera muerto si no vengo á haceros esta confesión.

Y volviendo á encontrar en su felicidad el dulce tratamiento de la infancia, añadió:

—¡Gracias, Allán; gracias, hermano mío, por toda la felicidad que me has proporcionado!

Allán se hallaba profundamente conmovido. Aquel tuteo que volvía á escuchar de los labios de Camila, le reveló toda la ternura que en él se ocultaba.

—Sí, Camila, sois mi hermana querida,—le dijo, estrechándola en el más casto de los abrazos.

—¡Ah! Tu hermana para siempre (continuó ebria de felicidad). No sabes cuánto te ama tu hermana; si lo supieras, no podrías jamás pensar en abandonarla.

—Estad segura (replicó el joven enternecido), que jamás me separaré de vos, Camila.

—¡Háblame de *tú*, puesto que soy tu hermana!—interrumpió la impetuosa criatura, estrechándole entre sus frágiles y delicados brazos con tanta fuerza como si hubieran sido de hierro.

—Pues bien; no, hermana mía; no me separaré nunca de ti: te lo juro.

—¡Jamás!—dijo ella impetuosamente, y con una fuerza, que parecía dominar el porvenir.

—¡Jamás!—repitió él, arrastrado por el entusiasmo de la niña.

Camila se abrazó á su cuello con más ardor aún que la primera vez.

Ambos estaban enternecidos y lloraban; pero vertían las lágrimas más dulces que se puedan

derramar. ¡Ay! Era la primera alegría pura y verdadera que uno y otro experimentaban. Los dos acababan de empeñar su porvenir. ¡Momento soberbio en la vida, en que el hombre dice *jamás*, como si fuera un Dios!

Bajo el imperio del afecto más bello de todos, el de una hermana para su hermano, y el de un hermano para su hermana, habían cambiado sus almas. Felicidad inaudita, de que el joven gozaba menos que Camila, porque él había gastado su alma en la pasión, mientras que la de la joven estaba ocupada por todas esas ignorancias que la hacen á próposito para gozar todas las felicidades de la vida, y sobre todo las más celestes como más inocentes.

Desde aquel día ya no volvió Camila á sentir el fastidio que la inspiraba antes el castillo de los Sauces, pues estaba segura de su hermano, segura de que no la faltaría jamás. Todos los países le eran iguales, puesto que en todos había de vivir cerca de él. Como acontece siempre, en su falta de costumbre de ser feliz, había olvidado el pasado y no se daba cuenta del presente.

Allán pensaba más en ello. Él había amado, adquiriendo la triste virilidad de las pasiones, y se preguntaba si habría entre Camila y él alguna cosa más que la amistad de hermano y hermana; pero como sus sentidos habían per-

manecido serenos bajo la impresión de sus caricias, se respondía negativamente con la mayor seguridad.

Enternecido del sentimiento que Camila le había revelado repentinamente, se ocupó de ella más que nunca, olvidando las horas á su lado, y viviendo la misma vida. Le leía los libros que acababan de publicarse, bebiendo las ideas y los sentimientos en la misma fuente, y entendiéndose mejor uno á otro cuando menos hablaban; entremezclando el *tú* y el *vos*; pero el *vos* en voz alta, y el *tú* en voz baja, y haciéndolo así, no por instinto culpable, sino porque las afecciones más angélicas tienen necesidad de un misterio en que recogerse.

Comprendía Allán la posición de la señorita de Scudemor para con su madre, y veía la barrera de hielo que separaba á las dos mujeres, explicándose por aquel aislamiento de la niña la vivacidad de su afección, sin suponer que aquella amistad ocultase un sentimiento menos puro. De esta manera los peligros de la intimidad se velaban por los motivos más puros y las costumbres de toda la vida, y se deslizaban insensiblemente por encima de aquel volcán, en el que más tarde, al apoyarse su pié, haría surgir el incendio.

Aquella vida era tanto más dulce para el joven, cuanto que la ignoraba por completo. La

intimidad que había tenido con la señora de Scudemor en el tiempo que la amaba, no se parecía en nada á esto. Se ha visto con qué desesperación había recibido la idea de la separación, y aunque Iseult la hubiese correspondido con la misma intensidad que él la amaba, la intimidad se halla siempre turbada por las espontaneidades contradictorias de la pasión.

Sin embargo, ¿puede decirse que sólo el encanto de la intimidad fuera lo que arrastrase á Allán, y le fijase al lado de Camila?.... ¿Era únicamente para gozar de la dulzura de aquel baño de agua dulce después de los rudos embates que había sufrido de las pasiones, para lo que se sumergía en aquel bienestar?.... ¿No había en aquellas efusiones mudas ó habladas á medias que se inauguran con una mirada y concluyen con una sonrisa, no había para él una voluptuosidad ignorada del corazón? Por mucho cariño que tuviese Allán á Camila, por mucha felicidad que experimentase con la intimidad de aquella amable niña, había un motivo que no era ni ese cariño ni esa felicidad para hacerle aquella intimidad, sin saberlo Camila, más preciosa aún.

Y ese motivo era su situación respecto á la señora de Scudemor. Le había producido tal embarazo el día que le suplicó que dejara los Sauces y se volviera á París, que no tuvo

la menor duda de que ésta comprendía lo que él había ocultado hasta entonces. ¿No había demostrado algo de felicidad (felicidad un poco burlona, es cierto) en sus alusiones respecto á la afición al mundo que demostrara en Italia? Aquellas alusiones, y ese era su temor, habrían podido ser más positivas todavía. Temía confesarla que no se equivocaba; y como no se había atrevido á tomar la iniciativa, no quería sufrirla en boca de Iseult. Mira estrecha, mezquina, vanidosa, pero que le dominaba irresistiblemente, porque no se puede uno juzgar separado de la pasión que lleva en sí.

El hombre no advierte los malos frutos que ha recogido de las pasiones hasta que éstas han muerto, y sólo entonces puede inventariar los tristes elementos que entran en su composición; examen amargo de conciencia que Allán no había evitado, pero en el cual no llegaba todavía á la mitad. De toda pasión queda siempre en el alma una costumbre, que muchas veces es imposible desarraigar, una enervación que no se detiene en los órganos.

Este malestar de la debilidad era el que retenía á Allán en su vida pasada, ese era el nudo inextricable que le sujetaba en la vida presente al tropel de sucesos que habían tenido ya lugar. Situación falsa y escabrosa, que

la señora de Scudemor no procuraba precisar más; situación dolorosa, cuyas asperezas no suavizaba por completo la amistad desinteresada y tierna de Camila.

El silencio de la Condesa acerca de este punto, que no había hecho más que indicar á Allán con el fin de demostrarle que su cambio le era conocido, se fundaba en el conocimiento profundo que tenía de la situación del joven.

—¿Á qué viene (se decía) una explicación tan penosa para él como inútil para mí?.... ¿No está todo concluído entre nosotros? Él no sufre ya; y el embarazo de haber sido adivinado por aquella á quien no ha engañado, la confusión que se experimenta en una situación como la suya, duran poco.

Y por estas razones, siempre generosa, se afirmaba en la resolución de no hablar al joven de un asunto que tanto temor parecía inspirarle. Y, por otra parte, veía con sumo contento que la afección tranquila, los lazos fraternales, la confianza de otros tiempos, volvían á reanudarse entre Allán y Camila, y esto era para ella una prueba convincente de que ya no quedaba nada de un amor que por tanto tiempo la había afligido.

IV.

Esta época fué la más dichosa para las personas de esta historia. La señora de Scudemor había recobrado la noble tranquilidad que se reflejaba de una manera tan admirable en toda su persona; aunque estaba cada vez más débil, á consecuencia del sufrimiento que había adquirido en Italia, y que los médicos no se atrevían á calificar; á pesar de su enfermedad, era dulce como siempre; pues los males del alma le habían enseñado á no inquietarse por los del cuerpo; no era la suya de esas amabilidades frágiles que no resisten á una jaqueca ó un ataque de nervios. Por miedo de importunar á los demás, *aquella egoista que no amaba á nadie*, como decían en el gran mundo, tenía valor suficiente para sonreir á través de su dolor.

Si Allán no hubiese amado en otro tiempo á la Condesa; si hubiera sido siempre lo que era entonces, hubiera saboreado sin turbación las exquisitas dulzuras del momento actual;

pero el pasado, los recuerdos, los temores, le agitaban en el seno de aquella paz infinita que no había sospechado, y que tal vez influían, sin saberlo él, en el sentimiento que experimentaba por Camila, y que la hubiera hecho feliz, porque las afecciones no son buenas sino cuando no tienen ninguno de los caracteres positivos y devoradores de las pasiones.

Camila, que tenía también su pasado, pasado que debía volver á encontrar más tarde, se entregaba entonces (sin pensamiento ulterior) á la dicha de amar y ser amada. La sensibilidad á que la Condesa no había querido dar desarrollo en aquella niña, se repartía sobre Allán, como un torrente que trata de formarse un lecho. Desposeída del cariño maternal, Camila había amado siempre al joven exclusivamente; pero su afección se asemejaba poco á lo que era desde que había dejado escapar su secreto.

Las mujeres tienen tal necesidad de ser felices, que resisten á sus más impetuosos sentimientos cuando no tienen la certeza de que sean compartidos, y hasta sus combates ocultan una debilidad; pero cuando no existe duda alguna, se lanzan, con toda la fuerza de las necesidades de su corazón, al sentimiento que las arrastra, y su amor aumenta tanto como su intrepidez.

Camila se había dejado arrebatar por el suyo, con un olvido completo de todo lo que no era su amor.... y era tan grande y tan profundo, que ni un sólo deseo se mezclaba á él: se bastaba á sí misma, y se sentía verdaderamente dichosa. ¡Increíble magia del corazón! Era dichosa en la soledad de los Sauces, durante un invierno tan triste, ella que hubiera brillado en el mundo por la belleza y por las fascinaciones de toda clase de que estaba dotada, y que hubiera reinado en los salones que había frecuentado, como la soberana de derecho divino de la hermosura. Ella, á quien la habitación de una enferma convenía tan poco, era dichosa en semejante aislamiento, en una campiña en la que llueve casi constantemente, lejos de todo lo que hubiera podido simpatizar más con el vuelo de su espíritu y la naturaleza de su carácter, dichosa con una felicidad tan grande, que colmaba el ardiente deseo que de ella hay perpetuamente en el corazón de la mujer.

Y esta felicidad de un alma extasiada, irradiándose á través de las bellezas que en ella brillaban, le daban un esplendor extraordinario. Las mujeres felices, considéreselas como se quiera, son unas criaturas notables: desde el primer momento que se las ve, se imponen como á la vista de una maravilla, y si no se

adivina en seguida lo que admira y confunde en ellas, es porque nosotros no podemos reconocer sino lo que hemos visto ya: ¿y dónde habremos podido ver una felicidad semejante para reconocerla?....

Seres raros, parecen hechos de una luz dulce y penetrante, que no es luz como la que proviene de ninguno de los astros del cielo; tienen movimientos que no son las agitaciones de nuestros deseos, ni las variaciones de nuestros caprichos, sino un ritmo de la celeste poesía que canta en su alma: diríase que es una revelación momentánea de todo lo que no se comprende: habitan en la vida á profundidades inmensas, en que los extremos confluyen en la unidad del destino común, y son desgraciados en su misma felicidad, porque no pueden morir en ella.

Por esta razón Iseult, la gran desgraciada, se preguntaba muchas veces por qué su hija embellecía cada vez más, y no podía saber cuál era la causa. Creía tal vez que era la fuerza de la juventud, y no conocía que era su felicidad lo que irradiaba de ella. ¿Quién puede pintar lo que no tiene formas, lo que no tiene analogía con nada en el gran simbolismo de la naturaleza?

La oposición entre la vida dichosa de Camila y las facultades de que se hallaba dota-

da, se retrataba en la expresión de todas sus facciones y el carácter de su belleza, y en esa expresión hubiera podido sorprender la Condesa el misterio que trataba de averiguar. Era la primera vez que dos ojos tan negros ostentaban una ternura que sería admirable en los más tiernos ojos azules.

Aquella belleza de la felicidad, que tanto admiraba á la señora de Scudemor, también había llamado la atención de Allán, por más que tampoco la comprendía. Aunque le era imposible equivocarse acerca de la intensidad de la amistad de Camila, no creía, sin embargo, ser la causa de aquellos magníficos reflejos del corazón en la belleza de una mujer. ¡Cosa admirable! Los hombres pierden su fatuidad instintiva á medida que adquieren más vehemencia los sentimientos de que son objeto. Se alaba uno de un capricho, pero se calla una pasión; y eso ¿es conciencia de sí mismos, ó cobardía?.... ¡Ay! pueden ser las dos cosas á la vez. No tuvo la vanidad de pensar exactamente con respecto á Camila, y le admiró como la amaba; pero no buscó el secreto de su hermosura como había procurado profundizar el de su amor.

Por lo general, Camila era seria y hablaba poco; si su infancia había sido una serie de risas locas y de alegrías fogosas, su juventud

era grave en extremo. El sufrimiento le había quitado muy pronto esos arrebatos impetuosos, que no son otra cosa que movimientos producidos por el exceso de vida, tan espontáneos en los niños; pero que una vez perdidos, no vuelven á tenerse más; y cuando se acabó el sufrimiento, la felicidad la hizo concentrarse en sí misma cada vez en mayor.

Si hubiese tenido una madre como todas las demás jóvenes, si hubiera frecuentado el gran mundo, probablemente hubiese sido tan expansiva en sus alegrías como ellas, y hubiera recordado la fogosidad de la niña en los ímpetus de la mujer móvil, apasionada, espiritual. Pero en la soledad, y al lado de una madre, á la que temía á pesar de la dulzura de sus maneras, habituada al disimulo, al ver herido su sentimiento, se había acostumbrado á guardar silencio, á ser reservada y á guardar dentro de sí misma toda la actividad de su alma.

Y, por otra parte, ¡era dichosa!: frase inexplicable que á todo responde. Cuando se es dichoso, se teme perder, en las ondulaciones de una alegría la más fugitiva, algunas gotas de ese néctar delicioso en el que se sumerge con placer el corazón.

Allán se hallaba enternecido por el modo silencioso de amar de Camila, que contrasta-

ba tan vivamente con el recuerdo que tenía de ella y de su infancia; y la amaba tanto más, cuanto que había tenido muchas veces arrebatos que le habían hecho ser duro con aquella niña encantadora, idea que causaba su enternecimiento. Por un lado su sentimiento, que había permanecido esclavo por el ascendiente de la señora de Scudemor, recuperaba su nivel con Camila: se sentía más varonil, y las relaciones del hombre y la mujer eran entonces lo que debían ser. ¡Se encuentra una personalidad tan indestructible en el fondo de todos nuestros sentimientos!

El hombre se desprende muy poco de sí mismo, y en las afecciones más desinteresadas, siempre reaparece entero, violento; y no hace falta un motivo muy poderoso, ni una gran causa, para hacerle estallar repentinamente. Una flor mirada por mucho tiempo, un libro que no se cierra demasiado pronto, un piano ó un arpa que entretiene mucho, es bastante para convertirle en déspota, ó víctima de una emoción que no ha causado; es lo suficiente para causarle espanto, y el hombre que siente espanto es siempre cruel.

La especie de adoración de Camila debía necesariamente exaltar á Allán, y desplegaba ante ella una variedad infinita de pensamientos. Otra mujer le hubiera encontrado seduc-

tor, elocuente, irresistible; pero ella se encantaba con él, y no se preguntaba si era creación suya, ó es que el joven era realmente como le veía. Le escuchaba emitir sus opiniones á cualquier propósito, y las recogía como oráculos.

La vida intelectual, como la vida sensible, la recibía de él, y sea que él hablase, sea que le leyese los versos de algún poeta, le oía palpitante, con los ojos bajos y mudando de color, conociendo que para reponerse no tenía necesidad de otra cosa que de mirarle, impidiéndole su vista desvanecerse.

La señora de Scudemor veía con gusto que las hermosas facultades del joven habían salido incólumes de su pasión y la sobrevivían, y sentía también la dicha de escucharle á su modo; triste dicha, sin emoción ni alegría; dicha hecha expresamente para ella, cuya alma no podía ya gustar de ningún placer con entusiasmo. Algunas veces, arrastrada por el torrente de ideas de Allán, recordaba su lenguaje animado, tan impropio de la vida incolora que llevaba, lenguaje que había usado con él en algunas ocasiones, y que el mundo no la conocía; pero aquellos instantes eran de corta duración: el entusiasmo de las ideas no la conmovía más que el entusiasmo de los sentimientos. Sonreía, no para los demás, sino para

sí misma, cuando su lenguaje se enardecía algo con el reflejo del ardor del lenguaje de Allán, cuando sus impresiones llegaban á ser algo tibias con aquel fuego, cuando su último interés espiraba con el amor de aquel niño.

Otra mujer que la Condesa, hubiera sentido tal vez algo de curiosidad por saber qué pensaba Allán de su conducta, ahora que la consideraba á sangre fría; pero á ella no se le podía ocurrir semejante idea. La vanidad no conseguía hacer oir en su corazón esta última y sutil reclamación. Por más que le parecía superior á los demás hombres, aunque solo fuese por la superioridad de la juventud, al fin era hombre también y le eran indiferentes sus juicios y su desprecio. Cuando le veía sufrir por su causa, había obedecido á su instinto de mujer; y si aquello podía haber extraviado la opinión de cualquiera, aunque fuese el mismo Allán, se inquietaba poco ó nada por tal cosa. Que el joven, ingrato, volviese en contra suya las ideas de una moral vulgar, ó, superior á la turba grosera, le conservase un respeto que ella creía merecer, no le servía ni de pesar ni de recompensa. La indiferencia, y no el orgullo, impidió que semejante idea naciera é interrumpiese la soñolienta indolencia en que había vuelto á sumirse desde el momento en que no se trataba más que de ella sola.

Al ver que la Condesa no volvía á insistir en las alusiones que había aventurado una vez, no tardaron en disiparse los restos de inquietud y temor que agitaban á Allán. Soñador y débil como en otra época, porque la pasión no le había anonadado, no se curaba del porvenir, ni se preguntaba en qué concluirían aquellos días.... Había sufrido grandes dolores, y, al curarse de ellos, se hallaba como el que sale de una enfermedad, y siente más la necesidad de vivir; para ello había ahogado su conciencia, testigo importuno de todas sus debilidades nuevas, en el almohadillado y la seda de una vida sin salida.

No era dichoso con la alegría punzante y absoluta de Camila, porque no tenía ni su frescura de alma, ni la primitiva energía que no ha conocido nunca un momento de cansancio; pero se mantenía en una especie de beatitud indefinible y vaga, en la cual sus antiguos sufrimientos eran sólo una especie de sueño del espíritu. ¿No hay días en que algunas ondas azules se extienden en el alma vuelta á su serenidad y cubren todos los recuerdos?

Pero el olvido marchita pronto su recuerdo, y no presenta sino á largos intervalos sus ilusiones consoladoras. Allán podía colocarse en el presente entre el porvenir y el pasado, sirviéndose del uno para ocultarse del otro.

Todo lo que hubiera podido recordárselo, aun en la señora de Scudemor, se iba borrando. Ésta iba ofreciendo cada vez más marcados los signos de la vejez próxima, haciendo un contraste notable con la fresca hermosura de Camila. Allán no reconocía ya á su ídolo; había desaparecido de su vista aquella belleza tanto tiempo adorada, y no se le ofrecía como un reproche mudo de la fragilidad de su amor.

V.

El invierno, con toda su plenitud, había llegado. La salud de la señora de Scudemor no mejoraba, pero tampoco sufría empeoramiento. Camila y Allán vivían ante sus ojos en la misma intimidad, medio oculta, medio revelada. No se separaban nunca, y sus conversaciones tenían casi siempre por tema sus recuerdos de Italia. Conversaciones inocentes, al parecer de completa confianza, aunque en ellas no se decían lo que, buscando con cuidado en su vida de la época que con tanto gusto recordaban, hubieran encontrado indudablemente.

Un día que aquellas conversaciones habían tenido un carácter más tierno que nunca; uno de esos días en que las almas se estrechan unas con otras con un abrazo más ardiente; día nublado y en el que el viento hacía que la lluvia azotara los cristales, y en que los pobres gorriones, muertos de hambre, vienen á lanzar sus quejas á nuestras ventanas, á través

de cuyos cristales contemplamos su vuelo (la señora de Scudemor estaba sentada en un sillón, ocupada en hojear algunos libros nuevos que había recibido de París, sin cuidarse en modo alguno de lo que los dos jóvenes pudieran decirse), ambos niños se sintieron de pronto acometidos de un extraño acceso de tristeza. No había razón ninguna para que tal sucediera, ni tan repentinamente, pues ni aun la conversación de aquel día había sido de las que predisponen como soplos que arrastran invenciblemente á esa vaguedad infinita que encierra en su seno secretas melancolías.

¡Oh, mujeres, cuánta razón tenéis en ser supersticiosas! La superstición indica que se comprenden con más viveza los misterios de la vida humana. Mucho antes que la felicidad sea destruída, se siente un golpe resonar de repente en el fondo del corazón, y con esta idea terrible hay que disponerse á gozar todavía. Así, en la plenitud de la vida, se siente una palpitación, una sola, que no se parece á las demás, en medio de las alegrías positivas y de los goces de la juventud, y por más que luego se vivan muchos años, ya se ha sentido el peso del dedo fatal: es como si la muerte se hubiera presentado.

Camila contemplaba á Allán, que por su parte no separaba la vista de ella; parecía que

ni uno ni otro se reconociesen, y, sin embargo, no se dijeron una palabra. Una lágrima que asomó á sus ojos fué todo lo que vendió á la mujer, el ser sin experiencia todavía, la mayor felicidad y la debilidad más grande, y esta fué toda la diferencia que hubo entre los dos. Aquella lágrima no era uno de esos llantos dulces y tibios que suele tener la juventud, uno de esos llantos que corren y lavan el corazón y el rostro como un río de delicias divinas, sino una de las que vienen solas, ardientes.... Allán no preguntó el motivo de aquella lágrima: lo sabía demasiado.

Aquella tristeza no duró más tiempo del que tardara en secarse la lágrima. Camila siguió su suspendido trabajo, y Allán la conversación interrumpida, sin pronunciar una palabra alusiva á la sensación desconocida que de ambos se había apoderado, y esperaron frente á frente, entretenidos en conversaciones fútiles, el fin del día, como si nada solemne hubiera pasado entre ellos en aquel momento tán rápido.

Cuando ya era completamente de noche, el joven salió de la habitación. De ordinario se sentaba al lado de la mesa de trabajo, que se acercaba á la Condesa, y á la luz de la lámpara dibujaba algún modelo para los bordados de Camila. La velada se prolongaba de aquella

manera hasta que la fatiga obligaba á la Condesa á retirarse, y entonces se concluía el día con un *buenas noches*, siendo resumen de todas las ternuras del día, y marchándose cada cuál á acostar, con la perspectiva de volver á comenzar al día siguiente, poco más ó menos, en los mismos términos que el que acababa de transcurrir; rutina que no fastidiaba porque era la unidad de un pensamiento, y porque la dicha, cuando es profunda, sólo tiene una cuerda, como el corazón y el pensamiento.

En vano Camila miraba con impaciencia á cada instante hacia la puerta: el joven no volvía. ¿Dónde estaba? No tenía costumbre de retirarse á aquella hora, y una inquietud vaga se apoderó de ella, haciéndola inclinarse más obstinadamente sobre su costura. Inquietud insensata; porque, ¿qué causa tenía para ello? ¿No podía estar en la biblioteca, y aun en el jardín, con el objeto de respirar un poco de aire libre después de haber pasado el día en una habitación cerrada?.... Y, además, ¿no se separaba así muchas veces?.... ¿No era una niñada querer tenerle siempre á su lado?.... Pero todas las razones que ella misma se daba no impedían que su frente se inclinase más y más, y que su trabajo se hiciera con mayor lentitud.

La impaciencia la consumía, y los esfuer-

zos que hacía para contener la respiración y oir mejor el ruído de pasos en la galería, casi la sofocaban. Su inquietud de vaga se iba convirtiendo en opresora, y la sentía aumentarse en silencio, encorvada, anonadada por completo.... No decía una palabra á su madre, que leía al otro lado de la mesa; pero su pensamiento desvariaba. ¡Ah! ¿Qué mujer hay que no conozca demasiado bien estos dolores?

Allán, sin hacerse cargo de la inquietud que causaba, había tomado una escopeta, y con un perro se había ido al pantano. Por lo regular nunca cazaba, por más que algunas veces disparase sobre algunas cercetas, cuando en sus paseos se le presentaban, estimulado por lo mucho que abunda la caza en aquellos sitios. Aquella noche tenía una necesidad maquinal de movimiento, de respirar aire libre, de estar solo, y para dar un pretexto á una ausencia y á un paseo tan extraordinarios, con el mal tiempo que hacía, había resuelto tirar al azar sobre las bandadas de cercetas blancas y negras, de que el pantano estaba cuajado.

Sumergido el terreno en todas partes, ofrecía el aspecto de un inmenso lago, en el que hubiera podido navegarse perfectamente. Allán saltó á una barquilla que pertenecía á las gentes del castillo, y que durante el invierno es-

taba amarrada al pié de un sauce. Una claridad confusa, bajo un cielo cubierto de nubes, envolvía todos los objetos en un color blanquecino indeciso, y la vista se perdía en los grandes repliegues de las húmedas estepas, en que el agua brillaba como un espejo, rayándola de cuando en cuando una ráfaga azulada, producida por el rápido roce del ala de una cerceta que volaba á flor de agua.

Pero Allán parecía haberse olvidado de su proyectada caza. Sentado en la barquilla, con la escopeta á su lado, estaba entregado á sus pensamientos. Un viento norte le azotaba el rostro, y acariciaba con mano distraída á su perro cubierto de lanas negras finas y sedosas, que apoyaba familiarmente la cabeza sobre su rodilla. La inmensa canastilla blanca y azul que formaba el castillo de los Sauces con sus tejados de pizarra, y las guirnaldas de flores esculpidas en sus muros, deslucidos ya por las lluvias, se ostentaba en su gran ramillete de árboles verdes, más sombríos aun que de costumbre, sin embargo de estar despojados completamente de hojas.

—¡Ella me ama, y yo la amo también! (se decía.) ¿Y qué vamos á hacer? No lo sé.... ¡Sin esta circunstancia, hubiera huído, pero ya no es tiempo! ¡Me ama! ¡Oh! ¿Por qué, yo que he deseado el amor en mis más tiernos años; yo,

que tanto he dado sin recibir nada en cambio, no me siento colmado de alegría ante la idea de ser amado de ese modo, y cierro los ojos al porvenir? ¿Por qué no vengarme de ese pasado que tantos tormentos me ha hecho sufrir, lanzándome ciegamente á ese amor que ha sido el sueño más bello de mi vida? ¡Sí, Allán; ha llegado el momento de ser feliz; sí, este es el momento de realizar todos tus sueños! ¡Mis sueños! Pues qué, ¿me resta alguno después de mi amor á Iseult?.... ¿Puedo acaso ser dichoso ahora?.... ¿Podría, por ventura, en el seno de un amor compartido, olvidar ese otro amor que me ha envejecido tan pronto?

Y apoyando los codos en sus rodillas, ocultó la cabeza entre sus manos.

Después de un rato en que su pensamiento vagó incierto sin formularse de manera alguna, volvió á fijarse en la única idea que entonces tenía imperio sobre él.

—¡Ser feliz!.... (continuó.) ¿Estoy seguro de que no se me aparecería ese espectro burlón hasta en los brazos de Camila?.... ¿Y soy digno de esa niña, pura, virginal, apasionada con su primer amor; yo, que he gastado mi corazón en una pasión inútil, ¡y pasión que tenía por objeto á su madre!, en la que no puedo pensar sin ruborizarme, desde que he vuelto á la razón?..... ¿Por qué esta pasión no ha-

brá secado en mí todas las fuentes de amor? No he llegado á ser tan insensible como esa funesta Iseult; lo conozco, porque amo á su hija. ¡Su hija! ¡Ah! ¡Qué terrible es esa idea! ¿Por qué es hija de Iseult, ó, más bien, por qué he amado yo á su madre?....

Y su imaginación se perdía en estas dos terribles preguntas, que se confundían en una sola.

Era, en efecto, una situación espantosa la en que se encontraba el joven Allán de Cynthry: no hacía aún más que entreverla, y no podía librarse de un profundo terror secreto. El velo del porvenir se desgarraba ante sus ojos, y por más que se presentara todavía muy oscuro, distinguía á través de aquellas espesas nieblas vagos presentimientos de grandes desgracias inevitables.

La vida dulce y tranquila de que disfrutaba hacía dos meses, estaba concluída, y comenzaba de nuevo á descender al círculo infernal de las pasiones y de las lágrimas. Dominado por los más negros pensamientos, arrancaba, sin tener conciencia de lo que hacía, mechones de lana de la cabeza y del cuello del perro, que no se movía y entregaba humildemente su cabeza á los caprichos brutales de su amo, contentándose con exhalar de cuando en cuando algún gemido dulce y quejumbroso.

¡Desgraciada Camila! Compadecíase él también de la joven; pero su compasión tenía un carácter muy diferente de la que la señora de Scudemor tuviera para él en otro tiempo. Esta era una nueva faz del amor.

Sin embargo, la pálida claridad que iluminaba la atmósfera iba oscureciéndose cada vez más, apareciendo el agua más negra por momentos. Las luces de las ventanas del castillo, que veía á lo lejos, le recordaron que las señoras podrían inquietarse de su tardanza. El aire frío y el aspecto desolado de aquella triste naturaleza invernal no le habían aliviado mucho; y cuando acababa de atar otra vez la barca al sauce, un vuelo pesado le advirtió de la presencia de un ave encima de su cabeza: creyó que sería una cigüeña que volviera á su nido de cañas, y, en parte para justificar su ausencia del castillo, en parte por librarse con un movimiento cualquiera de los penosos pensamientos que le oprimían, descargó su arma sin apuntar mucho sobre el pájaro, que cayó, y que el perro fué á cobrar en seguida.

Pero cuando el animal volvió trayendo su presa, se encontró que no era una cigüeña, sino Acis, el cisne favorito de Camila, el que acababa de morir á sus manos. Esto le pareció un augurio terrible, y se estremeció como

una débil criatura. Hay días en que tenemos el alma enteramente abierta á los presagios de todo género, y este era para Allán uno de esos días nefastos. Así es que volvió al castillo con el alma más abismada que nunca en sus presentimientos siniestros....

Cuando entró en el salón, iluminado solamente con la media luz de la lámpara y por el reflejo rojizo del fuego de la chimenea, no encontró á nadie. La señora de Scudemor salía algunas veces del salón durante la velada, y podía estar delicada y haber tenido necesidad de su hija, por lo cual esta circunstancia le inquietó poco, y se acercó á la silla vacía de Camila, cuando su pié tropezó con alguna cosa sobre el tapiz.

Miró lo que era, y reconoció estremeciéndose á Camila, completamente desvanecida.

Cogerla, levantarla y colocarla sobre un sofá, fué para él cosa de un instante, procurando calentarla con su aliento y estrechándola contra su pecho, y no atreviéndose á dejarla en aquel estado para salir en busca de socorro. Al cabo de algunos minutos de agonía y de esfuerzos desesperados para hacerla volver en sí, la joven abrió los ojos y le reconoció.

—¡Ah! ¡Eres tú, eres tú!—exclamó queriendo lanzarse á él, pero sin poder efectuarlo á causa de su debilidad.

—Sí, yo soy, Camila,—respondió.

Y la interrogó acerca de las causas de su desmayo repentino.

—Tú habías salido (dijo, temblando todavía); yo no sé lo que tenía, pero sufría mucho; mi madre me ha dejado un instante, he oído un tiro, y el terror me ha hecho perder el conocimiento.

—¡Loca!—le decía Allán arrodillado delante de ella, estrechando sus manos heladas y húmedas.

—Sí, muy loca (respondía la joven); muy loca, al tener tanto miedo por nada; ¿no es verdad, hermano mío? Haces bien; ríñeme por mi cobardía. ¿No es verdad que soy una chiquilla?.... Pero, mira (añadió, inclinándose á él y abarcándole todo con una mirada afanosa): no me dejes nunca por la noche: no quiero. Ten piedad, ten lástima de los necios temores de tu pobre hermana.

Y al mismo tiempo, una dulce sonrisa aparecía en sus labios.

Como hacía muchas veces, en la adorable inocencia de su alma, quiso besarle en los ojos; pero él, que acababa de darse cuenta en la soledad de un sentimiento cuya naturaleza no discernía aún la joven, la rechazó dulcemente por un generoso instinto de hombre honrado. Noble movimiento que sólo Dios pudo juzgar,

porque ella se equivocó, y con una voz en que se advertía la más profunda agonía:

—¿Por qué me rechazas, Allán? (exclamó.) ¿Por qué me rechazas, hermano mío? ¿Qué te he hecho yo?

Y viéndola próxima á caer en el mismo estado en que la había encontrado, sin reflexionar en nada por el profundo espanto que le dominaba, le dijo:

—Pero si yo no te rechazo, Camila mía.

Y la besó en la frente repetidas veces.

—Todavía te dura el miedo (añadió al mismo tiempo que la besaba). ¡Rechazarte yo, hermana mía querida!

Y se sentó en el sofá á su lado, procurando sonreir.

—Sí, me has rechazado, hermano mío (respondió ella en voz baja y tono grave). Dime que ha sido involuntariamente, que no pensabas en lo que hacías; pero no me lo niegues.... Escucha, tal vez sientes en tu alma, como yo, cosas de las que no tenías noticia. Por la primera vez desde que me has jurado que sería tu hermana, por la primera vez hoy me he sentido casi cambiada. Pero no era como otras veces. ¡Oh! Ahora sí que voy á parecerte loca (y su voz, más grave, denotaba una profunda emoción): dime que me comprendes, que á ti te ha pasado una cosa semejante....

—Sí, te comprendo muy bien; me ha pasado lo mismo,—contestó lentamente, siguiendo el curso de sus pensamientos, que le dominaban á pesar suyo.

—Y como yo, no sabes tampoco qué es lo que motiva ese cambio, ¿verdad? (replicó la niña con una graciosa curiosidad femenina, y con miedo de recibir una respuesta que deseaba sin embargo.) Tú, mi hermano mayor, ¿tampoco sabes nada?....

—Sí (respondió bruscamente Allán); sé bastante....

Pero se detuvo, retrocediendo ante la revelación pedida.

—¡Dilo!—replicó ella, con una de esas miradas fascinadoras que hacen caer al pájaro en la boca de la serpiente, y que arrancan un secreto de los labios de un hombre para depositarlo en el seno de una mujer.

—Pues bien, hermana mía (dijo Allán, dominado por aquella mirada, después de un momento de silencio): creo que los dos nos amamos mucho.

El inmenso resplandor de esta palabra iluminó repentinamente el fondo del corazón de Camila. ¿Vió ella al desnudo su miseria?.... El pasado, que despertó esta suprema palabra, ¿le demostró el porvenir de que no se ocupaba?.... ¿Comprendió bien su alcance, ó procuró

comprenderlo? Lo cierto es que su consternación no hubiera podido ser mayor ni su silencio más profundo si hubiera comprendido del todo.

En aquel momento entró la señora de Scudemor, volviendo á sentarse en su sillón.

—¿Qué hacéis ahí, hijos míos?—preguntó con su gracia tranquila.

—Camila se ha sentido indispuesta con el calor de la habitación (contestó Allán), y se ha retirado algo del fuego; pero ya se le ha pasado.

—¿Estás ya mejor? (preguntó la Condesa á su hija, mirándola con un interés amable.) ¿Quieres que se abra una ventana si tienes necesidad de aire fresco?....

—Gracias, mamá (respondió); estoy ya enteramente bien. Y volvió á coger su labor. Allán, á quien la Condesa no interrogó acerca de su falta á la velada, se colocó al lado de Camila, y preguntó á su madre qué libros le habían traído de París. Con esto, y con tres ó cuatro preguntas insignificantes, concluyeron los tres silenciosamente la velada, hasta que el reloj dió las once y media, hora en que habían tomado la costumbre de darla por terminada.

VI.

CAMILA Á ALLÁN.

«Has dicho *que nos amamos demasiado.* ¿Es eso lo que turba nuestra existencia, hasta ahora tan tranquila, tan dulce, tan dichosa? ¿Es eso lo que ahora me hace ocultar mis lágrimas? ¿Es eso lo que ha llenado de tristeza estos tres días que han pasado? ¡Nos amamos demasiado! ¡Ay, hermano mío! ¿Podía yo creer nunca que te amaba bastante?....

»Yo te amaba, y en eso consistía mi vida, mi felicidad, mi destino; conozco que te amo todavía, y este es mi destino para siempre; pero, ¿por qué no es ya mi alegría? ¿Por qué este amor, que antes era tan dulce para mi alma, es ahora tan amargo? Ni tú has cambiado, ni yo he cambiado, ni nada de lo que nos rodea ha sufrido variación alguna, y, sin embargo, ¿qué razón hay para que nosotros no estemos lo mismo?

»¡Que nos amamos demasiado! ¿Y piensas tú eso, loco? ¿Es posible amarse demasiado?

¿Es creíble que el amarse con exceso impida ser felices, cuando la felicidad consiste solamente en amarse? Te engañas, Allán; tú no eres solamente mi hermano. Si la felicidad hiciese sufrir, no sería tal felicidad, y sin renegar de una cosa ó de otra, no es posible decir, «demasiada felicidad, demasiado amor.»

»¡La felicidad! Dime: ¿la comprendes tú como yo? ¿Tienes necesidad de ella como yo?.... Tal vez entre nuestra felicidad existe la misma diferencia que hay entre nosotros, hermano mío; la diferencia de hermano á hermana...., Yo no sé nada, soy una ignorante, y el amor me ha hecho orgullosa; pero muchas veces, en nuestras largas conversaciones, tus ojos fijos en los míos no expresaban una felicidad como la que me inundaba; pero mis ojos la expresaban mejor.... Estoy segura que si hubiera estado en tus ojos para verme, me hubiera hallado bastante dichosa, y tal vez tú pensarías eso mismo.

»¿Seré acaso una necia al creer que siento la felicidad mejor que tú, hermano mío? Perdóname estas locas presunciones; pero que sirvan para demostrarte la sed de dicha que me devora. ¿En qué consiste, Allán mío, que, á pesar de que me colmas de ella hace dos meses, no se ha apagado todavía esa sed ardiente?.... Comprendo que mis rosas se marchiten cuando

he aspirado mucho tiempo sus perfumes, y queden ajadas; pero al día siguiente los encuentro nuevos en otras rosas; mas ¡ay! mi dicha agotada es como si las rosas del día siguiente carecieran de aroma, y no me resta más que suplicarte que me crees otra felicidad.

»Sí, Allán; dame la felicidad; ¡hazme dichosa á cualquier precio! Tú puedes hacerlo, porque lo puedes todo con tu Camila. ¿No acabo de ser feliz por ti, hasta el extremo de no poder serlo más en la tierra ni esperarlo en el cielo? ¿No ha hecho tu amor de mí, ¡hermano mío!, una criatura completamente satisfecha? Ya ves que no nos amamos demasiado, puesto que este amor nos es insuficiente. Créeme; no es que yo desfallezca por la felicidad; si me quejo, no es que pida gracia. Mi corazón está lleno de una fuerza sobrehumana. Por más que le oprimas, no se abrumará. ¡Oh, Allán! ¡Hazme feliz, ó dame la muerte!

»Te escribo, Allán, y lloro.... Mi madre está acostada. He sufrido tanto estos días, que no puedo resistir á la idea de escribirte.... ¡Cuánto he pasado!.... Es preciso servirme de esta palabra, porque no hay otra que lo exprese mejor; pero no creas, amigo mío, que exprese bien lo que he sufrido. No, lo que yo sentía no era un dolor, era solamente la necesidad de ser dichosa; pero el no serlo, ¿no es el dolor de

toda la vida? ¡No ser dichosa, y tener un alma, un corazón que late, un pensamiento que se eleva; tener todo eso y no ser dichosa, es una agonía indecible! ¡Ah! Compadéceme, hermano mío, que soy bien digna de lástima. Tú debes sufrir con más valor que una débil mujer. ¡Allán, ten piedad de mí! La piedad tiene aún algo de amor. No repitas, por Dios, que nos amamos demasiado. Porque si tú me amases con exceso, ¿cómo habría de querer yo que me amases más? ¡Ay! ¿Podré dominar nunca esta insaciable sed que me devora?

»¡Nos amamos demasiado!.... ¿Cómo has podido decir eso, Allán? ¡Qué solemne era tu voz! ¡Qué pálido estabas! ¡Cómo te parecías al ángel que vimos juntos en Florencia, que hacía resonar la trompeta del juicio final! ¡Qué fijo ha quedado en mi memoria el acento con que pronunciaste esas palabras: esas palabras dichas por ti me persiguen, y pienso en ellas sin cesar; pero me afligen sin asustarme, porque no indican que lo sientas. Nos confundías á los dos en ese *nos amamos demasiado* incomprensible. Cualquier cosa que pueda significar, sea lo que quiera lo que suceda, es indudable que nos alcanzará á los dos. Pues bien; amémonos sin temor.... ¿Qué hay que pueda impedirlo?.... Por estrechamente que nos juntemos, ¿quién puede tener poder para separarnos?.... ¿Sabes

tú si hay alguien que tenga fuerza bastante para ello? Cuanto más miro, menos veo.... Pero ya sabes que en las tinieblas sólo vemos abismos.

»Somos unos niños, Allán; pero apoyémonos mutuamente, tú en mí y yo en ti, y así ganaremos el porvenir. Amémonos con toda confianza. ¿No es tu corazón tan puro como el mío?.... ¡Ah! ¡Cuánto me cuesta luchar contra las palabras pronunciadas por ti! Deseo rodearme de esperanzas; pero mis lágrimas corren á pesar mío, como si fuese verdad, ángel de mi vida, que amarse demasiado sea un obstáculo para obtener la felicidad.»

VII.

Esta carta vino á aumentar el espanto de Allán, porque le descubría nuevos horizontes y nuevas tempestades, en el fondo de los cuales se distinguía el porvenir. ¿Quién era aquella niña que se adhería á él con toda la fuerza de una afección única, débil criatura, cuya sed de felicidad se mostraba tan intensa? Comprendía que no le amaba en vano, y que no le perdonaba ninguna de las posibilidades de ser dichosa.... ¡Ensayo cruel, que concluiría por la desesperación! Preguntábase cómo sostendría la lucha con una mujer que tenía una pasión tan desordenada por ser dichosa *á cualquier precio*, cuando se sentía casi vencido al descubrir el amor que sentía por ella. Desconocerse tanto de un lado y conocerse también del otro, le parecía una cosa extraña y amenazadora. ¡Qué grito tan humano resonaba á través de aquellas purezas maravillosas, de aquellos angelicales suspiros, de aque-

llas ternuras fraternales! Sí, era una cosa extraña y formidable. Cuando las pasiones no han perdido todavía el carácter de la inocencia, ocultan en su seno el infinito.

Las últimas líneas de la carta de Camila se le ofrecían á la imaginación como una duda. ¿Sospecharía el secreto que mediaba entre la señora de Scudemor y él? En parte por respeto á Iseult, y en parte por complacer á su pasión, que tan avasalladora sentía ya, trató de engañar á la pobre niña.

«Tienes razón, Camila (le respondió): ¡amémonos cada vez más! ¡Amémonos y seamos dichosos! ¡Ah! Si para ser feliz no te hace falta más que la adoración de tu hermano, ¡cuánto lo has de ser en adelante! Tu carta ha duplicado en mí la afección que te tenía. ¡Oh, querida mía, qué inmensa es tu alma! Quiero llenarla toda entera, y por profunda que sea, la colmaré con mi amor.

»¡Perdóname esa frase que te ha hecho un daño inútil, niña querida! Que esa palabra, que es incomprensible para ti, lo siga siendo siempre. Has adivinado al pensar que no me aislaba de ti por un pesar; ¿por qué me había yo de arrepentir de amarte? Pero como tú misma dices, hay diferencias en el modo de ser dichoso, y si en amarte soy igual á ti, Camila mía, en punto á felicidad mi alma vale menos

que la tuya; no tengo tanta fuerza como tú para ser feliz.

»Siempre he desconfiado de la vida; siempre la he creído pérfida, aun en los momentos en que más me sonreía; superstición que excita la risa de mi razón, pero que se venga. He creído siempre que el día de mi nacimiento (ya te he contado que vine al mundo un día de invierno sombrío y helado, día de suspiros y de lágrimas, día dedicado á los muertos, los cuales me han marcado con su polvo profético), he creído que aquel día ejercía una funesta influencia en mi vida y en mi pensamiento.

»¿Te acuerdas, hermana mía, que en nuestra infancia te he afligido muchas veces con mis tristezas infundadas? ¿Te acuerdas que con mucha frecuencia te he rechazado por el capricho de estar solo? No sabías qué era lo que me pasaba, pobre inocente; pero era, querida Camila, la idea de lo desconocido, informe aún, pero ya comprendida, que me aterraba con sus presentimientos inexplicables.

»Pero no debo turbar tu vida con esas inquietudes del destino, Camila mía. Cuando me pides la felicidad con tono suplicante, cuando has puesto sobre mi cabeza todo el amor que has podido dar, y todas las felicidades que puedes esperar, no debo desechar tus súplicas con las fúnebres imbecilidades de mi corazón. No;

antes bien quiero participar de tu entusiasmo por la felicidad que haces consistir en el amor, y solo en el amor. Por otra parte: ¿no se han adormecido mis pensamientos sombríos con la idea de ese amor? Y puesto que esos dos meses han sido para mí tan dulces como la Vía Láctea en una noche de un cielo enteramente sereno, ¿por qué he de temer que los días que han de venir han de ser diferentes de los que ya pasaron? ¿Por qué no me ha de ser permitido creer en ti más que en mí mismo?.... ¡Ah! He sido injusto.... Me acuso de ello, y me arrepiento de la imprudente palabra que ha podido hacer correr tus lágrimas.

»Pero escucha, tierna y querida amiga mía: si algunas veces, estando cerca de ti, á quien tanto amo, en el seno de esa existencia soñada que hemos realizado, llegase una nube á velar mi frente, un pensamiento triste á helar mi sonrisa, ¡ay!, cierra los ojos y olvídalo (porque no será nunca más que un instante rápido, un relámpago que al verle habrá ya desaparecido), porque cuando vuelvas á abrirlos, tus ojos adorados me encontrarán ya sereno y feliz como tú. No te inquietes por esos movimientos fugaces que cruzan por encima de la misma felicidad, propios de mi naturaleza obstinada, que, aunque se la crea vencida y desarmada, reaparece algunas veces. Absuélveme de esa

desconfianza eterna, si en alguna ocasión se muestra y sobrenada para perderse de nuevo en las delicias de nuestra unión. Esa desconfianza, Camila querida, no tendrá nunca por objeto el amor. No te aflijas por ella; tu piedad me sería demasiado cruel. Puesto que mi amor te basta, ¿me castigarías tú, Camila adorada, no siendo dichosa completamente, de que yo no pueda ser tan feliz como tú?»

Indudablemente Allán sentía lo mismo que decía al escribir á la señorita de Scudemor; pero la idea de la predestinación á la desgracia, esa idea que al apoderarse del hombre le predispone para la locura, ¿era todo el secreto de sus tristezas? No, no es posible. Solamente que disipaba una sospecha ó quería prevenirla, insistiendo en aquella desconfianza, como uno de los lados más débiles de su carácter.

Á todo tirar, al obrar de aquella manera pensaba más en la señora de Scudemor que en sí mismo, porque él se consideraba como violentado por una fatalidad implacable (el amor de Camila); pero al menos aquellas dos mujeres, que tenían que destrozarle el corazón cada una á su manera, no chocarían una con otra después de haberle aplastado.

Cuando se es juguete de una fatalidad que se adora, y esta fatalidad empuja á un fin temible por el camino que se ha elegido, se ol-

vida fácilmente que se es también víctima: es la estupidez de la pasión; y el hombre, que se distingue de la bestia por la previsión del porvenir, se apacienta en las flores de la vida como el toro cebado para el sacrificio.

Allán era amado. Esa felicidad del amor tenía tan deleitables embriagueces, que hubiera deseado que no se disiparan jamás; pero la inteligencia acudía de tiempo en tiempo á hacerse presente á través de tales deleites: les tenía horror, pero no dejaba de sumergirse desesperadamente en ellos. ¿Era que adivinaba que había de llegar un momento en que los invocaría con afán, pero en vano?

VIII.

Sin embargo, la vida pareció volver á ser lo que había sido antes para Camila y Allán, aunque con un carácter más ardiente y más concentrado. Aquélla precisaba más cada día su pasión, y comenzaba á salir de lo desconocido, en que hasta entonces había estado difundida.

La carta de Allán había calmado enteramente los terrores de Camila, que le compadecía por aquella predisposición á la desconfianza, de que jamás le había hablado, y que ahora le explicaba satisfactoriamente muchas de sus tristezas. Que su amor triunfase ó no de las desconfianzas de su hermano, eso era para ella una razón para amarle más. ¡Ah! Cuando se ama, todo es una razón plausible para amar más.

—Quiero desmentir sus presentimientos (se decía). Y, en efecto, su mirada, su voz, su mano cuando estrechaba la del joven, todo su ser, en fin, respiraba tanto amor, que el que la amaba

no podía abrigar la menor sospecha. La señora de Scudemor no hubiera podido sospechar qué misteriosos efluvios de amor se difundían de los dos jóvenes, en presencia de aquella intimidad que era más que la familiaridad acostumbrada, cuyas apariencias, castas y contenidas, expresaban una afección tan profunda. Mirábalos con los ojos secos y con su sonrisa incolora; y ¿quién sabe si sufriría en el fondo del corazón por no poder ser una tercera persona en aquella confianza y en aquella amistad? Porque las afecciones causan envidia aun cuando el corazón no tenga fuerza para sentirlas, y la naturaleza humana se ingenia de tal modo para sufrir, que muchas veces lo que debía ser un goce, suele convertirse en un dolor. Por lo demás, si Iseult sentía esa pena, era muy ligeramente, y moría en silencio en el sitio mismo en que había nacido, sin vender su existencia abortada en su rostro tranquilo.

Algunas veces, cuando la Condesa no estaba delante, Camila decía con suma ingenuidad:

—¡Mi madre no sabe hasta qué punto nos amamos, hermano mío! Y estas palabras caían como un frío glacial en medio de las dulces impresiones y de las inagotables sensaciones de Allán. ¡Tenía tan poderosas razones el infeliz para desear que lo ignorase siempre!

—Pero (continuaba diciendo Camila, sin dejar su bordado), ¿qué nos importa que no lo sepa? Esas cosas no pueden confiarse. Yo no amo más que á ti, y me sería imposible decir á otro hasta qué punto me eres querido.... Y después, mi madre, á pesar de que es muy buena para mí, es tan fría, que con ella me encuentro más tímida que con una extraña.

Allán no se atrevía á responder á estas palabras. Sabía cuán poco madre por el corazón era la Condesa de Camila; pero él, á quien Iseult se había confiado; él, que conocía la causa de la aridez de aquella alma engañada y ulcerada, le tenía tanto respeto, que una observación hecha acerca de su frialdad le hubiera parecido una ingratitud.... Camila no podía conocer los motivos del silencio del joven, y le amaba demasiado para no ver en él una extremada delicadeza.

—Tú no te atreves á acusar á mi madre (continuaba diciendo). ¡Eres tan bueno y tan generoso, Allán mío! Yo tampoco la acuso. Tal vez haya sido desgraciada. Sin embargo, no llora nunca, y no me acuerdo haberla visto triste jamás.

—Es que hay desgracias tan grandes, que desecan la fuente de las lágrimas, y hay abatimientos tan profundos, que se asemejan al valor por su admirable impasibilidad. Tú es-

tás en la aurora de la vida, hermana mía, y no conoces otra cosa que las lágrimas para expresar el dolor, porque cuando sufres lloras. Pero no siempre se tiene el corazón lleno, y no creo que tu madre sea menos digna de compasión, si llega á sentir esa sequedad.

—¿Quién te ha enseñado todo eso, hermano mío?—dijo la niña.

Pero él se guardaba muy bien de responder, así como de decirle de dónde sabía todo aquello, y cómo, siendo casi tan joven como ella, lo había aprendido.

Camila, pensando en su madre, y entristecida por la impresión penosa de aquellas palabras, añadió:

—Sí, tienes razón; no quiero cometer la injusticia de quejarme de mi madre, ni quiero murmurar ligeramente de su frialdad: y, además, ¿por qué he de quejarme, amigo mío, cuando tú ocupas el lugar de todo? Contigo no tengo necesidad de nada, no, ni aun del amor de mi madre.

Y estas encantadoras palabras eran dichas con un acento tan dulce, que resonaban como una armonía del cielo en el oído del joven.

—Sí; yo soy huérfana como tú (prosiguió). Amémonos, Allán; amémonos como dos pobres niños que no han podido conocer nunca la ternura de una madre. ¿Querrás creerlo? Pues

ahora casi sentiría que me amase. Soy dichosa con ser huérfana, por parecerme más á ti.

Y le miraba de una manera capaz de hacerle enloquecer, si no hubiera inclinado la frente sobre su hombro, inundado de las más puras delicias y complaciéndose en la suavidad de las lágrimas que humedecían sus ojos.

Pero la vuelta de Iseult interrumpía sus largos éxtasis y sus felicidades inauditas. Sin embargo, el encanto recordado del momento pasado, embalsamaba el presente, y esto mismo les servía de un goce nuevo y dulce. El alma tenía necesidad de explayarse, de replegarse sobre sí misma, para *gozar mejor de su goce*. Reflexionar en nuestra felicidad, ¿no es tanto como acrecentarla?

¡Oh! Si el amor permaneciese siempre en nuestras almas lo que era para aquellos dos niños, ¡qué hermosa sería entonces la vida! ¡Qué bueno sería llorarlo, y morir cuando ya no se experimenta! Todo lo que los poetas han dicho acerca de la felicidad de amarse, sería grosero comparado con la realidad. Solamente que no es posible respirar el perfume de la flor sin ajarla.

Esta ley, que comprende á todas las criaturas, no dejó de hacerse sentir en la existencia celestial que su sentimiento les había creado. Un nuevo grano de arena cayó en el

fondo de la copa maravillosa en que bebían el fuego de las estrellas, y, como sucede siempre, aquel poco de tierra mezclado á todas las beatitudes celestes, les hizo esas mismas beatitudes mayores todavía. ¡Ah! La primera voluptuosidad, el primer estremecimiento de otra sustancia que la de nuestra alma, el primer salto de la carne, niño sin forma, en los senos de un amor tan puro, y que sin mostrarse nos hace conocer que está dotado de vida, es el momento más completo de felicidad, porque en él todo hombre es dichoso.

—Amigo mío (le dijo un día Camila á aquel que por tanto tiempo no había llamado más que hermano); mi madre se separa muy poco de nosotros ahora. Estamos tan poco tiempo solos que nos es imposible decirnos todo lo que nos tenemos que contar.

El joven estaba de acuerdo con ella; pero le era imposible alejar á la señora de Scudemor. Afortunadamente, la primavera se aproximaba, y, según ellos creían, gozarían más libertad. ¿No tendrían el pretexto del paseo? Y cuando se les creyese á cada uno por su lado, ¿no podrían reunirse ocultos entre los árboles del jardín? Pero en el ínterin, érales preciso contentarse con cruzar á hurtadillas algunas palabras muy tiernas, y contener las

lágrimas que el amor y la felicidad hacían asomar á sus ojos.

Esto era difícil, y los hubiera hecho estallar; por lo que resolvieron escribirse todas las noches lo que no hubieran podido decirse durante el día. Un magnífico tomo de Burns, el poeta favorito de Allán, fué el sitio escogido para depositar la correspondencia, y para ello le colocaron en la biblioteca, sitio en que nunca entraba la Condesa.

Pequeño consuelo era este, pero les hizo vivir algún tiempo. Eran muy locos ó muy sublimes, pero siempre eran el hermano y la hermana.

Camila y Allán, que no querían separarse durante el día, no podían escribirse más que por la noche. Sus cartas eran largas, y hacían prolongar la velada hasta la madrugada. ¿Eran estos insomnios continuados los que habían rodeado de tan fuertes ojeras los ojos de Camila? Hubiéraselos podido comparar muy fundadamente á un sol de estío incendiando una masa de nubes sombrías. Para el que la observara con detención, estaba más abatida que triste. Tenía el doble cansancio de la felicidad y de la inocencia, y de estas dos fatigas, la más grande en aquel momento no era la de la felicidad.

Allán contemplaba en los ojos de Camila

aquella huella de un sufrimiento y de una fatiga secreta una noche que se hallaban solos por una casualidad, que tenía lugar algunas veces, pero no muchas. El invierno tocaba á su fin, y la atmósfera estaba transparente á causa de la fuerte helada que caía....

En el azul del cielo, extremadamente claro, las estrellas, que parecían más pequeñas que de ordinario, brillaban también más blancas y con reflejos más acerados que de costumbre. La luna ostentaba su diáfano creciente, semejante á un brazalete roto y perdido. El pantano, inundado todavía por los desbordamientos del Douve que se retiraba poco á poco, reflejaba la calma del cielo, y los sauces, cuyas ramas se asemejan á la cabellera de una mujer agitada por el viento, se hallaban cubiertos de mil cristalizaciones caprichosas. Paisaje fantástico visto á través del velo de vapores que el calor del salón cuajaba en los cristales de las ventanas, y que tenía el atractivo de las heladas blancas, especie de sonrisa del invierno cuando el aire es tan fino y tan sonoro.

—¿Por qué sufres, Camila? (preguntó Allán á la joven.) Te encuentro cambiada y abatida hace algunos dias. ¿Qué tienes, hermana mía?

—Nada. No sufro, físicamente al menos (contestó con una dulce sonrisa de agradecimiento). Pero....

—¿Pero?....—interrumpió el joven.

—Pero, como dices con razón, me siento abatida. Languidezco de tanto amarte.... y yo quisiera vivir.

Cogiéronse las manos, y notaron que estaban abrasando.

—¡Oh, Allán! (dijo, levantando hacia él sus grandes ojos negros, fatigados, pero ardientes esferas de llama en una órbita vacía.) ¿Por qué estoy triste como tú, yo, que estoy hecha para ser dichosa, según dices?.... ¡Ah! Comienzo á creer que el corazón es pequeño para tanto amor. Un gran sacrificio me aliviaría.

—Únicamente la muerte puede aliviarnos, —dijo Allán.

Camila no comprendió el sentido de estas palabras.

—¿Quieres morir conmigo, Camila (preguntó), ya que no podemos soportar el peso tan enorme de nuestra felicidad?

¡Qué cosa más extraña y admirable es el amor! Aquella niña, que rebosaba de vida, se sonrió dulcemente al pensamiento de la muerte, como hubiera podido sonreir con una joven amiga.

—¿Morir? Sí, por ti, pero no contigo (dijo). ¡Oh, sí; morir por ti sería una felicidad! Has encontrado lo que me hacía falta, Allán.

—¿Y por qué no morir juntos, hermana mía querida?

—Porque (dijo Camila exaltada, poniendo de manifiesto su corazón), porque morir juntos no es sacrificarse, y eso sería tener que volver á empezar, dando por hecho que haya amor todavía al otro lado de la tumba. ¡Ay, amigo mío! No es de reposo de lo que yo me hallo sedienta, sino de sacrificio.

Y permaneció bastante tiempo silenciosa, como si reflexionase, lo mismo que Allán. Y aquellos niños enamorados estaban graves como dos viejos. El amor acababa de conducir su pensamiento tan lejos como podía en el infinito; pero desde los bordes de la eternidad, donde se encontraban, volvieron repentinamente á la vida. ¡Qué pobre es el alma humana cuando las alas le faltan tan pronto, y desde el más puro de los sueños cae en lo más profundo de la materia!

Manteníanse sin decirse nada, pero con las manos cogidas, ella apoyada en los codos enfrente de él con el rostro alterado por el malestar producido por un amor y una felicidad demasiado grandes. Las huellas de insomnio que presentaba, aquellos ojos cargados, aquella sonrisa lánguida, aquella humanidad consumida por la llama interior, y sobre todo aquel deseo de sacrificio, aquel afán de morir por él en me-

dio de la más profunda dicha, que era todo su sufrimiento, la hacían más bella que una mártir.

¡Ah! ¿Cómo debería aparecerse al que se había lavado de las manchas de las primeras caricias en el recogimiento de su imaginación y en la vergüenza de un amor de carne, á él, á su hermano, su vida, su alma, que se había perdonado el amarla, y confiaba en el porvenir á causa de la pureza del amor que la consagraba? ¿Cómo debía aparecérsele cuando, no sospechando ya que podían compartir una felicidad más, acababa de proponerle con tanta sencillez el morir juntos? En aquel momento, aun para otro que no fuera Allán, Camila irradiaba mil veces más alma que hermosura corporal; pero para él, que adoraba en primer término su alma á través de la belleza del cuerpo, ¿no debía ser un objeto sagrado y religioso?

Así debía suceder; pero, sin embargo, no sucedió. ¿Debemos por eso maldecir la naturaleza humana? Sus alientos, que tantas veces habían pasado sobre sus puras frentes sin dejar huella alguna, enardecían sus rostros. El de Camila, ordinariamente sano y fresco como el rocío de Mayo en un lirio, tenía algo de acre, de ardiente, de enfermo.

Allán se estremeció al contacto de aquel

aliento, caliente y frío á la vez como la menta, pero impregnado de un perfume embriagador y sin nombre. La sangre le latía fuertemente en las arterias, pero tal vez sería sólo el éxtasis del corazón; inclinábase hacia ella, que en su contemplación muda se inclinaba á su vez hacia él, como para confundir sus pensamientos en un beso fraternal y púdico, lleno completamente de la seguridad santa del sentimiento de que se hallaban animados.

De las cuatro manos unidas, dos se separaron : una enlazó el cuerpo de Camila, la otra con mayor lentitud se suspendió al cuello de Allán.... y entre los cuatro labios quedó una distancia tan excesivamente pequeña, que el átomo de aire que los separaba quedó pronto devorado, y por la primera vez no fueron dos hojas de rosa que se tocan vagamente en el espacio donde van arrastradas por la brisa de la mañana. Más empapados de rocío, aquel día permanecieron adheridos uno á otro ; el beso duró mucho más tiempo que el contacto débilmente sentido, y en vano Camila resistió bajo la presión más ardorosa de Allán. Buscaba en la fuente misma el néctar virginal, cuya espuma había gustado en el borde de la copa. Aquello no fué un beso, sino un voluptuoso misterio, el beso que hunde en el corazón un dardo que jamás se arrancará.

¿En qué se convirtió la hermana? ¿Qué fué el hermano?.... El glorioso amor místico espiraba con las ignorancias de la adolescente. ¿Era de aquella manera como *ella* debía apagar su noble sed de sacrificio? ¿Era así como se acordaba *él* de la dicha que hubieran encontrado en morir?

IX.

CAMILA Á ALLÁN.

«¡Oh, Allán, Allán! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué es lo que siento desde ayer? ¿Quedaban más felicidades todavía cuando yo las creía todas agotadas? ¿Había una nueva vida en el fondo de la vida, un nuevo amor en el fondo del amor? Dime, por piedad: ¿hay algo nuevo todavía? ¿Será siempre lo mismo, amigo mío? ¡Oh! Entonces, ¡qué bueno es vivir! ¡y tú hablabas de morir!

»¡Ah! Yo ignoraba el poder que tiene una caricia cuando se ama, y, sin embargo, conocía tus caricias y no te amaba menos que hoy. Tus besos, ¡oh, hermano mío!, tenían la dulzura de la miel en mis labios, y cuando mi corazón abrasaba mi pecho, tus besos parecía que descendían á él como un líquido exquisito y refrigerante, siendo un calmante para mi alma. Ahora, Allán, ¡qué diferencia! ¡Tus besos me anonadan, hacen morir! Pero los desfallecimientos que producen son más deliciosos aún

que la calma que otro tiempo me proporcionaban.

»¿Es, amigo mío, que nunca puede uno saber lo que pasa en su interior? ¿Es que se engaña uno aun al querer presentirlo? ¿Te acuerdas que yo me doblegaba bajo el peso de la vida? ¿Te acuerdas que yo deseaba morir, sacrificarme por ti? Pues bien; desde aquella caricia desconocida, ya no deseo el sacrificio. ¿Te amo menos por eso? ¡Ay, Allán de mi vida! Cuando pongo la mano en mi corazón, comprendo que te amo más. Conozco que todavía moriría con gusto por ti; pero ahora tendría pena al morir.

»Es que hay toda una vida nueva que nosotros no habíamos vivido, querido amigo. La felicidad es como un astro que se levanta poco á poco en nuestra alma, y cuando vemos su primer rayo, creemos gozarle todo entero.

»Si fuese de otro modo, Allán mío, ¿quién podría resistirlo?.... La naturaleza humana sería vencida. Se sucumbiría como herido por un rayo, ó tal vez se volvería uno loco. Aun así, no estoy muy segura de que la demencia no siga de cerca á esa impresión de felicidad sin igual.... ¿Será que he estado loca esta noche?.... Mi cabeza arde todavía hoy por la mañana; mi vista está turbada, y fuertes estre-

mecimientos circulan por mis hombros y mi cuello, como si estuviera á tu lado.

»Pero al menos no tengo necesidad de ocultarme; no temo suspirar fuerte y llamarte mi Allán, de creerme siempre á tu lado. ¡Ah! Cuando mi madre apareció tan pronto y fué preciso volver á la vida acostumbrada, conmovida todavía de la fase nueva de nuestro amor que acaba de comenzar; cuando hemos tenido que callar, ahogar los estremecimientos, he temblado ante la idea de no tener fuerza para ello. He creído que mi corazón iba á romperse. Involuntariamente le apretaba con mis dos manos, aprovechando la oscuridad; y ¿crees tú, amigo mío, que en toda la noche he conseguido calmar mis agitaciones interiores? Tú has podido charlar con mi madre; pero tú eres hombre, y yo me callaba y no me atrevía á mirarte.

»Cuando entré en mi cuarto, sentí más alivio á mi agitación. ¡Oh! Al menos pude entregarme sin testigos á la impetuosidad de mis recuerdos. Cuando te digo que estoy loca, no creas que te engaño, no. Me he echado sobre mi lecho con la misma fuerza que me hubiera echado á tu cuello, Allán, y he hallado en mi almohada el perfume de mis cabellos. ¿Creerás que al respirar este débil olor, que es mío, y que respiro todas las noches, he caído en

una languidez inaudita? Me he visto obligada á levantarme de la cama para no desvanecerme, y he ido á asomarme á la ventana. Hacía frío, y las estrellas lanzaban sus rayos á través de un aire penetrante.

»Pues bien: no he sentido nada de ese frío de la noche, á pesar de estar con la cabeza desnuda, sin toca, sin abrigo y con la bata desceñida. He gozado con delicia y por vez primera de esa triste naturaleza de invierno, que siempre me ha oprimido el corazón al contemplarla. He gozado como si fuera una velada de primavera. ¡Oh, amigo mío! ¿Qué poder es el tuyo sobre tu Camila para cambiarlo todo de esa manera á mi alrededor y en mí misma?....

»He permanecido mucho tiempo con los ojos fijos en la ventana de tu cuarto, donde se veía la luz: he pensado que me estabas escribiendo, y esta idea me ha hecho olvidar mi ensueño para escribirte también; para escribirte que te amo; porque lo que hay en mi corazón no puedo explicártelo, amigo mío. Procura adivinarlo, si puedes.... Pero ¡ay!.... Estoy demasiado conmovida, y me es imposible escribirte.... Aun decirte que te amo, no podría hacerlo.... ¡Oh, Allán! ¿Has pasado tú también la noche como yo, medio muerto, porque la vida y el amor se desbordaban á torrentes de tu corazón?

»Hoy por la mañana, que estoy menos conmovida, y que he vuelto á encontrar fuerza para escribirte, ¿podré referirte este insomnio largo y delicioso? ¿Esta noche, que he pasado con la frente apoyada en mi lecho repitiendo tu nombre? ¡Ah! Si hubieras estado á mi lado, Allán, no hubieras podido añadir un delirio más á todos mis delirios. ¡Tus labios no hubieran podido darme más besos que los que yo me he dado!.... ¡Un ardiente rubor me sube á la cara al decirte una cosa que sólo es una niñería, si mis labios no hubiesen sido tocados por los tuyos, y si estas caricias que yo me hacía no hubiesen estado completamente impregnadas de tu aliento!

»¡Oh, Allán! Te amaba como hermano; pero ya no es así como te amo. Es como á aquel á quien se da la existencia, como el ser que yo hubiera soñado, si no te hubiera conocido toda mi vida. Ayer era tu hermana, y ya he llegado á ser tu prometida; porque jamás, te lo juro, perteneceré á otro qué á ti. Únicamente te suplico, mi querido amigo, que no te apresures á pedirme á mi madre. Es seguro que se considerará dichosa al dar su hija á su hijo de adopción; pero no nos apresuraremos á consumir la vida de que una mínima parte basta actualmente para hacernos tan dichosos. ¡No sabes, Allán, el temor que me infunden

tus libros! Todos ellos dicen que el casamiento concluye con el amor, y esto es un absurdo; porque yo, cuando sea tu mujer, te amaré más todavía. Pero, ¿quién es la pobre niña, por muy amante que sea, que pueda asegurar que será siempre amada, Dios mío?

»¡Con qué alegría voy á verte hoy, mi querido Allán! Cuento las horas que me separan de ti. Ya empieza á amanecer, y con esa luz dulce acabo de escribirte estas líneas. Ayer te parecía doliente y abatida, y me expresabas la tierna inquietud que eso te causaba; si hoy estoy más pálida y más abatida, no te inquietes por ello, mi bien amado; para eso deposito en tu corazón el secreto de mi palidez y de la noche pasada. Acabo de mirarme al espejo, y mis ojos están inflamados y mis mejillas lívidas; pero me parece que se ve á través de mis fatigadas facciones que no es el sufrimiento lo que las altera, y creo que tú, amado mío, no te equivocarás.»

Allán no se admiró de esta carta: sabía muy bien la ardiente pasión que encerraba el corazón de Camila. El espanto que había experimentado al leer la primera carta no se renovó. Los más cobardes acaban por no temblar: cuando se mira mucho tiempo el peligro que en un principio nos había aterrado, el alma deja de conmoverse; pero no se crea por eso

que se ha hecho más fuerte; sigue tan débil ó más. Sentir miedo, tiene todavía algo de actividad; el último paso en la degradación es llegar á la pasividad.

La carta de Camila consternó á Allán.

Su felicidad, la felicidad tan pura de ser amado por ella, acaba de espirar con la primera sensualidad de la caricia.... Lo que era para Camila la inauguración de una vida nueva, había sido para él un terrible disgusto, al reconocer que se había engañado. Creyó que podía vivir cerca de ella como al lado de una hermana; que su amor sería como un santuario en que las emociones de la naturaleza apasionada de Camila irían á depurarse, y que permanecería siendo para ella lo que había sido hasta entonces. ¡Pobre tonto, que pensaba poder reirse, como ríen los culpables de la comedia que han representado, y con ayuda de la cual han adormecido sus escrúpulos!

Pero cobarde por su amor á ella, no se atrevía á tomar resoluciones extremas y decisivas que le hubiesen evitado el terrible desprecio que preveía. Disimulaba á sus propios ojos las profundidades de su egoismo, y ocultaba su necesidad de ver á Camila, bajo los temores de su amor hacia ella, tal vez exagerándolos: «Si yo la dejase, se mataría,» decía; y por esta causa se quedaba.

En cuanto al porvenir, con sólo pensar en él se estremecía.

Preguntábase con una ansiedad cada vez mayor, qué acontecería con aquel amor, acerca del cual se había equivocado de una manera tan lastimosa, creyéndole por mucho tiempo sólo un cariño fraternal.... ¿Cómo confesar su amor por Camila á aquella madre que tanto había amado, y que se había entregado á él por un exceso de piedad, el único sentimiento que había quedado en su grande alma? La figura de Iseult se levantaba en su pensamiento al lado de la de Camila, llenándole de espanto, y era preciso ocultar su terror á Camila para no deshonrar á su madre. Terrible esfuerzo, ocultarlo á aquella niña ebria de amor, y cuya embriaguez no podía participar. Demasiado temor y demasiada vergüenza se mezclaban en ello. Los días pasaron, ahondando más este sufrimiento, que conseguía ocultar mostrando una frente serena.

¡Ah! Mentir á la mujer que se ama, no poder abrirle su pecho para hacerle ver lo que en él se tiene, permanecer siempre con el gusano roedor de un pensamiento oculto hasta en los brazos de su amada, ¿puede haber un dolor semejante? Y este sufrimiento era tan encarnizado y tan punzante para el desgraciado Allán, que el amor y las caricias de Ca-

mila no podían adormecerle ni por un momento.

Mas cuando reflejaba su frente algún pesar, ella imaginaba que procedía su tristeza de su modo de ser desconfiado y triste, mostrando extrañeza de que aquella pena resistiera hasta el ardor de sus besos.

Pero esto no era en su amor sino una nube ligera que el soplo más pequeño bastaba á disipar. Camila encontraba aquel ser triste más grande, más bello. Llegaba á ser un tipo de poesía sombría y varonil que, como todos los contrastes, complacía su imaginación de niña, excitando sus amorosos transportes.

Camila misma no sabía qué era lo más dulce, si el porvenir que se abría á sus esperanzas, ó el momento que entonces gozaba. No sólo eternizaba su amor, audacia que parecía serle permitida, porque en contra de esta dicha no se elevaba ni una apariencia de obstáculo, sino que todo cuanto una mujer amada puede prometerse de felicidad, lo reunía ella en su corazón. Allán la amaba más aún desde el día que habían sabido que no eran sólo hermanos, y nunca, por lúgubre y decaído que estuviera, la expresaba otra cosa que su amor.

Dominados así ambos, arrastrados por el

sentimiento más irresistible, se abandonaban y se dejaban vivir: ella, completamente dichosa; él, destrozado, miserable, pero sin poder desprenderse de aquella joven que le daba tanto amor, á él, que había sufrido tan horriblemente por no poder inspirarlo.

X.

La primavera, cuya venida tanto deseaban, llegó por fin. El cielo gris y anubarrado, la naturaleza triste y desnuda, se fueron confundiendo en los rejuvenecimientos eternos, y ya los árboles del jardín entreabrían sus botones, y las hojas, duplicándose cada día, tendían sus velos de verdura entre las ramas del bosquecillo. El primer verdor, pubertad virginal de la enramada, es ruiseño y melancólico á un tiempo, como una esperanza y un recuerdo. Un oro pálido matiza el verde, y podría decirse que es un resto del amarillo de los rayos del sol de otoño, conservado en el misterio de la verdura renaciente, y también las primeras señales de un sol más brillante y más límpido. ¿Por qué no hemos de ver algo del otoño en las sonrisas primaverales de la naturaleza renovada?

Las lilas mezclaban sus racimos de amatista con las hojas oscuras de los cipreses, entre los que estaban plantadas á espaldas del

castillo: los mil cantos de los pájaros vibraban confusamente en la atmósfera; las golondrinas, con su blanco cuello y sus alas más oscuras que el azul del cielo, cruzaban en su vuelo hasta las orillas de los próximos pantanos, que asemejaban óvalos de movible azogue, encuadrados por las hierbas que comenzaban á reaparecer, y la superficie lisa del agua, que se retiraba de todas partes, daba la idea de un espejo roto en mil pedazos esparcidos y brillantes. Los gorriones, temblando aún por el frío pasado bajo su plumaje gris de invierno, se agrupaban en los muros de las terrazas sobre los bordes de los vasos de granito, que el sol parecía llenar de un fluido de oro, como si en él bebieran nueva vida. Algunas veces, á la extremidad del pantano, un rayo de sol, entreabriendo la masa de nubes, brillaba en lontananza como la espuma de una ola perdida; y difundiendo su luz de un extremo á otro del horizonte, hacía destacarse los accidentes tan poco variados del paisaje: algunos sauces llorones á la orilla del agua, ó algún grupo de álamos, que la distancia hacía parecer azules....

Vieron llegar los primeros días Camila y Allán con una alegría que no procedía solamente del encanto que debía causarles la naturaleza transformada por la primavera. Para ellos había otra cosa más que las impresiones

de la estación : tenían la facultad de poder salir fuera del limitado espacio del salón. Bajo la sombra de los árboles ocultos por las mil revueltas del bosque, no temían que la señora de Scudemor, que seguía siempre muy delicada, viniese á interrumpir una caricia demasiado larga. ¡Estaban tan desesperados de los besos, que habían de ser rápidos como un relámpago, por miedo de verse sorprendidos! Pero para ellos aquella alegría no presentaba el aspecto de otras que habían experimentado. Carecía de los sobresaltos de la esperanza, como cuando se aguarda una felicidad nueva y desconocida. ¡Ay! ¡la primavera se había retrasado mucho!

¿Habían agotado ya todo? La costumbre viene pronto á desencantarnos de los sueños cuando se han convertido en realidades. No, no estaba todo apurado ; el encanto no había dejado de existir ; pero habían rasgado la cubierta del último misterio , y se iban aclimatando á la emoción, es decir , la sentían con menos intensidad. Tal vez se amaban más; pero la pasión que tenían uno por otro no los embriagaba , los devoraba : de impetuosa que fué, se había cambiado en acre, porque no tenía nada nuevo que enseñar; pero si los deseos habían perdido sus ilusiones , redoblaban su intensidad. Solamente que esa intensidad era

continua, de suerte que no pesaba tanto en su vida. Ya no decían «esto es delicioso,» sino «esto es necesario,» y se mostraban graves, casi pensativos.

Camila ya no carecía de nada, pero deseaba más dicha aún, por una inconsecuencia furiosa de su pasión irritada, porque sabía que había descendido en el abismo de la vida á toda la profundidad á que es dado llegar.... ; y Allán era no menos tenaz, hallándose cada vez más sediento de aquella bebida que tiene siempre el mismo gusto y ocasiona constantemente la misma sed.

Así es que el amor para ellos no ofrecía contemplaciones ni sonrisas : época de la pasión en que ésta tiene algo de feroz, en que se muerde el seno como un tigre devora su presa, abrasándola hasta en la dicha propia.... Se habla menos, pero se acaricia más y en silencio; no se pregunta uno á otro lo que tiene, y las dos bocas, siempre unidas, procuran juntarse más y más.

Cuando la pasión ha llegado á este instante de su existencia, no es otra cosa que un centro cuya circunferencia se estrecha cada día en mayor grado, y ya no refleja sus encantos en la vida exterior ; la absorbe sin sentirla. Es una posesión ardiente y celosa. No hay tempestades todavía, pero la atmósfera

tiene una tensión tan ardiente, que inflama la tierra. Los rocíos del corazón, los llantos de los primeros enternecimientos se han secado, y cuando más tarde nuevas lágrimas vienen á refrescar nuestras mismas arideces, se asemejan á esas gotas anchas que en las lluvias momentáneas del verano exhalan al caer un olor como de polvo.

De este modo la primavera, que no existía ya en sus almas, vino inútilmente á ostentar sus mil bellezas alrededor suyo. Lo que hacía circular la vida por los árboles, no la hizo llegar á sus corazones. ¡ Oh pasiones , pasiones! ¡ Todas os desarrolláis del mismo modo ! Primero es una felicidad inmensa que hace vivir; después no queda ya más, si acaso, que el dolor.... Espacio sin nombre entre la esperanza y el pesar, entre la dicha y la nada : es el extraño vacío que se atraviesa amándose ; momento terrible en que se tiene la certeza de ser amado y de no poder ser dichoso , sin que el por qué de este hecho incomprensible le puedan hallar nuestros espíritus confundidos.

No se hubiera conocido en Camila aquella bacante ansiosa de sed de amor que se precipitaba ciega en todas las embriagueces : estaba casi tan triste como Allán , y su cara había perdido todo su esplendor. Subidos colores ó profundas palideces se sucedían á cada mo-

mento en su rostro, imagen tempestuosa de las angustias de su corazón. En vano la naturaleza se mostraba alegre y rejuvenecida; en vano vagaban entre las rosas y bajo una luz perfumada por los paseos más retirados; la dicha que gozaban todos los seres creados espiraba á sus piés sin llegar á ellos.

Es verdad que se amaban. Sus frágiles pechos encerraban más amor que el que se hallaba esparcido en el suelo; pero lo que hacía palpitar al átomo, no impresionaba á la criatura. ¡Pobres seres, que al estrecharse uno contra otro, no producen más que una voz, que proclama la imposibilidad de ser dichoso! En vano sus brazos se enlazaban de manera que la huella del pecho del amante quedase impresa en el seno de la amada: sabían que en estos abrazos inútiles y mortales no hallarían nada nuevo. Caricias cada vez más vehementes, pero que les hacían daño, porque eran irritantes y tristes, como ellos mismos.

Á esta pena inherente á la pasión se unían en Allán una multitud de dolores sin poesía y sin dignidad. Se ruborizaba hasta el fondo de su alma cada vez que pensaba en la posición en que se hallaba con respecto á Camila, la que le anonadaba, haciéndole pronunciar ciertas palabras. Ahora quería poner algo irrevocable entre ellos, como si hubiera conocido

por instinto que la pasión debe ser retenida, si no se quiere verla escapar. Le rogaba confesase su mutuo amor á la señora de Scudemor, y le suplicaba ratificase un empeño que ellos habían contraído al entregarse el uno al otro. Á estas instancias respondía el joven balbuceando algunas excusas.

La incoherencia de sus respuestas hubiese vendido el embarazo y la tortura de su pensamiento á cualquiera otra que aquella niña, quien suponía ser aquello el pudor de su pasión y la repugancia que ella también experimentaba, de pedir á un tercero, como una gracia, los derechos que ambos habían cambiado mutuamente. Aquel hombre, que sólo era fuerte por el espíritu, sufría por razón de su misma fortaleza. Si hubiera tenido menos, no hubiese comprendido tan bién lo que su posición tenía de indecisa y falsa para con Camila y su madre....

El hecho es que engañaba indignamente á las dos. Sin duda alguna la culpa era de la pasión; pero las ideas justas, verdaderas, nobles, se sobreponían siempre al amor que le arrastraba, para demostrarle por sí mismas que habría debido resistir más valerosamente.

Por entonces se le ocurrió una idea que le costó mucho trabajo desechar, y que muestra hasta qué punto le había hecho concentrarse

en sí mismo el egoismo de la pasión. Se sorprendió su alma al ver que deseaba ardientemente la muerte de la madre de Camila. El sufrimiento que en ésta se revelaba, el notable cambio verificado en sus facciones, todo parecía alimentar ese deseo, vago en un principio, más preciso después, recordándole que una vez muerta aquella mujer, su posición se simplificaría en extremo. Deseo inextinguible y espantoso, seguido siempre de un remordimiento tanto más roedor, cuanto que la incorruptible elevación del espíritu no faltaba nunca á oponerse á aquella idea; pero este deseo y este remordimiento, unidos en su alma como un doble tormento, se combatían y se resistían mutuamente.

Camila ignoraba estos dolores. Su sufrimiento era originado por la impotencia de la pasión, que da siempre menos de lo que promete. Para un espíritu de la naturaleza del suyo, humano y fuertemente adherido á la realidad, esta pasión terrible la sumía algunas veces en una especie de demencia sombría. En muchas ocasiones decía á Allán cosas extrañas, que carecían de sentido, como preguntarle por qué no era verdaderamente su hermano, y aplicándose otras el epíteto de hermana incestuosa.... Parecía que con esta palabra, bajo la cual todas las legislaciones han puesto un cri-

men, quería aguijonear sus transportes lúbricos. Cuando la pasión no encuentra nada con que exaltarse, sueña con el crimen. ¿Quién puede asegurar que en este mundo decaído no haya un parentesco inapreciable entre el pensamiento del crimen y el de la felicidad?

Uno de los primeros resultados de la duración de un sentimiento de esta especie, es volverle exigente, desconfiado y amargo. Es verdad que las exigencias no se articulan, porque estas desconfianzas son más del destino que de la persona; pero las amarguras existen, aunque no dejen el corazón dispuesto para subir más allá. ¡Úlcera solitaria del egoismo, que acaba por invadir todo lo que antes dominaba el deseo del sacrificio! Que entonces venga la circunstancia más leve á excitar una de esas sospechas silenciosas, y como encuentra al alma en una disposición tan llena de pesadumbres y de sufrimiento, no tarda mucho en anonadarla: lo que antes no se confesaba, se dice alto, y la existencia se modifica en un todo, cayendo algunas hojas más del árbol ya casi despojado. Se ama todavía, se ama siempre; pero unos celos, un reproche, ó una inquietud, abren profundos surcos, cuyas sangrientas cicatrices halla medio de cerrar la pasión, la cual se ha comparado á la pirámide de los cuentos árabes, cuyos escalones se hundían á

medida que por ellos se iba ascendiendo. ¡Ay! no todo esto es cierto : lo triste es que los escalones se desmoronan á medida que se desciende, y por consiguiente no es bajar, sino subir de nuevo, lo que se hace imposible.

Y esta circunstancia, que altera el lenguaje, cambiando al mismo tiempo, sólo que en mayor grado, el alma, nunca se hace aguardar mucho, porque todo empuja á la criatura humana á pricipitarse hacia los hechos: hay en ella una impetuosa causalidad de dolores, de injusticias y de faltas. Aquella circunstancia no tardó en llegar para los dos jóvenes. Fué una sola palabra; pero una palabra basta cuando el alma, saturada por las irritaciones de la pasión, no siente vergüenza por su egoismo y abjura de sus generosas delicadezas. ¿No se dice que basta tocar suavemente con un dedo á los seres heridos por el rayo para hacerles convertirse en polvo?

Los dos jóvenes habían pasado el día en el jardín; y como hay instantes en que una brisa interior desconocida refresca el alma abrasada, se hallaban menos sombríos, y algo aliviados del peso de la pasión y de la vida. La señora de Scudemor se había mezclado con ellos; pero cansada de un paseo que se prolongaba demasiado para ella, había vuelto al castillo mucho antes que el sol de Abril, descendiendo al ho-

rizonte, hubiera refrescado demasiado la atmósfera: durante el tiempo que permaneció en su compañía, había manifestado un atractivo tan dulce y tranquilo, que aquella serenidad había influído en gran manera sobre ambos, tan exclusivamente ocupados de sí mismos. Pero cuando se separó la madre, hablaron de ella mucho tiempo; en particular Allán, quien tenía que reprocharse sobradas injusticias para con aquela mujer abandonada. Así somos siempre: creemos muchas veces reparar muestras faltas haciendo justicia en su ausencia á las personas que tienen motivo para quejarse de nosotros.

Como Allán no podía revelar lo que sabía de Iseult, de aquella infortunada criatura, no insistía sino en lo que se veía al exterior, haciéndolo con sus recuerdos de amante y con la melancolía de imaginación que poseía en grado superior, y que la belleza perdida, la edad y los sufrimientos de la Condesa habían aumentado considerablemente. Estaban sentados en el mismo banco del *bosquecillo* en que el joven había recibido las terribles confidencias de la señora de Scudemor que le pusieron tan cerca de la muerte.

Camila, que se había sentado en las rodillas de Allán, le escuchaba distraída y con la cabeza baja, jugando inadvertidamente con un

punzón de acero que tenía en la mano. De repente el pensamiento de haber amado á Iseult y la contradicción que había entre un elogio de su boca ingrata y el deseo atroz y furtivo de verla morir, acudió á la imaginación del joven, que se interrumpió, temblando que Camila pudiese deducir algo de su silencio, y ocultando su confusión con una caricia. Camila recibió la caricia con un aire impasible, y esta frialdad que observaba por primera vez, así como la mirada, que por efecto de sus sospechas no ofrecía su humedad habitual, le daban á la joven en aquel momento tan gran parecido con la fisonomía de su madre, que Allán, al advertirlo, no pudo menos de decírselo, besándola apasionadamente en los ojos.

—¿Lo crees así?....—le preguntó.

Y con la rapidez de un relámpago fué á clavarse en los ojos mismos el punzón de acero con que jugaba. Allán vió el movimiento, y la desarmó; pero por pronto que quiso acudir, la punta había penetrado ya en el ángulo de uno de ellos, corriendo la sangre.

—¿Estás loca?—preguntó lleno de espanto.

—¡Sí (respondió); porque estoy celosa! He creído en otro tiempo que tú amabas á mi madre, y tu caricia reciente me ha parecido que estaba llena del recuerdo de ese amor. ¡Oh! ¡si tú me amaras porque te la recuerdo!....

Y en aquel momento estaba terrible. Aquel pensamiento celoso que había dormido tanto tiempo en su seno de niña, y que el amor y la felicidad de ser amada habían casi borrado, se despertaba pujante en aquel instante, dando á sus facciones expresivas una energía salvaje.

El joven tuvo que recurrir á la impostura para calmarla. ¡Ah! Ya estaba cansado de mentir, y de mentir siempre; pero la engañó una vez más, cediendo al instinto del miedo y del deber. Prodigóla todas las ternezas imaginables, consiguiendo al fin se serenase al oir aquella voz querida, logrando de este modo que el fin de aquel día, que amenazaba ser tan tempestuoso, fuese más dulce que ninguno de los que habían pasado hacía mucho tiempo.

Como ya estaba completamente tranquila, tuvo la coquetería de los celos, sirviéndose para ello de la herida que había interesado algo el párpado; no quiso que el pañuelo de Allán restañara la sangre vertida, exigiendo que la curase con sus besos; pero no advirtió, absorta en los que ella le devolvía, el daño que le causaba al referirle su pasado.

—¿Te convences? (le decía.) Estaba celosa antes de saber lo que es tener celos y antes de saber que te amaba. ¿Te acuerdas de una noche en que mi madre te dijo: «*Esperadme en*

el bosquecillo?» Yo lo oí, y un sentimiento desconocido se apoderó de todo mi ser. No se me ocurrió la idea de que podía amarte ó de que tú la amaras; era demasiado inocente para ello; pero sí sentí un dolor que no hubiera podido explicar y que me hizo sufrir mucho por largo tiempo. Perdóname, amigo mío; no te lo he dicho nunca, y he sido falsa contigo, á quien amaba como un hermano; pero yo aborrecía á mi madre porque tú no amabas á tu hermana, y de afectuoso y bueno que eras, te habías vuelto brusco y huraño para conmigo. ¿Por qué era eso? No lo sabía, y hubiera hecho lo imposible por averiguarlo. ¿Sabes tú cuántas noches he pasado entonces sin dormir? ¿Sabes cuántas veces os he espiado, cuando creíais estar solos?.... He escuchado en las puertas, y en vano me decía que aquello era mal hecho; una cosa más fuerte que mi vergüenza y mi orgullo me obligaba á ello; pero nunca pude sorprender nada que me enseñase lo que eran los celos.... ¡Oh! ¡Dime, repíteme, Allán, que no la has amado nunca!

Y él se lo aseguró; pero sin atreverse á mirarla, pues lo hacía con torpeza, y ella se demostraba celosa á pesar suyo en el momento en que aseguraba que no lo era.

Cuando se separaron, Allán respiró como aquel á quien quitan un peso enorme de enci-

ma del corazón. Cuando se deja á la mujer amada con una alegría secreta, ¿dónde está el amor que nos inspira? ¿No es un descubrimiento espantoso el de sentirse aliviado por la ausencia, el de que se está mejor solo que con *ella*? Camila acaba de arrojar sobre el porvenir y sobre el pasado una luz formidable, pero que no era imprevista, porque tarde ó temprano había de formularse aquella cuestión.

El joven se hallaba colocado entre su conciencia y Camila, nuevo sentimiento tan implacable como el primero. Hasta entonces el amor de Camila había sido un refugio contra sí mismo; pero desde aquel instante, ¿dónde iría á guarecerse, si aquel refugio se le cerraba?....

Se ha dicho, y con razón, que todo sentimiento profundo era exclusivo, y celoso por consiguiente, y sin embargo, las mujeres que más desean ser amadas se asustan cuando se les demuestra que nunca lo serán sino atrayendo sobre ellas los celos más extraños. ¿Por qué, pues, el deseo y el miedo al amor se hallan reunidos en estos seres que tanto tienen de contradictorios, y que se nos escapan más por su movilidad que por la profundidad de sus pensamientos?

Puede tenerse la necia intrepidez que hace desear la posibilidad de recibir una puñalada;

pero debe pensarse como cosa segura que el amor acaba siempre por sucumbir con estos celos. La primera riña, la primera desconfianza, el primer reproche, son casi siempre males incurables, leve quemadura que no interesa más que la epidermis, pero que de no curarse pronto, se extiende y profundiza hasta lo más recóndito de nuestros tejidos.

El amor de Camila había puesto término á su felicidad con aquella confesión celosa y colérica. Por más que se ocultase en la confianza y las ilusiones de un sentimiento elocuente aún, porque era verdadero, no obstante, aquellos celos no estaban más que adormecidos. Sea por Camila, sea por sí mismo, Allán debía tener sumo cuidado en no volver á despertarlos; así es que la confianza no era ya posible entre ellos, y si hasta allí existió, desde aquel día debió desaparecer; pero la verdadera confianza nunca existió entre ellos; se habían amado sin iniciarse uno á otro en todos sus pensamientos. Singular amor, envenenado desde su principio, porque donde no hay confianza, aunque subsista la pasión, ¿qué le queda al amor?

Aunque Allán no hubiese amado nunca á la Condesa, no por esto hubieran corroído los celos de que ésta era causa, menos el amor que profesaba á su hija. Para adormecer las

sospechas quería cansar al amor, y cuando, haciendo mil esfuerzos, se proponía huir de Camila, á pesar de lo que la amaba, no tardaba en conocer que tal conducta debía exaltar más aquellos celos, y volvía á su lado incierto de sí mismo, y comenzando á maldecir las pasiones y sus consecuencias, porque las embriagueces que producen no son eternas.

Las caricias mismas habían perdido todo su poder, y únicamente había aprendido en su inquietud que hace disminuir el amor todo lo que no sirve para acrecentarle.... Aun cuando se anegaba en las caricias, demasiado preocupado para que le turbasen y asaz infeliz para gozar de ellas, las prodigaba por cálculo.

Y aun en aquellos momentos la inquietud no soltaba su presa; inquietud encarnizada que no se fundaba más que en un punto ignorado del porvenir; pero en cambio no se calmaba jamás; pues cada hora que pasaba sin traer consigo la explosión de la catástrofe en la vida que llevaban los tres en el castillo de los Sauces, no era más que un respiro debido á la casualidad, pero con el que no era posible contar para la hora siguiente.

XI.

El estado de la señora de Scudemor inspiraba cada día más cuidado.... Parecía que un mal desconocido la iba desgastando, y que la vida iba á abandonarla. El torrente mostraba ya el fondo de su lecho: ¿cuánto tiempo sería necesario para que se secase por completo? Cuando se miraba su rostro lívido, en que los ojos, en los mil rayos que en ellos se apagaban, no habían conservado más que una chispa negra y brillante en medio de su pupila, era fácil notar que una huella que no era la de la vejez, una mano no menos inexorable, un trabajo más rápido que el del tiempo, causaba aquellos estragos.

La muerte, que la había invadido, afección por afección, tan rápidamente, que la había dejado viva en lo físico después de haber muerto lo moral, llegaría á poner el cuerpo al mismo nivel del alma. No se quejaba nunca, ni siquiera se veía el menor cansancio en su frente, y Camila y Allán no podían ocuparse más que de sí mismos, porque estaban llenos de pre-

ocupaciones, tanto más exclusivas cuanto más dolorosas eran. Cuando la vida íntima es dulce y buena, nos concentra; pero cuando la confianza está falseada, perdida, se hace bastante con vivir; cada detalle, cada dolor, por pequeño que sea, se acrece de tal manera, que ciega la razón y no permite ver más allá.

Pero si ambos jóvenes en sus preocupaciones personales no advertían el abatimiento de la Condesa, ésta, por su parte, no tenía los mismos motivos que ellos para no ver las tristezas de su hija, más fácilmente que había visto su felicidad. ¡Desgraciada mujer, á quien sólo el dolor podía advertir, porque estaba acostumbrada á encontrar siempre juntos el sufrimiento y la pasión! ¡Desdichada mujer, que había sido derrotada, á pesar de su gran inteligencia, por el aspecto de una felicidad que no conocía!

Camila, en efecto, estaba triste; no tenía ya aquel aire serio con que en otro tiempo había ocultado sus dolores primeros, y no había posibilidad de equivocarse: era verdadera tristeza lo que dejaba ver. El dolor la minaba, su salud misma se resentía, efecto de la reacción del alma sobre el cuerpo. Las confianzas efímeras se desvanecían, y sin disminuir nunca, sino aumentando, por el contrario, una desconfianza feroz las reemplazaba.

Como Allán se mostraba con una conducta desigual para con ella; como después de haberla dejado sola por espacio de muchas horas volvía precipitado á su lado, y permanecía allí mudo y sombrío, estas alternativas habían empezado por hacerla llorar mucho, y concluían por renovar sus celos.... dando cada día lugar á una nueva sospecha y á una escena de violencias.

Pero amaba demasiado para ser orgullosa; se sentía capaz de todas las bajezas, porque su amor llegaba hasta ser rastrero; amaba con el abandono de todo otro sentimiento que no fuera su amor; así es que perseguía á Allán con sus dolores, y le fatigaba con una repetición eterna é invariable, que se reanudaba en cuanto acababa de ser interrumpida.

Allán comenzó por secar sus lágrimas bebiéndolas; pero como el manantial no se agotaba, acabó por encontrarlas muy amargas, y llegó á desecharlas algunas veces de sus labios con palabras llenas de acritud y de injusticia, que eran un veneno derramado sobre la herida abierta, el peor método que podía seguir para curar un alma herida profundamente.

Ahora bien: hay palabras que constituyen hechos irrevocables, y para las que no hay perdón ni redención, porque después de dichas, después de haberlas oído, no es posible

olvidarlas.... Puede venir la reconciliación; vuelven á encontrarse las sonrisas y las caricias que salen de lo más íntimo del corazón; pero las palabras pronunciadas en un momento de arrebato, resuenan siempre en el fondo del pecho. Frecuentemente sucede que, creyendo oirlas entre sueños, se despierta uno sobresaltado, viendo entonces que tampoco duerme la persona de quien se duda, sino que piensa en lo mismo que motivó el despertar. Queda aún bastante cariño para afirmar que se ama á cada momento, pero esta palabra ha perdido la significación embriagadora que antes tenía.

Así, después de haber sufrido en la soledad de sus almas por el sentimiento que se profesaban el uno al otro, ambos se hacían desgraciados por ese sentimiento mismo; egoistas para quienes la intimidad era la piedra en que aguzaban las armas con que debían herirse á los pocos momentos.

Camila irritaba tanto más á Allán, cuanto que cada palabra que pronunciaba para apagar sus desconfianzas y sus celos, le hacía más culpable y más vil á sus propios ojos; y él sabía lo que es estar celoso del pasado, porque lo había experimentado, pero no bastante tiempo para compadecer aquel sufrimiento en otro, sobre todo cuando este sentimiento no se padece en silencio, sino que se muestra exi-

gente con el despotismo del amor que se cree ofendido.

Para aquel poeta de sentimiento, los celos no tenían ya pintorescas cóleras, y las lágrimas que Camila derramaba no eran más que llantos absurdos, como si todos no lo fueran. No concedía ni aun el interés de la piedad producida por el espectáculo de aquella juventud espléndida que se marchitaba en las lágrimas. Aquella imaginación de soñador que había hecho la conquista del mundo, no podía conmoverse ante semejantes dolores.

Y, sin embargo, la amaba: se hubiera sacrificado voluntariamente por ella, y todo lo que tenía de más querido se lo hubiera sacrificado si lo que más amaba no hubiese sido ella misma; pero la amaba como amamos todos, según las condiciones de su organización y de su pensamiento; mas no pudiendo, á pesar de su inmenso cariño, dejar de juzgarla, y como para los hombres semejantes á Allán que matizan la realidad con las concepciones de su espíritu, todas las mujeres palidecen en las comparaciones solitarias que hacen incesantemente estas inteligencias sobrado ambiciosas, la hallaba inferior á lo que se había imaginado.

Sin embargo, no se puede dudar que Camila tenía derecho fundado para quejarse de Allán. Ella, que en los primeros momentos del

descubrimiento de su amor le había dicho: «¡Amémonos; vivamos como vivimos ahora, que siempre tendremos la seguridad de casarnos cuando queramos! ¡Somos tan felices en el misterio de nuestro amor!»; mas ahora tenía prisa, y no la satisfacía el misterio. Quería ser feliz á la luz del día: el lazo del matrimonio le parecía el único indisoluble, y deseaba que Allán la pidiese á su madre, para lo que le importunaba continuamente.

El joven se encontraba con el abrumador embarazo de sus relaciones anteriores con la Condesa, y al sufrir las apremiantes instancias cada vez más insistentes de Camila, respondía con pretextos fútiles, demostrando tanta indiferencia, que la joven no acertaba á comprender su conducta. Para sustraerse á aquella persecución de súplicas, no sabía Allán qué recurso buscar, encontrando sólo el de las almas débiles que huyen siempre delante del peligro, sin advertir que este es inevitable: lo dejaba todo para mañana.

Pero tal indiferencia parecia confirmar las sospechas de Camila, sin que pudieran desvanecerlas las negativas más formales y mejor sostenidas; llegando á ser la situación de su amado tan cruel, que cuando se hallaba solo con la exigente joven, aunque no se le ocultara la razón que la asistía para mostrarse de

aquel modo, sólo deseaba que la señora de Scudemor llegara á interponerse entre ellos para librarse de aquel suplicio.

Pero hasta los acontecimientos le eran contrarios. La Condesa no salía de su habitación más que hacia el mediodía; y como seguía rehusando los cuidados de su hija, la mitad del día lo pasaba Camila en el salón ó en el jardín, sola ó acompañada de Allán, sin que los criados del castillo se admirasen de la intimidad entre los dos jóvenes, pues siempre los habían visto vivir juntos, y entre ellos nada se veía que hiciera pensar que no eran hermano y hermana.

Una mañana que Allán descendía al salón, esperando que, dado lo temprano de la hora, no se hubiera levantado Camila, pudiendo, por lo tanto, salir solo para ir á correr por los campos, la encontró sentada en el hueco del balcón, donde tenía costumbre de ponerse á trabajar. Una brisa matinal y una luz rosada y pálida penetraba por aquel hueco abierto, formando como una aureola en aquel rostro marchito, que tenía casi el color de hoja muerta de la tapicería del salón, y que aún hacía más manifiestos, al resplandor de aquella luz de la mañana, los desórdenes de una noche agitada, así como los ojos hinchados por el insomnio. El joven al verla se quedó cortado.

—No me creías aquí, ¿verdad?—le preguntó sin levantarse.

Acercóse él con lentitud, y le dió un beso en la frente.

—¿Es ese el beso de llegada ó el de despedida? (le preguntó con amargura.) Vamos, dámele pronto, y márchate. ¿No es eso lo que deseas?

—¡Qué injusta eres, Camila! (respondió con tristeza.) ¿Por qué crees que trato de huir de ti?

—No, no lo creo (dijo Camila, acompañando sus amargas palabras con una sonrisa más amarga todavía): estoy segura de ello. Te atormento, te canso, te fastidio, estás hastiado de mí. ¡Niégalo si te atreves! ¡Bah! No lo sabrás tú mismo; querrás hacerte la ilusión de lo contrario; perp yo no puedo dudar ya de la desgracia de mi vida. No creas que te lo echo en cara: no es culpa tuya, pero ya no me amas.

—¡Que no te amo ya, Camila! (replicó Allán, sentándose á su lado.) Dime: ¿es que perturban siempre tu razón esas desconfianzas insensatas? ¿No te cansarás nunca de ser injusta? No quiero hablarte de mi vida que destrozas, ni de mi amor que ofendes; pero ¿acaso tendrás nunca lástima de ti misma? ¿Te he de ver siempre procurándote males crueles é irre-

parables? ¡Que no te amo! ¿Cómo quieres no ser amada? ¿No eres mi Camila, mi hermana, mi prometida, mi mujer? ¡Ah! ¡Mírame, niña cruel, y repíteme que estás segura de que yo no te amo!

Ella le miró: había tanto amor en sus ojos, demostraba tal enternecimiento al verla pálida y tan terriblemente desmejorada por las lágrimas arrancadas y que á duras penas contenía, que, al verla, olvidó los sarcasmos.

—¡Oh! Si me amas, ¿por qué me haces tan desgraciada?—replicó con un tono de reproche, en que ya se dejaba ver algo de dulzura.

Palabra trivial que dicen todas; grito universal que todas arrojan impulsadas por su afán de felicidad. ¡Ay! ¿Por qué Allán no podía dirigirla la misma pregunta?....

—Camila mía (le respondió): no soy yo el que te hace desgraciada.... eres tú misma....

Y no se atrevía á insistir en esta mentira que le aterraba.

—Ya conoces mi carácter sombrío (continuó); sabes que mi imaginación ha visto siempre triste el porvenir, haciéndome dudar del presente; ¿por qué me reprochas el que huya de ti, cuando trato de ocultarte mis tristezas, á ti, bella niña, que has llegado á ser desconfiada y cruel, como si con mis besos yo te hubiese contagiado la terrible enfermedad que

siempre he venido sufriendo? En otro tiempo no convertías en arma contra mí los esfuerzos que hacía para preservarte de ese hálito pestífero y corrompido, y me decías: «Es misión de tu Camila el curarte de esas desconfianzas.» Me habías aceptado tal como era, veías amor hasta en lo que hoy consideras como indiferencia.... Me he engañado, y te he arrastrado en mi destino, haciéndote semejante á mí, destruyendo tu felicidad, y arrebatándote todas las facultades para ser dichosa. Hubiera debido huir, dejándome marchar á morir de amor lejos de ti; pero tú misma me has detenido, diciéndome: «Quédate, hermano mío; yo te amaré lo bastante para hacerte olvidar las penas,» y me he quedado; no oyendo más, sin escuchar otra cosa que esta embriagadora promesa y ahogando todos mis dolores en el amor que me habías prometido.... ¿Por qué eres ahora menos generosa, Camila mía?.... ¿Por qué acusas á mi amor, cuando no soy culpable más que de amarte demasiado?....

Ella le escuchaba anegada en llanto, y sonriendo al mismo tiempo. Habíala pasado una mano por la cintura y la estrechaba contra su corazón.

—¡Oh! Prométeme (le decía con efusión), prométeme que no volverás á cometer esas absurdas injusticias que tanto nos hacen sufrir

á los dos: ¡prométeme que no marchitarás tu rostro adorado con tus lágrimas; prométeme que no dudarás otra vez del que tanto te idolatra! ¡Júramelo por nuestro amor!

—Te juraré todo lo que quieras (respondió): te creeré, Allán mío, y no me creeré á mí misma jamás; pero prométeme á tu vez no mentirme en adelante, no volver á mostrarte contrariado en presencia de tu amada. Si eres sombrío, si estás afligido, si te muestras raro, hasta injusto, ¡oh, amigo mío!, te suplico que no trates de ocultarlo. Yo no puedo vivir sin tenerte siempre á mi lado, y cuando no hablas, cuando no me miras, me parece, Allán, que no estás, que te has separado de mí.

—Sí, Camila mía (replicó): sí, serás obedecida, mi reina adorada. Multiplica tus exigencias; yo las consideraré como pruebas de amor.

De este modo se encontró dominado por ella después de haberla dominado.

—Pues bien (dijo ella, después de una pausa empleada en sellar la paz en los labios de su amante): pídeme hoy mismo á mi madre.

Por más que hacía, no se libraba Allán de aquella terrible exigencia. Una cólera, más injusta que la que él había calificado de aquella manera en Camila, se apoderó de él; pero tuvo bastante fuerza para contenerla.

—¡Te callas! (exclamó). ¡Dices que me amas, y permaneces en silencio! ¡Oh, Allán! No te comprendo. Sólo tienes que decir una palabra para que mañana sea tu mujer, y no puedo arrancártela. ¡Y tú me amas! ¡Debajo de todo eso hay una cosa que me confunde y me tortura!

Y, en verdad, aquella lógica era irresistible; no había nada que responder, ó era preciso confesarlo todo.

—¡Ah! Sí, te pediré á tu madre (dijo Allán, con una debilidad insidiosa); ¿pero serás más dichosa que lo eres ahora? ¿Qué arriesgamos con esperar, amor mío?....

—Y nuestro hijo, ¿esperará también?—dijo en voz baja.

Al oir estas palabras, tornóse densamente pálido.

La joven observó esta palidez lívida en el rostro de su amado, y después siguió hablando con tono sombrío:

—Escúchame, Allán: es menester que hoy mismo se lo confieses todo á mi madre: no esperaré ni un día más. Ayer, cuando estaba á su lado, sola con ella, me interrogó sobre la causa de mi tristeza, acerca de la alteración de mis facciones, con una mirada que me hizo estremecer. No sé lo que respondí, porque estaba excesivamente turbada, y me pareció que

sus ojos se fijaban con insistencia en mi cintura. ¡Por Dios, amigo mío, acabemos con este suplicio! Mi madre nos perdonará lo que hemos hecho, y todos seremos felices. Tal vez hayamos dejado de serlo porque le hemos ocultado lo mucho que nos amamos. ¿Te ríes?.... Desde que sufro me he hecho supersticiosa. Ten piedad de mí, y ve á buscar á mi madre.

—Niña (insistió Allán): tu madre está enferma; ¿no temes que tal revelación pueda hacerla daño?

—¡Ah! ¿Ves cómo procuras por ella? (interrumpió Camila con violencia.) ¿Y yo, Allán, no sufro también? ¿Ó es que me amas menos que á mi madre, y en el caso que te veas precisado á inmolar á una de las dos, seré yo la sacrificada?

Su acción de mujer ofendida tenía tal vehemencia é imponía de tal modo al joven, que, á pesar de ser naturalmente elocuente, no sabía qué responder á aquella joven que le dominaba con el ascendiente de una situación verdadera y apasionada.

—¡Pero te has empeñado en que yo crea que no me amas! (gritó desesperadamente.) ¡Ah! Te lo ruego de rodillas; ¡ve á buscar á mi madre, y refiéreselo todo! No me levantaré de tus piés hasta que me lo prometas, Allán.

Ahora mismo me decías que yo era tu mujer; pero bien demuestras que no quieres que llegue á serlo. Pues bien; dime la verdad; dime que no me amas; será mejor; pero no me dejes en esa cruel incertidumbre. ¡Mátame antes!

Y llena de una agonía extrema, escondía su cabeza entre las rodillas del joven, que estrechaba con frenesí.

Únicamente los que hayan visto á una mujer amada prosternarse á sus piés, podrán comprender lo que experimentó Allán en aquel trance, viendo á Camila de rodillas en la alfombra. ¡Cobarde prostitución de la inocencia y del dolor, lágrimas terribles, cuya huella se conserva eternamente como un fango incorruptible que enloda todos los senderos de la vida!

Allán levantó del suelo á Camila á la fuerza, y la hizo sentar en el sofá.

—¡Loca, que daño me haces!—le dijo.

Pero ella no comprendió el tono desgarrador de aquellas palabras, viendo en ellas sólo una piedad que la exasperó en alto grado. Las lágrimas se secaron en su rostro como gotas de agua que cayeran en una plancha de hierro ardiendo, y sus labios temblaron de cólera; toda la sangre se le subió á la cabeza, tomando sus facciones un tinte morado, é hinchándose sus venas y arterias hasta el extremo de que parecían estallar.

—¡No irás! ¡No irás! (repitió muchas veces con un verdadero frenesí.) ¡Eres un cobarde, y tus juramentos de amor no son sino otras tantas perfidias! ¡Tú has amado á mi madre, ó tal vez se lo has hecho creer como á mí! Acaso la amas todavía, y por eso no te atreves á pedirla su hija, porque has vendido á las dos!

Allán quiso abrazarla; pero ella se resistió ferozmente.

—¡No te acerques! (le gritó con horror.) ¡Tienes lástima de mi madre, de esa criatura hipócrita y helada! ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Tú la has amado! ¡Oh, cómo la aborrezco ahora! ¡Te digo que me dejes, querido de mi madre!—gritó con rabia cada vez más intensa, arrancándose de sus brazos.

En toda su vida Allán había sufrido tanto; las exclamaciones de Camila le produjeron un dolor indecible; y al oirse llamar pérfido por la mujer que tanto amaba, tuvo un momento de cólera furiosa. Su mirada brillaba con tal fuerza en aquel momento, que hubiera hecho retroceder á un tigre.

—Te juro, Camila (le dijo con la voz trémula y entrecortada, que indica una cólera tanto mayor cuanto más reprimida): te juro, por el hijo que tienes en tu seno, que estrello mi cabeza contra el mármol de esa chimenea, si no me escuchas....

La cólera es como la vara de Aarón cuando se transformó en serpiente, que devora todo cuanto encuentra á su alcance.

Camila, domada por aquella terrible explosión, enmudeció.

—¡Te juro (continuó Allán) que no amo á tu madre, sino á ti sola! ¿Oyes, Camila? ¡Á ti sola! ¡Sólo á ti!

La joven bajó la cabeza, como si reflexionara; después, levantándola repentinamente:

—¡Voy á saberlo!—dijo con voz breve, muy parecida á un silbido.

Y se levantó para salir.

—¿Dónde vas?—le preguntó Allán.

—¡Al cuarto de mi madre!

—¿Qué vas á hacer, insensata?

Y quiso retenerla, pero ella se resistió.

—¡Voy á saberlo todo y á confesarlo todo!—dijo ya desde la puerta.

Y salió de la habitación, dejando á Allán petrificado.

XII.

Cuando Camila se dirigió á la cámara de su madre se hallaba presa de tal agitación, á consecuencia de la escena que acababa de tener lugar entre ella y Allán, que no experimentó la timidez que sentía siempre en presencia de la Condesa: una fiebre violenta se había apoderado de su alma, una fiebre de celos y de curiosidad, que la arrastraba irresistiblemente. No era ya la niña que el joven encontrara poco antes doblegada por el insomnio y las lágrimas, y que se había arrastrado convulsivamente á sus piés: era una mujer herida en el alma, que salía al encuentro de su destino con el miedo y la prisa que el mismo destino inspira siempre. Su respiración apenas se percibía; y al ver la inmovilidad en que quedó, se hubiera creído que se había suspendido la vida en ella. Únicamente verificaba sus movimientos todos con una rapidez extraordinaria.

Cuando preguntó por la Condesa á una de

las doncellas que se hallaba al servicio de su madre, su acento era breve y seco como el de un desgraciado que ha llegado al último extremo, y desea concluir con la duda que le atormenta.

La doncella le respondió que la señora acababa de entrar en su tocador, y que no tardaría en salir; pero Camila, que conocía la imposibilidad de esperar un segundo más en el estado en que se hallaba, se precipitó en la pieza señalada.

Estaba la Condesa ocupada en esos cuidados misteriosos de tocador, impuestos á la mujer por su organización. Sorprendióse al ver á Camila entrar en su cuarto á aquella hora, y aunque sabía muy bien que nadie más que su hija se atrevería á entrar donde ella se encontraba, el movimiento que hizo para cubrirse con su peinador, revelaba espanto más que otra cosa; en la señora de Scudemor, que jamás abandonaba su lentitud de patricia, aquel movimiento era mucho más notable.

Pero Camila se hallaba en aquel momento dominada por sentimientos demasiado tumultuosos para advertir en su madre un gesto que parecía de turbación.

—¡Madre mía (dijo atrevidamente), vengo á deciros el secreto de mi vida! ¡No le habéis comprendido, ni me lo habéis preguntado; pe-

ro es menester que yo os lo confíe ; es indispensable que lo sepáis !

Su voz temblaba, pero nada en ella indicaba la menor ternura : se conocía que temblaba de cólera, de ansiedad, de odio, de todos los sentimientos contenidos en su pecho, cuyas pasiones estaban próximas á desbordarse.

La señora de Scudemor se encontraba sentada en un ancho sillón de cuero negro ; miró á su hija de pié delante de ella, y cuyos ojos, tan secos entonces como los suyos, tenían una expresión terrible de cólera y de rencor. Diríase que la sangre, que parecía haber huído de las venas de la madre, se había refugiado en las mejillas de la hija, cuyas facciones ofrecían dos manchas de bermellón acre y ardiente, como se ven algunas veces en los enfermos presa del delirio.

Para el que hubiera conocido el pasado de las dos, hubiera sido un espectáculo curioso el ver á estas dos mujeres una enfrente de otra.

Un rayo de sol que entraba por la ventana daba de lleno en el rostro de la Condesa, sin prestarle animación ninguna. Recogió sobre su seno los pliegues de su abrigo, y pasando la mano por su frente marchita :

—Lo adivino todo (dijo en voz baja y lenta) : amas á Allán.

—Sí, le amo (replicó la celosa niña, con

acento de orgullo, y como desafiando á su rival). Sí, le amo, y hace ya mucho tiempo. ¿No habéis advertido, madre mía, que estaba loca por él, que no vivía más que de su vida, y que á cada momento me embriagaba en su contemplación? ¿Pero no habéis visto nada, absolutamente nada, madre mía? Vuestro instinto maternal (añadió con una ironía feroz), ¿no os ha advertido de la pasión de vuestra hija? ¿Estaba á vuestro lado, y no habéis sospechado que le amaba? ¿Y hasta hoy no habéis podido leerlo en mis ojos, y conocerlo en mis palabras?....

Al oir esto, la señora de Scudemor bajó la cabeza. Había en el insolente lenguaje de su hija un insulto insoportable. ¿Conocía aquella madre que, habiéndose equivocado, recibía el castigo? ¿Qué si hubiese amado más á su hija hubiera sido más previsora? ¡Era la primera vez que una hija culpable por el sentimiento que proclamaba con tanta audacia, olvidada de las conveniencias de su sexo, no vertía lágrimas al hacer una confesión tan sin decoro, irrespetuosa, y sin mostrar aprensión por el dolor que iba á causar á su madre!.... ¿Pero podría asegurarse que en su odio se ocupaba del parentesco? Para Camila no era otra cosa sino una rival á quien quería desenmascarar y castigar.

—¿Y no habéis visto más? (prosiguió con tono cada vez más exaltado, radiante por el efecto que creía haber producido, y sintiendo renovar sus celos al ver el abatimiento de su madre.) ¿Y no habéis visto también que él me amaba? ¿Y que yo era dichosa? ¿Y que la felicidad de ser amada era lo que cambiaba mi voz y arrasaba mis ojos de lágrimas, haciéndome languidecer al punto de no poder sostenerme? ¿No habéis visto ni una sola vez cómo me miraba mi Allán? Porque era imposible que si hubieseis sorprendido su mirada no lo hubierais advertido. ¿Pero dónde teníais los ojos, madre mía?.... No haber descubierto jamás una sola caricia demasiado prontamente suspendida cuando os acercabais y, sin embargo nos las hemos prodigado por bastante tiempo, para dar lugar á que hubieseis notado algo!....

La señora de Scudemor guardaba silencio. ¿Era que se ruborizaba interiormente por el descoco de su hija? No; sabía muy bien que la pasión tiene violencias que los hombres han calificado de impudores, y aceptaba tal como era aquella pasión fatal y que tanto conocía.

Camila, equivocándose acerca de la causa de aquel silencio, se entregaba al placer de haber logrado humillarla, según creía.

Detrás de la señora de Scudemor había un

espejo; y fijando la joven sus ojos en él, vió reflejarse su belleza, á la que la pasión parecía poner una aureola de fuego y una corona refulgente, al mismo tiempo que la figura helada y severa de su madre, aquel rostro marchito por la enfermedad y por el tiempo. Aquel espectáculo excitó en ella una sonrisa de venganza satisfecha, que se mezclaba á las terribles confesiones que acababa de hacer, porque se veía más bella y se sentía más fuerte.

Esta idea llevó su excitación al más alto grado, y con la villanía del triunfador que pone el pié sobre el cuello de su enemigo abatido, con esa palabra que se clava como un puñal, con los ojos chispeantes como el cráter de un volcán encendido, puso una mano sobre el hombro de su madre, apretándole hasta hacerle daño, y gritándola:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Mírame! ¡No ves que estoy encinta! ¿Dudas todavía de que él me haya amado?

Entonces la Condesa levantó su noble cabeza; permanecía siempre impasible, pues el único sentimiento que en su alma existía no tenía fuerza suficiente para conmover aquel rostro inmóvil y helado. Tomó lentamente la mano de su hija, y atrayéndola hacia sí con una dulzura llena de fuerza irresistible:

—¡Cuánto le amas, pobre hija mía! (le dijo

con aquella piedad que guardaba en el fondo de su alma para todos los dolores.) ¡Cuánto debes amarle, para hablar así á tu madre!....

—¿Y vos?.... (respondió Camila, quedándose pálida de esperanza y de alegría.) Y vos.... ¿no le amáis también?....

—¡Ah! ¡Cuánto te extravía tu amor, hija mía!—replicó la señora de Scudemor.

En aquel momento cayó Camila de rodillas á sus piés.

Estaba vencida; pero era dichosa. La naturaleza humana apenas puede soportar tan terribles emociones. La Condesa procuró levantarla; pero ella se opuso, abrazándola las rodillas.

—¡Déjame aquí; déjame á tus piés, madre mía, y perdóname que te haya hablado de semejante modo! ¡Estaba loca de dolor! ¡Perdóname! ¡Ah! ¡Si tú supieses qué tormento tan horrible son los celos!....

Y regaba con sus lágrimas las manos de su madre, que le respondió con la sonrisa helada, que jamás desaparecía de sus labios:

—¿Crees que no lo sé?

Una hora después todavía estaba Camila sentada en el sofá con su madre. Aliviada por el llanto vertido, le contaba todos los detalles de su amor por Allán.... Aquella joven á quien la frialdad de su madre la había separado de

ella, se encontraba, sin saber cómo, llena de confianza. Desde que no la dominaba la cólera, había vuelto á encontrar todos los pudores olvidados, todos los rubores perdidos. El alcance del paso que acababa de dar y que entonces empezaba á conocer, la cubría de confusión, y con los ojos bajos, exhalando de su seno suspiros entrecortados, parecía la estatua del pudor ultrajado.

—Hija mía (le decía la señora de Scudemor), no te pido cuenta de tus combates y de tus derrotas. ¡Líbreme el cielo de ser severa contigo porque el amor te tenga arrastrada, cuando soy yo más culpable que tú! ¿No era mi deber haber vigilado á los dos? ¿No me he dejado engañar por esa amistad de la infancia, que ocultaba el peligro del amor? ¿No debía yo garantizarte, ó, al menos, fortificarte contra tu propio corazón, pobre hija mía? No lo he hecho, y mis faltas son mayores que las tuyas; tú eres la que tienes que perdonarme.

Y aquella madre decía todo eso sin lágrimas, sin expansión y sin caricias, pero con una tristeza tan lúgubre, que al escucharla, el corazón de Camila se conmovió....

—Da gracias á Dios, querida hija mía (continuó la Condesa acariciando á su hija con una ternura inusitada en ella); da gracias á Dios de que la falta que Él perdona, pero que los

hombres no olvidan jamás, pueda ocultarse á los ojos de éstos. Dentro de pocos días serás la señora de Cynthry, y yo doy gracias á tus celos, que han servido para advertirme á tiempo todavía. Eres muy joven aún, hija mía, y no has de tener siempre una madre vieja y separada del mundo. Tú debes vivir en él como yo he vivido, y es muy suficiente el destino que los hombres nos han creado para que nos pongamos también á merced suya por las debilidades del corazón.

Cuando oyó estas palabras, no quedó á Camila la menor duda de que su madre había sido muy desgraciada. Vuelta á la confianza por la dulzura con que tan generosamente había respondido á su ofensa, Camila entró en deseos de conocer mejor el alma de su madre, que había calumniado con tanta frecuencia; pero no se atrevió á aventurar ninguna pregunta, ni manifestó deseo de saber cosa alguna, dominando su simpatía como un enternecimiento momentáneo.

Las costumbres de toda su vida se interponían entre aquellas dos mujeres como un obstáculo insuperable; y ya se sabe lo que es el poder de la costumbre para dominarle repentinamente.

Si Camila había llorado á los piés de su madre, era porque se reprochaba la injusticia

cruel que con ella cometía; era por la felicidad de encontrarse sin ser la rival que había creído, que había inundado su alma de una alegría y de un reconocimiento indecibles; no era por la bondad con que había sido acogida por Iseult. Por lo demás, por tierna que hubiera sido la escena, no era suficiente para despertar una afección que nunca había existido entre la madre y la hija: ¡era ya demasiado tarde!

XIII.

Al separarse de su madre, Camila volvió á buscar á Allán, que estaba devorado por la vergüenza y la inquietud, pensando en lo que iba á suceder; y como todos los temores habían desaparecido del alma de la joven, le pidió perdón por sus desconfianzas, como se lo había pedido á su madre por la violencia de sus sospechas y la brutalidad de sus confesiones. Tal es el corazón humano. Humillarse cuesta poco cuando se han reportado beneficios de la ofensa; pero si el agravio hubiese sido estéril, ó si hubiera conducido al descubrimiento de lo que se temía, la generosidad del arrepentimiento no hubiera tenido lugar, ó se hubieran infligido imperturbablemente todos los castigos posibles.

—Por tanto, seré tu mujer (decía Camila): mi madre me lo ha prometido, y nuestra vida volverá á ser tan dichosa como antes.

¡Ilusión pasajera! ¡Restos de una fe perdida en muy pocos días, y con la cual no se vuelve

á reconstruir el edificio arruinado! Camila no tenía aún la experiencia de su propio corazón: creía poder reavivar la flor delicada que tan pronto perece en nuestra alma, y que se llama la fe en el amor. ¡Ay! Las raíces de la planta misteriosa se secaban en el corazón de Allán, y no podía aceptar las esperanzas de Camila. Aunque procedían de la mujer amada, no tenía fe en ellas; y como estaba aleccionado por la poca duración de su felicidad anterior, deseaba que el amor no se alejase también, y tal vez este modesto voto de un corazón agostado era una petición demasiado ambiciosa.

Camila le refirió lo que había pasado en el cuarto de su madre, y pesó todos los detalles en un alma llena de turbación. Vió que Iseult no se había desmentido, y que la había inferido un ultraje al temblar que no pudiera contenerse. Admiró una vez más á aquella mujer sublime, por la posesión perfecta que de sí misma tenía, y en cuya alma no había cosa alguna que tuviera poder bastante para producir la menor turbación. Lo que él conocía de la Condesa, y lo que Camila ignoraba, le servían para formar un juicio acerca de ella, que se guardaba bien de expresar.

—Mi madre es buena (decía Camila), y ha sido generosa.

Pero Allán sabía que la generosidad de

Iseult se hallaba más alta de lo que su hija creía: se fundaba en el sentimiento de la pasión probada, en la absolución del espíritu dado á la naturaleza humana por la falta que comete más involuntariamente.

La manera cómo había acogido las confesiones de su hija, le permitió prever claramente la regla de conducta que observaría respecto de él.... Si había dudado de ella por un minuto, esta duda no podía durar más tiempo. Toda vez que la señora de Scudemor había tenido la delicadeza del silencio, ¿no era probable que continuara del mismo modo en lo sucesivo? Aun cuando una conversación en la que forzosamente habían de tratarse recuerdos humillantes, no podía sino ser penosa en extremo, casi deseaba que llegase, siquiera fuese tan sólo para salir de la incertidumbre en que se hallaba colocado.

Para ninguno de los tres había cambiado la vida después de la confesión hecha por Camila á su madre, y no obstante, á todos parecía más monótona y lenta que nunca. Es verdad que era poco el tiempo transcurrido; pero Iseult nada había confiado á Allán de la promesa hecha á su hija, no dejando escapar tampoco la más mínima alusión. ¿Á qué esperaba, puesto que todo estaba resuelto? ¿Qué ocurría en aquella alma tan impenetrable?.... Si la se-

ñora de Scudemor hubiera amado á Allán de Cynthry; si en interés de la felicidad de su hija hubiera tenido que consumar algún sacrificio grande y desconocido, su lucha hubiera tenido razón de ser, lo mismo que sus vacilaciones; pero Iseult no poseía la virtuosa dificultad del sacrificio.

—¿Te ha dicho hoy algo mi madre?—preguntaba todos los días Camila al joven.

Y al oir su respuesta negativa, añadía con esperanza, en la que se mezclaba un poco de impaciencia:

—Te lo dirá mañana.

Estaba segura de que Allán no había amado más que á ella, y el porvenir de ambos se le presentaba sereno como en los primeros días de su amor, como en los momentos más hermosos de su vida. ¿Por qué no había de volver aquella existencia tan dulce? ¿Por qué había aquella diferencia entre su dicha actual y la pasada, cuando no existía ninguna en su amor?.... Y trataba de explicarse estas turbaciones y esos disgustos por las exigencias de un sentimiento que debía calmar el matrimonio.

Cuando se es menos dichoso, se tiene remordimientos por haber hecho la felicidad imposible, porque las almas amantes son timoratas. ¡Pobres seres, que para sufrir más,

confunden las arideces de la vida con las sequedades del corazón!

La desconfianza y los celos, que habían agriado el amor de Camila, no disminuyeron en nada su violencia, haciendo que cada vez fuera su amante más y más querido; pero no ocurría lo mismo con Allán; era hombre, y por tanto, más fuerte y más grosero; marchaba más de prisa, y se olvidaba más pronto, no teniendo necesidad de poner sus dos manos en la herida por donde el amor se evaporaba, porque aquella herida no era mortal. Él hubiera querido amarla siempre; pero Camila no tenía para él más que el poder de los recuerdos, poder bastante efímero por cierto.

¡Contradicción notable de la naturaleza del hombre! Hubiera preferido la desconfianza y los arrebatos de la mujer celosa, á las ardientes confianzas y á las tiernas expansiones de su alma tranquilizada.

En vano, al verla tan tierna y tan fiel, rechazaba la idea de afligir un corazón que le pertenecía por completo, y se prometía consagrarle toda su vida. No podía resistir aquella generosidad, y no estaba seguro de cumplir los compromisos que contraía consigo mismo.

XIV.

Sin embargo, el día tan deseado llegó. La señora de Scudemor mandó á decir á Allán que le esperaba en su habitación; y cuando éste corrió á verla, la encontró sentada en el mismo lugar que otras veces la encontrara, lugar tan conocido para él, y que no había podido olvidar. Era el sofá azul en que le había hablado por la primera vez con tanta compasión del amor que había adivinado, y en que, vencida por sus lágrimas, había retractado la sentencia de destierro.

Cuando el jóven entró en la habitación, y vió á la Condesa sentada en aquel sitio, experimentó en su alma una impresión análoga á la que produce la vista de un lugar en que hemos sido amados, y donde también hemos perdido el objeto de nuestro amor.

Todo estaba igual en la cámara: sólo el corazón de Allán había cambiado.

Pero no, no estaba todo de la misma manera que antes.

Iseult se hallaba tan extremadamente cambiada en su forma exterior, como Allán en sus sentimientos más íntimos. El tiempo había herido á la una en la superficie, y había alcanzado al otro en lo más profundo; pero el corazón del uno podía aún recoger y prodigar muchos amores, mientras que el de la otra había sufrido toda la fuerza del soplo abrasador de la vida, y no podía esperar ya más que morir con sobrada lentitud.

Allán se hallaba vivamente conmovido al acercarse á la condesa de Scudemor, que había sido suya. Ella conoció en su aspecto la idea que le torturaba el corazón, y le hizo sentar á su lado en el sofá.

—Allán (le dijo en seguida); espero no creeréis que os he llamado á mi cuarto para dirigiros ningún reproche. Habéis amado á Camila, y habéis sido amado por ella; la habéis arrastrado, vos que érais el hombre, es decir, el más fuerte, y que por esta misma razón hubiérais debido preservarla de vos; pero vos mismo os habéis dejado llevar como ella. No habéis tenido bastante sangre fría ni cálculo. Como sé que vuestra alma es noble, creo que habréis sufrido antes muchos combates con vuestro amor. Pero ya véis, amigo mío, cuán terribles son las consecuencias de las pasiones.

La Condesa calló un momento, como para respirar, y continuó después:

—Únicamente os reprendo que hayáis esperado tanto tiempo para confesármelo todo. Hubiérais perdido á mi hija á los ojos del mundo, si un sentimiento de celos, exaltado fundadamente por vuestra lentitud, no la hubiese impulsado á una confianza que nunca ha tenido en mí. ¿Es que érais bastante orgulloso, ó bastante pusilánime, para sacrificar la que amáis al embarazo inevitable de una confesión? ¿Y qué motivaba ese embarazo? ¿Os he dado nunca motivo ni derecho para que dudéis de mí?.... Si yo hubiese sido otra mujer, concebiría mejor vuestras vacilaciones; pero ¿no me conocíais bastante?.... ¿Os parecía que yo vivo bajo la influencia de las ideas ó de los sentimientos vulgares?.... ¿No os acordáis de lo pasado? ¿Y ese pasado no hubiera debido ayudaros á juzgarme tal como soy? ¿No os acordáis de lo que os he dicho tantas veces aquí mismo? Héos ahí curado de vuestro loco amor, y yo próxima á ser vuestra madre.

—¡Iseult (respondió Allán): sois la mujer más sincera y más sencillamente grande que existe!....No, yo no os juzgaba como las demás; y si no me confiaba á vos, es que desconfiaba de mí mismo. Un primer amor deja en nuestro corazón vacíos que el segundo no puede llenar.

Yo os evitaba, Iseult, como hubiera querido evitar mi conciencia, que tanto me acusaba.

—Decid más bien vuestro orgullo (replicó la Condesa); porque el hombre se desprecia por no poder amar mucho tiempo, por poco que su naturaleza sea débil, y aun cuando no esté degradada del todo. Pero ¿debíais tener orgullo para conmigo? ¿No os había predicho la muerte próxima de vuestro amor? ¿No os había mostrado las miserias del corazón, que tan pronto se sacia de todo, y no era en el mío adonde había ido á buscarlas para enseñároslas?.... ¿No ha sido hablándoos de mi anonadamiento como he procurado convenceros de la inanidad de las afecciones?.... Mi corazón ha sido en vuestras manos lo que era la calavera en la de Hamlet, cuando buscaba en ella el pensamiento que ya no existía....

Y al pronunciar estas palabras melancólicas con su voz lenta y sin melodía, se asemejaba á la imagen austera del Destino, que sacudía de sí todos los secretos de la vida y de la muerte. Allán la contemplaba en su magnífica apostura, pálida como el mármol, aunque no se mostrara sombría, y la convicción que expresaba de nuevo de la ciencia del corazón le hirió como si fuera una verdad que se le revelara por primera vez.

El joven sentía en lo profundo de su espí-

ritu una aprobación fatal en las palabras de la señora de Scudemor. La idea de que su segundo amor debía morir como el primero, que no era hasta entonces más que muy confusa, se destacó en su imaginación, precisa y clara. Iseult y Camila le hacían el efecto de dos cadáveres en el fondo del corazón: los vió y se calló, no atreviéndose á negar nada. Al fin, aquel joven tan fuerte se veía domado por la verdad. El hacha podía dar cuantos golpes quisiera en la raíz del árbol, que no conseguiría por esto hacer caer ni una hoja ni ahuyentar un pájaro: el alma había sido abandonada por sus últimas dudas y por las ilusiones más obstinadas.

Después de unos instantes de silencio continuó la señora de Scudemor, con una sonrisa como la que debe tener la paciencia cuando contempla al dolor:

—Allán, dentro de algunos días os vais á casar con mi hija. No os diré: «Sed dichoso,» porque es una palabra que no puedo pronunciar sin mentir; pero que vuestro amor y el que ella os tiene puedan durar mucho tiempo. Este es mi deseo. Ahora os será fácil ocultar á Camila todo el pasado, que jamás podréis olvidar. Que este pasado sea un secreto eterno entre nosotros dos. Pero hay todavía otro misterio, que es también preciso permanezca oculto.

Allán la miró sin comprender.

La Condesa continuó, sin darle tiempo á formular una pregunta :

—¡Escuchad, Allán! Cuando mi hija, que será vuestra mujer dentro de ocho días, ha venido á decirme que estaba en cinta, he podido responderla que yo también lo estaba!

Allán dió un salto; pero Iseult puso su mano en la boca del joven, para impedirle la menor exclamación.

—Tened cuidado (dijo); puede oiros Camila. Si sois hombre, sabed conteneros. Ved (añadió, separando los dos extremos del chal que la cubría) si he guardado bien mi secreto.

Estaba en cinta de ocho meses.

—No debía (prosiguió, después de un momento de silencio) revelároslo hasta la hora precisa en que me hubierais sido preciso para ocultarlo. No habéis entrevisto nada de mis sufrimientos, y, sin embargo, no había para mí una actitud que no fuese una impostura; pero, gracias á la costumbre de sufrir, no me ha vencido el dolor, y la única vez que Camila hubiera podido sospecharlo, fué el día que me sorprendió casi desnuda en mi tocador, sin darme tiempo para echarme un pañuelo sobre los hombros.

Allán se hallaba dominado por la admiración y el espanto.

—Mi calma os asusta (dijo la Condesa); pues la idea que os abruma hoy me está martirizando hace ocho meses. Me he entregado á vos por piedad, y me veo castigada en mi misma compasión. Era preciso que este último sentimiento se volviese contra mí como todos los demás.

Hubo un silencio de algunos minutos, y luego la Condesa continuó en el mismo tono lento que tenía siempre:

—En cuanto á vos, Allán, vais á ser dos veces padre, y hay uno de vuestros hijos cuyo nacimiento ocultaréis cuidadosamente para que los hombres no le cubran con su estigma de verdugos. No es por mí por quien reclamo de vos el secreto: la injuria y el desprecio de los hombres no serían capaces de arrancarme un movimiento de protesta; es por el hijo de la piedad, quien le ha impreso la maldición en mi mismo seno. Pronto tendréis que llenar vuestros deberes con Camila, y, en verdad, ya los tenéis contraídos. Que mi hijo sea sacrificado al de Camila, no me quejaré; al contrario, es lo que pido. Debemos, en primer término, evitar á mi hija los crueles dolores del amor herido. Puesto que yo comprendo esto, vos lo debéis comprender también, toda vez que yo no tengo más que mi piedad de mujer, y vos tenéis vuestro amor. Allán, yo quisiera daros

valor contra esa paternidad que os persigue como un remordimiento. Vuestro segundo hijo no robará el amor que profeséis al que no pueda deciros «padre mío» en voz alta. ¿Le amaréis, verdad? Pues bien : todo se paga, y todo se desquita con el amor. ¡Ay! Yo que no puedo amar ya nada en este mundo; yo, que le he concebido sin amor, no puedo ofrecerle más que la compasión que no ha bastado á su padre, y que tampoco será suficiente para él. Allán (añadió poco después con voz profunda): ¡amadle por los dos!

Cosa que hubiera conmovido á cualquiera la súplica de una madre, que pedía que se amara á su hijo, porque conocía que ella no tenía en su pecho bastante amor que darle. Allán medía toda la extensión del infortunio de aquella mujer, y enternecido hasta el fondo de sus entrañas, le cogió ambas manos, aquellas manos cuyo contacto no era para él ya más que una impresión dulce y fría.

—Iseult (le dijo), noble y desgraciada Iseult, no procuréis engañaros á vos misma; vos amaréis á vuestro hijo.

—Sabéis demasiado que no puedo (replicó ella con la dulzura de una resignación sublime). La voluntad no puede hacernos amar, como no puede hacernos vivir. ¡Dichosas las que dejan la vida antes de cesar de amar! La

suerte no me ha permitido ser contada entre ellas, y la fuerza de amar que he tenido, sólo me ha servido para sufrir, aun después de haberla agotado.

Viendo que sus palabras de consuelo eran inútiles, abandonó las manos que tenía cogidas, como el náufrago que suelta su última tabla de salvación.

—No hay nada que hacer, amigo mío (dijo la Condesa, que había comprendido el movimiento de Allán, moviendo la cabeza). Vos también habéis tenido piedad de mí como yo la tuve de vos, y queréis hacerme creer en un sentimiento que no existe. ¡Pobre hijo mío! Dejadme acabar de vivir en el aislamiento de mi alma, lo que tal vez no será muy largo. Sobre todo, no procuréis volver á darme lo que no tengo: habéis perdido ya el amor, y perderíais también la compasión pareciéndoos una ingrata, porque no podía enternecerme. Acordáos del hijo, pero olvidad completamente á la madre. No hay más que un amor que se nos da, y que no es permitido olvidar; y por eso es por lo que Camila debe seros sagrada, aun cuando un día dejéis de amarla. Id en su busca, amigo mío, y decidla que acabo de confirmaros la promesa que le hice á ella, y que he recibido vuestro juramento de hacerla dichosa. Desechad de vuestra frente esas nubes que pu-

dieran causarle aún alguna inquietud. Id, amigo mío, y dejadme ya.

Pero Allán estaba anonadado por la confidencia que la Condesa acababa de hacerle y por los pensamientos tumultuosos que había suscitado en él, y no podía obedecer sus insinuaciones, por lo que titubeaba y se quedó inmóvil; pero ella, que leía mejor en su alma que él mismo, le dijo, levantándose del sofá en que estaba sentada, y envolviendo su chal alrededor de su cuerpo, presa de la languidez.

—Vamos: dadme vuestro brazo, hijo mío, y vamos juntos á buscar á Camila.

Bajaron al jardín, donde creyeron que la encontrarían; pero no estaba en él.

El sol se había puesto hacía media hora, pero no se había llevado todos los rayos que acababa de difundir sobre la tierra, pareciendo todos los objetos impregnados en oro y bermellón líquidos. El cielo estaba teñido de un azul sombrío que iba oscureciéndose cada vez más. ¡Contraste singular y notable! La sombra se proyectaba en las regiones de la luz, y la tierra, llena de vapores opacos, se abrasaba con un resto del resplandor que había desaparecido de lo alto. El día moría por arriba como un hombre de genio atacado de demencia; la luz se iba del mundo como las

más nobles facultades de la personalidad humana.

Los céfiros prodigaban sus suaves alientos por todas partes, armonías húmedas, perfumes dulces; era uno de esos momentos en que el hombre, de acuerdo en su sentimiento con todo lo que le rodea, sumerge con una voluptuosidad llena de fuerza su frágil corazón en el inmenso corazón de la naturaleza.

—¡Qué bien concluye el día!—murmuraba la señora de Scudemor.

Se hubiera creído que tenía envidia de aquella radiante puesta del sol.

Habíase sentado en el banco de la extremidad de la terraza para esperar á Camila, al lado de Allán, y éste, que pudo muy bien creer que aquellas palabras encerraban un pesar, tuvo como un presentimiento del próximo fin de la Condesa. Una voz secreta le decía que su oculto deseo se realizaba; pero este presentimiento, que cubrió la frente del hombre de una tristeza profunda, apenas sombreó la frente de la mujer. Allán sólo fué accesible al temor, y él sólo debía sufrir por esta causa.

Los recuerdos del amor que había tenido hacia ella se demostraban de una manera tierna y sagrada por el delicado estado de Iseult. Pero ¡ay! ¡Esta no podía recoger puro el sen-

timiento que había prodigado sin reserva! Fuera, como en su interior, siempre encontraba la más triste soledad. ¡El enternecimiento que el joven sentía en aquel instante no era tanto de piedad hacia ella, como de compasión hacia su hijo!

XV.

Los ocho días que la Condesa había marcado para que tuviera lugar el casamiento de Allán y Camila, pasaron muy pronto. Como su vuelta de Italia apenas se sabía en París, y como, por otra parte, el estado de su salud era más que suficiente pretexto para no dar grandes fiestas con ocasión del matrimonio, no invitó á nadie, y se resolvió que nada cambiaría en la vida que llevaban los tres en el castillo, hasta el invierno, época en que los jóvenes esposos pasarían á París.

El casamiento se hizo, pues, como debieran hacerse todos los casamientos : sin ruído, en el fondo de una campiña, en una pobre iglesia de aldea. Ninguna amiga envidiosa, irónica ó impía, acompañó á aquellos dos jóvenes que se unían delante de Dios , ni nadie espió las alegrías modestas de la mujer en la frente donde al día siguiente miradas obscenas hubiesen querido encontrar confusos rubores.

No tuvieron de testigos más que algunos

jóvenes y algunos ancianos de la aldea, vestidos con sus trajes del día de fiesta: almas sencillas que veían en la ceremonia del matrimonio el acontecimiento más grande de su vida en el porvenir, ó el más tierno en el pasado.

Camila había tomado como *couche-bru* (1), como dicen en el país, una de las jóvenes que habían venido la víspera á ofrecerle el naranjo de donde debía escoger la rama de costumbre, destinada á su frente. ¡Aquella rama no era ya un símbolo! Aunque dichosa, la joven miró largo tiempo con desvarío aquella flor blanca que iba á mentir, y ruborizándose por las dos, la disimuló púdicamente bajo una de las trenzas de su espléndida cabellera. De esta manera, la flor que debía ser símbolo de la inocencia, se convirtió en emblema del misterio que ocultaba en su seno.

La señorita de Scudemor nunca había estado tan bella: las imágenes del pasado, uniéndose á las ideas que hacían nacer las circunstancias de aquel día, le daban un embarazo encantador, una turbación llena de embriaguez, de ardores, confundidos con tristezas más voluptuosas que ellos mismos; hasta en su modo de andar se reflejaba lo que su alma

(1) Doncella de honor.

sentía. Desde la puerta del parque hasta la iglesia, se apoyó en el brazo de Allán...., no como una joven tímida é ignorante, sino como la mujer feliz y orgullosa con el amor de su marido. Había alguna cosa de uno y otro sentimiento.

Al verla así adelantarse, cogida al brazo de Allán, un observador ó un poeta de segura intuición hubiera tal vez sospechado la posición de aquella desposada; pero como no había poetas ni observadores entre aquellos aldeanos, no sabían que, para hacerla más embriagadora, á la dicha actual de aquel día se juntaba la de los recuerdos. Gentes cándidas, que no habían reflexionado sobre sí mismas, y que ignoraban que el haber sido culpables hace más dichosos que haber permanecido inocentes cuando llega el día de la unión deseada.

Se habían esparcido flores por la nave, cuyas vidrieras abiertas dejaban correr un aire puro y fresco. Más de una vez, durante la ceremonia, los pichones del presbiterio vinieron á posarse en el borde de las ventanas, como mensajeros de la alegría. Camila podía verlos desde el pié del altar, donde recibía la bendición del sacerdote.

Un pensamiento supersticioso le ocurrió, como sucede con mucha frecuencia en las circunstancias más solemnes de la vida, aun á

los menos soñadores: imaginóse que aquellas aves eran un presagio, y que si abandonaban la ventana antes del fin de la ceremonia, su felicidad se iría con ellas. ¡Ay! las aves volaron....

La brillante hermosura de Camila se cubrió de una palidez repentina, tan grande como la de su madre, que se hallaba de pié á su lado, y miraba casar á su hija sin sonrisas y sin lágrimas. Únicamente que la palidez de la joven desaparecería con sólo oir hablar á Allán, mientras que la de su madre era un sudario que la cubriría en la tumba.

Después de la ceremonia, la recién casada quiso volver á pié al castillo; y como el estado de la señora de Scudemor exigía muchísimos cuidados, subió ésta al carruaje, y los dejó solos. Era el mes de Junio, ese mes inundado de luz y al rasado por el sol, como una mirada de mujer enamorada.

Por la parte opuesta al pantano, el aire era tibio, y todo el camino que recorrieron estaba embalsamado por el penetrante perfume de las colzas en flor. En otros lugares el trébol extendía su laca carminada sombría, no habiendo árbol ninguno que sombreara aquellas llanuras.

Allán y Camila las atravesaban paso á paso, siguiendo los caminos estrechos que trazan las carretas alrededor de los campos cultivados.

Aquel paseo les recordaba los que habían hecho hacía cuatro años por aquellos mismos sitios, sobre todo á Camila, que encontraba en él un encanto indecible....

Se acordaba de su aislamiento durante la enfermedad de Allán, y la memoria del mal pasado sazonaba deliciosamente las emociones que absorbía en su corazón. En aquellos campos era donde había sufrido todas las angustias que llevaba consigo su celosa amistad, que tan bien presagiaba el amor.... Allí era donde se habían secado las lágrimas que tantas veces derramara.... y ahora lo mismo, que no distinguía las huellas de su diminuto pié en la tierra roja del sendero, en su alma tampoco quedaban ya señales del dolor sufrido.

—Este paseo (decía la recién casada) es una especie de peregrinación. Quería yo que el día en que nos hemos unido para no separarnos más, pasásemos juntos por el sitio en que tantas veces he estado sola, siendo tan desgraciada. Cuando estuviste enfermo de resultas de tu caída y de la fiebre que fué su consecuencia, y te tuvo á las puertas del sepulcro, mi madre me desterró de tu habitación, y á este sitio venía yo á esperar la terminación de aquellos días tan largos.

Allán estrechó su mano, y aquella dichosa mujer creyó que era comprendida.... viendo en

su silencio una emoción que no existía. Sus palabras habían despertado punzantes recuerdos en el corazón de su marido. Pensaba en Iseult y en los cuidados que le había prodigado, y recordaba de qué manera se hallaba sentada al lado de su lecho, experimentando, por una contradicción singular, en aquel momento, una sensación, que más se asemejaba á un pesar que á un remordimiento.

Desgraciado de él, que, apartando la vista del presente y del porvenir, miraba con tedio el uno, y, disgustado de la perspectiva que el otro le ofrecía, pensaba en el pasado, que ya no le perteneciera, cometiendo de este modo con el pensamiento la primera infidelidad con su mujer después de haberla amado tanto, y en el momento en que Camila empezaba á pertenecerle para toda la vida, cuando acababa de jurarla ante Dios y ante los hombres que la amaría siempre.

Pero sintió vergüenza por aquel pesar involuntario, le sofocó, y creyó haber concluído para siempre con el pasado; mas ¡cuánto se engañaba! Un primer amor influye en toda la vida. Se ama después de él, y tal vez con más pasión; pero queda siempre una señal en el corazón, señal maldita ó bendita, pero siempre indeleble. El dedo de la primera mujer amada es como el de Dios: su huella es eter-

na. Á cada amor que acaba, á cada ilusión que muere, á cada rizo de cabellos que se corta, no sucede más que una imagen sola que se desliza en el vacío del corazón, y como si nunca existiera en él más que una : la de la mujer vendida.

Los casados saben esto muy bien. Es preciso estar locamente enamorado, ó ser muy estúpido, para que el día mismo de la ceremonia nupcial dejen de experimentar, aun los que menos han vivido la vida del corazón, tristezas incomprensibles. Se ha visto á muchas jóvenes colegialas, casadas por la mañana, estremecerse por la noche en el baile, cubiertas de sus galas, sin saber ellas mismas por qué sentían tal impresión en semejante día. Allán procuró ocultar los pensamientos lúgubres que entristecían su alma en medio de las alegrías poco ruidosas de la sencilla fiesta que se dió en los Sauces. Los aldeanos y los pescadores del Douve bailaron en los patios y sobre el musgo, mezclándose Camila misma en el baile; mas se retiró temprano. No era ya la joven temblorosa que ve llegar la noche con un pudor inocente y con deseos mal combatidos, no; sabía lo que había detrás de la cortina del lecho nupcial, y si deseaba llegase la hora misteriosa y sagrada, era por estar sola con el hombre que amaba, y poder entregarse á él

por completo, sin miedo de ser interrumpidas sus caricias.

Por fin llegó el momento en que, cerrándose las dos hojas de una puerta, formaron un desierto á su alrededor. Acababan de dejar á su madre, á quien la fatiga había obligado á acostarse temprano. Allán experimentó tal turbación en el instante, que deseaba una noche tranquila á la mujer que abandonaba en el mismo lecho donde otras veces había estado con ella, para ir á pasar la noche *con otra*, mientras ella procuraba dormir (si el hijo que llevaba en su seno no interrumpía el descanso), que el beso destinado á la mejilla, se dió, por un movimiento rápido y confuso, en aquellos labios tan conocidos, siempre fríos y secos.

—¡Oh! ¡gracias á Dios que estamos solos! —dijo Camila con la ingenuidad de un amor profundo, entrando en la cámara que ambos debían habitar en adelante.

La señora de Scudemor había cuidado por sí misma con la mayor escrupulosidad de todos los detalles de aquella habitación. Todo era cómodo y elegante, dejando conocer la imaginación de una mujer que ha conocido el amor y el lujo especial que exige. ¿Y quién podría asegurar que no hubiera habido para Iseult un dolor al lado de cada detalle de aquella cámara, adornada y arreglada por ella? Pero, á pesar de

todo, no había olvidado ninguno. Tal vez habría acompañado un pensamiento cruel ó triste á cada cuidado tenido para que la felicidad de Camila no tuviese que padecer con ninguna de las cosas que iban á rodearla, para que los piés desnudos de la dichosa desposada no encontrasen un tejido demasiado áspero en el tapiz que debía recibir su huella.

La fiesta en el castillo concluyó muy temprano, porque se respetaba el descanso de la señora de Scudemor, y los aldeanos tampoco prolongaron mucho sus danzas ni sus cantos.

En la cámara de Allán y de Camila había quedado abierta una ventana; era el aire muy templado, y no pensaron en cerrarla; la luna comenzaba á platear el azul de la bóveda del cielo, y las acacias del jardín exhalaban sus perfumes de azahar: era una noche muy hermosa, y un alma tierna hubiera creído que la naturaleza misma entonaba sus himnos de alegría á la desposada.

Ya hemos dicho que Camila no era lo que se puede llamar «un alma tierna»: tenía algo de arrebatado y de decidido, que excluía toda idea de ternura; pero la sensibilidad de una mujer es siempre apasionada, no haciéndose nunca como la del hombre, que se fija más en la terminación de las cosas. En la sensibilidad de las mujeres se encuentra siempre una como

queja encantadora, una especie de fatiga de felicidad, bajo la cual se doblegan y no pueden resistir mucho tiempo.... Tal era la ternura de Camila.

Por otra parte, uno de los caracteres de la felicidad es la lentitud de los movimientos de los que gozan de ella. Para vivir más tiempo con el pensamiento que nos hace dichosos, se le retiene todo cuanto es posible; y hasta el cuerpo no varía de actitud, como si se temiera encontrar en el espacio algún choque invisible y repentino.

Camila había llevado lentamente á su marido hasta la ventana, y en lugar de mirar al que amaba, contemplaba la noche pura y serena, ó, mejor dicho, no miraba ni á una ni á otro: recibía, sin buscarlas, las impresiones de los dos. Era preciso que entrase tanta parte de la naturaleza como del amor en su emoción, porque había un acuerdo perfecto entre el corazón y la naturaleza, de donde resultaba la felicidad infinita que gozaba, y de la cual, las felicidades devoradas hasta entonces no eran más que un anuncio. Con la ventana cerrada y la cortina corrida, hubiera amado á su marido tanto como le amaba, hubiera estado más sola con él, pero no habría sido tan dichosa como lo era en aquel momento.

Dulces lágrimas se desprendían de los ojos

de la joven, que no advertía eran ellas la causa de que el cielo le pareciese más hermoso, más cristalino, más límpido que de ordinario en la transparencia azul de su éter. Apoyando su cabeza en el hombro de Allán, había querido hablarle, y le había dicho en voz baja:

—¡Déjame así!

No se movía, no pensaba; no tenía deseo alguno: la felicidad la igualaba á esas mujeres en que todo es sensibilidad.

Adorable noche de bodas, si hubiese podido transcurrir toda del mismo modo.

Pero Allán no conocía hacía algún tiempo más que las embriagueces del amor, y el casamiento no había hecho florecer de nuevo en su corazón, como en el de Camila, la felicidad de los primeros instantes del amor. En vano la naturaleza le había dotado de un alma de poeta. Permanecía silencioso como Camila, pero sufriendo. Pensaba en aquella otra mujer, que sin duda contaría las horas en la soledad y en el insomnio. Piedad ó pesar, no veía en sí más que confusión, y se preguntaba si habría quedado mal apagado su primer amor. En vano se decía que quería amar á su mujer. Estas cosas insensatas no se dicen más que cuando el amor ha cesado ó está próximo á dejar de existir. La idea de la felicidad encontrada por

ella, y que tenía miedo de turbar, aumentaba su suplicio. Para librarse de él, y después de muchos movimientos, hasta entonces inútiles, llamó en su auxilio á la voluptuosidad, y trató de calentar sus labios, fríos aún del contacto de los de Iseult, aplicándolos al cuello sedoso de su mujer, que brillaba á la pálida claridad de la luna.

—¡Eres tú! (dijo Camila enlazándole el cuello tiernamente con sus brazos.) ¡Eres tú! ¡Y para toda la vida!....

Y era tanta su dicha, que no tuvo fuerza ni aun para concluir la caricia, aproximando su rostro al de Allán.

¿No era un sacrilegio arrebatar á las puras regiones de la fantasía y de sus inefables goces á aquella mujer, para hacerla vivir la vida terrestre de las pasiones, momentáneamente abandonada? Pero quería olvidarse de sí mismo y ahuyentar algo que le atormentaba en su interior.

Mas el pensamiento que le acosaba era superior á todos sus esfuerzos, y aquella joven no era solamente su esposa de la mañana, la mujer deseada mucho tiempo y obtenida por fin, era una mujer sin misterio, que no tenía más que su amor, tan grande cuando una mujer se ha entregado, y que es el último resto que le queda, último don que el hombre re-

chaza con desprecio. Así, la caricia prodigada no hacía olvidar al desgraciado el sufrimiento que trataba de desechar.

Quejábase de sí mismo y de su destino, porque aquella magnífica mujer, sentada sobre sus rodillas, y cuyas caderas redondas y voluptuosas abrazaba con ardor, no le causase las emociones que le producía en otro tiempo y de que tan necesitado se hallaba entonces. Y ella no veía en el arrebato de su marido lo que ocultaba, engañándose en el fondo de su alma; se abandonaba á sus caricias más y más, á cada momento. Después, como era apasionada, naturalmente hizo bien pronto otra cosa que abandonarse. Se cambiaron los papeles; Allán, vencido por las resistencias de su corazón, comprendió que Camila, en otro tiempo tan potente, no era sino una mujer vulgar. El marido quedó, mas el amante se desvaneció completamente.

—¡Qué fríos están tus labios, lo mismo que tus cabellos! (dijo Camila). Sin duda el aire y el fresco de la noche.

Y luego en voz baja, ruborizándose, añadió una palabra dulce en la intimidad de dos almas, pero que es casi inmunda cuando la oye alguno más:

—¡Acostémonos!

Se levantó de sobre las rodillas de su ma-

rido, dirigiéndose hacia el espejo para hacer su peinado de cama. Su vestido de desposada cayó á sus piés en un abrir y cerrar de ojos. Apareció exuberante, cubierta tan sólo con la enagua y el corsé, coraza estrecha y graciosa que bien pronto desató. Allán, á tres pasos de ella, la contemplaba embebido. Á cada velo que caía, aparecía una nueva belleza, un brazo enteramente desnudo, un hombro que escapaba por los pliegues ya deshechos de una última túnica; un abultamiento, lo más manifiesto del seno. Él la contemplaba maquinalmente, como contempla el hombre hastiado, con mirada vaga y fría, la copa que sació su sed, y que, ya vacía, no quiere romper aún.

. . . . . .

. . . . . .

Sin embargo, la tristeza sombría que se encontraba, en el fondo de las caricias del joven, no era advertida por su mujer, y aquella noche de bodas no fué amarga sino para él, pues los instintos de desconfianza se habían dormido en ella, y la emoción no les dejaba tiempo para despertarse; pero otra cualquiera, en el rostro de Allán, visible á medias por la escasa luz de la lámpara de noche, hubiese conocido las angustias que le torturaban.

Aquella noche le pareció interminable, viendo, además, la insoportable perspectiva de que

todas habían de ser parecidas en lo sucesivo, como un suplicio eterno. ¿Y qué podía esperar? ¿Que su mujer se durmiera? Inútil ilusión, puesto que el despertar había de traer consigo este irrevocable tormento, renovado sin cesar.

Esta noche de novios sólo para él ofrecía amarguras. Los instintos desconfiados de la vida se hallaban adormecidos, y la emoción no les daba tiempo de despertar. Para cualquiera otra, la expresión de Allán, á la media luz de la lamparilla, hubiera revelado las angustias que ahogaba el joven penosamente. Ella, con los ojos medio cerrados, desfallecida de amor, con la cabeza fuera de la almohada, hacía respirar á Allán los enervantes aromas de su cuerpo. El desgraciado mordió más de una vez, con la rabia del deseo engañado, aquellos hombros; felizmente la boca no depositaba en las carnes su horrible secreto, y al siguiente día, Camila no debía ver en aquellas mordeduras otra cosa que la huella de una noche de amor voluptuoso.

¡Feliz Camila! No venía el sueño á turbar sus goces, y las horas corrían tanto más rápidas y llenas de placer para ella, cuanto lentas y vacías de todo atractivo pasaban para Allán. Él maldecía aquella naturaleza tan fuerte, que resistía á la fatiga de los transportes y

del insomnio; hubiera querido que durmiera, para encontrarse libre y respirar á sus anchas. Cuando los ojos de Camila, velados al presente tanto como de ordinario, se mostraban brillantes, levantaban sus negras pestañas y aparecían cargados de ardiente languidez, contemplando á su marido un momento para cerrarse de nuevo, Allán temblaba que leyeran en el fondo de su alma. Hubo un momento en que apagó la lamparilla que proyectaba su luz sobre el lecho y alumbraba, el grupo formado por aquellos dos seres; todo desapareció en la oscuridad.

Al fin, cuando empezaba á apuntar el día, Camila quedó rendida por el cansancio.

Contemplóla Allán á los primeros rayos de la aurora, viendo que cerraba los ojos pesadamente, y que por grados iba perdiendo el conocimiento. ¡ Espectáculo delicioso para el que ama! Mas él no gozó mucho tiempo de esta idólatra contemplación. Espiaba el momento en que sin despertarla podía desprenderse de los lazos que le rodeaban; y cuando vió dormida á Camila completamente, separó con dulzura aquellos brazos tan fuertes para retenerle, y en los que la presión del cuerpo, que había gravitado encima, los hiciera adquirir en muchos puntos señales ardientes. Abandonó furtivamente el lecho, del mismo modo que

lo hubiera hecho si no fuera suyo; vistióse apresuradamente, y fué á sentarse al lado de la chimenea. Cogió un libro para sacudir su abstracción, pero no consiguió leer una sola palabra, permaneciendo ensimismado.

Ya estaba el día muy avanzado, cuando Camila despertó. Antes de abrir los ojos hizo un movimiento como para buscar al que debía descansar á su lado; y no encontrándole, sentóse en el lecho asustada y con los ojos desmesuradamente abiertos; mas antes de que hubiera llamado á Allán, le apercibió desfallecido y pálido junto á la chimenea.

—¿Por qué estás ahí?—le preguntó con inquietud.

Él, por toda razón, la dijo que habiéndose sentido algo indispuesto, se había levantado sin querer turbar el sueño de que ella gozaba desde tan poco tiempo.

—Pero ahora me siento bien,—añadió.

—¡Ven á abrazarme entonces!—le dijo Camila volviendo á caer blandamente sobre el lecho.

Él cumplió su deseo; pero en sus labios estampó un beso tan frío como su corazón.

¿Tenía para Camila este primer «buenos días» de su existencia nueva, la fuerza de la ilusión? Aun cuando así fuese, estuvo triste

todo el día siguiente al de su matrimonio, sin saber por qué.... Solamente recordó más de una vez las palomas que habían huído de las ventanas de la iglesia antes de concluir la ceremonia, deduciendo de aquel hecho un presagio funesto.

XVI.

¿Quién es el que, habiendo vivido la vida del corazón, no ha experimentado que en los sentimientos que más le han hecho sufrir, ha habido algunas veces interrupciones singulares, una especie de *renovación* de la felicidad imprevista é inexplicable?.... Camila lo experimentó el día en que sus celos se habían desvanecido ante la palabra franca y compasiva de su madre, durando esta sensación hasta el de su casamiento. La mano que le oprimía el corazón había soltado su presa, y se había dilatado una vez más; pero fué la última.

Á la mañana siguiente al día de sus esponsales había sentido una tristeza indefinible, y aquella tristeza no la abandonó ya, por más que no pudiera explicársela, pues su marido no daba motivo para dirigirle el menor reproche. En el tiempo en que estaba celosa, suponía motivos para su frialdad, pero ahora no podía encontrarlos.

Por otra parte, aunque continuase siempre con su carácter melancólico, era más expansivo y menos irritable desde su casamiento.

Considerando el matrimonio como se le considera en el siglo XIX por el mundo elegante, el de Camila y Allán era lo que debía ser. El marido era, como se dice, *perfecto* para su mujer; todos los modales, todas las delicadezas, todas las atenciones que proceden, tanto del corazón como del espíritu, todos se los prodigaba.—Apresurémonos á decir que eran en mayor número cuando la Condesa no estaba presente;—pero cuando, por casualidad, se hallaba á la vista, no tenía ni uno solo de esos agradables abandonos que en la vida doméstica son tan tiernos, cuando se tienen ante los ojos de la madre de la mujer que se ama.

¿Sabía Iseult por qué la felicidad de ser la mujer de Allán pusiera triste á su hija?.... Por lo menos, no lo preguntaba. Las almas superiores se entienden entre sí, aun cuando se alejen, y Camila debió aprender semejante cuestión: reconocía que no era dichosa, como lo había sido, y como creía serlo después de casada. Pero aunque hubiera tenido motivos, que no tenía ninguno en realidad, para quejarse de su marido á su madre, no se los habría confiado. Cuando una mujer joven acusa á su marido en sus confidencias con su

madre, ó es un alma sin nobleza, ó es que no le ama ya.

Y Camila seguía amando siempre al suyo. No tenía, como él, esa grande imaginación, que no es otra cosa que una eterna inquietud, y tal vez tropezaba con la imposibilidad de amar mucho tiempo á un ser finito. Su sentimiento era tanto más profundo, cuanto que era poco extenso, y no tenía ni una idea que no se refiriese á ese sentimiento.

Como la mayor parte de las mujeres que aman, todo lo que no se refería á su corazón la causaba tedio, y aun los libros en que hubiera hallado la expresión de sentimientos análogos al suyo, no le parecían más que distracciones insípidas. Ahora bien: si el sentimiento del cual lo aguardaba todo en el mundo, no la hacía dichosa, ¿cuál podría ser en adelante su recurso?....

No tenía ninguno. Estaba casada, y su carrera se hallaba cumplida. Se había unido con el hombre que amaba (y que la amaba también, ó al menos tal creía), y que le extendía bajo los piés su manto de terciopelo, como á la reina de su vida. Acusaba de injustas sus largas y vagas tristezas, culpando de ellas á su carácter. Aquella alma apasionada hubiera querido gozar una caricia eterna, y sentía vergüenza de este deseo. ¡Cuántas veces, des-

fallecida de ardor y de vergüenza, apoyaba su cabeza sobre los hombros de Allán, sin decirle una palabra!

Nunca le preguntaba por qué estaba triste, pues tenía miedo de que le respondiera: «¿y por qué lo estás tú?....», dejándola confundida. Sin embargo, cada día se acentuaba más su malestar, y acabó por confesarse que era desgraciada: aquel día lloró amargamente, como si hubiese hecho un terrible descubrimiento.

¡Ah! ¡Más digno de lástima todavía era Allán! La voluptuosidad le vendía, lo mismo que el amor. Hasta entonces todas las caricias con que había encubierto la verdad de su alma eran verdaderas; pero ahora no, y se entregaba á ellas á sangre fría; y si doblegaba su orgullo tantas veces humillado, después de todo era ante la mujer que había amado y que había jurado ante Dios hacer dichosa; la mujer que valía más que él. Pero la generosidad no puede ser duradera cuando es preciso fingir. Y, por otra parte, ¿de qué sirve? Camila no se dejaba engañar más que en la apariencia, pues cuando dos existencias están unidas y se ama, no es posible ser engañados por mucho tiempo.

Ahora que Allán se separaba cada vez más de su mujer, su pensamiento se volvía involuntariamente, como la noche de boda, hacia

el tiempo en que había amado á Iseult. Colocado entre las dos mujeres, sentía que el vacío le oprimía en medio de ellas. La Condesa tampoco le interrogaba. Hacía cada uno de los tres su vida aparte, conociendo que todos los lazos de familia que los unían tenían una rotura imperceptible y secreta.

Nada de extrañar era que hubiera menos movimiento que nunca en el sombrío castillo de los Sauces. Palabras dulces y amistosas dichas con tono frío y mentiroso, un embarazo casi visible, miedo de herir: estas eran las relaciones de todos los días, y los días transcurrían lentamente unos tras otros, sin traer ninguno el más mínimo cambio.

Terribles eran las interminables veladas en el salón, que Allán pasaba midiéndole melancólicamente en todas direcciones con paso mesurado é igual; la señora de Scudemor alisándose sus cabellos sobre la pálida y descarnada sien, y Camila con los ojos bajos, aparentando fijarlos en su costura, para ocultar la huella inflamada de las lágrimas que había derramado durante el día, á pesar de que hubiera podido mostrarlas, sin temor de que nadie le preguntase la causa.

Una noche estaban las ventanas abiertas para dejar paso á los últimos perfumes del crepúsculo y escuchar los últimos ruídos del día;

la señora de Scudemor, que se aproximaba al término de su embarazo, sufría en extremo y se hallaba más débil que nunca, echada en su sofá; Camila se sentía más desgraciada también que nunca, pues á pesar de todos sus esfuerzos, comenzaba á sentir la frialdad de su marido en la vida íntima de los esposos, y Allán se encontraba en un estado indecible de cansancio y de desesperación. Había cobrado horror al vacío de su alma, y deseaba algo con que llenarle, sin que para conseguirlo hubiera retrocedido ante el crimen, pues hasta encontraba preferible el remordimiento. Ambas mujeres se hallaban abatidas por su culpa; pero la que más padecía, á pesar de su juventud, la más marchita, á pesar de todos los esplendores de su belleza, era Camila, porque amaba á su esposo, y él, sabiéndolo, se mostraba indiferente.

El salón estaba sumido en una oscuridad casi completa, y apenas se podía distinguir á la Condesa acostada en el sofá, algo más lejos á Camila sentada, y Allán, que pasaba y repasaba entre ellas, sumido en un lúgubre silencio. La escasa luz que se desprendía de una luna roja, como una cabeza cortada que se moviera lentamente en un rincón del cielo, se extendía sobre el pantano; pero sus casi sangrientos reflejos no llegaban al salón, perdiéndose en los jazmines de las ventanas, á través

de los cuales se la veía brillar siniestra en el brumoso horizonte. El único ruído que se oía era la queja del chorlito, repetida con pequeños intervalos en el silencio de la noche, armonía triste y resignada, pero demasiado melancólica y dolorosa.

Hacía algunos días que Camila había tenido el pensamiento, que jamás se ocurrirá á una mujer tierna y apasionada, de que tal vez había demostrado demasiado amor á Allán, y que para exaltar el afecto de su marido debería velar más el suyo. Pobre coqueta, por desesperación, se había encerrado en sí misma con mucho trabajo; pero él no había hecho el menor caso de aquel cambio en las maneras de su mujer, con tanto más motivo, cuanto que todo lo que le apartaba de ella le consolaba demasiado para arriesgarse á pedir una explicación que pudiera hacer cesar el alejamiento que le libraba de su presencia.

La desgraciada Camila, que se había impuesto aquel tormento para conseguir que su marido le dirigiese una palabra tierna y se ocupase de ella un poco más, había perdido todo el fruto de sus crueles esfuerzos.

—¡No ha advertido nada! (se dijo.) ¡Debo convencerme de que ya no me ama!....

Y las lágrimas que afluían á sus ojos parecía que la desgarraban el corazón.

Aquella noche fué la primera vez que desde su casamiento había entrado su marido en el salón sin ir á darle un beso, y aquella simple circunstancia la sumió en una verdadera desesperación. Cuando un vaso está lleno hasta los bordes, el roce del ala de una mosca basta para hacerle derramar.

En un principio sólo fué un dolor físico lo que sintió en el corazón; pero los ojos permanecieron secos; después asomaron á ellos dos lágrimas ardientes, y luego, como aquel estado de excitación le hubiera causado la muerte á durar mucho tiempo, estalló en sollozos con tal violencia, que se vió obligada, para no venderse, á salir del salón y retirarse á su cuarto, donde pudo entregarse libremente á su dolor.

Allán continuó paseándose con la misma monotonía, y la Condesa permaneció en su indiferente actitud. El primero no había visto ni oído nada: en aquel momento tenía en el corazón un infierno, el infierno de los apasionados que, careciendo de pasión, anhelan una. Solamente notó con alegría, cuando hubo salido su mujer, que su huída le dejaba libre, y un pensamiento impetuoso y criminal se apoderó de sus facultades, subyugando su voluntad.

Después de algunos minutos de silencio, se detuvo delante de la señora de Scudemor. Se

hallaba oculto en la sombra, pero su voz revelaba todo.

—¡Iseult! (dijo con esa voz que sale de lo profundo del pecho, y con ese acento sordo que tienen los hombres á quienes domina el terror de lo que van á hacer.) ¡Iseult!

—¿Qué queréis, hijo mío?—le respondió la Condesa.

—¿Y por qué (preguntó con voz sombría) me llamáis «vuestro hijo», puesto que soy el padre del vuestro?

—Porque (contestó con una nobleza indecible) nunca he podido daros otro nombre que ese.

—Tenéis razón,—dijo Allán.

Y cayó como agobiado en el sofá en que estaba sentado.

Después de un nuevo silencio y como avergonzado de sí mismo:

—¿Sufrís más esta noche que otras?—le preguntó.

—¡Ay, Allán! (le contestó con una entonación que jamás había usado para hablar de sí misma): no soy yo la que más sufre.

El joven comprendió, y cayó de nuevo en su lúgubre silencio.

Pero no era la piedad de Iseult hacia la que no estaba presente, ni tampoco la compasión divina la que podía detener el torrente de fu-

nestos pensamientos que arrastraba á Allán, martirizándole horriblemente.

Acercóse á la Condesa, y cogiéndola bruscamente por la cintura, que no resistió como en los tiempos pasados, sino que al esfuerzo se plegó, flácida y ajada, buscó en la oscuridad, con su boca, la de Iseult; pero ella había vuelto la cara, y el beso se perdió en los cabellos. No concluyó de darle, pues antes que hubiera podido hacerlo, había conocido que aquellos vanos arranques eran una espantosa ironía, una abominable impotencia, y que sus grandes pesares nada tenían de deseos.

Su última tentativa para salir del vacío, aun haciéndose criminal, había abortado, y temiendo la indignación de Iseult, que se había resistido, huyó y corrió á encerrarse en la biblioteca, donde estaba seguro de no ser sorprendido.

Allí permaneció largo tiempo, presa de la rabia de un hombre que se desespera de su impotencia, sin tener conciencia de su estado ni del tiempo que transcurría, ni aun advertir que estaba á oscuras. De repente la puerta se abrió.... Era Camila, en peinador y con una bujía en la mano, graciosa y triste como Psiquis, porque Psiquis es la representación del alma humana, de los dolores de la vida.

—Allán (le dijo, sin mirarle con sus ojos

hinchados y violáceos, y no atreviéndose á tutearle), hace ya tres horas que os espero. Creía que estábais en el salón con mi madre; pero hace ya mucho tiempo que está acostada, y todo el mundo duerme. He corrido todo el castillo por saber dónde estábais. ¿No os importa nada que yo me inquiete?

Y aquella mujer tan violenta se había vuelto dulce.

—¿Y por qué razón inquietarse?—repuso él con dureza, á pesar de que intentaba reprimir su cólera.

Ella le replicó con una dulzura angelical:

—¡Porque no veníais!

Palabra llena de reproches, que él no comprendió. No se daba cuenta de que pudiera inquietarse por una cosa tan sencilla como su ausencia.

—Calmad vuestros temores de niña (dijo con grosería), y subid á vuestro cuarto; dentro de breves momentos me uniré á vos.

—Cuando queráis, amigo mío (respondió). Sois el amo. Perdonadme el que me haya atrevido á bajar....

Y salió lentamente, dejando la luz sobre la mesa.

Su marido se enterneció al ver aquella resignación.

—Camila (le dijo, cuando se alejaba): ¿os vais sin darme las buenas noches?

La joven le presentó la frente como una niña, y respondió, conteniendo las lágrimas con mucho trabajo:

—No creáis que me haya dormido cuando vengáis.

Pero estos rápidos enternecimientos no cambiaban en nada el estado del alma de Allán; antes por el contrario, aumentaban su agonía, recordándole que se había encargado de aquella criatura, y no tenía ni fuerza ni voluntad para hacerla feliz, como prometiera.

—Todas estas cobardías é infamias me abruman (se dijo). Es preciso que lo confiese todo á la Condesa.

Y se puso á escribir febrilmente, buscando, como todas las almas que el dolor agobia, un alivio por medio de sus confesiones.

He aquí lo que le decía en aquella horrible carta:

«¡No tengo miedo de ser demasiado duro con Camila, cuando la pobre me ama tanto! No tengo miedo á su desesperación. No tengo miedo más que á tu desprecio, Iseult. Eso es lo que me impide matarme. Tú, que has sufrido tanto como yo, y que no eres más que una mujer; tú, que hubieras podido, vertiendo algunas gotas de láudano en una cucharilla, dormirte

muellemente en tu almohada de batista una de aquellas noches en que estabas abrumada por tan crueles dolores, para no despertar al día siguiente, y no lo has hecho, tendrías derecho para despreciarme si me matara. Tú eres todo mi orgullo, Iseult, y jamás tendré orgullo sino por ti.

»Te comprendo ahora, Iseult. Comprendo lo horrible que es no amar ya.... No me parecías más que una mujer desgraciada; pero ahora sé hasta qué extremo lo eres. Me lo ha enseñado la experiencia mejor que tus palabras. Sufrir, cuando se ama, es dulce y bueno.... porque es la felicidad del mártir; pero sufrir por no amar, es la mayor desgracia de la vida. Desgracia terrible, porque se muere de amor, pero no se muere de indiferencia.

»¿Te ha ocurrido lo mismo que á mí, Iseult? ¿Has querido volver á amar, y has conocido tu impotencia para ello? ¿Puede esto ser un estado pasajero? Tú eres fría como la muerte; pero dime: ¿es así como te ha dejado tu último amor?.... Antes de llegar á esa insensibilidad de la tumba, ¿has deseado amar, y lo has deseado en vano?

»¡Esto no me lo has dicho nunca! Ser inerte, pero existir, es sufrir, y ya es algo; pero *no querer* ser inerte, defenderse contra el mármol, que va subiendo y oprime el pecho, y

conocer que el mármol es más fuerte que la vida, aunque no tenga fuerza suficiente para arrebatarla, ¿has sufrido tú eso por casualidad?....

»Si lo has sufrido, Iseult, no tenías necesidad de defenderte contra mí, como lo has hecho hace dos horas, y desmintiendo tu experiencia. Te has dejado dominar del miedo como una mujer vulgar; no sé qué instinto escéptico y brutal ha venido repentinamente á conmoverte.

»Tú que no puedes ser manchada; tú que sabes que sólo el alma es la que puede serlo, ¿qué es lo que tenías? ¿No te creías bastante dueña de ti?.... Ya has visto que mis brazos no han podido concluir de estrecharte, ni mi boca ha llegado á rozar tus cabellos. Tú no eres ya nada para mí, ni aun una mujer. Y si lo sabías, ¿por qué temblabas?

»¡Ah! Yo esperaba.... yo esperaba que todo no hubiera terminado. ¡He pensado tanto en ti estando en los brazos de Camila! Le había sido tantas veces infiel con tu recuerdo, que creí encontrar alguna de las emociones del pasado cerca de ti. Pero no; ¡corazón y destino son inflexibles! Yo deseaba el incesto, y ni mi corazón ni mis sentidos han tenido fuerza para consumarle.

»Iseult, estoy cansado de tu hija. Me ator-

menta el verla respirar á mi lado por la noche, y me fatiga el torturarle el alma por el día. Y ¡ay! este cansancio es vano. No puedo renunciar á mi oficio de verdugo, no puedo dejar de atormentarla. Su belleza no le ha servido de nada. Y, sin embargo, debes acordarte, Iseult; en otro tiempo yo amaba todo lo que tenías de bello.

» Hoy no te pareces en nada á la Iseult de entonces. No me has amado; sufres; eres vieja; estás á punto de dar á luz, y yo te amo más que á tu hija. ¿Por qué razón en el horror de mi anonadamiento he vuelto á ti al dejar á tu hija? ¡Ah, qué miserables somos! ¡Ni aun sabemos siquiera engañarnos!

» Me parece que mis recuerdos eran de fuego....; era de noche, y ni aun te veía, Iseult: ni mis imbéciles sentidos podían asustarse....

» ¡Oh! Si hubiese sido de día, si nos hubiéramos visto; nosotros, los sabios en materias del corazón, los conocedores de sus límites incomprensibles.... ¡cuánto nos hubiéramos reído de la figura que hacíamos!.... »

XVII.

Aquella carta calmó un poco á Allán.

Habíase comparado con aquella cuyo inmenso infortunio respetara tanto tiempo, y aquella comparación le hizo algún bien. ¡Triste vanidad la suya! Tuvo orgullo del golpe con que la hería. Antes de caer tan bajo, tenía un horror mortal á su sufrimiento; ahora le parecía más poética, y lo era en efecto. El lado poético de los dolores humanos es el lado de lo infinito.

Pero al engrandecerse hasta llegar al nivel de Iseult de Scudemor, al arrojar sobre su situación, maldecida por tanto tiempo y al fin aceptada, una mirada concéntrica de orgullo, lo poco que restaba de generosidad en sus relaciones con Camila desapareció. Si había sido duro con su mujer, cesó de serlo. ¡Los indiferentes son tan dulces! Y esto fué todavía más cruel para ella.

Las últimas lágrimas que vertió, las derramó con Camila un día que daban un paseo

silencioso. Aquel día lloraron los dos, y ni uno ni otro se preguntaron la razón de aquellas lágrimas, y ningún beso las enjugó, no tratando tampoco de ocultárselas: toda pregunta era inútil. Se habían amado, tenían veinte años, y no había transcurrido desde su matrimonio un mes; pero ¿cuál de los dos era más desgraciado? ¿La que sabía que ya no era amada, ó el que conocía que ya no podía amar?....

Pero Allán no podía desprenderse tan pronto de la parte sensible que le quedaba de vida, y quería intentarlo todo, ya que no podía resucitar el amor.

Una tarde que estaba sólo con Iseult, lo que acontecía con mucha frecuencia, pues él se olvidaba de su mujer, y ésta bajaba muy pocas veces al salón, dijo á la Condesa:

—Seamos amigos por el pensamiento, ya que no podemos serlo por el corazón. Atravesemos el desierto de la vida solitarios, sin pedirle nada de lo que no nos ha dado. Juzguémosla sin reprocharla nuestras esperanzas perdidas. Yo quiero aceptar, como tú, ese desprendimiento de todo que se ha verificado más pronto y más completo en nosotros que en el resto de los hombres. Marchemos como dos hermanos de armas en medio de la batalla de la vida, armados con el frío acero de nuestras corazas, templadas en la agonía del dolor, y

permanezcamos amigos y camaradas de la misma desgracia.... ¿Lo quieres, Iseult?

»Que yo te haya amado, que tú hayas sido para mí lo que el mundo llama una querida, ¿qué importa? ¿Qué importa tampoco que tú seas la madre de Camila? Dominemos esos lazos rotos que nuestras almas no han podido sufrir. Dejemos á otros, más dichosos que nosotros, el respeto de la familia y la religión de los recuerdos. El amor nos ha abandonado arrancándonos lo que deja á otros cuando los abandona como á nosotros. ¿No sabrías tú ser algo de más ó de menos que lo que has sido para mí en otro tiempo?.... ¿No hay entre el hombre y la mujer más que las relaciones que existen entre dos amantes? ¿No hay algo más grande y más hermoso? ¿No podrías ser mi hermana por el pensamiento, como yo lo soy tuyo por el dolor?....

»Firmemos este pacto de alianza, y demos ese ejemplo al mundo. Es bastante estúpido, y se admirará; pero su asombro sería mayor si supiera á qué amor sucedía esta intimidad, más elevada y más rara que el cariño. No sería extraño que la calumniaran. El hombre es tan profundamente vil, que convierte en bajezas todas las acciones que no están á su alcance, porque de esa manera está siempre seguro de comprenderlas. Pero nosotros, insultados por

el mundo, nos estrecharíamos más uno contra otro, demasiado orgullosos y sobrado fuertes para ni aun darnos aire de mártires cuando todos los dedos nos señalaran con desprecio.»

Pero á aquel joven tan enamorado de la fuerza (la cosa más bella que hay en el mundo después de la virtud); á aquella imaginación poética que tan ambiciosamente hablaba de dar al mundo un magnífico espectáculo, envolviéndose en el dolor y en los gritos de la multitud, contestaba la mujer abatida:

—Lo que me proponéis, Allán, ya no es posible: no; ni aun eso, Allán; ni aun eso. Os imagináis que eso sería más bello que el amor, y lo que ese incomprensible sentimiento sería, creedme, es el deseo de los sentidos, ese deseo insensato que domina muchas veces nuestras mayores desesperaciones. Y, por otra parte, ser hermano y hermana, como queréis, sería amarse en algún modo, hijo mío, y yo no podría. Vos sois joven, tenéis vuestras facultades activas y frescas; las mías están enervadas, y no podrían elevarse á la sublime altura que soñáis. Tenéis razón, sin embargo: hay algo de imponente y de sincero en la conducta de las que dicen al mundo en voz alta: «He sido la querida de este hombre, y el dejar de serlo no nos ha separado. No hemos hecho como los que se deslizan fugitivos y temerosos en la

sombra, enjugando sus bocas con mano trémula, como si en ellas hubiera quedado alguna mancha vengadora ó vergonzosa.» ¡Ay! Ese papel que en otra época me hubiera tentado, ahora no me conviene. Habéis exagerado siempre mis condiciones, Allán; pero al fin acabaréis por conocerme tal como soy.

De esta manera la Condesa rehusaba todo, porque no era capaz de nada. El último entusiasmo del hombre (el entusiasmo del orgullo) se estrellaba contra la realidad de su infortunio.

Llegado á aquel punto, el joven tuvo tentaciones de despreciarla; pero no se encontró con valor suficiente para ello: aquella cabeza siempre pronta al sacrificio se le imponía.

Pero el desprecio de Allán debía alcanzar más tarde á la desgraciada Iseult, para completar el inmenso cúmulo de amarguras que habían envenenado su destino, y demostrar una vez más la ingratitud nativa é imperecedera del corazón humano.

XVIII.

Una noche de estío, en que el calor tempestuoso agobiaba el cuerpo, convirtiendo el sueño en un estado próximo á la apoplejía, se levantó Allán en medio de la oscuridad, y trató de asegurarse de que Camila estaba durmiendo; pues muchas veces la había sorprendido llorando en silencio, cuando él la creía entregada al sueño; para asegurarse la llamó con precaución muchas veces, y ya convencido, se vistió apresuradamente, y salió del cuarto.

Miró maquinalmente á través de la vidriera, y vió el cielo de color de cobre, cubierto de nubes espesas, que de cuando en cuando surcaba un pálido relámpago, seguido de un trueno sordo y lejano. Los sauces del campo estaban inmóviles, y no se oía más ruído que el de la tempestad lejana. Era una noche terrible y llena de inquietudes para Allán; pues si se acercaba la tormenta, podía su estruendo despertar muy fácilmente á su mujer.

Para evitar esa contingencia, arregló las

almohadas, de modo que interceptaran todos los ruídos exteriores, y aunque corría el riesgo de sofocarla, y ya corría por su frente un sudor copioso, no vaciló, y prosiguió su arreglo, bajando las cortinas del lecho y de las ventanas, para impedir que el resplandor de los relámpagos llegara hasta ella.

Después salió, andando de puntillas. Muchas veces había cruzado las galerías, ocultándose como un criminal, y estremeciéndose al menor ruído; pero el estado actual de su alma no se parecía en nada al de aquellos tiempos pasados.... Llegó á la misma puerta, que tantas veces había abierto á aquella hora, y entró en la habitación de la Condesa.

Ésta estaba acostada en su lecho, con un chal anudado descuidadamente alrededor de la cabeza, que pendía fuera de las almohadas, á pesar de sus esfuerzos para levantarla.

—¿Cómo estás?—le dijo asustado, ayudándola á sostenerse.

—¿Cómo? (contestó.) Hace cuatro horas que sufro los dolores más atroces, y lo de menos es sufrir; pero temo por la vida de este niño, y es preciso que vayáis á buscar un médico.

—¡Un médico!—exclamó el joven con admiración indecible.

—Sí, un médico, amigo mío. Sufro tanto,

que me parece va á ser necesario ayudarme para conseguir mi alumbramiento. Con esto no habíamos contado, ni vos ni yo; pero debemos obrar como si estuviésemos dispuestos para ello. En el pueblo cercano hay un facultativo, á quien todos elogian, y es un hombre sencillo y amable. No tardéis en irle á buscar, y traédmele pronta y secretamente.

Allán se dispuso á obedecer, sin decir el pensamiento que le preocupaba; pero Iseult le adivinó con solo mirarle.

—¡Vamos! (dijo.) ¿Ya os ha abandonado toda vuestra filosofía? ¿Qué se ha hecho de todos aquellos discursos tan valientes que pronunciabais la otra tarde? ¿Á qué viene esa turbación? ¿Qué me importan los juicios de los hombres? ¿Creéis, amigo mío, que yo me cuido de la opinión de nadie en este mundo?

—En vos nada puede admirarme,—respondió Allán.

Y después de haberle besado la mano fría que le tendió, salió de la habitación con las mismas precauciones que había entrado.

Era una cosa imponente el alma de aquella mujer, tan atormentada por el dolor durante las largas horas de la noche, que no exhalaba una sola queja en su soledad.

Nadie tenía á su lado que pudiera darle los cuidados que su estado exigía. ¡Abandonada

de Dios y de los hombres! Y si una de las mujeres que estaban á su servicio hubiera entrado por casualidad creyendo que *la señora había llamado*, se hubiera envuelto mejor en la sábana, y obligando á sus facciones á mostrarse indiferentes, le hubiera dicho con tranquilidad: «No necesito nada, retiráos.»

De cuando en cuando respiraba un frasco de sales que tenía en la mesa de noche, para no perder del todo el conocimiento.

El trueno extendía cada vez más su voz sorda y poderosa, y los relámpagos, que se sucedían con extremada rapidez, cubrían la luz débil de la lamparilla, arrojando un resplandor fosfórico sobre aquella cabeza tan pálida, en que no se conocía la vida más que por las señales del sufrimiento.

Allán volvió al cabo de media hora con el médico, al que con sumo trabajo había guiado en medio de la oscuridad por las escaleras y galerías.

Aquel buen hombre se había admirado grandemente al ver al señor de Cyntry ir á buscarle en persona á semejante hora; pero guardando en medio de su timidez el sentimiento de las conveniencias, habíale seguido sin aventurar una pregunta.

La manera furtiva de introducirle en el castillo le demostraba que se había contado con

su discreción; pero su asombro no tuvo límites cuando se acercó al lecho de la condesa de Scudemor, y cuando el joven le dijo, sufriendo por ella solamente:

—Esta es la enferma, señor.

Iseult, al oir su voz, abrió pesadamente los ojos, cuya mirada era vaga, y volviéndolos hacia el médico, le dijo:

—Señor, he vuelto embarazada de Italia, y he debido ocultar mi estado á mi hija. Mi yerno, el señor de Cyntry, y vos, á quien he hecho llamar, son los únicos que conocen mi secreto.

Y su modo de decir tan sencillo era tan imponente al mismo tiempo, que ante su mirada el médico bajó los ojos. Había en Iseult un espíritu tan elevado, que en su presencia nadie se atrevía á mostrar el menor desprecio: con una palabra, con un gesto, con una mirada, se colocaba instantáneamente por encima de todas las murmuraciones.

Las previsiones de la señora de Scudemor no habían salido fallidas; el parto amenazaba ser peligroso en extremo, siendo preciso emplear el forceps.

Un estremecimiento nervioso se apoderó de Allán, que estaba apoyado en una de las columnas de la cama, y miraba á Iseult presa de las más violentas crispaciones, cuando vió

al médico con el instrumento en la mano, y creyó sentir la presión.

La Condesa, que conoció la causa de su movimiento, le dijo con su habitual sonrisa:

—Allán, volved al lado de vuestra mujer; temo que se despierte. Estando el señor, no me hacéis falta por ahora.

Pero el joven se resistió á abandonarla, y hasta quiso sostenerla durante la cruel operación, haciéndole con su pecho un cojín para que apoyase la cabeza, tan bella y tan amada en otro tiempo, desconocida entonces por la vejez y por las angustias que la desfiguraban. Él era el causante de los dolores que sufría, y cada dolor le valía un remordimiento.

La tempestad había llegado á su mayor grado de intensidad, y el trueno estallaba con un estrépito espantoso.... El cielo, entrevisto á través de la ventana, estaba completamente negro; el viento azotaba de una manera extraordinaria, y la lluvia caía á torrentes.

El tiempo corría con rapidez; las fuerzas de la Condesa se agotaban, y el niño no concluía de nacer; el médico, inclinado hasta tocar con su cabeza el seno de la señora, y tan pálido como ella, proseguía su trabajo con una especie de espanto al ver tanta resistencia, y atacaba cada vez con más energía el organismo rebelde....

—¿Y bien, señor?....—preguntaba de cuando en cuando Allán.

El médico no respondía ni levantaba la cabeza; solamente encogía los hombros, demostrando suma inquietud.

De repente se detuvo como herido por una idea súbita, sintiéndose abatido, y procurando hablar sin que su voz fuera notada por la enferma.

—Os comprendo (dijo Allán): si es preciso tomar un partido extremo, no vaciléis; matad al hijo y salvad á la madre.

Pero Iseult se había incorporado entre las ropas sangrientas, donde yacía pálida é inanimada, mostrando fuerzas para decir:

—Yo soy, caballero, quien debe morir.

Y su acción era impetuosa, brillando en su mirada un relámpago fugitivo de alegría.

Después volvió á caer sin aliento, repitiendo otra vez:

—Yo, yo soy la que debe morir.

—Es el grito de una madre,—dijo á Allán el médico, engañado por aquella admirable energía en medio del abatimiento general de todas las fuerzas de la mujer.

¡Pobre hombre, que no veía más lejos que el sentimiento maternal, en lo que era el grito de la desgracia! En cuanto á Allán, aquellas palabras resumían toda la vida, y no tuvo va-

lor para oponerse á su deseo, no creyéndose con derecho para quitarle la última esperanza de libertad. Tal vez pensara también en su hijo. De todos modos, contestó al médico, que interrogaba con la mirada:

—¡Obedecedla!

Y se tapó la cara con las dos manos, lleno de espanto.

El médico se recogió un instante; y después, como cada momento perdido exponía dos vidas en lugar de una, empezó á maniobrar. Su trabajo duró mucho tiempo, hasta que al fin el niño salió del cuerpo de la madre en una ola de sangre.

Ésta se había desvanecido por completo. Allán, cuyas sensaciones eran inexplicables, recibió, con un aspecto que se esforzaba en hacer aparecer sereno, aquel niño que era su hijo, y que no se atrevía á acariciar. En una gran jofaina, en que el médico echó agua tibia, sumergió al niño, le lavó y le envolvió en una manta de seda que Iseult había dejado en el respaldo de un sillón, espiando si el médico se distraía, ocupado en la madre, para hacer la primer caricia á su hijo.

Sin embargo, la señora de Scudemor recobró poco á poco el conocimiento; y, apenas abrió los ojos, dijo al médico:

—¿Ha muerto el niño, puesto que yo vivo?....

—No, señora (respondió): el niño vive.

Y Allán, con los ojos llenos de lágrimas, le colocó en el lecho con su madre.

—Entonces (dijo la Condesa), vuestra habilidad ha sido mayor que vuestros temores.

Y al decir estas palabras, la expresión de su mirada estaba llena de tristeza.

—Señora (replicó el médico, que empezaba á ver la desesperación de una enorme desgracia donde había creído encontrar la ternura maternal); no me hagáis cargo alguno: he hecho lo mismo que me habíais dicho.

Iseult le dió las gracias con una sonrisa llena de encanto y de enternecimiento, como hacía tiempo no se veía en sus labios.

Cuando supo que estaba herida de muerte, y que ya no había esperanzas, respiró con más libertad.

Y el médico comprendió que no era la madre la que había querido morir.

XIX.

Comenzaba el día á apuntar, y la tempestad se había calmado. Una luz rosada invadía el cielo por el lado opuesto al oriente, que mostraba la mitad de su globo en el horizonte, y algunas nubes arrastradas por un viento fresco iban disipándose en lontananza, del mismo modo que una vez calmados los dolores, quedan siempre algunos suspiros que exhalar.

En el campo las espigas, guardando algunas gotas de agua, brillaban á los primeros rayos del sol, y formaban como un océano de luz que rielaba en las ondulaciones de sus olas. La naturaleza se asemejaba á una mujer al salir del baño, que tuerce su cabellera empapada en el agua en que ha estado sumergida.

Acostado Allán cerca de Camila, pensaba en Iseult, á quien se había visto precisado á dejar sola, para volver al lado de su mujer, que debía ignorar todo lo acontecido.

El médico, á quien había acompañado hasta la verja del castillo, le aseguró que la muerte

de la Condesa no era inminente, gracias á su fuerte naturaleza, y que su vida podría prolongarse aún algunos días, y esta consideración únicamente le decidió á dejarla y volver al cuarto de su mujer, que por una dichosa casualidad no se había despertado aún.

El descanso de que la enferma tenía tanta necesidad, después de tan violentas sacudidas, no fué más que la atonía de la fatiga. Cuando ya era día claro contempló con dulzura, si no tiernamente, al hijo colocado sobre su seno. Era una niña. Hubiera ella querido mejor que fuese un hijo, porque sabía que las mujeres más fuertes sucumben en el combate.

—Si tuviese la superstición de las bendiciones (le decía), te bendeciría, hija de mi alma, por haberme condenado á muerte con tu nacimiento.

Aquel día y los siguientes se supo en el Castillo que la Condesa estaba tan grave, que se veía obligada á guardar cama, y sus camareras hicieron el servicio en su cuarto: la misma Camila entró á verla varias veces, y nadie tuvo noticia de que un niño dormía, oculto por la colcha que cubría á la madre.

Cuando conocía Iseult que su hija iba á despertar, encontraba algún pretexto para alejar á las personas que había en la habitación, y su manera de vivir habitual, siempre seria y retraída, evitaba fácilmente las sospechas. El mé-

dico fué avisado oficialmente, y dijo á Camila que el estado de su madre era muy grave, aunque sin precisar la enfermedad.

Allán era el que permanecía más tiempo al lado de la enferma, obstinándose en no separarse de ella, con diferentes motivos, á pesar de que también le instaba para que la dejase sola. Y, en efecto, si Camila no hubiese estado completamente absorbida por el triste pensamiento de que su marido ya no la amaba, ¿qué hubiera pensado al verle sin cesar á la cabecera de su madre, que deseaba estar sola y que la despedía de su lado con tanta frecuencia?....

Pero Allán, que tanto había mentido, estaba ya cansado de la prudencia, y le importaba poco lo que debiera acontecer.

—Todo acaba al fin por decidirse,—dijo, y no retrocedió ante nada de lo que hasta entonces había mirado con espanto.

De buena gana se lo hubiera confiado todo á Camila; y si callaba y tomaba todavía algunas precauciones, era por miedo de profanar las relaciones que existían entre la hija y la madre; lo que es por él, no hubiera guardado contemplación alguna.

Sin embargo, como el estado en que se encontraba la Condesa ofrecía algunos peligros que el médico no había disimulado, y como podía tener necesidad, durante la noche, de algu-

no, Allán dijo á su mujer que él la velaría.

—Debo hacer por tu madre (le dijo) lo que tú harías si no estuvieras en una situación que reclama muchos cuidados.

Quería aludir á su embarazo, y no se atrevía á hablar de otro modo, y hablándola como hubiera podido hacerlo un extraño de buen gusto.

Camila, á quien todo era indiferente desde que había descubierto que su marido ya no la amaba, aparentó hallar la cosa muy natural, y no hizo la menor objeción. Tal vez la desventurada reflexionara que durante aquellas noches de soledad podía llorar más á sus anchas.

Mientras tanto su marido velaba á la enferma, no como un hombre, sino como una mujer llena de ternura; es verdad que de aquel modo podía gozar á su sabor de la dicha de acariciar á su hija, cuyo peso, cuando la tenía en sus rodillas, le aliviaba del de todas sus fatigas. La piedad que le inspiraba Iseult se desvanecía en las contemplaciones mudas é incesantes de la tierna criatura, olvidándose de la madre, que perdía el último sentimiento que inspirara al hombre que tanto la había amado, y más de una vez, al verle, desde el lecho en que se hallaba postrada, inclinarse sobre su hija dormida, debió ocurrírsele ese pensamiento, pero nunca le arrancó ni un suspiro.

La hija de Iseult rebosaba de vida : era de la fuerte raza de su madre.

—Á ti también (le dijo una noche, envolviéndola en su ropa); á ti también te alcanzará un día la desgracia.

Allán admiraba la hermosura de su hija, porque ya dejaba conocer sería bella, como todas las que son fruto de uniones furtivas y culpables.

—Bien pronto no le hará falta (dijo la Condesa). Dentro de dos ó tres días la llevaréis á cualquier nodriza de las cercanías que pueda criarla. Velaréis por ella, amigo mío, estoy segura, porque ya la amáis, y ojalá conservéis mucho tiempo ese amor.

—¿Creéis (le contestó Allán) que sea tan fácil olvidar á un hijo cuando se ha empezado á amarle?....

—Hijo mío, se acaba por olvidarlo todo. He comenzado por amar á Camila, y eso que no fué el fruto de una voluptuosidad solitaria. Su padre fué amado por mí. Pero otro amor más apasionado que todos los demás me hizo maldecir el día que Camila había nacido. No, no hay nada eterno. ¿Quién os dice que esta niña no llegará á seros odiosa? ¿Que algún día no os será indiferente? Podéis llegar á amar otra vez, y entonces veréis cuánto os pesará la existencia de vuestra hija.

—¿Otro amor? No,—murmuró Allán, porque no se atrevía á asegurarlo en voz alta delante de aquella mujer, á cuya hija había amado después de sufrir tanto por la madre.

—Sois muy joven todavía, y muchas veces se cree muerto el corazón cuando sólo está adormecido. Pero os engañáis si creéis que la afección de padre, como todas las demás afecciones, como todo lo que hace la felicidad, pueda durar mucho tiempo.

Allán no respondió á estas terribles palabras; pero oía en su alma un eco que contestaba por él.

—No me creáis á mí, sino á la experiencia (continuó la Condesa). La experiencia nunca engaña. Vos habéis amado á Camila, y habéis sido amado por ella. Y bien: ¿qué queda de ese amor? No bajéis la cabeza, Allán; no creáis que reclamo en el nombre de mi hija ni en el mío. Os compadezco, porque no la amáis ya; pero la compadezco más á ella, porque os ama, y no es correspondida. Antes de que os casarais con ella sabía ya que no la amabais. ¡Ay! Reconozco en vos la historia de todo lo humano. El día de vuestro casamiento, viéndoos en el altar, sombrío y pálido, adiviné todo lo que después me habéis confesado, y tuve pensamiento de evitarlo pronunciando una palabra; mas la vista de Camila me contuvo, porque aquella palabra iba á herirla mortalmente en su alegría. Pero estaba

segura que esa desgracia os esperaba á los dos más tarde ó más temprano.

—¡Y ha llegado! (dijo Allán). Sí, ha llegado ya para los dos.

Y ocultaba su frente entre las ropas del lecho, como si hubiera querido sustraerse al yugo inevitable de que se quejaba.

—Sí, ha llegado (replicó Iseult, acariciando con sus descarnadas manos la rizada cabellera de su yerno). Pero puesto que amáis á vuestra hija, tenéis un interés en la vida, y todavía no habéis perdido la partida que jugáis con el destino. Vos sois un hombre, y debéis ser más grande que yo, que me ha faltado corazón. ¡Sedlo! ¡Tened la fuerza que me falta á mí, pobre mujer!

—¿Por qué me hacéis esta súplica?—preguntó el joven levantando la cabeza, y dando á su voz una entonación vibrante.

Los dos se miraban cara á cara, y no podían engañarse.

Ella bajó los ojos sin responder.

—¡Por la piedad! ¡Siempre por la piedad! (exclamó Allán, después de un momento de silencio.) ¡Siempre por la piedad, en su execrable impotencia! Libradme de ella, porque estoy cansado. No me habléis de grandeza, Iseult, porque no os creeré, y vuestra voz moriría en los labios. Vuestras palabras, faltas de convicción, no se-

rían más que un ruído vano y estéril, ni yo las creería, como vos tampoco las creéis. ¿En nombre de qué quisiérais persuadirme? ¿En nombre del orgullo? No creéis en él. ¿En nombre de Dios? ¡Desgraciada! Tampoco creéis en él. ¿Qué puede ser la grandeza humana cuando Dios y el orgullo nos abandonan, no dejándonos otra cosa que tinieblas? Una cosa sin sentido, una estupidez indecible, y en vuestra boca una cosa todavía peor: una irrisión que no se puede tolerar.

—Decís bien,—respondió la Condesa.

Y cayó abrumada, hundiendo la cabeza en las almohadas, con la cara y el cuello cubiertos por sus cabellos pegados á la piel, como el náufrago sale del agua después de haber luchado con la muerte desesperadamente.

—Tened (añadió haciendo un violento esfuerzo, con un acento cavernoso, más lúgubre aún por la falta de timbre, arrancándose á su hija del pecho con rabia, y arrojándola á los piés de la cama). Y puesto que ya no soy nada para vos, ¡que hasta esa piedad cruel sea maldita! ¡Marcháos, y dejadme morir!....

XX.

Pero Allán no obedeció, ni aquella noche ni las siguientes, la orden desesperada de la señora de Scudemor, ni ésta volvió á repetirla. Le dejó velar á su cabecera, administrarla de vez en cuando alguna bebida calmante, y ayudarla algunas veces á moverse en su lecho, que había llegado á ser un tormento. Cuidados físicos que pagaba con un «gracias» dulce y frío, pero que no la sacaban de su silencio. Mas ¿qué hubiera podido decirle? Entre ellos todo estaba ya dicho, y sus palabras habían caído sobre su corazón como la pesada losa de un sepulcro. Por otro lado, tal vez los crueles dolores que sufría eran la causa de su ensimismamiento, pues en las almas de cierto temple todos los dolores, aun los menos nobles, le producen.

El mal se agravaba cada vez más. El médico había hablado con Camila de sus fúnebres previsiones, y ésta no se daba cuenta de la enfermedad que hacía morir á su madre, por más que veía muy claro que iba á morir.

Una tarde la besó, con ese respeto tierno que nos imponen los moribundos, la mano fría y descarnada que tenía fuera de la ropa, y se retiró á su cuarto, accediendo á los deseos de Allán, que tenía el presentimiento de que aquella noche sería la última que tendría que velar cerca de la moribunda, pues ésta presentaba todos los síntomas de una muerte próxima.

El aire de la habitación era asfixiante por el olor á fiebre, y temiendo que fuera perjudicial á la delicada flor que á él estaba expuesta hacía algunos días, y que la pobre niña respiraba penosamente por lo dañoso que era para sus tiernos pulmones el encontrarse debajo de la cubierta del lecho de su madre, la arrancó de allí y la llevó cerca de la ventana, abierta la cual, el perfume de los jazmines amarillos llenó la atmósfera.

La campiña estaba deliciosa: hubiérase oído el ruído que producen las estrellas al moverse en el espacio, si sus movimientos no fuesen tan silenciosos como un pensamiento feliz. Era una noche plácida, capaz de hacer creer en la eternidad de las cosas, y Allán parecía querer sacar vida para aquella frágil niña en aquel reservorio del Eterno, en aquel bello lago azul en que se sumergía toda la creación adormecida, y la niña, rodeada de jazmines y sostenida en el musculoso pecho de su padre, recibía á torrentes en

su cabeza y en sus hombros un bautismo de fuerza y de vida en aquellas ondas misteriosas que, sin ser vistas, caen del cielo.

Cuando estaba entretenido haciendo á su hija aspirar el embalsamado perfume de los jazmines que rodeaban la ventana, oyó la voz de Iseult, que le llamaba á su lado, y se acercó á ella; sorprendido de que hubiera recobrado un conocimiento que creía perdido para siempre. La enferma se había levantado, apoyándose sobre un codo, postura en que se asemejaba á un convidado del tiempo de los romanos, que, hastiado ya del festín, se prepara á abandonarlo.

—Allán, escuchadme (le dijo): sé que voy á morir; y como muchos hombres creen que la voluntad de un moribundo es sagrada, si lo creéis también, escuchadme. No déis mi nombre á mi hija; no quiero que, muerta yo, quede recuerdo alguno sobre la tierra, ni quiero que nunca le habléis de su madre: y esta petición no os la hago por mí, sino por ella. ¡Qué me importa que mi hija me desprecie, si su desprecio no podrá ser nunca tan grande como el mío! Pero por ella, en nombre de Dios, si tenéis la felicidad de creer en él, no la hagáis nunca ruborizarse y sufrir hablándola de mí.

—¡Qué abismo tan insondable sois! (exclamó Allán, tomándole la mano que ella le tendía.) ¡Ah, Iseult, Iseult! Mujer cuya vida ha sido un

continuado sacrificio, ¿quién puede en el mundo tener derecho para despreciaros?

—Yo misma (contestó ella, con una voz que tenía un vigor inusitado). La proximidad de la muerte derrama un resplandor inesperado en todo lo que ya no es, y que hasta este momento se ha juzgado mal. Hace tres días que me creéis desvanecida, cuando estaba repasando en mi interior mi vida entera, no concediéndome gracia alguna en este examen. No hay uno solo de los hechos de toda mi miserable existencia que pueda librarse de mi desprecio. En vano me he sacrificado siempre, tanto durante el amor como después de él; en vano he sido buena cuando no podía ser ya amante, puesto que no era solamente esa bondad instintiva la que decidía mis resoluciones. ¡Ah! Es indudable que hay alguna cosa más perfecta que estos sacrificios, puesto que no sirven ni aun para absolverlos á nuestros propios ojos.

Detúvose un momento como rendida por el cansancio que le ocasionaba hablar tanto tiempo, y luego continuó:

—¿Cómo se llama ese objeto que buscamos con tanto afán, y que, cuando después de haberle esperado tanto tiempo creemos haberle conseguido, se desvanece? ¿Es una ironía de la suerte? ¿Es un castigo de la Providencia? Pero estoy blasfemando: hay un mundo de pecadores

(como dicen los que son creyentes), reconciliados consigo mismos; almas que creen en lo íntimo de su corazón que han sido perdonadas; criaturas tranquilas refugiadas en la lealtad de sus intenciones. Si las hay, un día pude contarme entre ellas, cuando la piedad me arrastraba como el amor lo había hecho, cuando inmolaba mi orgullo cada vez que había un dolor que calmar. He conocido esta paz que me abandona.... y al verla huir de mí, me hace sospechar que la muerte me ha herido con una nueva imbecilidad.

Una nueva pausa suspendió su discurso; mientras tanto, Allán tenía su mano cogida entre las suyas, y leía en su alma á través de sus miradas.

—¡Oh, Allán! (prosiguió.) Hay misterios en los que el pensamiento del hombre ha podido profundizar, pero de los cuales no se ocupa la mujer, y por tanto no ha descubierto ni aprendido nada de ellos. He pasado por encima de ese océano de la vida, en cuyas aguas he bebido el agua y la sal, pero en el que nunca he procurado echar las redes, porque sabía que del fondo de sus abismos nunca podría sacar ni una alegría ni una esperanza. Ignoro lo que hay del otro lado de la tumba; pero no creais que me impone. Únicamente en este instante mi piedad me parece tan exigua y mala como grande y

buena me parecía en otro tiempo. ¿Por qué me parece despreciable ese instinto irresistible que tanto tiempo he creído generoso? ¿Por qué reniego de él en mis últimos momentos?.... ¡Ah! Tengo aún bastante firmeza de alma para repeler el insulto con que el mundo responde á las intenciones más puras. Que me llamen, si quieren, prostituta; nada me importa, y aceptaré sin esfuerzo esa palabra sangrienta que resume mi vida. ¿Por qué razón desprecio yo ahora mi piedad y reniego de ella? ¡Ah! Si en lugar de morir, como voy á hacerlo, tuviera que comenzar á vivir, ¿qué me restaría sin mi piedad? ¡Qué cosa más amarga es la ignorancia! ¡No creer ya en lo que nos servía de norte en la vida, buscar en vano otro motivo en las tinieblas de la conciencia muda, y castigarse con el remordimiento y el frío desprecio por no haber sabido encontrar lo que se buscaba!

El dolor de Iseult, aunque extraviado, era casi sagrado y la hacía muy superior á ella misma. Allán recordaba el tiempo en que la había considerado como una criatura genial, y veía á qué se reducía la superioridad de aquella mujer, que nunca había tenido más que facultades sensibles y que siempre había sido víctima, lo mismo en el amor que en la felicidad.

Ese algo que no comprendía Iseult lo entendía él muy bien.... Se daba cuenta en aquel mo-

mento solemne, como por una intuición repentina, de cuál debe ser la austeridad de la existencia, y de esa manera el hombre volvía á ocupar su sitio, mientras la mujer moría en el suyo.

Estrechábala en silencio su mano descarnada, y deseaba que la muerte, cuyas señales estaban ya tan marcadas, concluyese con aquellos terribles sufrimientos morales, para los cuales no había alivio posible.

La Condesa, en el seno de aquella cruel agonía, encontró todavía fuerzas para seguir diciendo con voz cada vez más opaca:

—Pues bien; si reviviera, esta piedad, dos veces maldita, inútil para los en quien se ha empleado y vacía del más simple deber para los que la han experimentado, esta piedad no me abandonaría, y volvería á obedecerla, á riesgo de volver á incurrir en mi desprecio. Sí; Dios me diría: «He ahí el fin que ignoras,» y en su misericordia infinita le pondría al alcance de mi mano, y no le escucharía, precipitándome como una loca en esa piedad, que no es siquiera una virtud, y que sin embargo es la única que yo he tenido. ¡Oh, mujeres! ¿Qué es lo que somos cuando no nos corregimos de nuestras debilidades? ¡Nos despreciamos por nuestras obras, y volvemos á repetirlas siempre!....

Su voz se perdió en estas últimas palabras, quedando sin respiración.... El silencio exterior

invadió la habitación; la misma niña dormía un sueño tranquilo encima del sofá. Allán, de pié al lado del lecho fúnebre, parecía un sacerdote; pero hay almas á las que no se puede ayudar, y para las cuales todas las religiones humanas, amor, amistad, respeto, recuerdo, son impotentes, como la misma religión de Dios.

Tan pronto fijaba sus miradas en aquella cabeza lívida en que se presentaban las señales de una próxima descomposición, como las separaba de la moribunda; y como para purificarlas, las elevaba hacia el cielo, que se veía á través de las ventanas, y que se ostentaba de un azul puro y brillante tachonado de millares de estrellas, y en aquel momento comprendía admirablemente el culto del Omnipotente é Invisible.

Iseult, aunque se hallaba echada del lado de la ventana, no volvió ni una sola vez los ojos hacia aquel cielo tan bello, no; moría sin poesía, como había vivido, sin advertir que en el mundo existe una naturaleza que se puede amar cuando el corazón agostado es incapaz de dar cabida á ningún otro amor.

De repente, á través del espacio inmenso y diáfano, se oyó la campana del reloj de la parroquia de Ifs, que estaba próxima, dando las doce de la noche, y al mismo tiempo que la última campanada resonaba y se extinguía en el aire amortiguado de la noche, que carecía de

eco, empujada por alguna vaga inquietud, tal vez por la fatalidad, Camila entró en la habitación de su madre. ¿Era que el presentimiento de aquella agonía había turbado su sueño?....

Al verla entrar Allán, no sintió estremecerse un sólo músculo. Su mirada, que vagaba del lecho de la moribunda al firmamento, se dirigió á Camila, quedando fija sobre ella, sin sentir la más mínima emoción y permaneciendo sereno, como lo había estado durante toda su vida la mujer que moría por él. Por primera vez se sintió fuerte contra su terrible destino, y dulce como el alma que acepta el sacrificio.

Pero Camila apenas había reparado en él. Desde el umbral de la puerta se había fijado su mirada en la niña, que dormía entre los pliegues guateados de su capa de satín rosa, asemejándose á un amorcillo griego abriendo su concha de nácar para salir de ella.

Arrojó un grito desgarrador, se precipitó como una pantera al lecho de su madre, y cogiéndola con las dos manos por sus largos cabellos, la levantó de la cama, á pesar de los esfuerzos de Allán para que soltase su presa, y designando al niño que dormía:

—¡Si no has muerto, Iseult (aulló la impía), respóndeme! ¿De quién es este niño?

El dolor que la desesperada Camila le causaba no arrancó á la Condesa ni un gemido. Abrió

los ojos, y mirándola sin cólera, pero sin amor, respondió:

—¡Mío!

—¿Y de quién más, mujer falsa?—volvió á preguntar en el colmo de la exasperación aquella celosa engañada.

Iseult, que espiraba, tuvo bastante fuerza para pronunciar distintamente el nombre de uno de sus criados.

—No es cierto (dijo Allán con una voz melodiosa como un suspiro). Habéis adivinado, Camila. Ese niño es mío.

Al oir esta confesión de su marido, la desgraciada cayó como una masa sin conocimiento sobre la alfombra. Pero sus manos, que se hallaban enredadas en los cabellos de su madre, arrastraron al caer la débil cabeza de Iseult, haciéndola salir del lecho é inclinarse hacia el suelo. Allán trató de desenredarlos, pero no pudo conseguirlo, viéndose obligado á cortarlos con unas tijeras. En el momento en que la colocaba otra vez sobre las almohadas, le dijo la Condesa:

—Acudid á ella antes que....

Palabras casi ininteligibles, que no le fué posible concluir.

Entonces, después de haber levantado á la que espiraba, acudió á ayudar á la que sólo estaba desmayada.

Camila recobró pronto el conocimiento, y

cuando volvió á abrir los ojos, y vió á su marido de pié cerca de ella, la sábana cubriendo el cadáver de Iseult, y los cabellos cortados esparcidos por la alfombra, fué presa de una amargura indecible....

—¡Ay! ¡Ya no me amabas (dijo á su marido con profunda agonía); pero ahora vas á aborrecerme!....

Y rompió á llorar desesperadamente.

Él no la respondió una palabra, pero la dió un beso en la frente, lo que fué para ella un tremendo castigo. Después volvió al lecho de la Condesa, se sentó á su lado, y continuó velando. No dijo á su mujer que se fuera, ni ella se movió del sitio en que estaba.

La lámpara se apagó, y el resto de la noche transcurrió lúgubre y silenciosa, sin tener movimiento alguno.

Cuando apuntaba el día, la niña, despierta, lloraba en su envoltura, y Camila, doblada completamente en el mismo sitio en que Allán la había colocado cuando la levantó del suelo, proseguía sumida en su estúpido insomnio, sin moverse, y sin oir el llanto de la criatura; pero las entrañas de su padre no fueron sordas.

Se levantó, cogió á la pobre criatura, que se desesperaba buscando el pecho sin encontrarlo, y salió con ella de la habitación malsana en que su madre había cesado de vivir....

Camila le siguió silenciosa, con la cabeza baja, volviendo á pasar anonadada y confundida el umbral que poco antes había franqueado rápida y terrible.

¡Qué pocas horas habían bastado para efectuar este cambio!

EPÍLOGO.

ALLÁN DE CYNTHRY Á ANDRÉS D'ALBANY.

«Los Sauces....

»Querido Andrés : Vos sabéis toda mi historia, y servirá para haceros comprender lo que era y lo que he llegado á ser, y servirá también para instruiros en el carácter y la posición de vuestro amigo. Me lo habéis preguntado con franqueza, y os lo refiero con la misma que me habéis demostrado siempre. Por vos he vencido la repugnancia que causa siempre el hablar de una época de la vida en que se ha sido débil y culpable, y yo fui deplorablemente lo uno y lo otro. Pero yo no tengo mucho en cuenta, amigo mío, las repugnancias de la vanidad, porque creo que de todas maneras debemos nuestra vida á los demás hombres. ¿Quién sabe si en la vida más oscura, y en la más inútil en apariencia, no habrá puesto Dios alguna enseñanza grande y misteriosa?

»Cuando, hace ya dos años, tuve el gusto de conoceros, Andrés, y me buscasteis con toda la fuerza de una simpatía, á la que debí corresponder con otra igual, so pena de ser digno de los más severos reproches, me creisteis, según me habéis confesado después, desgraciado á causa de un amor engañado ó desconocido; y vos, á quien el amor y el casamiento prodigaban sus dobles felicidades, me demostrasteis una adhesión que yo os agradecería hoy todavía, si no hubiese sabido muy bien que no siempre sabemos lo que hacemos al unir nuestros afectos.

»No os contuvo la extremada frialdad de mis maneras, y proseguisteis con ardimiento la amable investigación, hecha de buena fe, más elocuente que muchos servicios importantes, y que en los hombres como vos es una prueba más decisiva. Tal persistencia, y, sobre todo, las muchas y excelentes cualidades que en vos resplandecen, mi querido Albany; esa libertad de juicio que clasifica tan ampliamente los hombres y las cosas; esa rectitud de alma y esa sencillez tan fuerte que os dan, bajo vuestro frac y en medio de nuestra sociedad moderna, un carácter que tiene algo de la fisonomía de los varones ilustres de Plutarco, me hicieron responder gustoso á vuestras demostraciones generosas.

»Encontrámonos en París, en medio del mundo, y por una dichosa casualidad, las tierras

de Normandía, en que habitamos, se hallan muy próximas, y nos vimos casi todos los días, uniéndonos con una amistad viril, bastante escasa de palabras y ofrecimientos que residen en el fondo del corazón, y cuyo cimiento no se derruirá con la vejez.

»Hasta ahora, querido Albany, no conocíais de mí más que las opiniones tan variadas del mundo; y aunque las opiniones, en general, son el adorno de la vida, lo que es verdad de casi todos, está lejos de serlo con respecto á mí; y por esta causa, al principio, me creisteis desgraciado por el amor; y luego, conociéndome más, dudasteis de esa primera impresión al ver mi modo de expresarme acerca de ese sentimiento, que tan diverso os pareció de lo que esperabais; lo cual os ha parecido tan extraño, que, no sabiendo á qué ateneros acerca del valor de vuestras observaciones personales, habéis abordado la gran cuestión sin subterfugios y sin ambages, como teníais derecho á hacerlo ha ya mucho tiempo, dada nuestra amistad.

»He vivido cuatro años por el corazón, y todos los sentimientos de esos cuatro os los he referido. Mi historia no tiene nada de nuevo, y hasta puede pareceros muy vulgar; pero os la he contado tal como ella es. Lo que no es tan común es Iseult, y yo me admiro de que, después de haberla amado con tanta idolatría, haya

llegado á amar á Camila; pero como el segundo amor ha perecido lo mismo que el primero, ahora que considero de lejos todo mi pasado, no puedo ver si la gran figura pálida de la madre, velada un instante por la hija que reapareció, no para conmoverme, sino para avivar mis recuerdos, podré creerme temerario el pensar que mi vida de corazón está concluída, y que las pasiones, saciadas y heridas de muerte, no tienen ya en mí poder alguno....

»Es verdad que no es eso lo que aquella profetisa me anunció antes de morir, aquella profetisa desconocida, cuyo terrible don de adivinación he reconocido más tarde. Me predijo que volvería á amar; pero indudablemente la engañó mi juventud. Ella había vivido más cuando la savia del sentimiento que por ella corría se secó al pié del árbol herido, y no imaginaba que yo pudiese ser á los veintitres años lo que ella no era todavía á los treinta. Había en esta precocidad algo que hacía mi infortunio más grande y más largo que el suyo, sin que ella pudiera preverlo.

»No era la vanidad del dolor lo que la hacía pensar de ese modo; pero, ¿no os parece, como á mí, que la desesperación exagera tanto como la esperanza? Ella no sabía que podía haber una vida devorada más pronto que la suya; la vida del que la veía morir.

»Debo confesároslo, Albany; su muerte tuvo sobre mí una influencia formidable. Tal vez hubiera vuelto á recobrar el gusto por las alegrías del corazón, y hubiese pedido á la juventud las ilusiones de que es tan difícil quererse curar, por más que algunas veces matan; pero los últimos instantes de Iseult han suprimido en mí hasta los apetitos más vagos que pudieran existir, sin darme yo cuenta de ello en lo más recóndito del corazón.

»Hasta entonces había sido un hombre apasionado, tan apasionado como aquella pobre mujer, que, una vez muerta la pasión, no había podido ser nada después. La oí preguntarme qué es lo que podría ocupar bien la vida, puesto que la bondad del alma, esa piedad que ella creía tan sublime, no le era suficiente para absolverse. Y yo no respondía á esa duda, á esa ignorancia, que con tanto encarnizamiento procuraba llenar el inmenso vacío en que se encontraba.... No le respondí, pero entreví algo.... Por la primera vez en mi vida sentí algo como la intuición del deber.

»Amigo mío, aquel día fué cuando llegué á ser un hombre. Pero aquella idea que germinó en mi alma al oir la voz desfallecida de Iseult, no se la expliqué, y guardé en mi alma la respuesta á aquella angustiosa pregunta, tantas veces repetida. ¿La hubiera comprendido si se la hu-

biese explicado? Y si por casualidad no la rechazaba con ceguedad, ¿no hubiera sido destrozada por ella como con un acero frío y cortante?.... El mal era irremediable, y me callé, dejándola gritar y morir.

»Después me he reprochado esta conducta: en la duda de ser comprendido, debí evitarle un sufrimiento, y obré como ella había obrado toda la vida. Pero la moral no consiste, como se ha dicho, en no causar dolores, y muchas veces es bueno imponer algunos y hacer que corran las lágrimas. Nada es inútil ante Dios, y la vida no está tan sólo en nosotros, sino también en los demás, en todas partes; no se nos ha concedido la existencia más que para que la prodiguemos en asuntos nobles y desinteresados.

»He reflexionado después en esta noción del deber, que difundía su luz serena en la oscuridad de mi alma, como una antorcha en el lecho del moribundo. La separé de todo lo que no era ella, y resolví que fuera la que predominara en mi vida. ¡Oh, amigo mío, cuánta resistencia encontré, cuántas murmuraciones, cuánta sangre que corría con más precipitación en mis venas, y que yo había creído ya desecada!

»Los recuerdos hablaban alto, y los pesares más alto todavía. La sed infinita de felicidad reclamaba imperiosamente apurar la copa; pero avergonzado de mi culpable juventud, y no cre-

yendo ya en el amor, me encontraba con menos méritos que aquellos cuya lucha es continua y encarnizada, porque el vacío llenaba mi corazón.

»Jamás he podido olvidar nada: los piés que la lava ha abrasado, conservan huellas cuando se ha endurecido; pero en la lava de mi alma está el pié que arde, y su huella no se enfría jamás. Sabía muy bien que todo había concluído sin remedio. No hubiera querido que fuese de otro modo; y, sin embargo, volvían como á la carga en mi pensamiento todos los detalles de aquellos tiempos de una voluptuosidad ya pasada, por más que éstos no volverían nunca.

»Me habían dicho que he nacido poeta: lo cierto es que la imaginación es la única facultad que se ha desarrollado en mí, habiendo tenido que sostener con ella más de una batalla. Si esto es ser filósofo, acepto el título ó la injuria.

»Como todos los que han gustado del fruto del árbol de las pasiones; como todos los que han conocido los sueños embriagadores bajo ese manzanillo funesto, no me conmovía por ninguno de los fines exteriores de la vida, y respondía á todos los intereses de los hombres con una sonrisa de menosprecio. Pero no me faltaban deberes y sacrificios que llevar á cabo sin salir de mi casa. Dios me había concedido dos hijas.

»Amigo mío, que se exagere ó no su poder,

el hombre no es más que uno, y por consecuencia la esfera de sus deberes muy estrecha. Yo tenía dos hijas: pensé en su porvenir, y me consagré á ellas; y creed que es cosa penosa, y tiene mucho en qué entender, el educar mujeres cuando se quiere evitarles el escollo en que han ido á estrellarse sus madres.

»Un hombre se educa bien solo; pero si hay alguna verdad común, es que la mujer tiene una sensibilidad mayor, y menos medios que el hombre para resistir á ella. La sociedad, hecha por los hombres, las lanza indefensas entre todas las armaduras, contra las que se abrazan con la infinita ternura de sus almas, y que las hieren y anonadan. ¡Ah! Las costumbres sólo cambian de traje. Tal es la tarea que me he impuesto, amigo mío, yo que no tengo que hacer la felicidad de nadie en este mundo, donde voy á vivir el resto de mis días.

»Si, como decía Iseult, ceso de amar á las hijas como dejé de amar á las madres, la idea del deber me impedirá separarme de ellas como le hizo la Condesa, y mis hijas Juana y María encontrarán siempre en mí á su padre, ya sean sus caricias caras á mi corazón, ya le sean indiferentes por completo.

»En cuanto á mi mujer, ¿qué puedo hacer por ella? Ni aun mentirla, porque no me creería; y, por otra parte, he jurado ante Dios ser

fiel y sincero, y si el primer juramento era impío, el segundo no lo sería, porque el hombre puede ser verdadero, y la obligación de toda su vida, suscrita solemnemente una vez más, es permanecer sincero con Camila para expiar de este modo mis antiguas falsedades.

»Desde la muerte de su madre, el último día que tuvo de celos implacable, su carácter apasionado, su alma impetuosa, se han doblegado. Yo mismo no esperaba un cambio tan radical. La dejé replegarse en sí misma, y llevé mis días ocupándome de Juana (la hija de Iseult), que ya no tenía madre, cuando la hija de Camila la tenía todavía. Era cruel, lo sé; pero tenía deberes que cumplir para con mi hija; era cruel, Albany, pero tal vez obrando de un modo diverso lo hubiera sido más todavía.

»Tiemblo, mi querido Andrés, al descubriros los amargos misterios de mi interior, el aislamiento en el matrimonio, el amor herido que quiere ó se devora en silencio, y la miserable sensación que se experimenta en presencia de los tormentos que causamos, que se redoblan en lugar de contenerse. Deseo que ignoréis siempre estos detalles áridos; que el destino sea siempre el mismo de ahora, tanto para vos como para el corazón que se os ha unido. ¡Que vuestra adorada Paula, á la que habéis dado vida por vida, no tenga que sufrir jamás las penas de Camila!

¡Que no llegue á conocer los dolores que la desdichada oculta! Ahora comprenderéis por qué no ha respondido con entusiasmo á las nobles ofertas de vuestra amable esposa. Es una mujer dichosa, y, por tanto, es casi una enemiga. ¡Así somos todos cuando sufrimos!

»Si se decidiese á ir á veros á vos y á Paula, es seguro que la vista de vuestra felicidad doméstica volvería á sumirla en las más crueles angustias. Yo mismo, que no amo ya, y que me esfuerzo en ser austero, cuando voy á veros no puedo dejaros sin experimentar alguna turbación. Hay en la unión del matrimonio, en la contemplación más ligera de las apariencias de un amor dichoso, alguna cosa que habla á los deseos engañados con un lenguaje elocuente y sagrado.

»No hay un detalle que no sea terrible, ni uno que no sea ocasión de dolor. En vuestra casa, Albany, todo es puro, todo es sereno, todo respira la paz en la ternura, todo se armoniza con vuestro amor. Cuando me aproximo y franqueo el umbral de vuestra puerta, me parece que el cielo es más azul y el aire más dulce que en el castillo de los Sauces. Esa casta y elegante morada es tan sencilla, tan pequeña, tan graciosa, que el corazón se ensancha al llegar á ella, y se previene para ser dichoso.

»Todo eso es bastante para que la pobre Ca-

mila experimentara un sufrimiento quizá superior á sus fuerzas. Excusadla, pues; ya habréis adivinado que es muy digna de lástima, puesto que su aire sombrío lo dice todo. Este invierno en París, en algunas reuniones á que fui, y donde la habéis encontrado, tenía una actitud triste, como si hubiera temido que se leyera en su alma. ¡Qué contraste forma con vuestra mujer, ella con su palidez verdosa y sus arrugas prematuras, y Paula con su blancura dulce, sus cabellos de oro, formándose un nimbo glorioso alrededor de su cabeza! ¡Y cuánto me ha hecho pensar el mirarlas en la desigualdad de los destinos, sin poder comprenderlo!

»Pero os lo confesaré, querido amigo. Esa generosidad que ofrece sus altos y sus bajos, sus buenos y malos días, no tiene en mi vida el mismo imperio que la piedad en la de Iseult. En esto el hombre es inferior á la mujer. ¿Y quién sabe si hubiera yo sido capaz de ella antes del parto de Camila y del cambio que se verificó en ella en esa época?

»Me dió una hija, á quien puse el nombre de María, y que se asemejaba extraordinariamente en las facciones y en todo á la hija que había tenido de Iseult. De esta semejanza admirable podéis juzgar vos mismo, porque los diez y ocho meses que acaban de pasar la han precisado más. Dos gemelos no se parecerían más que es-

tas dos niñas, y fácilmente se las confundiría una con otra, sin una señal de la naturaleza que no ha querido que pudiéramos equivocarnos, haciendo nacer á la hija de Iseult con los cabellos blancos, señal que ha dejado en su frente la vejez de su madre.

» Se había creído que con el tiempo cambiarían de color; pero los largos y sedosos rizos que ahora la adornan son blancos como el primer cabello. Cuando Camila vió por primera vez en aquella pobre cabeza inocente aquellos cabellos terriblemente acusadores, que tan dolorosos recuerdos le traían á la memoria, la infeliz volvió la cabeza con un horror convulsivo, conservando este sentimiento por mucho tiempo.

» Al fin un día,—no sé qué terrible esfuerzo no tendría que hacer,—ha llegado á vencerle. Estoy seguro que nunca habréis notado, ni vos ni vuestra Paula, que Camila besara con menos ternura la cabeza blanca que la dorada; nunca habréis conocido la menor diferencia en las caricias que prodiga á las dos por igual; nunca habréis podido sorprender, ni aun sospechar, el misterio de un nacimiento que hemos podido ocultar al mundo, que no hubiera dejado de insultarle....

» ¡Camila, la demasiado celosa Camila, á pesar del amor que hacia mí conserva todavía, no se ha desmentido una sola vez!

» Querido Albany: no podréis menos de convenir conmigo en que esto se debe á la piedad que nacía en ella, la piedad heredada de su madre, la piedad, más fuerte que su amor, que tal vez muera dentro de poco: esa piedad inagotable, que cuando todo ha muerto en el corazón de la mujer, tanto sentimiento como pasiones, permanece y vive perpetuamente en él, como la única cosa que nunca puede morir. »

FIN.

LIBRERÍA

DE

EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

OBRAS DE MEDICINA.

Pesetas.

Charcot.—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa por D. Manuel Flores y Plá, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1882: Dos tomos en 4.°, con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromo-litografiadas. 26

Pouillet.—*Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del* ONANISMO EN LA MUJER. Traducido de la última edición francesa por un Licenciado en Medicina y Cirugía.—1883: un tomo en 8.° mayor..... 2,50

Pouillet.—*La Espermatorrea.* Tratado de las pérdidas seminales. Traducido de la última edición francesa por un Doctor en Medicina.—1884: Un tomo en 8.° mayor. 2,50

Pouillet.—*Tratado de los flujos blenorrágicos contagiosos, agudos y crónicos, del hombre y de la mujer, por el útero, la vulva, la vagina y el recto, de sus accidentes y de sus complicaciones*, seguido de un *Estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos.* Traducido de la última edición francesa por el Dr. Eduardo Blanco.—1884: un tomo en 8.° mayor..... 4

Pouillet.—*Estudio médico-psicológico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del*

ONANISMO EN EL HOMBRE. Traducción de D. José Olave y Alonso, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1884: un tomo en 8.° mayor..... 3

Dumontpallier.—*La Metaloscopia y la Metaloterapia ó el Burquismo.* Conferencias dadas por el Dr. Dumontpallier, seguidas del *Estudio experimental sobre la Metaloscopia y la Metaloterapia del Dr. Burq.* Traducción de D. Manuel Flores y Plá, Licenciado en Medicina y Cirugía. —1883: un tomo en 4.°..... 3

Núñez.—*Estudio médico del veneno de la Tarántula* según el método de Hahnemann, precedido de un *Resumen histórico del* TARANTULISMO Y TARANTISMO, y seguido de algunas indicaciones terapéuticas y notas clínicas.—1864: un tomo en 4.°..... 5

Fonssagrives.—*Formulario Terapéutico para uso de los prácticos.* Versión española de D. Hipólito Carilla y Barrios. Un tomo en 8.° mayor con grabados..... 5

Verdós.—*Acción terapéutica del alcohol sobre las Pneumo y Cardiopatías agudas.* Obra premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona.—1884: un tomo en 8.° mayor..... 2

Audhoui.—*Tratado de las enfermedades del estómago.* Versión española de D. H. Carilla.—1884: un tomo en 8.° mayor..... 2,50

Boletín oficial de la Sociedad Hahnemanniana Matritense.— Cinco tomos en 4.° Cada uno..... 10

Anales de medicina homeopática, publicados por la Sociedad Hahnemanniana Matritense.—Cinco tomos en 4.° Cada uno..... 10

OBRAS VARIAS.

Julio Simon.—*Dios, Patria y Libertad.* Traducción de J. Orellis. —1883: un tomo en 4.° mayor..... 8

Edouard Delpit. — *Las Represalias de la vida* (novela). Versión española de Miguel Bala.—1883: un tomo en 8.° mayor..... 2,50

Ulbach.—*El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote* (novela). Versión española por Carlos Néegra. —1883: un tomo en 8.° mayor..... 2,50

Emery.—*El Príncipe de Moria* (novela). Versión española de Ricardo de Hinojosa.—1883: un tomo en 8.º mayor. 2,50

X*.**—*Al lado de la dicha* (novela). Versión española de E. Nésgra.—1883: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Henri Rivière.—*El Combate de la vida.*—Primera parte: *La Juventud de un desesperado.* Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor. 2,50

Henri Rivière.—*El Combate de la vida.*—Segunda parte: *El Coronel de Breslac.* Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Henri Rivière.—*El Combate de la vida.*—Tercera parte: *Las Fatalidades.* Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Edmond.—*La Leñadora.* Versión española de Miguel Bala.—1884: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Cubas.—*El Ángel del presidio* (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor..... 1,50

Cubas.—*La Mortaja de limosna* (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor..... 1,50

Ortega Munilla.—*Orgía de hambre* (novela y cuentos). —1884: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Zaccone.—*Los dramas de la Bolsa* (novela). Versión castellana de doña Faustina Saez de Melgar.—1884: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Gautier.—*Fortunio* y *La Muerta enamorada* (novelas), traducidas por un Aprendiz de estilista.—1884: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Vascáno.—*Javier Malo* (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Bouvier.—*Las Borgoñas del día* (novela). Versión española de Ángel Luque.—Dos tomos en 8.º mayor: cada tomo. 2,50

Arsène Houssaye.—*La Comedianta* (novela). Versión española de un Redactor de El Cosmos.—Un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Jorge Onhet.—*Lise Fleuron* (novela). Traducida por José de Olave.—1884: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Cañizo.—*Justicia y Providencia* (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor..... 2,50

Barbey d'Aurevilly.—*Lo que no muere.* Versión

española de Ricardo Pérez.—1884: un tomo en 8.° mayor..... 2,50

Ossorio y Bernard.—*Romances de ciego* (poesías).—1884: un tomo en 8.°..... 1

Galería de desgraciados (poesías), escrita por una colección de distinguidos escritores y escritoras, é ilustrada con grabados.—Un tomo en 8.° mayor..... 1

Ossorio y Bernard. — *Cuadros de género trazados á pluma.*—Un tomo en 8.° mayor..... 2

Ossorio y Bernard.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol.*—Un tomo en 8.° mayor..... 2

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE.

MEDICINA.

Fonssagrives.—*Materia médica*, anotada, traducida y precedida de una introducción terapéutica por D. Francisco Javier de Castro, Catedrático de la misma asignatura en la Universidad Central, con más de 500 grabados intercalados en el texto.

VARIAS.

Cubas.—*El Panal de miel.*

Fortunio.—*La Virgen de Belem.*

Dickens.—*Días penosos.*

Henri Conscience.—*Los Mártires del honor, ó el ideal de un poeta.*

J. de la Cerda.—*El gran problema.*

Id. id.—*La Tela de Araña, ó historia de una mujer.*

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de El Cosmos Editorial (Montera, 21, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

BIBLIOTECA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL.»

21, MONTERA, 21

Esta Biblioteca publica dos novelas mensuales, el 1.° y el 16 de cada mes, escogidas entre las mejores que vean la luz pública en Francia, Inglaterra, Italia y Portugal, y alternadas con las de nuestros mejores escritores.

Cada tomo de estas novelas constará de 400 á 500 páginas, y se venderá al precio de 2 pesetas 50 céntimos. Las obras que se publiquen reunirán las mejores condiciones de moralidad, instrucción é interés dramático, y estarán al alcance de todas las inteligencias.

Se admiten suscriciones á esta Biblioteca, al precio de 15 pesetas por trimestre, y se sirven las obras á domicilio á los señores suscritores, ó se les remiten á provincias, regalándoles además una obra cada trimestre.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN

Á LA

BIBLIOTECA DE « EL COSMOS EDITORIAL »

cuyas condiciones pueden verse en la página anterior de la cubierta.

MADRID.

En El Cosmos Editorial, Montera, 21, y en las principales librerías.

PROVINCIAS.

Alcalá de Henares.—D. Federico G. Carballo.
Alcoy.—D. José Llorens Pericas.
Alicante.—D. José Gosart.
Badajoz.—Sres. Uceda hermanos.
Barcelona.—D. Juan Llordach, D. Manuel Saurí, D. Inocencio López, D. Juan Oliveres, D. Guillermo Parera, D. Juan Antonio Bastinos, y D. Jaime Ballbé y Compañía, Librería Universal.
Cádiz.—D. Manuel Morillas y don Victoriano Ibáñez y Compañía.
Gijón.—D. Ambrosio Menéndez.
Ciudad-Real.—D. Ramón Clemente Rubisco.
Coruña.—D. Agustín Escudero y D. Lino Pérez.
Córdoba.—D. Manuel García Lovera.
Ferrol.—D. Leopoldo Bautista.
Huelva.—D. Antonio de la Corte Gómez.
Játiva.—D. Daniel Prats.
Las Palmas (Canarias).—D. Luis Falcón y Quevedo.
Lérida.—D. José Sol Torrens y D. Jaime Benet y Jené.
Mahón (Baleares).—D. Antonio Sintes.
Málaga.—D. Rafael Mena y D. José García Tabondela.
Montblanch.—D. Juan Vilajuana y Soler.
Orense.—D. Vicente Miranda.
Palma de Mallorca (Baleares).—D. Felipe Guaps.
Pamplona.—Sres. Razquín y Vidal.
Reus.—Sres. Grau hermanos.
San Sebastián.—D. Luis Rubinat.
Sevilla.—D. Eugenio Torres, don Tomás Sanz é Hijos de Fe.
Santa Cruz de Tenerife (Canarias).—A. Delgado Yumar.
Tortosa.—D. Luis Bernis.
Trujillo.—D. Ramón Mateos Acero.
Valencia.—D. Pascual Aguilar, D. Francisco Aguilar y D. Ramón Ortega.
Valladolid.—D. Juan Nuevo.
Vitoria.—D. Bernardino Robles.
Zaragoza.—D. José Mainou y don Cecilio Gasca.
Zafra.—D. Manuel Puenta.
Zamora.—D. Eloy Díez.

ULTRAMAR.

Estados Unidos de Colombia (Bogotá).—D. Lázaro María Pérez.
Habana.—D. Miguel de Villa, y *La Propaganda Literaria.*
Puerto Rico.—D. Francisco Furnaguera.
Santiago de Cuba.—D. Juan Pérez Dubrull.

EXTRANJERO.

Lisboa.—Sres. C. S. Afra y Compañía, y D. Juan Manuel Valle.
París.—M. Santiago Link, y Doña Faustina Saez de Melgar.
Venezuela (La Guaira.)—D. Juan Francisco Hernández.